

JUAN BOSCH

OBRAS COMPLETAS

XXXV

OBRA PERIODÍSTICA

CUBA (1944-1956) • COSTA RICA (1951-1961)
VENEZUELA (1959) • REPÚBLICA DOMINICANA (1961-1996)

GPEP

COMISIÓN PERMANENTE
DE EFEMÉRIDES PATRIAS

2012

OBRAS COMPLETAS DE JUAN BOSCH

Edición dirigida por
Guillermo PIÑA-CONTRERAS

COLABORADORES

Arq. Eduardo SELMAN HASBÚN
Secretario de Estado sin Cartera

Lic. Juan Daniel BALCÁ CER
Presidente de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias

© Herederos de Juan Bosch, 2012

Edición al cuidado de
José Chez Checo

Diseño de la cubierta y arte final
Eric Simó

Publicación de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias
en ocasión del Centenario de Juan Bosch, 2009

Impresión
Serigraf S.A.

ISBN: 978-9945-462-52-4
ISBN: 978-9945-462-00-5 (O. C.)

República Dominicana

CONTENIDO

La prodigiosa capacidad evocadora de Juan Bosch <i>León David</i>	VII
--	-----

PRENSA LIBRE

El extraño origen de la República Dominicana	3
--	---

GACETA DEL CARIBE

Cien años... ..	7
Una isla a la deriva	15
Una mentira más	21

QUISQUEYA LIBRE

El día de un pueblo; en Prado 615	29
¡A unirnos, compañeros!	37
Como se vive en los centrales dominicanos	41
Carta a Trujillo	47
Carta al <i>Diario de la Marina</i>	49
Denunciarán a Trujillo	51
Sería una vergüenza, compañeros	55
Victoria a la vista	59
Congreso de unidad	63
Repudió México la delegación de Trujillo	65
El principio del fin	69
Labor de descredito del trujillato	73

Nuestro partido y su misión histórica	77
Declaraciones de nuestro compañero Juan Bosch	81
Carta abierta al general Héctor B. Trujillo	83
Breve carta abierta al honorable John Foster Dulles	89
El último crimen de Trujillo	91
Entrevistas de <i>Quisqueya Libre</i> . Habla Juan Bosch	97

MAX JIMÉNEZ

La exposición de Max Jiménez	105
------------------------------------	-----

DIARIO DE COSTA RICA

Cartas a Teresa	111
Cartas a Teresa	113
Cartas a Teresa	117
Cartas a Teresa	121
Cartas a Teresa	125

COMBATE

Trujillo: problema de América	131
-------------------------------------	-----

LA REPÚBLICA

Carta al presidente Balaguer	145
------------------------------------	-----

MOMENTO

Gobierno y Revolución	149
Gobierno y Agitación	155

RENOVACIÓN

La madre en el drama histórico de la isla	163
La guerra federal de Venezuela en la República Dominicana	169
Los bancos no vienen a traer dinero, sino a buscarlo	177
Dos dominicanos en las guerras de Venezuela	183

Se dirige al pueblo Juan Bosch	191
Gobierno y demagogia	193
Hombre, Gobierno y omnipotencia civil	199
Hombre, sociedad, gobierno	205
Impresiones de un viaje al sur: las dos caras de la vida	211
Partidos que cumplen y partidos que fallan	217
Un general mulato ayudó a la libertad de América	223
La prisión de Fernando VII en Bayona	235
Masa y sociedad en el año terrible de Venezuela	241
Narciso López: Realista en Venezuela, fue creador de la bandera nacional de Cuba	251
Pasión y muerte de Narciso López	261
El suplicio de Narciso López provocó una crisis hispano-venezolana	273
Carta del profesor Bosch	283
Cartas que se hicieron históricas	287
Cartas que se hicieron históricas	291
Cartas que se hicieron históricas	293
El presidente Juan Bosch se dirige al pueblo de Puerto Rico	295

LA NACIÓN

Alocución del presidente del Partido Revolucionario Dominicano al pueblo dominicano	301
Presidente Bosch se dirige a OEA	303
Carta a Juan Isidro Jimenes-Grullón	307
Bosch expresa opinión acerca de un editorial de <i>La Nación</i>	311

EL CARIBE

Texto en el que presidente revela halló un déficit	317
Juan Bosch envía a militancia del PRD recomendaciones	321

Bosch define durante una charla alcances palabra Independencia	327
Carta a Joaquín Balaguer	341
El Consejo Nacional de la Magistratura	343
J[oaquín] B[alaguer] y [Juan] Bosch firman documentos ..	345

PATRIA

Mensaje al Pueblo	349
-------------------------	-----

EL NACIONAL DE ;AHORA!

Un manifiesto anticomunista	353
Respuesta al informe Holdridge	367
Cinco jóvenes poetas	373
A Las Direcciones Medias del Partido para conocimiento de las Bases	377
A las Direcciones Medias del Partido para conocimiento de las Bases	389
Una breve historia de amor maternal	413
La historia de Cruz Domínguez	417
Una carta de Juan Bosch	421
Le aclara a “Poli-Broma”	425
Sobre novelas y poesías	427
John Bartlow Martin	431
Al país está naciéndole un poeta	433
Comentario a “El mensaje a Hipólito”	435
Respuestas a los autores de merengues	437
Un mensaje para Wilfrido Vargas	439
Versos de un poeta dominicano	441
Oswaldo Guayasamín en la República Dominicana	443
Una carta de Bosch	445
María Zambrano, premio Cervantes	447
¿De qué país era Julia Cobier?	449
<i>El general en su laberinto</i>	451
La estatua de Lilís	453

ÚLTIMA HORA

Bosch insinúa a Junta Electoral “seleccione” nuevos candidatos	457
Mensaje a la juventud dominicana	461
Bosch secunda a Arlette sobre Bonnelly	463
Santos Luzardo y un fullero antillano	465

UNIVERSITARIO

Una mancha en la historia de las Naciones Unidas	471
Laos, el costado secreto de la guerra de Viet Nam	477

EL SOL

Duarte y la lucha de clases	485
Carta a Joaquín Balaguer	489
Bosch aporta pruebas para demostrar Hostos no fue ateo	493

LA NOTICIA

Texto declaraciones de Bosch	499
Consideran Bosch no iba a renunciar	505
Un mundo en crisis	507
De periódicos y periodismo	515
Carta a los empresarios	521
Índice onomástico	523

LA PRODIGIOSA CAPACIDAD EVOCADORA
DE JUAN BOSCH

León DAVID

Preliminar

El volumen sobre el que en este preciso instante posa el lector una mirada atenta o distraída (trigésimo quinto tomo de las *Obras completas* de Juan Bosch) compila en sus páginas la nada insignificante cantidad de ciento cinco textos de muy diverso contenido y variada extensión, dados a la luz pública en las columnas de numerosos medios periodísticos nacionales y extranjeros durante un prolongado período de fogosa fecundidad que discurre a lo largo de cuatro décadas, etapa que hasta donde he podido percatarme, inicia en los albores de los años cuarenta y concluye a principios del decenio nono de la pasada centuria.

Creo ir asistido de razón cuando anticipo que no será tarea descansada aventurar un escolio explicativo mínimamente abarcador acerca de tan caudalosa colección de escritos de variopinta especie, motivación y tesitura, cuyo único denominador común —de fijo circunstancial y externo— pareciera ser el haber aparecido todos ellos en diarios y revistas vernáculos y de foráneas latitudes.

Una vez más, por modo similar a como me viese conminado a proceder en ocasión de los comentarios que días atrás estampara para presentar el tomo XXXIII de las obras completas a las

que el libro que ahora nos ocupa por un parejo pertenece; una vez más, insisto, antes de abordar resueltamente la justipreciación del populoso número de artículos y apuntes incluidos en esta afortunada edición, se me hace imperativo comenzar nuestro conato de elucidación poniendo un poco de orden en tan abigarrado y dispar conjunto de textos, cosa de poder orientarnos con un grado confiable de seguridad a la hora de discriminar, apertrechado de admisibles observaciones e inferencias igualmente plausibles, el valor, monta y sentido de los escritos mencionados.

Con esta idea en mientes, e impuesto de que es difícil exagerar la importancia de las opiniones explanadas por un pensador, teorista y literato de la colosal envergadura de Bosch (sin que venga a cuento que los juicios y pareceres fruto de su cálamo asomen en moroso y meditado ensayo, en sumario artículo coyuntural o en polémicas misivas públicas), consideré que serviría en mucha parte al objetivo que estaba procurando organizar, ajustándome a un expedito criterio temático, las algo más de un centenar de colaboraciones periodísticas que la presente colección atesora; textos que, amén de su disímil contenido y desigual relieve, y del hecho de que apenas sumen algunos cinco o seis renglones y se extiendan otros a lo largo de doce cuartillas, sería inexcusable desatino dejar en la estacada negándoles el derecho a que se les aquilate, pues *ex hippotesis* parto de la convicción de que algo con certeza nos pueden revelar tales páginas acerca de la personalidad, sentir e intelectual fisonomía de tan encumbrado y emblemático autor.

A tenor de lo dicho, luego de sopesar por despacio la naturaleza de los trabajos periodísticos que este volumen contiene, me las apañé para distribuirlos en seis acápite o casillas que, si no me pago de apariencias, sobre facilitar nuestra modesta labor de escoliasta, entiendo que también contribuirá a que el lector se forme una idea más razonable, coherente y exacta del

alcance de los escritos que este tomo recoge. Los seis aludidos apartados son los siguientes: Contra Trujillo; Cultura y literatura; Teoría política; Economía; Historia; y Miscelánea.

Va de suyo que la clasificación que antecede, al condecir con un criterio temático —cosa que señaláramos líneas atrás— se desentenderá por completo de la cronología a la que los artículos responden, i. e., de la fecha en que cada uno de ellos fuera concebido y publicado; como tampoco prestará la menor atención semejante esbozo taxonómico al órgano de prensa en que hayan aparecido o al particular talante de la exposición, ya que lo que nos interesa poner de resalto es la configuración general de un pensamiento recio y medular que se nos descubre en el tratamiento reflexivo y reiterado de ciertos asuntos y en una manera muy propia y singular de abordaje cogitativo por lo que toca al lenguaje, estilo y estrategia argumental.

Como estoy muy lejos de querer dar al lector cobre por oro, viene a punto en este específico lugar de mi lucubración anteponer una advertencia en modo alguno ociosa: sería contra razón imaginar que esta mi desvalida y titubeante pluma esté en la obligación de asumir el examen y valoración de cada un artículo compilado en el corpus de este tomo XXXV de las *Obras completas* de Juan Bosch, empresa hermenéutica que si bien puede ser en principio llevada a cabo cuando se dispone de lucidez, tenacidad y tiempo para ello, en mi condición de simple presentador, conviene que de partida la deseche a favor de un enfoque interpretativo diferente, que privilegie no la minuciosidad del escrutinio sino la posibilidad de que ofrezca un representativo, íntimo y fidedigno retrato intelectual del profesor Bosch, sobre la base de una felizmente apropiada selección de los escritos en este aspecto más prometedores.

Y no otra será la tarea a la que sin escatimar esfuerzo me consagraré, probablemente con más entusiasmo que competencia, en las páginas que siguen.

Entre aquellas personas que están al corriente —así sea de oídas y de manera superficial— de la trayectoria política de Juan Bosch durante sus años de exilio, no habrá quien no se halle convencido de que libró este insigne compatriota en playas extranjeras —trasmutado su verbo gallardo en arma devastadora— una tesonera, infatigable y sistemática cruzada contra Rafael Leonidas Trujillo Molina, el sanguinario tirano que durante más de treinta años conculcó la libertad y los derechos del pueblo dominicano e instauró un régimen de atrocidades, violencia y terror como jamás, a pesar de haber padecido innúmeros gobiernos de fuerza en el pasado, había conocido esa infeliz Antilla. De guisa tal que nadie a quien asista un adarme de sensatez podría aducir con fundamento que obedece a capricho emprender la cala y cata de los textos recopilados en la presente excerpta, eligiendo para dar principio a tal escudriñamiento las viriles invectivas que el desterrado líder democrático y ya famoso escritor vegano propinara desde el palenque de la prensa al despiadado sátrapa de Quisqueya, cuya megalomanía, codicia y ferocidad no parecían reconocer límite o freno.

Si mi suma no es errada —poco fiable soy en punto a operaciones aritméticas—, ascienden a veintiuna las catilinarías de Bosch en repulsa de Trujillo recogidas en el volumen que el lector tiene ahora en sus manos. El primero de los aludidos escritos está fechado en La Habana, en abril de 1944; el último en 1961, desde San José de Costa Rica¹.

¹ Sin embargo, hasta donde nos ha sido posible comprobar, la primera manifestación pública de Juan Bosch en contra de la tiranía trujillista fue el prólogo que este escribió para el libro del Dr. Juan Isidro Jimenes-Grullón *La República Dominicana. Análisis de su pasado y su presente*, publicado en La Habana en 1940 (Cfr. BOSCH, Juan, "Un pueblo en un libro", en *Obras completas*, T. XXXIX, Santo Domingo, Ediciones de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2012, pp.407-418 [N. del E.]).

Ahora bien, antes de aventurar la glosa de una que otra de las acometidas verbales del fogoso combatiente anti-trujillista y eximio literato dirigidas a desenmascarar ante los hermanos países de América el carácter perverso del régimen que implantara en el suelo de la antigua Hispaniola el déspota isleño, ése que en su hambre desmedida de vanagloria no se cansaba de acumular, para irrisión de la gente sensata, títulos y dignidades; antes de abocarnos, reitero, a pareja incursión indagatoria, acaso no incurrirá mi cálamo en festinado celo por asegurar, como empeñado en poner las cosas en punto de verdad sostengo aquí, que si algo manifiestan las embestidas polémicas de Bosch a que estamos haciendo referencia es que el experimentado escritor, con la natural maestría del literato ubérrimo, unida a la cólera sacratísima del patriota ofendido y a la clara inteligencia del cultivado hombre de pensamiento, acude en las páginas que nos hemos impuesto comentar a una prosa de incomparable eficacia por lo que hace a su conceptuoso poder suasorio como a la no menos persuasiva pasión con que la satura; prosa, en suma, viva, transparente, en la que el encendido apóstrofe ni por semejas va en mengua de la bien hilvanada argumentación y donde la acre censura y el tono virulento lejos de detraer a las ideas el valor de certitud que en justicia les corresponde, contribuyen a limarlas tornándolas más filosas, penetrantes y agudas. Henos, pues, ante un lenguaje lapidario del que, sin embargo, están ausentes los tópicos manidos propios de la arena de barricada; henos ante un procedimiento retórico que, por lo demás, se muestra refractario a las fáciles tropelías e impertinentes arañazos en los que acostumbra agotarse el discurso de bélica andadura dictado por la ira y el rencor; *modus operandi* el que Bosch adopta en estos escritos que si bien hormiguea de condenas que restallan como latigazos y de tremendos y broncos anatemas, podemos estar muy ciertos de que al arrimarse el beligerante

controversista a un discurrir que nunca se desentiende de la elevación ni la elegancia, y que siendo atrevido y cortante jamás resbala hacia el lodazal de la calumnia o se despeña por el barranco del infecundo vituperio, sucede, lo que no es de extrañar, que entre sus prendas las haya que mejor que ellas nada podría decirse. De otra parte, no podía esperarse cosa distinta de un autor de tan aventajada escritura como lo era Juan Bosch, ante cuya principalía universalmente reconocida no es preciso que demos en quemar públicamente el orobias de nuestra admiración en orden a hacernos más aceptos a los ojos de cuantos le veneran; después de todo, a nadie tiene por qué causar asombro que incluso cuando impone a su péñola la misión nada apacible de dar tralla al bárbaro dictador dominicano, no se aparte ni por un instante de los modales que recomienda el ejercicio de la expresión de literario cuño ni se resigne a preterir la axialidad del acto —acaso el más definitorio de la condición humana— de trasvasar a la cálida familiaridad de la bien troquelada palabra el errabundo, abstracto y a veces volátil pensamiento.

Sea lo que fuere, como ya lo habrá podido comprobar el que estas líneas recorre, me cuento en el número de quienes entienden que la acerba crítica que lleva a término Juan Bosch a propósito de los desmanes de Trujillo en los textos que, si la fortuna me toma de su mano, muy pronto habré de apostillar, dibujan de cuerpo entero al autor, tanto en su calidad de dirigente democrático y fervoroso luchador como de literato de los más primos en el escribir, hombre de letras que se hace cargo de que cada frase que estampa no sólo desafía al tirano sino que contribuye a enriquecer el patriciado del espíritu.

Contra Trujillo

Demos inicio a los apuntes que a humo de pajas me empeñaré en descoger en torno a las páginas que para estigmatizar a

Trujillo publicara Bosch durante su prolongado exilio, recopiladas en el tomo XXXV que me he arriesgado en prologar, haciendo, para empezar, objeto de nuestras acotaciones la insuperable crónica intitulada “El día de un pueblo; en Prado 615”, recuento antológico que pone ante los ojos del lector por modo magistral lo sucedido en la capital de Cuba en el acto de conmemoración del primer centenario de la Independencia de la República Dominicana, acontecimiento de excepcional importancia política y cultural que congregó en el salón de la Federación de Trabajadores de Plantas Eléctricas, Gas y Agua de esa hermana nación a lo más granado del liderazgo antitrujillista en el destierro.

La crónica a que esta encarecedora glosa se contrae apareció primero en la revista *Lux*, órgano de la institución sindical que promoviera el evento mencionado en los renglones que preceden, y fue a seguidas reproducida en la combativa tribuna periodística *Quisqueya Libre* porque a juicio de los editores de dicha gaceta “de las numerosas crónicas que sobre ese acto publicó la prensa habanera” la de Juan Bosch fue con mucho la mejor². . . Acertadísimo dictamen que en buena hora y medida nos ahorra vindicar con acopio de datos y argumentos el referido escrito. Me avengo, en efecto, a considerar que la afortunada narración con la que Bosch registra los hechos de aquella magna y significativa asamblea conmemorativa, se hace acreedora a nuestra deslumbrada aquiescencia no sólo en razón del exacto recuento de lo allí acaecido, sino en virtud de

² Dicha crónica está fechada en abril de 1944, en La Habana; y la nota de *Quisqueya Libre* reza así: “La reproducimos porque la consideramos la mejor de las numerosas crónicas que sobre ese acto publicó la prensa habanera”. Cfr. BOSCH, Juan, “El día de un pueblo; en Prado 615”, en *Obras completas*, T. XXXV, Santo Domingo, Ediciones de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2012, p.29. En lo adelante, todas las citas a las que se hace referencia sólo por el número de la página, corresponden al presente volumen.

que armoniza y fusiona pareja recensión, lo que no es cuestión de poco, tres cenitales atributos discursivos que sólo de higos a brevas exhiben las más connotadas plumas del periodismo en boga, a saber, a) prodigiosa capacidad evocadora, b) notable certería por lo que toca a las apreciaciones de la importancia que reviste lo externado en tan nutrido cuanto representativo cónclave y 3) feliz ponderación, matizada y sucinta, de las personalidades que en la actividad político-cultural que estamos comentando hicieron uso de la palabra.

Si algo no tiene vuelta de hoja es que Juan Bosch, merced a ese don propio del escritor de fuste que consiste en infundir vida y color al lenguaje, al recordar lo acontecido la noche inolvidable de ese 27 de febrero de 1944, traslada al lector al momento, situación y escenario donde se lleva a cabo tan trascendental efeméride.

No es otra la razón de que acuda la péndola del señero cronista —extrayéndolo de su variada panoplia de recursos estilísticos de incuestionable eficacia expresiva— al siempre válido y seguro expediente de la descripción, consiguiendo por modo semejante hacernos contemplar como si hubiésemos sido espectadores que allí nos hubiéramos dado cita, la exótica combinación de simbólicas imágenes, reveladoras de una muy particular circunstancia histórica, que exornaban el recinto donde se iban a desarrollar los acometimientos retóricos y artísticos previstos para la señalada ocasión. En sumario conjunto de no más de nueve líneas, nos ofrece el impar narrador una reconstrucción memorable del aspecto que con motivo de la celebración en la hospitalaria tierra de Martí del centenario de la Independencia Dominicana, lucía el salón de sesiones de la Federación de Trabajadores de Plantas Eléctricas, Gas y Agua de Cuba. He aquí lo que el escritor, con esa proverbial facilidad que le caracteriza para que su palabra, lejos de conformarse con referir, pinte y recree, nos participa: “Flameaban en el salón las

banderas de las repúblicas americanas, la de Rusia, Inglaterra, la Francia libre, China y Estados Unidos; al fondo, sobre un horizonte rojo y azul, cuyo eje era la estrella solitaria del pabellón de la patria cubana, se veía un retrato, tamaño natural, de Máximo Gómez, el dominicano que fue generalísimo del Ejército Libertador, orlado por las banderas de su lar nativo y de Cuba; rodeándolo, arriba, Martí y Maceo, abajo, Stalin y Chiang Kai-Shek, Churchill y Roosevelt. Estaba alegre y solemne a un tiempo el hermoso salón de actos de la Federación; gracias, sobre todo, a la dedicación, al amor con que se dieron a componerlo Chirino, Bustos y Muñoz, que trabajaron con un entusiasmo que denotaba cómo se quiere en Cuba a ese pueblo heroico y desdichado que es el dominicano” (p.30).

No caminará lejos de la verdad —como ojalá sea el caso del que estos comentarios atropellados emborrana— quien sostenga que la sugestiva descripción *ut supra* reproducida y distraída a manera de ilustración del cuerpo de la crónica de Bosch publicada en la revista *Lux* y en *Quisqueya Libre*, exhibe entre sus caudalosas bondades una esencial: Situarnos de lleno en un inconfundible momento y lugar. En efecto, argüiría poseer muy embotada sensibilidad quien luego de leer el fragmento antes citado no se deje embargar por la regocijante sensación de estar viviendo lo que el autor, con verbo poderosamente evocador, retrata; que si algo tiene trazas de no estar reñido con la autenticidad exigible a todo recuento de una realidad histórica, es esa firme voluntad de trasladar al plano de lo concreto y tangible, mediante el efugio de una relación impregnada de reveladora emotividad, lo que hoy está fresco en la memoria pero que, dada la fragilidad ínsita al mecanismo del recuerdo, podría muy bien mañana desvanecerse o, sin que de ello caiga en cuenta el recordador, ser tergiversado a medida que el tiempo transcurre erosionando los hechos y desdibujando los pormenores de lo acaecido.

Por otro lado, según es de ver, no escapa a Bosch el exacto significado y alcance de esa festiva cuanto emblemática noche, cuyas incidencias se impone con fidedigno cálamo registrar. Considerado a este viso, bastará para sacarnos verdadero que el condescendiente lector me otorgue licencia para traer hasta el palenque de la cuartilla otro párrafo trasuntado del escrito que estamos haciendo objeto de esta glosa mía, probablemente prescindible... ¿Cuál era para el autor de tan notable crónica la trascendencia del evento a cuya recensión se abocara? La que se desprende de las aseveraciones que a continuación transcribo: “Era conmovedor advertir cómo, libre, espontáneamente, la gente que acudió al acto daba fe de su amor a la causa de la libertad dominicana y de su repudiación a la dictadura de Trujillo. Pues ese acto, homenaje de pueblo a pueblo, tenía en sí un contenido de alto valor americano, popular y democrático; en él tomaban parte distinguidos líderes dominicanos exiliados a causa de la tiranía que no pudieron conmemorar en su país, como lógicamente debió ser, la fecha magna de su patria; en él se habló, por cubanos y dominicanos, con una ancha y emocionada voz democrática que no puede ser dicha hoy en la tierra de Máximo Gómez; en él, para resumir, estuvo presente el alma dominicana libre de trabas odiosas, proclamando, sin miedo y sin límites, toda el ansia progresista y liberal luchadora de un pueblo que ha combatido gallardamente, durante cien años, unas veces por su independencia y otras veces por su libertad interior” (pp.29-30).

Se trataba, pues, de una iniciativa política de singular relevancia que aunaba en recusación hasta entonces sin ejemplar del oprobioso régimen de Trujillo, las voces del batallador exilio dominicano y del fraterno y siempre solidario pueblo de Cuba.

Habiendo desde el inicio substanciado —como quedara en evidencia en los renglones más arriba reproducidos— el genuino sentido e importancia de la referida celebración, prosigue

Bosch el recuento de lo sucedido en aquella magna velada, encareciendo la participación de los oradores —crema y nata de la intelectualidad antitrujillista— que con retórica incandescente fustigaron, uno después del otro, al sanguinario autócrata caribeño. Nos enteramos así de que allí estaban el “Dr. Salvador García Agüero, Representante a Cámaras por el Partido Socialista Popular” (p.30), el poeta Nicolás Guillén, el Dr. Mainardi Reyna, el General Loinaz del Castillo, el Dr. Romano Pérez Cabral, Presidente de la Cámara Democrática Antinazista Dominicana, el Coronel Alexis Liz y el “Dr. Juan Isidro Jimenes-Grullón, veterano luchador dominicano, a quien tocó hacer el resumen del acto con un análisis serio, a fondo, de la frustración que se ha dado, a lo largo de los cien años de vida de la República Dominicana y una exposición de la dura y honrosa tarea que espera el Partido Revolucionario Dominicano” (p.31).

En gracia a la brevedad, no distraeré de la paradigmática crónica que nos ocupa todas y cada una de las encomiásticas expresiones con que distingue Juan Bosch los discursos pronunciados en tan fastuosa velada; si a los altos méritos de su perspicaz y conceptuosa ponderación atendiéramos, nos veríamos compelidos, por lo que hace a los privilegios de la cita, a no dejar de transcribir ninguna de las opiniones que el cronista asentara a propósito de las personalidades que en dicha reunión multitudinaria intervinieron; empero, como a buen seguro sería ingenuidad de a libra consentir en ello ya que adolecería de insensatez supina conducta semejante, me circunscribiré a guisa de coda o colofón de las presentes consideraciones, a copiar apenas dos o tres de los enaltecidos dictámenes con que el conspicuo relator corona las alocuciones de los ilustres conferencistas que respondieron con su presencia y palabras al llamado para combatir por la libertad y la democracia dominicanas y repudiar la abominable dictadura de Trujillo. Al fin y a la postre, basta con llevar a la boca un menudo bocado

para conocer la calidad del plato que se nos sirve... Así las cosas, hago cuenta de que no resultará inoportuno parar mientes en los juicios que acerca de García Agüero ofrece el prestigioso autor de la recensión que estamos en volandas escudriñando. He aquí lo que Bosch afirma del destacado tribuno cubano: “¿Y García Agüero? García Agüero, ‘el primer orador cubano de hoy’, como le llamó en su resumen el Dr. Jimenes-Grullón, se levantó en medio de un trueno de aplausos. Poco puede decirse de su discurso, puesto que lo que él dijo fue tan hermoso, tan elevado, que su comentario no resiste adjetivos. Los dominicanos que desde la patria esclava le oían tienen que haber agradecido, desde su hambre de conceptos justos, el discurso de García Agüero como pocas cosas habrán agradecido en muchos años. Esa singular pieza oratoria se conservará. La conservaremos los dominicanos, y acaso algún día nuestros hijos y nuestros nietos la leerán en las escuelas, porque ella sola, enfrentada a los numerosos volúmenes de grotescos discursos del dictador, puede señalar a los historiadores del mañana dónde estaba la verdad” (p.33).

Después de tan conceptuosa y en cuanto puede conjeturarse justificada apología a la elocuencia del rétor cubano, concluye Bosch su emotiva y feliz narración de lo ocurrido en el acto de marras, con las siguientes expresiones: “Para cerrar el acto habló Jimenes-Grullón. Este veterano luchador, que sacrificó en Santo Domingo su carrera de médico y el bienestar de los suyos, que padeció el martirio en las cárceles ‘trujillistas’ y está librando desde el exilio la batalla de la libertad de su patria, habló, sobre todo, para los hombres de nuestro Partido en el país y les dijo cuál era su deber en esta hora. Ampliando las palabras del autor de estas líneas quien dijo en su discurso que el Partido Revolucionario Dominicano tenía que cumplir la tarea de lograr la patria democrática que habían querido levantar los fundadores de la república, el Dr. Jimenes-Grullón

explicó que era deber del Partido forjar para nuestro pueblo una democracia enriquecida por la concepción social de la democracia actual. Con una sentida evocación a los padres de la patria cerró su discurso” (pp.33-34).

Finaliza la rutilante pieza del más prominente y afortunado periodismo del género de la crónica, que sólo un intelectual de la encumbrada categoría literaria de Juan Bosch podía escribir (obra a nuestro acaso irreflexivo parecer inestimable en virtud de que sobre dar testimonio fidedigno, prolijamente documentado y de primera mano acerca de un hecho histórico de incuestionable significación cultural y política como era la oposición y combate al régimen del mandamás de San Cristóbal, la desenvuelve su autor acudiendo a un lenguaje tan límpido, sencillo y a la vez elegante que, de fijo, nadie a quien asista una partícula de sentido común me reconvenirá por hacerla objeto de nuestra incondicional admiración, escrito, en fin, del cual, atendiendo a sus innegables prendas, no nos hemos eximido de trasvasar a esta precaria hoja de papel, en desacato al comedimiento e incurriendo a resultas de ello en delito de lesa escrutinio, fragmentos de considerable extensión); culmina la encarecida reseña, decíamos antes de zambullir nuestro razonamiento en la telaraña de cláusulas subordinadas y aclaraciones parentéticas de la precedente digresión, con un envío cuyo talante amistoso y cálido, frente al que sólo un temperamento refractario al refrescante soplo de la gratitud sincera dejaría de conmoverse, traeremos ahora a colación citándolo *ad litteram*, cosa de no infringir nuestra ya bien establecida costumbre de puntilloso transcriptor; manos a la obra, así pone Bosch término a su crónica: “Ángel Cabrera y Ángel Cofiño: Uds. dos son, más que nadie, responsables de la deuda enorme que nosotros los dominicanos, hemos contraído con el hogar de Prado 615; el primero por la cálida simpatía con que acogió la idea del acto; el segundo, por el

respaldo que le dio, desde su alta dirección y con la enorme autoridad de su presencia. Yo sé que, como todos los luchadores honrados, a la hora de recoger esa deuda no serán Uds. los que lo hagan. Perdonen desde ahora si los dominicanos no la cubrimos. Pues esa deuda es, para nosotros, una fuente de orgullo. Deber algo, a nombre de la Patria, a hombres como Uds., es honroso y es estimulante. Lo consignamos así, seguros de que Uds. así lo comprenderán. Belisario Heureaux: A ti, vivo símbolo de la dominicanidad, te escojo para enviarle esta crónica, por tu medio, al pueblo dominicano. No estuve presente en el acto debido a que te hallabas enfermo. Pero todos nosotros sabemos dónde estaba tu corazón, y lo sentíamos palpar en cada frase que se dijo. Si treinta años de alejamiento de la patria sólo han servido para hacerte más dominicano cada día, mejor dominicano cada vez, enseñándote a amar todo lo bueno de Cuba y del mundo y desearlo para nuestra tierra, ¿no eres tú el más idóneo canal para rendir en ti la crónica de este acto a todos los dominicanos? Yo lo creo así y así lo hago, con devoción y afecto” (pp.34-35).

Imposible no admitir de rondón que el envío que da remate al escrito de la autoría de Bosch, cuyas virtudes he cometido la temeridad de ponderar a resultas de ese especial talento que tengo para meterme en dificultades, es de ese género de escritos que haciendo a un lado las construcciones frías de la razón teórica y esquivando la engorrosa pedantería académica como, por un parejo, una retórica de prodigalidad irresponsable, nos sumerge sin tapujos en los dominios íntimos del sentir donde se fraguan las adhesiones inquebrantables.

Puesto a no consentir en tópicos manidos, me abstendré de acudir a los fáciles arrumacos de la alabanza con no menor escrúpulo que los cartujos de la carne, por modo a dar cima a este encogido ensayo valorativo haciendo confidencia al lector de una sola cosa que, por demás, es apreciable a ojo grueso, i. e.,

que incluso aquellos críticos que acostumbran hipostasiar su pendiente a la reprobación, al extremo de pesar las loas en balanza de farmacéutico cuando es tan ostensible la excelencia que no cabe preterir el elogio, que aun tan intransigente casta de críticos, repito, cuando de poner los puntos sobre las íes se trata, siempre que sean sinceros y no adolezcan de falta de probidad, habrán de hallar empresa poco menos que desesperada no rendir parias al autor de una crónica de los subidos méritos de la que hemos corrido el albur de comentar.

Es resorte de una promisoría estrategia de lucha política el reclamo de unión de todos cuantos adversan al mismo antagonista, en particular —digámoslo sin rebozo— cuando es menester enfrentar nada más y nada menos que a la encarnación misma de la maldad, un poderoso mandatario dispuesto a las peores vesanías para mantener sus privilegios y poder seguir dando suelta a sus torpes pasiones, como era a buen seguro el caso del sátrapa que sojuzgaba a la media Antilla que Duarte libertó.

De ahí que Bosch, en muchos de los textos que publicara en desafío al tirano que pisoteaba a sus compatriotas en la añorada tierra cuyos padecimientos desde la distancia del proscripto contemplaba, insistía en el llamado a todos los grupos del populoso exilio dominicano a hacer causa común, mediante el expediente de afiliarse a una sola organización partidaria, iniciativa que atinadamente juzgaba de imprescindible e inaplazable consumación para poder adelantar con garantía de éxito la lucha contra Trujillo. Así, en la emotiva proclama intitulada “A unirnos, compañeros”, recalca el visionario dirigente opositor:

“Como una orden que estamos en el deber de cumplir sin dilaciones, más que como un llamado dirigido a convencer-nos, nos están llegando del país urgentes peticiones de unidad en el movimiento democrático dominicano exiliado. Los

hombres que están manteniendo dentro de la gran cárcel que es el país la lucha por la liberación del pueblo, reclaman de los que ganaron tierra extranjera que formen un frente único, compacto en pensamiento y en propósito, a fin de que la acción libertadora no nos sorprenda dispersos y resulte nuestra dispersión perjudicial en el momento crítico de nuestra lucha” (p.37); en este mismo viso, se pregunta renglones más adelante no sin ostensible impaciencia y ansiedad: “¿Es posible que a un movimiento patriótico indispensable, reclamado día tras día por un pueblo al cual nos debemos, no se pueda llegar descargados de todas las reservas que lo retardan?” (p.38); para a seguidas brindar categórica respuesta: “Sí, es posible. Lo quieren unos y otros, pero unos y otros parecen no comprender que no basta con querer; es preciso hacer. Los hombres que están manteniendo la lucha contra el dictador dentro del país son demasiado perspicaces para no darse cuenta de que ellos no deberán desencadenar una acción decisiva mientras no estén seguros de que toda la emigración, sin que uno solo de sus miembros actúe en contrario, respaldará lo que se haga y encaminará hacia el movimiento su ayuda, en vez de obstaculizarlo combatiéndolo. Por otra parte, ellos saben también —y lo saben mejor que nadie, porque están allí y contemplan cada día las graves heridas que padece la patria— que la república va a necesitar el esfuerzo unido de todos, el amor de todos, el acuerdo de todos para que todos podamos socorrerla cuando haya sonado la hora de reconstruirla sobre bases de democracia y libertad. La república va a quedar exhausta, débil, exprimida, una vez que haya hecho ese esfuerzo que debe hacer para libertarse de la dictadura; y tras tantos años de odio y crimen, ella necesitará de concordia y paz de justicia y amor. Tendremos que darle eso, si no queremos perderla, hundiéndola en una sima de rencores y luchas estériles semejante a aquella en que se hundió a la caída de Ulises Heureaux” (pp.38-39).

El planteo registrado en los renglones que vengo de citar, en el que de manera perentoria hace Bosch hincapié en que es imperativo, urgente para poder llevar a efecto con resultados halagüeños las hostilidades contra la tiranía, agrupar previamente a todos los sectores del exilio que contra el macabro orden trujillista combaten en una única fuerza opositora, semejante programa, subrayo, es puesto de resalto una y otra vez en los diferentes escritos del desterrado dirigente revolucionario, como, por vía de ejemplo, cabe advertir en el párrafo que a continuación transcribiré, distraído del artículo intitulado “Sería una vergüenza, compañeros”, que hallara hospedaje en las columnas de *Quisqueya Libre* en el habanero verano de agosto de 1944, texto cuyo talante categórico, exento por completo de reservas o ambigüedad, reza de este modo:

“Que la caída de Trujillo encontrara desligados a los antitrujillistas del exilio tendría malos resultados, pues los no afiliados al PRD, podrían confundirse ante los acontecimientos y no atinarían a actuar debidamente” (p.57); y acto seguido, prosigue razonando el clarividente y batallador analista: “En esa posibilidad hay un peligro para la revolución dominicana, lo que equivale a decir para el pueblo. Los antitrujillistas no podemos ni debemos aparecer ante el país, a la hora de liquidar el presente estado de cosas, divididos como extraños o riñendo como perros y gatos. Nuestra conciencia de revolucionarios nos demanda que nos presentemos en el escenario nacional unidos en el propósito de restituir a los dominicanos sus derechos en una patria libre, lo cual se logrará mediante la formación y el sostenimiento de un gobierno democrático digno de la confianza popular. La división natural, reconocida por la democracia e instituida en los partidos de opuestas o diferentes ideologías, deberá venir después. Pero en paz. En la paz que sea el fruto sustancioso y benéfico de una acción unida, robusta y bien inspirada, cuya

meta sea la superación de la República en el corazón de todos y cada uno de sus hijos” (pp.57-58).

Y por si no fueran suficientes y por demás conclusivas las prédicas de Bosch acerca de la unánime coordinación que el movimiento antitrujillista del exilio necesitaba desesperadamente —movilizadoras declaraciones *ut supra* trasuntadas—, vaya, cosa de ponerle la tapa al pomo por lo que hace al punto al que esta glosa mía se contrae, una postrera cita extraída en la presente ocasión del artículo “Victoria a la vista”, aparecido también, como los anteriores, en las páginas militantes de *Quisqueya Libre* en septiembre del 44. He aquí la cuestión sobre la que ponía el acento, cabe otras optimistas consideraciones que la realidad, desventuradamente, se encargaría de desmentir, el perceptivo autor del mencionado trabajo periodístico:

“Es evidente que a la caída de Trujillo van a quedar libres para actuar no sólo las fuerzas mejores del país, sino también las peores, esas que ahora le sirven al dictador y que a él se han sometido. De estas últimas fuerzas podría salir, seguramente saldría, una sucedánea de la dictadura, si las buenas no estuvieran unidas y organizadas para descabezarla tan pronto asomara en el horizonte patrio. La incapacidad de coordinar las fuerzas mejores para combatir a las malas ha sido un defecto tradicional de las revoluciones americanas. La revolución dominicana no cometerá tal error. Vamos a unirnos para derrocar al tirano, pero también para curar al pueblo de un clima de paz nacional, aunque de vibración dinámica” (p.60).

Si algo compete se haga cargo el que lea los conceptos que anteceden, es que apenas se procede al repaso de los lustros que siguieron al ajusticiamiento del dictador dominicano a comienzos de la década de los sesenta, caeremos en la cuenta de que lejos de dejarse arrastrar por el espléndido oleaje de su propia retórica al expresar su temor de que la desunión de los buenos demócratas podría abrir de par en par las puertas a los

oscuros contingentes que otrora sirvieran al despiadado autócrata en buena hora defenestrado y muerto, al alertarnos, digo, en la alborear fecha de 1944 de lo que a causa de la dispersión podía sobrevenir, da prueba fehaciente Bosch de su aquilina visión en materia sociológica, pues no otra cosa ocurrió casi dos décadas después cuando, en los años posteriores al tiranicidio, aprovecharon las fuerzas retrógradas la división en las filas de los auténticos combatientes democráticos para, con la complicidad del gobierno norteamericano, dar un golpe de Estado al primer mandatario electo en sufragio libérrimo tras los sombríos treinta años de opresión inmisericorde a que el déspota de San Cristóbal sometiera a la población de su país; y para instaurar luego, en beneficio de cuantos medraron a la sombra de Trujillo, el régimen sistemáticamente desconocedor de los derechos ciudadanos proclamados en la Constitución dominicana que encabezara el talentoso escritor, astuto político y hombre de escasos escrúpulos morales, Joaquín Balaguer.

De otra parte, reprochar a Juan Bosch que para la remota fecha en que escribiera los artículos que no por capricho hemos traído al estrado de estas cuartillas y de los que, en punto a citas, nos hemos servido con la cuchara grande, echarle en cara, reitero, que creyera cercano e inminente el día del derrocamiento del funesto dictador antillano, es sobre ocioso absurdo, ya que cualquier persona enterada algo más que superficialmente de lo que sucedía en el mundo en ese crucial año de 1944 podría hacerse cargo de que no era sólo Bosch el que por modo semejante pensaba, sino la totalidad de los líderes del exilio dominicano, unánime cuanto esperanzada creencia que si bien los hechos posteriores desmintieron, no tenía, si bien se mira, ni una mota de antojadiza o arbitraria habida cuenta de que los episodios de la guerra en Europa y el Pacífico mostraban que era inevitable el derrumbe del nazismo y el triunfo de los ejércitos aliados que combatían para restaurar

en los países sometidos al Eje los valores republicanos y democráticos; de donde era lícito y perfectamente razonable suponer que, Dios mediante, a consecuencia de la victoria aliada que ya se vislumbraba al horizonte el mundo estaba a punto de adentrarse en una nueva era presidida por el espíritu de la paz, la concordia y el respeto a los derechos humanos, era en la que los tiranos caribeños y latinoamericanos ya no tendrían cabida.

Entre los artículos en que Juan Bosch arremete contra Trujillo y que de no ser por las restricciones de un proemio del introductorio cariz de este en el que, para fastidio de los lectores, me he embarcado, hallaremos el que ostenta el encabezamiento de “Una mentira más”, contundente varapalo verbal por cuyo medio pone al descubierto el enardecido e indignado cálamo del magno escritor vegano la falsedad de la supuesta existencia en el Santo Domingo del trujillato de una Confederación Dominicana del Trabajo, impostora organización obrera que se ve precisado a denunciar como un “engendro [...] nacido en el despacho de un señor llamado Paíno Pichardo, secretario del dictador y hombre sin escrúpulos privados o públicos, que ha asesinado por sus propias manos a enemigos del régimen y se ha enriquecido a expensas del pueblo” (p.21); ficticia entidad que dio en publicar un folleto “en el cual sólo se hace una cosa: elogiar desmedidamente a Trujillo y denostar a los que combaten la tiranía dominicana” (*Ibid.*).

Hallaremos otrosí en el acápite que hemos reservado para agrupar los escritos de la autoría del magistral narrador y dirigente revolucionario singularizados por el virulento desenmascaramiento de los atropellos, vejámenes y crímenes del Calígula dominicano, el texto que se anuncia con el explícito título de “Repudió México la delegación de Trujillo”, reseña periodística que fuera incluida en las columnas del diario *El Crisol* y en *Quisqueya Libre*, en 1944, donde refiere Bosch la repulsa de que fuera objeto una comisión dominicana de senadores y

diputados que viajara al hermano país azteca, la cual, como protocolariamente correspondía, fue recibida por la Cámara de Diputados de la patria de Juárez, y en ese prestigioso recinto uno de los visitantes, Porfirio Herrera, sacudió a los presentes con un “desaforado grito trujillista” que incontinenti provocó la protesta de diputados y senadores mexicanos, en tanto que “la prensa se desató en catilinarias contra Trujillo y sus representantes” (p.65) reseña de eficaz fuerza impugnadora que remata con el siguiente comentario:

“Durante catorce años Trujillo ha estado operando así y haciéndose pasar ante el mundo por un demócrata. Ahora el mundo sabe ya a qué atenerse, y el opresor de los dominicanos tiene que tragarse la repulsa que sus Cámaras, su régimen, toda su maquinaria tiene de Congresos y pueblos americanos. Tragársela y quedarse callado. Su descrédito no tiene límites. Día llegará en que tal descrédito se convertirá en medios de acción para su derrocamiento” (p.67).

Empero, si nada me sería más placentero que seguir abundando en torno a las harto justificadas embestidas de Bosch contra tirano que oprimía su insular terruño (verbigracia las que figuran en los trabajos intitulados “Carta abierta al general Héctor B. Trujillo” (*Cfr.*, pp.83-87), “El último crimen de Trujillo” (*Cfr.*, pp.91-95) y “Trujillo: problema de América” (*Cfr.*, pp.131-141), páginas que, entre otras merecedoras de prolijo escrutinio, a la barata traigo a colación y que no por haber sido excluidas de este conato de exégesis ha de suponer el lector que las hago de menos), si bien, insisto, por más que incurra en inmodestia de mi parte y no esté en mí decirlo, no ahorraría el que estas líneas garrapatea diligencia ni dedicación por lo que atañe a ponderar las severas críticas que hace Bosch a Trujillo en los artículos que falta por apostillar y que ya no glosaré, los cuales con su polémica andadura dan fe de una poco común sapiencia para el rebajamiento y el desdén

de la tenebrosa dictadura trujillista sin que no obstante pierda por ello el aguerrido denunciante las buenas costumbres del espíritu que en la pulcritud y elevación de su palabra se transparentan, si bien dispongo, en resumidas cuentas, de toda clase de razones para manifestarme como lo he hecho en los renglones precedentes, no es menos cierto que en gracia a la sensatez, que en puntualización esquemática de la guisa de la que estoy adelantando me conmina a evitar extenderme con desquiciada liberalidad, juzgo prudente dar cima en este lugar y ahora a las observaciones que las páginas de Bosch —a las que espero que sin hacerles injuria nos hemos aproximado— motivaran.

Cultura y literatura

Hora es ya, pues, de que nos aboquemos sin escatimar esfuerzo a la apreciación de los escritos incorporados en otras casillas, como la que destinara al tema de la literatura y la cultura. Si la adición no me sale errada, suman veintitrés las colaboraciones periodísticas compiladas en la mencionada sección, la primera de las cuales, una luminosa reseña crítica de pintura, está fechada de 1944³; a la que siguen, en orden cronológico no menos de cinco deslumbradores artículos con los que sentí amor a primera página, que su autor llamara “Cartas a Teresa”, todos ellos escritos en 1951 y publicados en el *Diario de Costa Rica*⁴; contiene además el referido apartado variados textos aparecidos en diferentes órganos de prensa dominicanos a partir de 1962 hasta la tardía data de 1990, siendo el primero de dicho conjunto el titulado “La madre en el drama histórico de la isla”⁵, y el último y más reciente el que lleva por encabezamiento “La estatua de Lilís”⁶.

³ Cfr. “La exposición de Max Jiménez”, pp.105-108.

⁴ De estas cinco Cartas comento y cito sólo la primera.

⁵ Cfr. “La madre en el drama histórico de la isla”, pp.163-168.

⁶ Cfr. “La estatua de Lilís”, pp.453-454.

Empresa desesperada sería —tengámoslo por cosa asegurada— pretender glosar todos y cada uno de los veintitrés escritos a que vengo de hacer alusión en la desconsoladora brevedad de una presentación de la índole de esta, que está en las antípodas del enfoque y tratamiento minucioso a que es afecta la enjundiosa aunque a veces bastante aburrida investigación académica. Para que el despabilado lector se haga cargo de la nobleza del lenguaje, exento de preciosismo y ajeno, por igual, al tono hueramente solemne en que se complace la empingorotada pedantería de la crítica al uso, para que repare en la mucha y afianzada cultura, sólidos valores y conocimientos bien asentados que dan respaldo a los juicios que tan conspicua péñola explana, para que esté inteligenciado del cuidado que merecía al autor de estas páginas la reflexión serena de lo que se ha dado en llamar humanidades, para ello, reitero, está de más —admitámoslo— el examen de la totalidad de los ensayos a que he hecho referencia. Tengo, en efecto, por axiomático que en materia de la índole de la que estamos explorando, a la que se contraen las algo más de dos decenas de artículos agrupados, acaso al buen tun tun, en este capítulo que versa sobre literatura y cultura, lo que tiene valor demostrativo es la calidad, no la cantidad; de modo que para poner las cosas en punto de verdad no hará falta que hipostasiemos nuestra propensión a la escrupulosidad y al detalle, sino que bastará, créaseme, seleccionar dos o tres textos representativos de la aludida serie, pero eso sí, curando de la pertinencia de pareja selección para no dar pie a que se nos acuse de aplicar más celo en reunirlos que juicio en escogerlos.

En abono de lo aseverado en las líneas que anteceden, entiendo que servirá en mucha parte al objetivo de edificación en que estamos sin tapujos empeñados, principiar esta nueva fase de nuestra pesquisa comentando la feliz reseña crítica intitulada “La exposición de Max Jiménez”.

Hasta donde me permite aquilatar la medianía de mi ingenio, tres son las cenitales prendas del susodicho artículo: Para empezar, un lenguaje preciso y flexible cuyo discurrir, jamás incurso en vulgaridad o desaseo, rehúye el gesto de relumbrón para, en canje, acogerse a los prestigios de una trabajada y espléndida naturalidad, lenguaje que exhibe la cardinal virtud —así me avengo a considerarlo— de deleitar sin que sus apetecibles atributos expresivos, que cuajan en una prosa de redonda armonía, estorben ni poco ni mucho el avance y claridad de las ideas; en segundo lugar, un conocimiento para nada superficial del universo pasado y presente de la plástica occidental, que abarca tanto la familiaridad con los movimientos, escuelas y maneras pictóricas, como los aspectos técnicos y prácticos de semejante quehacer artístico; y, para rematar, una tercera y descollante característica: la incuestionable certería de su olfato crítico, el cual halla asiento en la finísima sensibilidad estética de que es usufructuario el insigne escoliasta, la misma que le permitiera convertirse, por lo que hace a la literatura, en escritor de la plana mayor, y que le faculta ahora, al valorar la obra de Max Jiménez, para concentrarse en lo esencial, desestimar lo contingente y accesorio, reconocer y admirar la originalidad y también percibir, cuando los hay, los descuidos, carencias y despropósitos.

Por lo que toca a la antes señalada excelencia del lenguaje empleado por Bosch en la reseña de marras, será más que suficiente, con el fin de apaciguar cualquier escéptica inquietud o turbador reparo que a la mente asome, trasuntar a esta sufrida hoja de papel un fragmento distraído al azar del texto cuyo escrutinio es menester que a todo evento procuremos. Puesto a escoger, tentaré fortuna con el que sigue:

“Pues bien, Max Jiménez no es definitivamente ni realista ni cubista ni surrealista; es sencillamente —y completamente— un pintor de su tiempo que utiliza todas las enseñanzas

del oficio y, sobre todo, la añeja técnica del realismo para expresar con ella un concepto pictórico actual, aunque no de último cuño. Es ahí donde está la clave de su seriedad, que reside en el tipo de color predominante en sus cuadros y en su sistema de trabajo, incluyendo la agrupación de los modelos, aunque estos no existan sino en la mente del autor. Esa seriedad corresponde a la gravitación de los clásicos en el mundo interior de Max Jiménez, así como el dibujo de sus figuras está resueltamente en oposición con tal gravitación; pues la determinante aquí es la línea revolucionaria tipo Picasso, considerada por los pintores del último momento tan conservadora y remota como debió parecer a Picasso la línea de Velázquez” (pp.106-107).

Importaría necia conducta intelectual pesar el humo en orden a encarecer —luego de colocar en tienda aparte las razones que el avisado crítico esgrime— los méritos expresivos de la cláusula *ut supra* transcripta; pues los relevantes atributos del decir boscheano, de puro obvios, son apreciables a primera vista hasta para el lector más distraído, de modo que perseverar en el intento de ponerlos de resalto sería fuera de propósito, poco menos que dar lanzadas a moro muerto. . . . Henos ante un escrito cuya patente inteligibilidad, lejos de ser fruto de un discurrir a pie de tierra, seduce porque aúna al rigor y exactitud lógicos del pensamiento, la amable caricia de una forma expositiva que condiciendo con los arduos requerimientos de la objetiva observación, nos regala —obsequio invaluable— la distinción, noble si la hay, del número y la gracia.

Por lo que concierne al segundo punto traído a colación párrafos atrás, esto es, el dominio excepcional que demuestra poseer nuestro cultivado aristarco acerca de la pintura, sólo los ignorantes de tomo y lomo se arriesgarían a desmentirme; y como para muestra basta un botón, según reza la conocida sentencia popular, a continuación reproduzco unos renglones

donde pareja competencia en los intrínquilis de la plástica resplandece al punto de que me sacarán verdadero al proclamar a los cuatro vientos que no voy a correr el albur de tener que cantar la palinodia. He aquí el prometido segmento:

“Pintores como van Gogh y Gauguin y, mucho antes, como Cézanne, parecen no haber participado en la conformación de Max Jiménez, cosa que sin duda no le perdonarán los jóvenes; en cambio han tomado gran parte en esa formación Goya y Picasso. Esto se explica si se observa que el mundo emocional de un americano está más cerca de la tradición hispánica que de otra cualquiera y que en su terreno interior crece con mayor facilidad la semilla artística española que la de otro origen” (p.107).

Sobre que los conceptos que acabo de reproducir, si en algo nos hacen parar mientes al establecer las influencias que acusa el pintor de Costa Rica, es en que el autor de la crítica puesta sobre el tapete sabe perfectamente de lo que está hablando (a pesar de que de inicio se nos presenta como “mero espectador sin especialización alguna en la materia” [p.105]), sobre lo que acabo de anotar, decía, me asalta la sospecha de que, por cima de lo palmario y manifiesto en el texto citado, tal vez no incurra en fantasía arbitraria quien, a semejanza del que estas líneas emborrona, se arrime a la hipótesis de que Juan Bosch, no embargante rinda parias a ciertos grandes maestros modernos del pincel, no las tiene todas consigo por lo que respecta al arte contemporáneo; inferencia que aun cuando pueda parecer atrevida cuenta con el abono del sesgo a mi entender sutilmente irónico de la frase “cosa que sin duda no le perdonarán los jóvenes”, con la que en lugar de poner en entredicho el alcance de la obra de Max Jiménez, censura, por más que luciendo en los labios indulgente sonrisa, a la populosa juventud artística que ha dado en encastillarse en una idolátrica y excluyente admiración de las novedades

de la plástica en boga; opinión la que acabo de avanzar que encuentra, además, otra base sólida de sustentación en la creencia del escoliasta, a mi juicio plausible, de que por lo atinente al quehacer pictórico, la creatividad del artista americano hincra raíces en el suelo de España; de pareja convicción me siento autorizado a colegir que para el autor de la reseña objeto de las presentes apostillas, como suele ocurrir con todo temperamento de clásico marchamo, tenía la tradición un peso y una ejemplaridad insustituibles.

Luego de la desproporcionadamente extensa, y me temo que tediosa, digresión anterior, con la mira puesta en dar cumplimiento cabal al compromiso contraído con el lector cuando ofrecí avalar las tres cualidades esenciales del escrito de don Juan que a humo de pajas estamos escoliando, y retomando aquí el hilo interrumpido de nuestra ejemplificación, me dispongo ahora a ilustrar la tercera y última de las referidas cualidades, a saber, el refinado olfato crítico de Bosch en materia de plástica, sirviéndonos, como lo hemos venido haciendo en las páginas que anteceden, de los juicios que el prestigioso escritor emite en el fragmento que sin demora trasvaso a esta cuartilla:

“En algunas ocasiones, muy pocas por suerte, Max Jiménez ha visto el cuadro con inclinación de literato, lo cual se explica si se recuerda que este costarricense empezó escribiendo versos. De ahí algún que otro agregado anecdótico en uno o dos cuadros, como el perro del ciego tocador de guitarra, por ejemplo. Este recurso ajeno al mundo cerrado de la pintura me ha hecho pensar que aunque ha logrado un equilibrio técnico apreciable a simple vista, Jiménez no ha podido todavía librarse completamente del mundo emocional, en el sentido de que haya conseguido dominarlo a su antojo hasta poder expresar emoción ateniéndose sólo a la técnica. Tal vez esta sospecha explique que, al pintar negros cubanos, el artista, nativo de una tierra donde no hay negros nos dé en realidad negros newyorquinos,

con su profunda y dolorosa seriedad de discriminados y con su dureza de cuáqueros fabricados a su despecho, tal como los vio durante sus días de Nueva York” (pp.107-108).

Huelga señalar que en los renglones arriba copiados campea por su respeto, amén de límpida prosa, un enfoque valorativo penetrante, cuya eficacia persuasiva se cimenta tanto en el conocimiento amplio y profundo de Bosch acerca de la temática concernida, como también en ese don que no se aprende ni se adquiere en botica, en ese innato talento en virtud del cual es capaz de percibir él con los ojos del corazón lo que nunca veremos los hombres comunes y corrientes con los del rostro. . .

Daré remate a estas infractoras apuntes poniendo de resalto que hoy, cuando en los dominios de la ensayística crítica el justo y agraciado decir anda mangas por hombro, cuando se necesita mucho imperio sobre los propios impulsos para sobrellevar sin atragantarnos la lectura de copiosos estudios en los que con pedantesco ademán hormiguan las incorrecciones y los manidos tópicos, cuando la caterva de comentaristas *up to date* se las arreglan para conferir substancia a la sombra armados de un lenguaje refractario, hermético, de una presuntuosa jerga opaca destinada a *épater le bourgeois* y a hacer que el gato nos sepa a liebre, cuando arrimados a un discurso de fríos constructos conceptuales de engorrosa inteligibilidad y poco amable natural se empecinan, con excepción de breve minoría, los hodiernos exégetas en servirnos en la mesa, cual si fueran hallazgos increíbles de reciente hornada, pálidos subrogados de verdades trilladas del más remoto origen, cuando en esta era convicta de insignificancia, en la que ha penetrado con gran capilaridad la idea de que la cultura es mero entretenimiento se ha tornado, como no podía dejar de suceder, más notoria que nunca la litúrgica falta de aliento de la hermenéutica, cuando en resolución, para apurar todavía más los argumentos, van las cosas de mal en peor por lo que hace

al género de la crítica, la lectura de un texto lúcido y refrescante de la guisa del que Bosch escribiera a propósito de la obra de Max Jiménez, es un melancólico recordatorio de cómo y en qué insoportable medida se han perdido en la actualidad los buenos modales literarios.

Aunque el asunto planteado en las líneas que preceden merecería un debate más por lo menudo, en obsequio a la infinita paciencia del lector y atentos a no incurrir en sospecha de afectada minuciosidad, daré por concluido *hic et nunc* el comentario al aludido apunte crítico de Bosch, para tejer a continuación algunas observaciones en torno a sus “Cartas a Teresa”, escritos que no tienen desperdicio por lo que toca a su literaria dignidad y agudos pensamientos.

Fue el *Diario de Costa Rica* el órgano de prensa que en sus columnas dio cabida, durante los meses de enero y febrero del año 1951, a las cinco cartas sobre las que a punto largo tengo en mente externar de inmediato algunas atropelladas valoraciones.

Comenzaré advirtiendo que no es menester acudir al auxilio de probadas doctrinas ni a un abordaje analítico de morosa especie para dar razón de las bondades literarias de esas epistolares creaciones. He aquí, en efecto, unas páginas en las que su autor, situado en las antípodas del gusto actual caracterizado por tributar admiración al Moloch de la vulgaridad, da suelta a un lenguaje desprovisto de hampos retóricos, a una frase tersa, expresión genuina de soterrada vena lírica que los actuales ujieres de la mala poesía, cuya infatigable vanidad literaria se muestra siempre infalible en la depravación del verso, sería aconsejable considerasen con reflexivo detenimiento para que caigan en la cuenta —en caso de que aún les quede una mota de sentido común— de que habitan un mundo de fantasía sin alas.

Mas como no quiero se me impute la intención de vender la piel del lobo como vellón de cordero pascual, e impuesto de que por la muestra puede juzgarse de la color del paño,

por mor de la edificación del lector acudiré, una vez más, al intachable y asaz probatorio recurso de la cita:

“Va a caer ya la tarde. Lenta y silenciosamente, formando grupos, los trabajadores apilan con grandes cepillos los granos dispersos. La agónica luz del sol dora los montones de café. Un gallo canta a la distancia, y su canto suena limpio, como si se diera en una tierra de silencios. Dentro de poco no se verá en el cementado patio más alma que la del sereno, que llega temprano y que, como todos los serenos, estará despierto mientras la negra noche no le permita encubrir los sueños de una hora que echa sobre los sacos amontonados bajo el pequeño techo que cubre un lado del patio. A eso de las nueve soltarán los perros, guardianes baratos de la fortuna apilada bajo las lonas. Mañana, a las cinco en punto, estarán otra vez los peones aquí, bajo mi ventana, azotados por el frío del amanecer; silenciosos y constantes, listos a ganar al día menos de siete colones, esto es, ochenta centavos de dólar” (p.112).

Dos cosas no podrán disputársele a los renglones que vengo de reproducir, representativos a no dudarlo del tono, estilo e ideas del conjunto de las “Cartas a Teresa”, ambas cosas de las que el avisado lector a buen seguro se ha hecho cargo, verbigracia, que a una elocución esmerada, si bien desembarazada de ampulosidad y ceremonia, habla cuya engañosa sencillez abre cauce con absoluta naturalidad al fluir de una emoción contagiosa de innegable filiación lírica, a un lenguaje inmaculado que no da entrada a digresiones viciosas ni a giros declamatorios, aduna Bosch la amarga crítica a la injusticia social, censura esta que se exploya por descriptivo y vívido modo en las postreras líneas de la cláusula citada y que será subrayada, como aquel que dice con tinta roja, en el breve párrafo con el que finaliza el escrito que estamos escoliando:

“Pero las amas de casa norteamericanas, que consumen todo el café de Costa Rica, y que no dejarían a sus maridos trabajar por ochenta centavos de dólar cada hora, entienden que el café es muy caro; y protestan. Por fortuna para ellas, sus hijos no andan descalzos. Para nuestra desdicha, los de quienes trabajan a mi vista no tienen zapatos” (*Ibid.*)

No andaremos lejos de la verdad si declaramos que el efecto iluminador de la antítesis, de la contraposición de la realidad del obrero del campo costarricense con la del ama de casa norteamericana es, amén de impactante por lo inesperada, devastadoramente reveladora en su a primera vista simple y objetiva referencia a hechos que marcan la cotidianidad de dos mundo situados económicamente en polos opuestos pero conectados entre sí con las cadenas de la explotación.

Maguer que de estas cartas quede mucho más que el rabo por desollar, en obsequio a la brevedad daré por terminado el escrutinio de las mismas en este momento y lugar; mas antes, sin temor a que se me eche en cara que estoy resbalando por la pendiente de los juicios con privanza de eternidad y a riesgo de suscitar escándalo, expresaré que las “Cartas a Teresa”, dado que responden por acusado modo, en lo que al estilo concierne, al acendrado gusto latino de la forma; porque, a su vez, acusan desvío del diapasón demasiado alto de la prosa española al tiempo que se decantan de desorden e impureza, y para cerrar esta enumeración de atributos literarios, porque dan testimonio de una visión permeada de denuncia social, es obra que, si estoy al cabo de lo que pasa, en virtud de haber sido gestada con entereza de corazón y claridad de juicio, está destinada a vivir más allá del día.

Creo haber consignado páginas atrás que los artículos que me tomé la libertad de incluir en el apartado de “cultura y literatura” de más reciente data son dieciséis, los cuales

fueron publicados en un período que se extiende de 1962 —fecha del escrito “La madre en el drama histórico de la isla”— a 1990, que es el año en que apareció la carta dirigida a Bonaparte Gautreaux Piñeyro intitulada “La estatua de Lilís”⁷.

Como sería impertinencia de mi parte —pluma de escaso ingenio y exigua doctrina— acometer la tarea de examinar cada un trabajo a que vengo de referirme, no procederé a empresa de tan ambicioso tenor. Después de todo, sobre que un prólogo de la introductoria índole de este no demanda sino que —lo hemos tediosamente recalcado— se muestra reñido con la exhaustividad, los textos mencionados más arriba cuentan con la ventaja de haber sido publicados en muy leídos y accesibles diarios dominicanos, de donde no resulta arbitrario derivar que las personas interesadas en la producción intelectual boscheana están familiarizados con ellos en grado mucho mayor que con los que, en las páginas que preceden, y acaso haciéndoles agravio, comenté.

Empero, antes de dar carpetazos a este asunto, solicitaré licencia para sostener que sería hacerle un flaco servicio a la crítica ecuánime no poner de relieve que los mentados trabajos, por más que algunos ostenten un carácter epigonal o acólito, al ser fruto maduro de una péndola de aventajada escritura, de un ser humano de alquitarada sensibilidad y temple moral a toda prueba, de una mente superior emancipada de prejuicios y que de resultas de ello pocas veces toma erradamente la cimbra por el edificio, al ser tales escritos, reitero, productos plenamente representativos del genio y personalidad de su autor, conviene no escatimarles los méritos a que se hacen acreedores,

⁷ Los temas que tratan estos artículos que hemos clasificado como culturales y literarios son muy variados, cual se desprende de los títulos que, por vía de ejemplo, registro a continuación: “Una breve historia de amor maternal” (pp.413-415), “Sobre novelas y poesías” (pp.427-430), “Oswaldo Guayasamín en la República Dominicana” (pp.443-444), “De periódicos y periodismo” (pp.515-519), etc.

aunque habrá quienes no los tengan, con razón o sin ella, por sus creaciones más señaladas. . . Son y no pretenden ser otra cosa que episódicas colaboraciones periodísticas que prestigiaban las columnas de los diarios que los hospedaban, encontrándose a su amor en ese lugar y medio; y aunque suele el escrito encomendado a la prensa adolecer de una existencia efímera y acaso de una notoriedad también pasajera —no en balde el periódico se vuelca a la actualidad y en la actualidad se disuelve—, los hay, cuando el que los rubrica es escritor de primera fila, que tienen una vida que nadie puede ni medir ni prever. De ahí que suponerlos, a causa de haber sido entregados a las páginas de los diarios, faltos de envidia y estilísticamente descuidados, es idea que por superficial y falsa no merece los honores de la refutación.

Avancemos. Nos falta considerar así sea de soslayo y a toda prisa, los textos de Bosch que tal vez de manera festinada junté en los acápites de “Teoría política”, “Economía”, “Historia” y “Miscelánea” . . .

Teoría política

En el casillero de “Teoría política” agrupé ocho ensayos fechados en el lapso que media entre 1959 y 1968, i. e. “Gobierno y revolución” (p.149-154), “Gobierno y agitación”⁸(pp.155-160),

⁸ “Un arquetipo de revolucionario que supo gobernar fue Lenin” (p.156), vale recordar que esta mención del líder ruso, que figura en “Gobierno y agitación”, reproducido en Santo Domingo por la revista *Renovación* (27 de noviembre-3 de diciembre de 1962, p.1 / p.7), así como también “Gobierno y revolución”, publicado en el mismo semanario en el número correspondiente al 10-16 de julio del mismo año (p.1 / p.8), dieron lugar a la acusación de marxista-leninista que le hiciera a Bosch el sacerdote jesuita Láutico García en un artículo publicado en *La Nación*, “Juan Bosch ¿marxista-leninista?”, el 12 de diciembre de 1962, página 5. Esta acusación dio motivo para que Bosch y García se enfrentaran en un debate televisado el 17 de diciembre de ese año, tres días antes de las elecciones presidenciales en las que Bosch fue elegido con un 59% de los sufragios expresados. Analistas políticos de la época consideran que el resultado del debate tuvo una importancia capital en el triunfo arrollador de Bosch en las elecciones presidenciales del 20 de diciembre de 1962.

“Gobierno y demagogia” (pp.193-197), “Hombre, gobierno y omnipotencia civil” (pp.199-203), “Hombre, sociedad, gobierno” (pp.205-209), “Partidos que cumplen y partidos que fallan” (pp.217-222), “Carta del profesor Bosch” (pp.283-285), “Un manifiesto anticomunista” (pp.353-366)⁹, rebozantes todos ellos de perspicaces observaciones y bien fundamentados conceptos acerca de los mecanismos que rigen la vida política, social e institucional de los pueblos. Por vía de ejemplo, en el que viera la luz en 1959 en el periódico *Momento* de Caracas, Venezuela, explora el desterrado dirigente político el significado que suele adjudicársele al vocablo “Revolución”, el cual designa a su entender “una fuerza eminentemente agitadora; con la palabra o con las armas, y a menudo con ambas a la vez, la Revolución agita al Pueblo para lanzarlo a combatir contra el gobernante que aspira a derribar. Pero como el propósito fundamental de la Revolución no es derribar a un gobernante —sea hombre o grupo— sino convertirse en Gobierno, al lograr sus fines reales inmediatos tiene que cambiar sus métodos de lucha. Su papel consiste entonces en legislar para afirmar sus principios, no en agitar para justificar su existencia. Ha pasado a ordenar el Estado, pero en vista de que necesita al Estado como órgano de poder, debe fortalecerlo, no debilitarlo” (pp.151-152).

Más claro no canta el gallo; y como el asunto nada tiene de académico y sí mucho que ver con nuestra asendereada vida nacional, lo discute sin rebozo Bosch considerándolo desde diversos ángulos con reflexivo detenimiento en varios de los trabajos pertenecientes al acápite sobre el que ahora recae nuestra atención. Así, en el escrito cuyo encabezamiento reza “Gobierno y demagogia” afirma con autoridad su autor que

⁹ A nuestro entender, el análisis que desarrolla Bosch en estos breves ensayos es sumamente perspicaz y de valor permanente.

“Los jefes de gobierno de la América Latina tienen que actuar tomando en cuenta que ellos son a un mismo tiempo la encarnación del Estado. Esta es una situación delicadísima, que se resuelve con relativa normalidad en los Estados Unidos debido a que en la urdimbre social de Norteamérica hay una fuerte tradición nórdica, en la cual la organización social no invade los derechos individuales, sino que los garantiza. Pero no se resuelve en nuestros países sino cuando el gobernante tiene conciencia de que su misión es no sólo gobernar, sino conservar y en la medida de lo posible fortalecer el concepto de continuidad del Estado” (pp.195-196).

Los textos de los que acabo de distraer el fragmento más arriba transcrito, no embargantes las obvias limitaciones que implica el haber sido concebidos para las columnas de la prensa, dan testimonio irrecusable de la buena tradición de la claridad, como era de esperarse en un autor de los más primos en el escribir, y en ellos, con lucidez casi intolerable, ahonda el vegano maestro en temas arduos como el de la libertad del individuo versus la naturaleza social humana, temas cuya gravedad y permanente urgencia le llevan a exponer verdades de mucho tonelaje y filosófico cariz, mas sin gastar nunca —¡cuánto se lo agradecemos!— protocolo de erudito.

Economía, historia y miscelánea

Dejando en manos del lector la grata tarea de volcar su curiosidad sobre los escritos de teoría política, que no por carentes de interés sino por falta de espacio me he visto en la obligación de detraer, se me antoja decir ahora unas palabras, siempre de prisa y corriendo, acerca de los artículos reunidos en el capítulo de “Economía”, el más enteco de todos, ya que consta apenas de tres escritos: los titulados “Los bancos no vienen a traer dinero, sino a buscarlo” (pp.177-182), “Impresiones de un viaje al sur: las dos caras de la vida” (pp.211-215) y “Carta

a José del Carmen Ariza” (pp.337-339). Aunque habría mucho que heñir en cada un texto que vengo de nombrar, en obsequio a los atendibles modales de la urbanidad, sólo ofreceré a todo vapor un par de opiniones, triviales acaso, en torno al ensayo cuyo explícito título ahorra que nos detengamos a explicar de qué va el asunto, y, por descontado, ya el despierto lector que por estos renglones se aventura habrá adivinado que me estoy refiriendo a “Los bancos no vienen a traer dinero, sino a buscarlo”, análisis en el que Bosch, además de aclarar en lenguaje llano, del que toda vaguedad y retorcimiento gramatical han quedado proscritos, qué es un banco, a qué se dedica y a qué mecanismos apela para cumplir con éxito su cometido negociador, denuncia el hecho de que el Gobierno dominicano diera autorización a dos bancos extranjeros para instalarse en nuestro territorio, error de a folio, pues “un banco extranjero tiene la inclinación a usar el dinero nacional para hacer negocios fuera del país. En el caso de los dos bancos norteamericanos que están estableciéndose aquí, las oficinas centrales de esos dos bancos son norteamericanas, están en los Estados Unidos, y estos bancos siempre serán vistos por sus propietarios como sucursales de las oficinas centrales que están en los Estados Unidos, y el día que se presente un conflicto de cualquier tipo pensarán en su sucursal dominicana como una simple sucursal que deberá ser sacrificada en beneficio de la oficina central. Eso quiere decir que el dinero dominicano, que debe ser manejado con el criterio de que debe ser para provecho dominicano, y como factor importante en el desarrollo dominicano, será usado con criterio norteamericano para provecho norteamericano” (pp.180-181), juicios estos que nuevamente tengo por muy en su lugar, al extremo de que estimo sumamente improbable puedan ser confutados.

Antes de finiquitar la cuestión abordada en las líneas que anteceden, y porque constituiría imperdonable desatención omitir el comentario de cómo logra el autor del texto que nos ocupa reforzar el valor veritativo de sus planteamientos a resultas de un decir de mesurado didactismo del que, sin embargo, está ausente, a Dios gracias, toda formalidad de sentenciosa catadura, antes de concluir, repito, estas acotaciones, me es imperativo admitir a bocajarro que el poder suasorio de los conceptos económicos adelantados por Bosch se acrecienta considerablemente, como fuera señalado páginas atrás en varias ocasiones, merced a las supremas bondades de su prosa, ya que es resorte del literato —y él lo es en olímpica medida— traer a la arena de lo concreto y fácilmente perceptible para los sentidos lo complejo, abstracto y escasamente familiar. Con la mirada puesta en consolidar el dictamen que de los puntos de mi pluma acaba de escurrir, bastará ilustrarlo con la cita del párrafo inicial del artículo de marras, en el que el analista, acogiendo a lo particular y cotidiano, aclara de manera paladina la diferencia entre riqueza y dinero. Oigámosle:

“En otra ocasión explicamos que el dinero no es riqueza, sino que es representación de la riqueza. Si no recordamos mal, hicimos la comparación siguiente: Podemos escoger una persona cualquiera, ponerle en el bolsillo mil pesos, meterla en una yola o bote y llevarla mar afuera, a cinco o diez o quince kilómetros de la costa. Si dejamos esa persona allá, mar afuera, sin agua, sin comida y sin que nadie pueda ayudarle, y volvemos a los quince días a buscarla, encontraremos que esa persona se ha muerto de hambre y de sed, a pesar de que tenía mil pesos en el bolsillo. En cambio, si llevamos a esa misma persona a un almacén donde hay de todo, carnes, bacalao, aceite, arroz, agua, pan, anafes y carbón y fósforos, y la metemos en el almacén sin un centavo en el bolsillo y cerramos el almacén por

fuera con candados, y volvemos a los quince días y abrimos el almacén, es casi seguro que encontraremos a esa persona sana y gorda. Así uno con dinero puede morir de hambre si no tiene a la mano productos para comer” (p.177).

Convengamos que las expresiones reproducidas arriba, en el fragmento extraído del artículo “Los bancos no vienen a traer dinero, sino a buscarlo”, si con algo no guardan relación es, siempre que no me pague de apariencias, con la jerga nebulosa a la que suelen ocurrir los profesionales de la economía cuando exponen sus observaciones acerca de temas de la naturaleza del que Juan Bosch abordara en el aludido ensayo periodístico. Ahí reside toda la diferencia: Nuestro autor no sólo sabe de lo que habla, sino que en contraste con la casi totalidad de los oficiantes de los misterios y rituales de la disciplina económica, pone su conato en hacerse entender por el hombre de a pie, cosa que logra gracias a ese magistral dominio de la palabra que pocos como él han alcanzado, lo que le habilita para transfigurar las escabrosidades y hermetismo ínsitos al discurso especializado de la ciencia crematística en lenguaje de cotidiano jaez perfectamente inteligible.

Habida cuenta de que el presente proemio —lo he repetido mil veces— no anda en tratos con la exhaustividad, y que va siendo hora de dar cierre a estas pecadoras apuntaciones, muy a mi pesar me dispongo a colgar la pluma en la panoplia aún cuando estoy cierto de que tanto el acápite de “Miscelánea” con sus treinta y cinco artículos, como el de “Historia”, que reúne no menos de diecisiete, exigirían de un exegeta más riguroso que el autor de estos renglones ser examinados por despacio y en mucho tiempo, en el entendimiento de que a nadie medianamente inteligenciado en la obra boscheana cogerá de nuevas que abundan en dichos apartados páginas que tanto por su intelectual envergadura como por el donaire de su palabra sería negligencia culpable preterir; como, pongamos

por caso, el titulado “Una isla a la deriva” (pp.15-19), en donde plantea Bosch con singular aplomo que “Ser y no ser a un mismo tiempo es la tragedia de Puerto Rico; ser una nación, con un pueblo de cultura homogénea y de territorio bien delineado, nación en los hechos y no en la conciencia, es cosa que ni Hostos ni nadie con sentido de la realidad puede admitir. Pues por ser nación en los hechos y no jurídica, política y económicamente, Puerto Rico es esa isla a la deriva, con tierra y mar y cielo y gentes, sin destino conocido y en medio de un alarido angustioso de todos los que la trabajan, mientras que los que la aprovechan danzan sin cesar, aturdidos por una horrenda música de dólares tintineantes” (pp.17-18); o también el titulado “Un mundo en crisis” (pp.507-514), en donde, condiciendo con la teoría marxista, sentencia: “La crisis mundial tiene puntos críticos, pero en la base de la crisis está la economía; una economía que no podrá superar de ninguna manera su contradicción fundamental, la que se debe a que la producción es hecha por la sociedad, el consumo es hecho por la sociedad, y sin embargo los bienes de producción y los beneficios que deja el consumo de los bienes producidos son propiedad privada” (p.512); textos los que acabo de trasvasar a esta cuartilla, sacados de la sección de “Historia” el primero y de “Miscelánea”, el segundo que hago cuenta, holgando que el lector piense como mejor le cuadre, nos ponen al corriente del caudaloso peculio conceptual y literario que nos estamos perdiendo al dejarlos como aquel que dice esperando con el moño hecho, privados de la ponderación de que son merecedores en razón de su inconcusa excelencia... Es la suerte desventurada pero inevitable que ha de correr cualquier escolio realizado a vuelo de pájaro como el que mi transgresora péñola acaba de asestar a los lectores; presentación la mía que no obstante sus insuficiencias (entre las que no es la menor haber dejado la harina amasada a medias y

arrimarme a un discurrir asistemático, huérfano de copioso y menudo aparato documental), a pesar de las obvias carencias del referido escolio, repito, abrigo la esperanza de que los anticuados pensamientos y giros de rezumo clásico que en él se agolpan no impidan que cuantos se avencinen a sus renglones, extraigan alguna provechosa información. Tal es mi expectativa, y si se cumple me daré por satisfecho y no habré fatigado en vano los siempre aleatorios e inciertos recursos de la retórica.

PRENSA LIBRE

EL EXTRAÑO ORIGEN DE LA REPÚBLICA DOMINICANA*

En la América española hay una república que no nació de España ni contra España; ésa es la Dominicana, cuyo primer centenario se conmemorará el 27 de este mes. ¿Por qué extraña aberración de la historia ha sido así? La tierra que pueblan los dominicanos fue el solar de la primera colonia española en este Nuevo Mundo; la isla en cuya región oriental se asienta su república —conocida durante los siglos XVIII y XIX por Santo Domingo— fue llamada Española por el Almirante, a quien la espléndida naturaleza de la ínsula hizo evocar las vegas andaluzas. Ninguno de los países de América tiene mayores razones para haber nacido de España. Allí sembraron los conquistadores, en el albor de la gran empresa colonizadora, las primeras ciudades de su vasto imperio ultramarino; allí estuvo el primer asiento de gobierno de estas Indias; de allí saldrían Velásquez, y Cortés, y Pizarro, y Ponce de León y Balboa hacia las islas antillanas y hacia las macizas tierras continentales. “La Primada”, sería llamada Santo Domingo, indicando su primogenitura en el corazón de España. Sin embargo, no iba a surgir de España ni contra España cuando le llegara la hora de erigirse en nación libre, buscadora y forjadora ella misma de su propia historia. Para hacerse república no tendría que derramar la sangre que la pobló.

* *Prensa Libre*, La Habana, 26 de febrero de 1944, p.1 / p.última [sic].

Ocurrió esto porque, después de infinitas luchas, España le reconoció a Francia dominio sobre la parte occidental de esta isla. Allí, en más o menos 20,000 kilómetros cuadrados de los 76,000 que tiene en total Santo Domingo, estableció Francia una colonia a la cual cubrió de esclavos. La bárbara explotación de que fueron víctimas provocó la sublevación de esos esclavos, quienes durante años, entre los últimos del siglo XVIII y los primeros del XIX, mantuvieron contra sus opresores una guerra sin cuartel, feroz como ninguna, mediante la cual ganaron su libertad y se organizaron en república. Francia, la omnipotente de Napoleón por esos días, exigió entonces de España que le cediera la parte que ella había ocupado por tres siglos, aquella en que sembró el germen de su imperio americano; y España cedió. Pero los primogénitos de Iberia no quisieron ser franceses; combatieron y vencieron a los ejércitos de Napoleón, no para hacerse libres, sino para ser gobernados otra vez por España.

Esto ocurría en 1808 y 1809. Doce años más tarde, sin que se derramara una gota de sangre, la que fue primera colonia española del Nuevo Mundo se desligaba de la metrópoli y se colocaba bajo el protectorado de Colombia. Haití iba a gobernar sobre las ciudades más antiguas de América.

Por ese extraño desplazamiento histórico la República Dominicana no nacería de España ni contra ella. La bandera que arriaron los dominicanos el 27 de febrero de 1844 no fue española, sino la haitiana; las armas contra la que lucharon a lo largo de once años, después de ese día, fueron las de Haití, no la de sus abuelos.

Ello explica la contradicción contenida en el nacimiento de la primera república de habla española en las Antillas. La historia le reservaba a la más vieja de las hijas americanas de España, el privilegio de ser la única que no naciera desgarrándola.

GACETA DEL CARIBE

CIEN AÑOS...*

Este 27 de febrero se cumplió el primer centenario de haber aparecido en el mundo de las naciones independientes la República Dominicana. Las circunstancias han querido que tan significativo aniversario se conmemore cuando menos libres, a lo largo de su historia, han sido los dominicanos.

Agobiados por la dictadura, los hijos de esa patria antillana escudriñan ahora en la vida pasada de su pueblo, buscando enseñanzas que les comuniquen mayor fe en el porvenir. ¿Y qué hallan?

Hallan que en cien años de vida republicana, el pequeño país que se reparte con Haití —entre Cuba y Puerto Rico— la isla que Colón llamó Española, se ha debatido con admirable tesón y ha luchado sin desmayos por mantener, en medio de las mayores adversidades, su independencia y su libertad, unas veces abatidas por extranjeros, otras veces por nacionales traidores, otras por estos de acuerdo con aquellos. La lección que se desprende de la historia dominicana es impresionante para los hijos de la indomable república y funesta para quien la oprime al cumplirse su primer centenario: porque de ella salta a la vista que, perdidos en su pequeñez económica, social, geográfica, los dominicanos han luchado contra fuerzas gigantescas y las han vencido, muchas veces cuando la lucha

* *Gaceta del Caribe*, Año I, N° 1, La Habana, marzo de 1944, pp.19-20.

parecía inútil y sin la menor esperanza de triunfo. La lección de la historia enseña, sobre todo, algo que Trujillo y sus secuaces no han visto: que todo acontecimiento importante ocurrido en el mundo, a menudo en los parajes más apartados de la República Dominicana, ha influido allí de manera decisiva, ya a favor del Pueblo, ya en su daño, según la dirección de aquellos acontecimientos cuándo y dónde se produjeron.

Por ejemplo, todas las guerras europeas de los siglos XVI, XVII y XVIII resonaron en Santo Domingo, la mayor parte de las veces haciendo cambiar de metrópoli la colonia, llevando a sus tierras o llevándose de ellas inmigraciones o emigraciones que enriquecían o empobrecían al país; dejando en cada caso un aporte económico o cultural o institucional, siempre importante, para bien o para mal, en la vida del naciente pueblo.

Tras innumerables vaivenes, que se traducían en acuerdos y desacuerdos, en guerras por territorios casi despoblados en la montañosa isla del trópico, Francia y España llegaron a un entendido definitivo en la Paz de Basilea (1777), y debido a él la isla fue repartida en más de 50 mil kilómetros de la parte oriental, la colonia española de Santo Domingo; en menos de 20 mil kilómetros de la parte occidental, la colonia francesa de Haití. La primera quedó vegetando, punto menos que olvidada por su metrópoli; en la segunda levantó Francia una factoría de proporciones colosales, mantenida con el trabajo de cientos de miles de negros esclavos, llevados en incesantes corrientes desde el África. Cuando se produjo la Revolución francesa, Haití tenía ya 600 mil esclavos manejados por 30 mil blancos y era la colonia más próspera del mundo, con mayor producción ella sola —sin una mina en su suelo— que todo el resto de la América española, con sus fantásticos yacimientos de oro, plata y piedras preciosas. La colonia española de Santo Domingo, sin embargo, tenía para entonces escasamente

60 mil habitantes, algo más de uno por kilómetro cuadrado; su comercio, sus industrias y sus comunicaciones con el mundo y en su interior, eran casi inexistentes. Sobre este escenario, sobrecargado en un extremo de la isla y descargado en el otro, iba a operar, enérgicamente, la Gran Revolución.

La caída del rey en Francia dejó virtualmente en el aire a sus delegados en Haití. Apoyados por los enriquecidos colonos, esos delegados se rebelaron contra la autoridad revolucionaria; buscó ésto apoyo en el pueblo —mulatos y negros libres, franceses pobres y algunos idealistas de la clase dominante— y el Pueblo respondió.

Resultado: la convulsión más frenética imaginable y, a su sombra, la revolución más completa que conoce la historia. Aparecieron notables líderes mulatos y negros que, una vez con prestigio, y autoridad concedida por la República en pago de servicios o porque los necesitaba, los aprovecharon en soliviantar a las masas esclavas contra sus antiguos amos. Al cabo de largos años de sangre y exterminio, la antigua colonia se hizo república, una república negra, la única en el mundo —aún hoy— que mantuvo una guerra de independencia —colonia contra metrópoli—; racial —negros y mulatos—; social —la clase explotada contra la privilegiada—, todo esto a un tiempo y sin teoría previa.

Mientras ese proceso se desenvolvía, la parte española sufría invasiones haitianas bajo la bandera francesa, invasiones haitianas bajo la bandera de la nueva república y, finalmente, cesión a Francia por parte de España. Cuando hacia 1808 parecía haberse normalizado la vida en la Isla, el panorama era éste: Haití, independiente; Santo Domingo, en manos de las tropas napoleónicas. La vieja colonia española en América había padecido a mares. Toussaint L'Ouverture había proclamado, para justificar la primera invasión haitiana, que la isla era “una e indivisible”, y con esa doctrina cubrieron sus invasiones

Dessalines y Christophe, a cuyo paso quedaban degolladas las poblaciones dominicanas, ardiendo las ciudades, y huyendo por los bosques millares de personas. Como en el origen de esos males estaba Francia, los colonos de Santo Domingo odiaban a Francia. Así, cuando un dominicano del pueblo, Juan Sánchez Ramírez, organizó la lucha contra los franceses para devolver la colonia a España, halló tal calor en las masas —además de apoyo en los españoles de Puerto Rico—, que no le fue difícil emprender la obra. Su ejército, formado por campesinos ganaderos y antiguos oficiales criollos de los regimientos coloniales españoles, se enfrentó al francés, mandado por el Gobernador Militar en la sabana de Palo Hincado. Juan Sánchez Ramírez había dicho, poco antes de comenzar la batalla: “Pena de la vida al soldado que volviere la cara atrás; pena de la vida al tambor que tocare retirada y pena de la vida al oficial que la mandare, aunque fuere yo mismo”; y no tuvo que aplicar la terrible ley. Los franceses fueron derrotados; su jefe se suicidó; la capital de la colonia fue sitiada por tierra; la escuadra inglesa de las Antillas la bloqueó por mar. Santo Domingo volvió a ser española. ¿Por qué no libre, mejor? Porque “Haití está ahí y si no nos ampara un poder más fuerte que él, se nos echará encima”, decía Sánchez Ramírez, nombrado Capitán General después de su hazaña.

Eso pensaban todos los dominicanos; pero al cabo de los años algunos se dijeron que el poder amparador no tenía que ser necesariamente España, y ni siquiera europeo; que podía ser americano. Así, en 1821, la colonia se declaró independiente de España y se colocó bajo el amparo de Colombia, como protectorado. Se cometió el grave error de no consultar este paso con Bolívar. Cuando, hecha ya la independencia, una comisión encargada de poner los sucesos en conocimiento del Libertador llegó a Bogotá, era tarde: enterados del error, los haitianos habían invadido, tomado posesión de la Capital

y de todo el territorio de la isla, a la que declararon otra vez “una e indivisible”. Durante veintidós años —de 1822 a 1844— gobernarían en la antigua colonia española.

¿Cómo y por qué fue posible que en veintidós años de dominación, el pequeño, débil, casi inexistente pueblo dominicano conservara su unidad, se organizara para luchar y lograra al cabo, surgir hecho república independiente? ¿Cómo fue posible que poco más de 100 mil seres, niños, mujeres y ancianos entre ellos, desperdigados a razón de menos de dos por kilómetro cuadrado en una tierra inculta, casi abandonada del todo a la naturaleza sin comunicaciones entre sí ni con el mundo exterior, sin escuelas, sin industrias, respondieran a la llamada de la historia venciendo a una nación muchas veces más poderosa?

Esto es lo que deberían preguntarse ahora los opresores de Santo Domingo; si se lo preguntaran hallarían la respuesta en los hechos mismos. Los dominicanos han probado, en los últimos ciento cincuenta años, una capacidad combativa muy superior a cuanto pueda sospecharse. Además, al cabo de eras de opresión han surgido siempre bajo un aspecto mucho más avanzado de lo que nadie imaginara; instintivamente, ese pueblo ha aprendido profundamente cada lección de la historia y la ha aplicado con admirable energía. Nadie puede predecir cómo se comportará al final de esta feroz dictadura que hoy padece. Pero si hemos de juzgar el porvenir por el pasado, habremos de convenir en que esta guerra —que no es sólo una guerra internacional, sino una revolución mundial llamada a transformar toda la faz de la tierra— tendrá sus repercusiones también en Santo Domingo y que de ellas muy bien puede salir el pueblo liberado para siempre, no exclusivamente de Trujillo, sino de toda clase dominante que de tan poca habilidad para regir al país ha estado dando pruebas fehacientes en los últimos años.

También en los primeros tiempos de la dominación haitiana los dominicanos parecieron dispuestos a tolerar. Excepto pequeñas rebeliones, rápidamente ahogadas en sangre, nada ocurría. Dieciséis años después de haberse iniciado la invasión, es decir, en 1838, algunos jóvenes empezaron a organizarse para la lucha. Sus fines eran libertar al país de los haitianos y fundar una república. Cuando emprendieron la tarea, aquellos propósitos parecían sueños de ilusos. Los iniciadores fueron tres: Juan Pablo Duarte —a quien se llama Padre de la República—, Francisco del Rosario Sánchez y Ramón Mella; éste, abuelo de Julio Antonio Mella, el malogrado líder cubano.

Duarte, Sánchez y Mella se organizaron secretamente, sobre la base celular; cada célula estaba integrada por tres personas y la asociación se llamó La Trinitaria. Durante cinco años los trinitarios trabajaron tan hábil y cautelosamente que los haitianos no tuvieron noticias de su existencia, a pesar de que se extendían rápidamente. Cuando la tuvieron y empezaron la persecución, poco pudieron hacer. Duarte huyó del país, Sánchez se escondió y se corrió la noticia de que había muerto. Al producirse en Haití la revolución llamada de la Reforma, los trinitarios la apoyaron, buscando así aliados en el enemigo. Al principio de 1844 los conspiradores se sintieron suficientemente fuertes y enviaron correos a todo el país anunciando la proximidad de la rebelión. Desde Curazao, Duarte escribió a sus familiares ordenándoles vender todas las propiedades y entregar el dinero a la causa. La enorme fe de aquellos hombres, una fe casi injustificada, es un ejemplo conmovedor y una lección enérgica para la actual generación dominicana.

Observando, al cabo de cien años, los hechos, parece increíble lo que aquellos hombres hicieron. Pues es lo cierto que en Santo Domingo no había aparentemente elementos

con que fundar y mantener, una república independiente. ¿Cuándo se ha visto formar una república en un país pobre, ignorante, casi despoblado, desligado del mundo? Se necesitaba un valor inapreciable para no temer el porvenir.

Los trinitarios no le temieron. Ordenada la rebelión, en la noche del 27 de febrero de 1844 salieron, de los lugares que circundaban la Capital, columnas hacia ésta. A media noche, la antigua Puerta del Conde, en las murallas de la ciudad, estaba repleta de conjurados. Ramón Mella disparó el primer trabucazo republicano; la nueva bandera trepó el mástil, y en medio de la oscuridad su blanca cruz resplandecía como un símbolo de esperanza. Como el fuego en un camino de pólvora, la rebelión se extendió velozmente a todo el país, y cuando, días después, el gobierno haitiano reaccionaba y enviaba dos poderosos ejércitos —uno por el Norte, sobre Santiago de los Caballeros, y otro por el Sur, sobre Santo Domingo—, los dominicanos estaban marchando, a pie y a caballo, hacia el Oeste, a defender su joven república. El 19 de marzo, los haitianos fueron vencidos en Azua; el 30 del mismo mes, en Santiago. La República Dominicana quedaba consolidada por el momento, pero tendría que luchar durante once años, en la frontera, para no parecer. Luchó y venció. Aun hizo más, porque veinte años más tarde lucharía también contra España, en la sangrienta guerra de la Restauración, y contra España iba a resultar vencedora; y en 1916 contra los norteamericanos, que la ocuparon durante ocho años.

Esas batallas por supervivir como república han ido aparejadas con un constante forcejeo por su libertad interior. Actualmente lo mantiene. ¿Quién duda de que al cabo logrará sus fines? Sólo los opresores, en todos los tiempos, ciegos para ver la realidad y sordos a las lecciones de la historia, son capaces de no comprender que un pueblo tan indomable tiene en sí mismo los elementos necesarios para

alcanzar cuantas victorias crea necesarias y cuantos fines se proponga. El fin que más persistentemente ha perseguido el pueblo dominicano ha sido su libertad.

Esta lección de los últimos cien años, la lección que debería aprender Trujillo; la que, por desdicha, tendrá que aprender un día entre sangre dominicana, lágrimas dominicanas, ruinas dominicanas. La aprenderán así él y todos los que, en el país y fuera de él, sostienen su régimen de oprobio, baldón del centenario de la República, que debería ser celebrado por el pueblo libre que soñaron los fundadores trinitarios.

La otra lección admirable que deja este centenario, ignorada también por la tiranía de Trujillo, es la actitud que, después de haber terminado la guerra con Haití, en 1855, mantuvo el pueblo dominicano hacia su vecino y antiguo dominador. Ningún resquemor quedó en la población de la nueva República hacia la de sus viajeros opresores. La convivencia domínico-haitiana —dos pueblos en apariencia antagónicos en una pequeña isla— fue siempre magnífica y enaltecedora, sobre todo para los dominicanos. La dictadura de Trujillo la manchó ordenando matanzas de haitianos y tratando de sembrar, después, el odio hacia Haití en el corazón del Pueblo.

En este secular aniversario de la República ¿qué sienten los dominicanos contra sus vecinos? Confiemos todos que la esperanza de seguir conviviendo cordialmente; una esperanza honda, acaso demasiado íntima, porque hacerla pública sería desatar las iras de Trujillo. Que ella llegue a ser realidad, habrá de constituir el silencioso, pero elocuente castigo de un pueblo al hombre que desvirtúa su genio nacional, que es generoso, humano, respetuoso de la libertad ajena, tanto como celoso de la suya.

UNA ISLA A LA DERIVA*

A la deriva por los mares de la historia, sin rumbo, sin destino, va Puerto Rico desde hace cuatro siglos y medio. Antes de que Antonio S. Pedreira empezara a descubrir que allí había pasado algo, los portorriqueños desconocían su propio corazón.

No hay experiencia más desconcertante que la de vivir en Puerto Rico. Al cabo de un año se siente lo mismo que el primer día: que la gente anda mareada. La impresión de ir bogando, deslizándose la tierra y los hombres y el mismo cielo por desoladas rutas marinas, es tan intensa que apenas puede describirse. Hay un clamor constante, mezcla de alarido de hambre y de música para la alta burocracia, mezcla de llanto y de cornetín que empapa en Puerto Rico todo el ámbito y le resuena a uno día y noche, hasta en la sangre más escondida. Es el mundo de ruidos de un buque crujiendo, cuyo fondo va lleno con emigrantes despavoridos —hombres, mujeres y niños que padecen hambre y sed y que se han enterado de que el barco ha perdido el rumbo y no dará con el puerto al que iba—, mientras el capitán y la alta oficialidad se embriagan y cantan, con un pasaje de primera enloquecido de fiestas, y gritan alegremente allá arriba, asustando más, empavoreciendo más a los que van abajo.

* *Gaceta del Caribe*, Año I, N° 2, La Habana, abril de 1944, pp.4-5.

Antonio S. Pedreira murió en pleno trabajo. Mientras el buque era arrastrado por corrientes ajenas, él luchaba, silencioso y hosco. Buscaba afanosamente una dirección. Con el corazón destrozado, pero duro, entró en las venas de Puerto Rico y sacó de allí lo que había. Tal vez no supo decir qué era aquello o cómo era. Mas resultaba conmovedor verle día y noche, cavando y cavando en pos de la historia. Pueblo amnésico, sometido a un coloniaje implacable como era el español, empezaba a modelarse cuando dio el encontronazo demoledor del 98 y quedó deshecho, olvidado del pasado, con cuatro siglos arrancados de cuajo a su memoria, sin saber, en una súbita sustracción de su conciencia, quién era y quién iba a ser en lo adelante. Antonio S. Pedreira murió cuando más falta hacía a su pueblo, justamente en el momento en que los viejos forjadores del alma portorriqueña, o sus mejores voces, si hemos de hablar en propiedad, empezaban a acudir, coléricos, a su patético llamado. Allí Hostos, batiendo el aire con una mano airada; allí Betances, clamando por una tumba en tierra propia; allí los ensangrentados mártires del 86. Todos le flanqueaban cuando su duro corazón de jíbaro se cansó y no quiso palpar más. A su muerte, a esa muerte nunca más inoportuna que cuando tendió sobre la diminuta isla el cuerpo magro de Antonio S. Pedreira, muchos hombres silenciaron, de pronto, aturdidos, con los ojos clavados en el aguerrido campeón que caía. Pero el clamor de los alaridos y el grito insultante del cornetín del *Escambron Beach Club* —danzas incesantes con música de jazz y apasionadas trigueñas de San Juan, junto al mar—, no cesaron ni se aplacaron siquiera. En medio del oleaje la isla al garette seguía derivando, llevada por corrientes poderosas e implacables.

Pocas veces, en esta porción del mundo que habitamos los americanos, se dio el caso de una casta dirigente más incapaz que la portorriqueña. A la burguesía boricua le hacía falta el

control político del país, porque sólo con él en las manos podía dirigir sus negocios. Pero no tuvo inteligencia para comprenderlo así ni valor para desearlo. Cuando Betances dio el Grito de Lares, en septiembre de 1868 —antes que Céspedes el de Yara, en Cuba— la burguesía portorriqueña se mantuvo sorda. Siguió sorda a la voz clamante del propio Betances, que predicó y luchó por docenas de años más. Estuvo hostilmente tapiada a la de Hostos, cuya lógica se embotó ante los burgueses coloniales de su isla. Siguió sorda y sigue sorda. Ha sido incapaz y cobarde. Cuando un portorriqueño o cuando un extranjero se duele, asombrados, de su irresponsabilidad, corren a los oídos de los *G-Men* y, aterrorizados, como si la muerte les corriera detrás, dejan caer allí la acusación: “Ese infame hombre quiere destruir por la fuerza al gobierno de los Estados Unidos en la Isla”. Los que están por encima de los *G-Men* vuelven los ojos y dicen: “Fulano de Tal, comunista”, olvidándose ligeramente de que en su patria se honra a La Fayette, que no era norteamericano y luchó por la libertad de la Unión, y negándose, incluso, a investigar si Fulano de Tal ha pretendido, en verdad, “destruir por la fuerza el Gobierno de Estados Unidos en la Isla”.

Pues hay muchos hombres en Puerto Rico y fuera de Puerto Rico que ni siquiera piden tanto: reclaman, tan sólo, que a la isla sin rumbo se le fije uno. El propio Hostos lo dijo tantas veces que casi llegó a ser una cantilena: o república independiente o Estado norteamericano. No había mal, a su juicio de moralista inflexible, en ser Estado de una Federación como la del Norte. Donde había mal era en no ser nada, ni colonia, ni territorio, ni Estado. Ser y no ser a un mismo tiempo es la tragedia de Puerto Rico; ser una nación, con un pueblo de cultura homogénea y de territorio bien delineado, nación en los hechos y no en la conciencia, es cosa que ni Hostos ni

nadie con sentido de la realidad puede admitir. Pues por ser nación en los hechos y no jurídica, política y económicamente, Puerto Rico es esa isla a la deriva, con tierra y mar y cielo y gentes, sin destino conocido y en medio de un alarido angustioso de todos los que la trabajan, mientras que los que la aprovechan danzan sin cesar, aturridos por una horrenda música de dólares tintineantes.

Las masas desposeídas de Puerto Rico fueron, en cambio, más perspicaces que su burguesía. Ellas, con menos ventajas inmediatas que buscar, vieron siempre claro y, desde fines del siglo pasado, corrían en tropel a reunirse en torno a cualquier bandera que significara independencia. Al principio esas masas eran campesinas y, por lo mismo, fáciles víctimas de los políticos, que las unían para explotarlas. Tan pronto las tenían agrupadas, los políticos, dueños ya de sus votos, decían con cómica compunción: “Señores, ahora es inoportuno hablar de independencia”.

Antes de que esta gran contienda entrara en los campos polacos recorrió la isla Luis Muñoz Marín, convocando a los hombres, a las mujeres, a los niños, a la voz de “Tierra y Libertad”. Campesinos y obreros acudieron a oírle. Le siguieron, impresionados por su extraño acento, mezcla de iluminado y de caudillo. Sopló el vendaval de la guerra y entonces Muñoz Marín dijo: “Ahora sólo tendréis la tierra: la libertad vendrá después, junto con la del mundo”.

¿Habrá aparecido, en el puente de mando del delirante buque, un capitán capaz de hacer cesar la orgía en el pasaje de primera y de calmar la despavorida sensación de total abandono en que yace el pasaje de tercera, que llora y clama allá abajo por un rumbo?

Excepto este capitán, nadie podría decirlo ahora a ciencia cierta. Pues tantos otros se dejaron embriagar por la música de los que bailan día y noche, que, aunque la fe no se seque,

sería imposible afirmar que uno más no hará lo [...]»* ese a Luis Muñoz Marín, y acaso por mandato de la historia que le hizo salir a predicar “tierra y libertad” cuando la guerra se desataba en Europa. Puerto Rico sigue siendo la misma isla flotante, deslizante, sin norte que era cuando, cuatro años atrás, él empezó a reclamar que se le diera la mano. Es ahora la misma isla perdida en el mar, sólo que va cruzando por medio del huracán más espantoso que recuerden los hombres.

Si al final de la tempestad su pueblo no ve un puerto donde anclar, es casi seguro que las clases que hasta hoy fueron carga pasiva en el vientre del crujiendo buque, los obreros y los campesinos dejarán de proferir alaridos de miedo y hambre allá abajo y subirán al puente de mando para hacerse cargo de la nave.

Porque ningún pueblo consiente andar así, a la deriva, mareado, loco, enfermo de desorientación, pudriéndose en el caldo de sus propios sueños y de sus justas esperanzas. Ningún pueblo lo consiente por toda la vida, pues sólo los locos sin remedio se resignan a morir, a enterrar consigo la fe y el ardiente deseo de un porvenir mejor, sin hambre, sin pavor, sin salud. Ningún pueblo, y menos aquél que ha querido todo eso durante cuatro siglos y medio, sin haberlo obtenido jamás.

* Una mancha en el original impide que se entienda(n) la(s) palabra(s) entre corchetes (N. del E.).

UNA MENTIRA MÁS*

Sobre la montaña de mentiras que ha acumulado la dictadura de Rafael L. Trujillo para esconder a los ojos de América la realidad dominicana, ha puesto ahora una más: la de una fermentada *Confederación Dominicana del Trabajo*. Este engendro ha nacido en el despacho de un señor llamado Paíno Pichardo, secretario del dictador y hombre sin escrúpulos privados o públicos, que ha asesinado por sus propias manos a enemigos del régimen y se ha enriquecido a expensas del Pueblo.

Recientemente, la falsa *Confederación Dominicana del Trabajo* publicó un folleto dirigido “a los obreros de América”, en el cual sólo se hace una cosa: elogiar desmedidamente a Trujillo y denostar a los que combaten la tiranía dominicana. El folleto fue editado en julio de 1944. El día 7 de ese mes fue hecho preso en Santo Domingo un obrero luchador, Freddy Valdez. Su culpa fue querer organizar un movimiento obrero libre en la República Dominicana. Hasta ahora, mediados de septiembre, no se ha sabido palabra de Freddy Valdez, y sus familiares no han podido averiguar si todavía está preso o si fue asesinado ya en las cárceles de Trujillo. El “mensaje” de la supuesta *Confederación Dominicana del Trabajo* pasa por alto tal circunstancia. ¡Valientes

* *Gaceta del Caribe*, Año I, N° 7, La Habana, septiembre de 1944, pp.10-11.

compañeros son los que firman, cuando ni siquiera se preocupan por saber qué suerte ha corrido un militante leal del movimiento obrero de su país!

La burda mentira de la dictadura se ve de inmediato, en el caso que tratamos, leyendo las firmas del folleto. En la página 10 firma como Secretario General de la organización un señor Julio César Ballester; y resulta que en otro lugar de la misma página, perdido entre los nombres de los que forman la Federación Local, está otra vez el nombre del Sr. Julio César Ballester. Igual sucede con un tal Ramón Calderón Jiménez y con un tal Valentín Evangelista. De donde se saca en conclusión que Trujillo no dispone de muchos hombres a los que confiar los cargos de la fermentada Confederación.

En el folleto no se dice —¡qué casualidad!— que mediante un *úkase* están prohibidas las huelgas en Santo Domingo, ni se mencionan las víctimas de La Romana, los catorce ahorcados, a quienes se acusó de participar en un movimiento de huelga que tenía por finalidad alcanzar un jornal mínimo de 40 centavos para los trabajadores del azúcar; no se alude al reclutamiento de campesinos, hecho con el ejército, y que son forzados a trabajar en los centrales del Este por 25 centavos diarios, ni se protesta por la terrible ley de vagos que acaba de dictar el Sr. Trujillo, destinada a facilitar la extensión del trabajo forzado en las propiedades y en las fábricas privadas del “benefactor” mediante el uso de las tropas que pueden considerar “vago” a cuanto ciudadano se les antoje y obligarlo a trabajar donde les plazca. Todo eso se silencia. Se silencia la trágica situación de las masas pobres en la capital del país, cuyas calles no pueden transitar los que no dispongan de zapatos, aunque sean niños de seis o siete años. Esta última disposición, tomada para impresionar bien a los visitantes, obliga a los niños pobres a mantenerse todo el día sin salir a la calle, y es frecuente ver en Santo Domingo a las pequeñas

criaturas caminar con zapatos de hombre: son los del padre, utilizados cuando a su vuelta al hogar aquél se despoja de ellos... ¡Tanta es el ansia de ver cielo que tiene la infancia dominicana!

El folleto de marras no habla de eso. Dice fríamente que jamás hubo —excepto ahora, bajo la “benévola tolerancia” del dictador, desde luego— movimiento obrero en la República Dominicana, y olvida que Trujillo destruyó la *Confederación Dominicana del Trabajo* mediante el uso eficaz de las ametralladoras, puestas a funcionar ante las manifestaciones obreras que se opusieron al tirano. Los firmantes del folleto parecen ignorar que hay abundantes colecciones de periódicos dominicanos, anteriores a la era del dictador, en los cuales consta profusamente todo eso que ellos niegan.

Pero ocurre con esta mentira lo que con todas: no puede mantenerse. Cuando más entusiasmados están los defensores de Trujillo, hablando de “este peñón heroico del Caribe” y de otras sandeces que nada tienen que ver con el movimiento obrero, se acuerdan de nosotros y afirman “que no serán los políticos ambiciosos e individualistas que combaten al presidente Trujillo desde tierras extranjeras, por motivos personales y de privilegios de casta, los que podrán tergiversar” la actitud de tan frenéticos amigos del dictador. Un poco antes nos llaman “reaccionarios de nacimiento y a perpetuidad”, olvidándose que en un folleto anterior nos combatían acusándonos de “comunistas”, “ácratas” y “socialistas”. La contradicción no les importa ni tienen que ver con ella; al fin y al cabo no son los culpables de tales contradicciones, ya que el folleto no fue redactado por ellos, sino por el Sr. Paíno Pichardo.

Lo importante es que esos falsos obreros reconozcan que hay “políticos combatiendo desde tierras extranjeras” al régimen de Trujillo, con lo cual lanzan la peor acusación que

puede hacerse a dicho régimen. Si somos políticos ¿qué hacemos en el exilio? ¿Se concibe un político actuando lejos del pueblo en el cual necesita vivir para lograr sus fines? ¿Por qué hay dominicanos fuera de su país en calidad de desterrados? ¿Qué hacemos nosotros malgastando nuestros mejores años, nuestras energías, nuestros entusiasmos fuera de la patria?

La piedra de toque de un régimen cualquiera es ésta. Hoy no hay en América exiliados venezolanos, cubanos, guatemaltecos, salvadoreños; los hubo sin embargo mientras gobernaron Gómez, Machado, Ubico, Martínez. Por la hoya del Caribe deambulan nicaragüenses, hondureños y dominicanos; estamos seguros de que no deambularán más un día después de que hayan sido derrocados Somoza, Carías y Trujillo. Estamos fuera de nuestro país porque en él no se disfruta de libertad alguna. No es posible pensar en Santo Domingo; mucho menos es posible actuar. Si en la República Dominicana hubiera, como aseguran los firmantes del *Mensaje a los Obreros de América*, una organización libre de trabajadores, habría libertad de expresión y de acción política, pues no se concibe régimen alguno que ofrezca garantía de libertad para una sola manifestación de la actividad social. Sin libre prensa no puede haber libre movimiento obrero; sin libre expresión, para hacer manifestaciones, protestas, huelgas, propaganda, no existirá jamás, en parte alguna de la tierra, posibilidad de libre movilización de los trabajadores. Sin libertad política no puede concebirse la libertad sindical, pues ¿cómo se exterioriza ésta si un sector de la opinión pública no lleva su voz hasta los poderes del Estado, el Parlamento, el Ejecutivo, el Pueblo mismo? Y si los dominicanos disfrutaran de esas libertades, ¿se explicaría que millares, cientos de sus líderes entre ellos, estuvieran en el exilio?

¡No, miserables embusteros, estuviéramos ahí haciendo buen uso de esas libertades, por limitadas que fueran, pues mucho más haríamos laborando dentro del país, junto al Pueblo,

aunque fuera con escaso margen de acción, que lo que hacemos desde el destierro, comunicándonos sólo con las organizaciones clandestinas sin poder hacer llegar a las grandes masas nuestra voz!

El régimen de censura que padece Santo Domingo es de naturaleza inconcebible. Si alguno de sus enemigos habla por radio desde un país cercano, la radio es interferida; todo periódico que lleve la firma de un dominicano combatiente por la libertad, es quemado, aunque el tema que trate nada tenga que ver con lo que sucede en los predios de Trujillo. Excepto la correspondencia subterránea con los hombres del movimiento secreto, los exiliados dominicanos no pueden tener contacto alguno con el país ¡ni siquiera con sus familiares! Los ataques de que son víctimas por parte del dictador y de sus compinches no pueden ser respondidos allí mismo.

Prolongado durante catorce años, este aislamiento mental, este destierro del mundo circundante ha acabado dándoles al dictador y a los suyos una idea falsa de la realidad americana; la deformación interior les ha deformado el ámbito exterior. De ahí que crean fácil engañar a América con las mentiras que sus enfermos cerebros elucubran para cerebros enfermos también; de ahí que hayan urdido ese engendro que se llama Confederación Dominicana del Trabajo, ignorando que ellos mismos se encargan de mostrar ante América la falsedad de tal organización. Prueba al canto: el *Diario de la Marina* publicó hace poco fotografía del acto de fundación de la mencionada Confederación. El acto se daba en un teatro; había algunos cientos de obreros sentados en las lunetas. En el escenario, donde lógicamente debían tener asiento los directores de la flamante institución, muellemente colocados en grandes sillones, aparecían el Sr. Paíno Pichardo, Secretario de Estado de la Presidencia, otros tantos ministros, unos cuantos generales llenos de rutilantes medallas y en el centro, ocupando un trono

dorado, cuidadosamente colocado para presidir aquella farsa, se veía el retrato del “benefactor” Rafael L. Trujillo. No estaba en la pared ¡sino en una gran silla, señores!

Pues en Santo Domingo hay que rendir homenaje a la efigie del dictador, que toma en figura el asiento central en todo acto, igual que los antiguos señores absolutos o que Adolfo Hitler, ante cuyo retrato debe hacerse el saludo del brazo en alto y gritar desaforadamente. “¡Heil Trujillo!”, digo, “¡Heil Hitler!”.

No es fácil engañar a América. La realidad dominicana es demasiado cruda, sangrienta, burda, para esconderla tras una montaña de mentiras. Los millares de dólares gastados en propaganda exterior pueden aprovechar a la empresa editora de los periódicos que como el *Diario de la Marina* se prestan a publicar fotos tras fotos de Trujillo y de los suyos. Pero no aprovechan al dictador. Como no es posible mantener la mentira, en esas mismas fotos y en la frecuencia e inexplicable manera de producirlas hallan los pueblos americanos la explicación de la verdad dominicana. En folletos como el que comentamos está implícita la realidad, pues ¿publican acaso las confederaciones de trabajadores de Cuba, de México, de Colombia, de Costa Rica, “mensajes” encaminados a convencer a los demás pueblos de que existen?

Lo que vive está vivo por sí mismo y no requiere proclamación. Si en Santo Domingo hubiera una Federación Dominicana del Trabajo, todos los trabajadores de América lo sabrían desde hace mucho tiempo. No lo sabían, y ahora, ante el folleto que publicó la Secretaría de la Presidencia y que se pagó con fondos de ese departamento; ante ese folleto que empieza por llevar en su portada el consabido marchado de *Ciudad Trujillo*, los obreros del Continente se encogen de hombros y dicen llenos de cólera:

—Una mentira más del tal Trujillo, el tirano que asesina a nuestros hermanos en la República Dominicana.

QUISQUEYA LIBRE

EL DÍA DE UN PUEBLO; EN PRADO 615*

Con un público que atestaba el amplio salón de actos de la Federación de Trabajadores de Plantas Eléctricas, Gas y Agua, se inició, a las diez de la noche del domingo 27 de febrero pasado, el hermoso acto que la Federación ofrecía en nombre del pueblo de Cuba, al hermano pueblo dominicano, que conmemoraba en tal fecha el primer centenario de la fundación de su república.

Era conmovedor advertir cómo, libre, espontáneamente, la gente que acudió al acto daba fe de su amor a la causa de la libertad dominicana y de su repudiación a la dictadura de Trujillo. Pues ese acto, homenaje de pueblo a pueblo, tenía en sí un contenido de alto valor americano, popular y democrático; en él tomaban parte distinguidos líderes dominicanos exiliados a causa de la tiranía que no pudieron conmemorar en su país, como lógicamente debió ser, la fecha magna de su patria; en él se habló, por cubanos y dominicanos, con una ancha y emocionada voz democrática que no puede ser dicha

* La siguiente crónica, relativa a la celebración en La Habana del primer centenario de la República Dominicana, apareció firmada por Juan Bosch, en la Revista *Lux*, órgano de la Federación Sindical de Plantas Eléctricas Gas y Agua de Cuba. La reproducimos porque la consideramos la mejor de las numerosas crónicas que sobre ese acto publicó la prensa habanera (Nota de *Quisqueya Libre*).

Quisqueya Libre, Año I, N° 1, La Habana, abril de 1944.

hoy en la tierra de Máximo Gómez; en él, para resumir, estuvo presente el alma dominicana libre de trabas odiosas, proclamando, sin miedo y sin límites, toda el ansia progresista y liberal luchadora de un pueblo que ha combatido gallardamente, durante cien años, unas veces por su independencia y otras veces por su libertad interior.

Flameaban en el salón las banderas de las repúblicas americanas, la de Rusia, Inglaterra, la Francia libre, China y Estados Unidos; al fondo, sobre un horizonte rojo y azul, cuyo eje era la estrella solitaria del pabellón de la patria cubana, se veía un retrato, tamaño natural, de Máximo Gómez, el dominicano que fue generalísimo del Ejército Libertador, orlado por las banderas de su lar nativo y de Cuba; rodeándolo, arriba, Martí y Maceo, abajo, Stalin y Chiang-Kai-Shek, Churchill y Roosevelt. Estaba alegre y solemne a un tiempo el hermoso salón de actos de la Federación; gracias, sobre todo, a la dedicación, al amor con que se dieron a componerlo Chirino, Bustos y Muñoz, que trabajaron con un entusiasmo que denotaba cómo se quiere en Cuba a ese pueblo heroico y desdichado que es el dominicano.

A la hora de empezar, ocuparon la tribuna dominicanos y cubanos ilustres; el general Loynaz del Castillo, de quien dijo en su discurso este servidor de Uds. que, “como Máximo Gómez, había nacido en tierra dominicana y había sido forjador de historia en Cuba”, el Presidente de la Unión Democrática Antinazista Dominicana, “símbolo vivo de valor civil y de amor a las libertades”, Dr. Romano Pérez Cabral: cuyo nombre, cuando fue dicho por nosotros, levantó una tempestad de aplausos, señal de la estimación que ha ganado aquí, el Dr. Salvador García Agüero, Representante a la Cámara por el Partido Socialista Popular, orador de los cinco que tomaron parte, cuyo admirable discurso, demostrando que cubanos y dominicanos eran hijos de una misma patria y que no hay

patria allí donde la libertad ha sido ahogada, fue una de las más conceptuosas bien dichas y elevadas piezas oratorias oídas en largo tiempo en el salón de la Federación o en otro alguno de Cuba; Ángel Cofiño, el querido dirigente de los trabajadores eléctricos cubanos, a quien tocó abrir el acto con unas cálidas, vivas palabras de homenaje a Santo Domingo, que dieron desde su inicio la tónica del acto y su significado de ayuda franca y de fraternal solidaridad con la causa del explotado y bárbaramente sometido pueblo hermano. Estaban allí también el Dr. Juan Isidro Jimenes-Grullón, veterano luchador dominicano, a quien tocó hacer el resumen del acto con un análisis serio, a fondo, de la frustración que se ha dado, a lo largo de los cien años de vida de la República Dominicana y una exposición de la dura y honrosa tarea que espera al Partido Revolucionario Dominicano; allí Nicolás Guillén, voz apasionada del pueblo cubano, el poeta admirable de las masas cubanas, que es tanto como decir de las Antillas; allí Luis Felipe Rodríguez, el notable escritor y el Dr. Mainardi Reyna, uno de los tesoreros, infatigables dirigentes del Partido Revolucionario Dominicano, luchador que ha padecido en la propia carne la represión de la dictadura “trujillista”; allí también el coronel Alexis Liz, como Mainardi y Jimenes-Grullón, de la dirección del Partido Revolucionario Dominicano, duro y altivo y capaz peleador por la libertad de su pueblo, cuya actitud en Santo Domingo y en el destierro han hecho de él un símbolo de lo mejor de la dominicanidad.

La multitud que asistía al acto había sido obsequiada con folletos publicados por la Unión Democrática Antinazista Dominicana —*El hombre que se proclamó igual a Dios, Trujillo es un nazi, La propaganda de Trujillo, América contra Trujillo, Dos actitudes ante el caso dominico-haitiano*—. La Mil Diez había montado sus micrófonos para trasmitir el acto a toda América, y sobre todo a Santo Domingo, donde miles de

hombres y mujeres, de los que luchan en la sombra por la libertad, oían las palabras libres de sus hermanos dominicanos y cubanos y recibían el aliento poderoso que significaba el acto para los que en la tierra sometida al terror combaten a la dictadura.

En medio de aplausos calurosos, tras anunciarla el locutor de Mil Diez, se sentó al piano la Dra. Graciela Heureaux, una cubana hija de dominicanos de vieja prosapia histórica. Nadie como ella, que lleva en sí las dos patrias, podía tocar al piano los himnos de Cuba y de la República Dominicana. Lo hizo. El público, agradeció con entusiasmo su intervención. Entonces se levantó Ángel Cofiño, entre ensordecedores aplausos de la concurrencia, y habló en nombre de Cuba, ofreciendo el acto. Habló después, en su condición de Secretario General de la Unión Democrática Antinazista, el autor de estas líneas, para recibir el acto a nombre de esa organización y del pueblo de Santo Domingo y para agradecerlo en nombre del Presidente de la UDAD, el Dr. Romano Pérez Cabral. Artistas de la Mil Diez intervinieron entonces. Sus voces de artistas del pueblo se asociaban a la generosa actitud de los cubanos de la Federación de Plantas Eléctricas, Gas y Agua. La gratitud de los dominicanos les alcanza y algún día tendrá la demostración que la acredite.

Fue entonces cuando le tocó su turno a nuestro querido Ángel Miolán, el hombre a cuya consagración se debía, en gran parte, la hermosa fiesta, porque se había dedicado día y noche a organizarla y porque, gracias a su sinceridad revolucionaria y al amor con que toma sobre sí las tareas que le encomiendan los trabajadores, sean cubanos, sean mexicanos, sean dominicanos —pues él, ejemplar cabal de dominicano del mundo, se considera en deuda con todos los hombres de todos los países—, se ganó desde que llegó a Cuba procedente de México, el aprecio de los dirigentes de la Federación de Plantas Eléctricas, cuyo

amor a la causa de la libertad de estos pueblos sólo necesitaba la presencia de un luchador dominicano como Miolán, para hacerse patente en hechos. Habló Miolán sobre todo para los miembros de nuestro Partido en Santo Domingo, y expresó vivamente cuánta fe tenía él, tenemos nosotros y deben tener nuestros compañeros de partido. La generosa ayuda que nos está prestando la gran masa continental y, sobre todo, la cubana. Su voz penetró, sin duda, alentadora en el corazón dominicano y le dio fuerzas para continuar la lucha.

¿Y García Agüero? García Agüero, “el primer orador cubano de hoy”, como le llamó en su resumen el Dr. Jimenes-Grullón, se levantó en medio de un trueno de aplausos. Poco puede decirse de su discurso, puesto que lo que él dijo fue tan hermoso, tan elevado, que su comentario no resiste adjetivos. Los dominicanos que desde la patria esclava le oían tienen que haber agradecido, desde su hambre de conceptos justos, el discurso de García Agüero como pocas cosas habrán agradecido en muchos años. Esa singular pieza oratoria se conservará. La conservaremos los dominicanos, y acaso algún día nuestros hijos y nuestros nietos la leerán en las escuelas, porque ella sola, enfrentada a los numerosos volúmenes de grotescos discursos del dictador, puede señalar a los historiadores del mañana dónde estaba la verdad. Un hombre que haya producido los altos conceptos que produjo, tan hermosamente, esa noche García Agüero, tenía que estar, necesariamente estuvo, cuando así habló y como lo ha estado siempre, de parte de la justicia y de la verdad. Para cerrar el acto habló Jimenes-Grullón. Este veterano luchador, que sacrificó en Santo Domingo su carrera de médico y el bienestar de los suyos, que padeció el martirio en las cárceles “trujillistas” y está librando desde el exilio la batalla de la libertad de su patria, habló, sobre todo, para los hombres de nuestro Partido en el país y les dijo cuál era su deber en esta hora. Ampliando las palabras del autor de estas líneas quien

dijo en su discurso que el Partido Revolucionario Dominicano tenía que cumplir la tarea de lograr la patria democrática que habían querido levantar los fundadores de la república, el Dr. Jimenes-Grullón explicó que era deber del Partido forjar para nuestro pueblo una democracia enriquecida por la concepción social de la democracia actual. Con una sentida evocación a los padres de la patria cerró su discurso.

La concurrencia se levantaba. Volviendo los ojos, vimos los grandes letreros que ornaban el salón; a un lado, el nombre de la “Unión Democrática Antinazista Dominicana”, al centro, la consigna universal de los buenos luchadores —“Contra las tiranías nazifascistas de Europa, Asia y América”: al otro extremo el lema del PRD: “Por el triunfo de la democracia en la Patria y en el mundo”. Y mientras la multitud descendía por la escalera de la acogedora casa de Prado 615, donde tienen su hogar los sometidos de cualquier parte, una cálida, conmovedora ola de emoción iba ganándose, desde lo hondo del corazón, todo el cuerpo.

Pues lo que acababan de hacer, esa noche, los hombres que mantienen poblado de amor a la causa de los oprimidos, el caserón de Prado 615, era hermoso, era estimulante, era un anuncio de todo lo que espera a nuestros pueblos cuando sus trabajadores puedan ponerse a la par con esos que dirigen y sostienen la Federación de los obreros eléctricos, de agua y luz de Cuba. Y nosotros pensábamos en el brillante día de la libertad dominicana, aquél en que sus luchadores puedan mostrar a los cubanos una clase trabajadora, tan consciente y bien dirigida.

Envío

Ángel Cabrera y Ángel Cofiño: Uds. dos son, más que nadie, responsables de la deuda enorme que nosotros los dominicanos, hemos contraído con el hogar de Prado 615; el primero por la cálida simpatía con que acogió la idea del acto; el

segundo, por el respaldo que le dio, desde su alta dirección y con la enorme autoridad de su presencia. Yo sé que, como todos los luchadores honrados, a la hora de recoger esa deuda no serán Uds. los que lo hagan. Perdonen desde ahora si los dominicanos no la cubrimos. Pues esa deuda es, para nosotros, una fuente de orgullo. Deber algo, a nombre de la Patria, a hombres como Uds., es honroso y es estimulante. Lo consignamos así, seguros de que Uds. así lo comprenderán.

Belisario Heureaux: A ti, vivo símbolo de la dominicanidad, te escojo para enviarle esta crónica, por tu medio, al pueblo dominicano. No estuviste presente en el acto debido a que te hallabas enfermo. Pero todos nosotros sabemos dónde estaba tu corazón, y lo sentíamos palpitar en cada frase que se dijo. Si treinta años de alejamiento de la patria sólo han servido para hacerte más dominicano cada día, mejor dominicano cada vez, enseñándote a amar todo lo bueno de Cuba y del mundo y desearlo para nuestra tierra, ¿no eres tú el más idóneo canal para rendir en ti la crónica de este acto a todos los dominicanos? Yo lo creo así y así lo hago, con devoción y afecto.

¡A UNIRNOS, COMPAÑEROS!*

Como una orden que estamos en el deber de cumplir sin dilaciones, más que como un llamado dirigido a convencernos, nos están llegando del país urgentes peticiones de unidad en el movimiento democrático dominicano exiliado. Los hombres que están manteniendo dentro de la gran cárcel que es el país la lucha por la liberación del pueblo, reclaman de los que ganaron tierra extranjera que formen un frente único, compacto en pensamiento y en propósito, a fin de que la acción libertadora no nos sorprenda dispersos y resulte nuestra dispersión perjudicial en el momento crítico de nuestra lucha. Ellos tienen razón. Como dos ejemplos convincentes, tenemos a los casos de Bolivia y de El Salvador: los que derribaron la dictadura de Peñaranda han tenido obstáculos exteriores graves; los que echaron al suelo a Martínez, no. Los primeros no se cuidaron de lograr la unidad de todos los que deseaban la caída de Peñaranda; los segundos formaron una fila cerrada con cuantos salvadoreños combatían por el derrocamiento de Martínez.

Los tres principales núcleos de dominicanos exiliados están tratando, y complace reconocerlo así, de llegar a un acuerdo unificador. Son esos grupos, en primer lugar, por ser mayor su número, los miembros del Partido Revolucionario Dominicano en el exilio; en segundo lugar, la Unión Patriótica

* *Quisqueya Libre*, Año I, N° 2, La Habana, mayo de 1944.

Dominicana; en tercero, los antitrujillistas no agrupados en organización. Los refugiados en Cuba pertenecen, en su totalidad, al Partido Revolucionario Dominicano; los refugiados en Estados Unidos han llegado a un acuerdo, materializando en el Comité pro Frente Unido Dominicano, y los acogidos a la hospitalidad venezolana acaban de anunciarnos que han logrado la unidad mediante la formación de la Unión Democrática Dominicana, en la que están representados los tres núcleos. Queda, pues, por ganar para la unificación, la colonia dominicana residente en Puerto Rico, ya que en México, lo mismo que en Cuba, no hay división alguna.

Las organizaciones del Partido Revolucionario Dominicano en Puerto Rico no han economizado medios de llegar a un acuerdo con la alta dirección de la Unión Patriótica Dominicana, que está en aquella isla y cuya presencia en las filas de los dominicanos unidos ha sido tan deseada por todos. Esa alta dirección de la URD ha dicho, repetidas veces, que desea la unidad. ¿Por qué, entonces, la unidad no se logra allí? ¿Es posible que a un movimiento patriótico indispensable, reclamado día tras día por un pueblo al cual nos debemos, no se pueda llegar descargados de todas las reservas que lo retardan?

Sí, es posible. Lo quieren unos y otros, pero unos y otros parecen no comprender que no basta con querer; es preciso hacer. Los hombres que están manteniendo la lucha contra el dictador dentro del país son demasiado perspicaces para no darse cuenta de que ellos no deberán desencadenar una acción decisiva mientras no estén seguros de que toda la emigración, sin que uno solo de sus miembros actúe en contrario, respaldará lo que se haga y encaminará hacia el movimiento su ayuda, en vez de obstaculizarlo combatiéndolo. Por otra parte, ellos saben también —y lo saben mejor que nadie, porque están allí y contemplan cada día las graves heridas que padece la patria— que la república va a necesitar el esfuerzo

unido de todos, el amor de todos, el acuerdo de todos para que todos podamos socorrerla cuando haya sonado la hora de reconstruirla sobre bases de democracia y libertad. La república va a quedar exhausta, débil, exprimida, una vez que haya hecho ese esfuerzo que debe hacer para libertarse de la dictadura; y tras tantos años de odio y crimen, ella necesitará de concordia y paz de justicia y amor. Tendremos que darle eso, si no queremos perderla, hundiéndola en una sima de rencores y luchas estériles semejante a aquella en que se hundió a la caída de Ulises Heureaux.

Es preciso, pues, que pensemos en la unidad, en una unidad perdurable, tan prolongada como haga falta para el bien de la patria. Y esa unidad debe empezar ahora, cuando la lucha libertadora la reclama y cuando el pueblo nos la pide tan urgente y angustiosamente. ¡A unirnos, compañeros!

CÓMO SE VIVE EN LOS CENTRALES DOMINICANOS*

El proletariado campesino dispone de tierras en que cosechar los productos que forman la base de su alimentación, pero el proletariado industrial no dispone de ella. Además, en las regiones agrícolas, exclusivamente agrícolas, hay bajos precios para los productos del suelo debido, entre otras razones, a su abundancia; pero en las regiones industriales, la del azúcar, por ejemplo, esos productos del suelo alcanzan precios que están muy por encima de la capacidad adquisitiva del proletario. La manera como es explotado el trabajador de los centrales está expuesta en la novela *Over* de Ramón Marrero Aristy, actualmente uno de los intelectuales al servicio de la dictadura; antes de ser escritor, este novelista trabajó en el departamento comercial de uno de esos centrales y más tarde refirió sus experiencias en dicho libro. He aquí el mecanismo explotador:

En los terrenos de la compañía no se admiten más tiendas de víveres, ropas, efectos de trabajo y medicinas, que las de la propia compañía. Esto ocurre, desde luego, en todas; y como la suma de las empresas foráneas ocupa extensiones de tierra que cubren varios miles de kilómetros cuadrados, hay regiones pobladas intensamente, especialmente en la época de la zafra, que allí es bastante más prolongada que en Cuba, donde los únicos lugares en que pueden comprar los jornaleros

* *Quisqueya Libre*, Año I, N° 3, La Habana, junio de 1944.

son esas tiendas mixtas. Los jornales son pagados en vales y los vales se aceptan en tales tiendas, precaución inútil, puesto que aún con dinero en efectivo nadie podría comprar en otra parte. De paso conviene advertir que, siguiendo una modalidad que rige todos los aspectos de la vida dominicana, hay una ley prohibiendo el pago en vales, pero la tal ley es sólo un instrumento de chantaje puesto en práctica por Trujillo para mantener suspensa una amenaza sobre la cabeza de los funcionarios azucareros. Esa ley, como todas, absolutamente todas las leyes que parecen beneficiar a los obreros, no sólo no se cumple ni jamás se ha cumplido, sino que la sola mención de ella por algún obrero que desee ejercitar su derecho se toma como un insulto imperdonable.

Con sus vales en mano, los jornaleros llegan a comprar lo que necesitan. Atiendan Uds. ahora qué ocurre allí, dentro de la tienda mixta del central. El encargado del establecimiento, siempre un hombre solo para todos los menesteres, recibe cada semana o cada quince días o cada mes, una cantidad determinada de provisiones; como carece de romanas, debe aceptar por 100 libras el saco de arroz o de azúcar que le dicen tener 100 libras, por 100 yardas, la pieza de tela que le dicen tener 100 yardas. El encargado está obligado a vender al precio que le facturan; de manera que si el quintal de arroz le ha sido facturado en \$5.00, el jornalero debe obtener una libra de arroz por cinco centavos. El encargado de la tienda tiene un sueldo de \$30.00 mensuales por trabajar 14, 16 y más horas; debe dormir en el establecimiento y está obligado a pasar mensual o trimestralmente un balance, en el cual no puede sobrar ni faltar un centavo; en caso de aparecer alguna cantidad en efectivo o en productos sobrantes, el encargado es despedido por “haber robado” a los jornaleros: en caso de aparecer de menos, es despedido y llevado a la cárcel por “haber robado a la compañía”. Nadie puede escapar a esta rígida,

terrible disciplina que aterroriza a esos nuevos prisioneros del sistema de explotación puesto en práctica con el respaldo de Trujillo, en la República Dominicana. El pavor de un encargado a que le sobre o le falte algo en un balance es tal, que se han dado numerosos casos de suicidio.

Ahora, bien, a poco de estar al frente de una de esas bodegas, un encargado empieza a darse cuenta de algo monstruoso: ningún quintal tiene 100 libras; ninguna medida es correcta; los \$30.00 que gana no le bastan a subvenir sus necesidades más perentorias. ¿Qué hacer entonces? No hay más que una salida: robar a los jornaleros, quienes compran así 12 onzas por una libra. Al principio esto se hace para balancear las pérdidas habituales en una tienda: el queso dañado por las ratas, el petróleo salido de una lata, la botella de ron rota... Porque conviene advertir que la compañía no admite pérdida alguna y cuanto accidente haya va a la escuálida cuenta del encargado... Pero después se hace para comer un poco mejor, porque con \$1.00 diario no se puede pagar una cocinera y cocinar buen arroz, buena carne... Más tarde se roba ya descaradamente a los jornaleros para ir a alguna fiesta los sábados, para jugar o simplemente para guardar dinero, pues salir con dinero de tan original ergástula moral es lo único que justifica una vida en medio del cañaveral, sin trato alguno con medios sociales civilizados; sin cine, sin bibliotecas, sin escuelas.

De esa manera el jornalero es el juguete de un plan de extorsión que supera a cuanto haya podido imaginar, siquiera, el régimen esclavista. Una feroz policía privada de los centrales recorre continuamente las tierras, sobre todo en las cercanías de los galpones en que viven miserablemente los jornaleros, en busca de la menor señal de una siembra que no sea de caña. Un solo bejuco de boniato (batata, allá) provoca procesos inquisitoriales de parte de esa policía y es arrancado violentamente donde se le encuentre. Ningún jornalero puede

aprovecharse de las tierras de la compañía para mejorar su alimentación. Ni su alimentación ni otra cosa. No hubo manera, por ejemplo, de obtener que el Central Romana concediera dos metros de terreno para que los vividores de un poblado llamado Guaymate pudieran fabricar sus letrinas. El poblado, ya establecido cuando llegó hasta allí el latifundio, fue respetado, pero las alambradas de la compañía pasaban exactamente junto a las puertas traseras de las casas y los habitantes del lugar sólo podían desahogarse en plena carretera, que era la única calle. Ni siquiera la invocación de la niñez, que necesitaba espacio para sus juegos, pudo conmover a los señores amos de aquella región.

El central que habitualmente se ve en Cuba no tiene nada de común con el dominicano, como no tienen nada de común el colono de aquí y el de allá. Desde que se entra en la región de la caña la vista no alcanza otra cosa que los mares de la dulce gramínea. Todos, absolutamente todos los árboles han sido echados al suelo. Esos graciosos palmares que en Cuba adornan el cañaveral, han sido talados en Santo Domingo.

Cuanto hay en ellos es propiedad de la compañía y la compañía no se aviene a la menor concesión. En millares de kilómetros cuadrados, sobre todo en la región oriental que es la que más azúcar produce, no se encuentra un miserable conuco. Los colonos no son, habitualmente, propietarios de tierra, sino simples arrendatarios de trabajo; es decir que un colono es allí un hombre que se encarga de hacer producir caña a tal extensión, por tanto dinero que le pagará la compañía. Este sistema es muy conveniente para mantener dividida la responsabilidad, asegurando un mínimo de pérdidas —pues los colonos se empeñan en explotar hábilmente a los jornaleros para quedarse ellos con algún beneficio— y para mantener una especie de burguesía rural criolla de la cual servirse para fines políticos y de otra índole.

En medio de esos océanos de caña los productos de la tierra cuestan infinitamente más caros que en el resto del país. Los \$0.52 que gana, en promedio, un empleado o un obrero, no alcanzan para subvenir a las más elementales necesidades. La consecuencia es un aumento gradual y alarmante de las enfermedades por desnutrición y malas condiciones de vida, y de la mortalidad.

CARTA A TRUJILLO*

La Habana,
26 de julio de 1944.

Señor Rafael L. Trujillo,
Dictador de la República Dominicana.

Señor Dictador:

He recibido hoy un cable de mi padre en el cual me dice que se halla en su hogar. Interpretando de la manera más benévola para Ud. el sentido de las palabras que pueden ser usadas en el país, las de mi padre significan que está ya en libertad.

Con ser buena, esa noticia no me tranquiliza del todo. Conozco sus métodos, Sr. Trujillo. Sé que Jesús María Patiño y Rigoberto Cerda —para mencionar sólo dos nombres— desaparecieron misteriosamente después de haber sido indultados por Ud. con bombos y platillos; sé que Tomás Ceballos Martínez, del mismo grupo, murió poco después apuñaleado por un desconocido; sé que un pastor protestante norteamericano fue acuchillado en su casa por el delito de haber enviado al exterior un año antes las primeras noticias sobre la matanza de haitianos, y que hubo quien se declarara culpable de esa muerte, achacando el crimen a razones

* *Quisqueya Libre*, Año I, N° 4, La Habana, julio de 1944.

deshonrosas para la víctima; sé que igual método se puso en práctica con el general Tancredo Saviñón. Y paro de contar, por no hacer esta carta interminable.

Como todos mis compatriotas, tengo la convicción de que en la República Dominicana no se hace ni puede hacerse nada sin consentimiento suyo. Usted es el amo de la tierra, los árboles y los seres que la pueblan, y el aire que la rodea. A usted, pues, es a quien debo decir lo siguiente: Lo consideraré responsable por cualquier perjuicio de índole económica, personal o moral que puedan sufrir mis familiares. Tenga la seguridad de que esta consideración será compartida por todas las instituciones y personalidades del Continente.

En un cable enviado aquí dice Ud., o hace decir a un servidor suyo, que “no ha habido represalias contra el Sr. José Bosch”. Eso es cierto, porque las represalias no fueron contra mi padre, sino contra mí. Y quiero advertirle que ninguna especie de represalia me hará poner alto a una lucha que sólo cesará cuando mi país esté disfrutando del régimen democrático que consagra su Constitución. Ud. mismo puede comprobar este aserto convirtiendo su dictadura en un gobierno de hombres libres. El día que Ud. hiciera eso terminarían los ataques míos y de mis compañeros del Partido Revolucionario Dominicano, que no tenemos interés alguno en combatirlo a Ud. por Ud. mismo, sino porque Ud. ha instaurado una situación de terror que empobrece, corrompe y denigra a todos los dominicanos, que los hace desdichados y los esclaviza: que les impide desarrollar su genio nacional y sus dotes individuales. Una situación, señor, propia de bestias, no de seres humanos en posesión de una conciencia.

De Ud. atentamente,

Juan Bosch

CARTA AL *DIARIO DE LA MARINA* *

Sr. Presidente del Comité de Gobierno
del *Diario de la Marina*,
Ciudad.

Estimado señor:

La Unión Democrática Antinazista Dominicana ha estado observando que desde hace varios meses el *Diario de la Marina* dedica varias veces a la semana por lo menos media página de su leído rotograbado a informaciones gráficas de la República Dominicana.

Lamentamos que esta carta no exprese nuestra gratitud por la obra de divulgación y de cooperación interamericana que su periódico estaría haciendo si la propaganda sobre nuestro país no estuviera dedicada a hacer creer que cuanto allí hay de bueno se debe al Sr. Rafael L. Trujillo, un dictador perfectamente desacreditado en toda América, cuyas depredaciones y cuyos permanentes crímenes contra la libertad y la dignidad humana y cuanto es respetado en los países civilizados lo han situado a la cabeza de los pocos americanos que tienen el desprecio de propios y extraños.

Se dice públicamente en Cuba, que el *Diario de la Marina* cobra esa propaganda favorable a Trujillo, y creemos que la em-

* *Quisqueya Libre*, Año I, N° 4, La Habana, julio de 1944.

presa editora del *Diario de la Marina* está en su derecho al vender a como le plazca y a quien le pague la cantidad de pulgadas cuadradas de cualquiera de sus páginas; sobre todo si, como se afirma en la calle habanera, asciende a la respetable suma de \$20,000.00 dólares lo que ha pagado Trujillo. Pero entendemos que es costumbre, tradicionalmente respetada en todas partes, presentar la propaganda pagada de manera que el pueblo lector —a quien se debe un periódico, que es un instrumento de opinión pública y no una mera empresa mercantil— pueda distinguir lo que es interés privado del que paga de lo que es labor periodística destinada a formar conciencia en la ciudadanía.

Así, pues, para conjugar el derecho de su periódico a vender espacio de propaganda con el derecho del público a reclamar que se haga una distinción apreciable entre lo que es anuncio y lo que es labor destinada a ilustrar a las masas; así como en interés de que un periódico cubano no contribuya, por no hacer esa distinción, a confundir a la opinión pública cubana sobre la verdad dominicana, esta organización ruega a Ud. impartir las órdenes pertinentes para que la propaganda pagada desde hace meses por Trujillo en el *Diario de la Marina*, un periódico centenario y de respetable situación económica, que no gana nada apareciendo por un error que es seguramente involuntario, como abanderado y defensor e incluso como agente de la tiranía más abyecta y despreciable de América.

Le suplicamos dar publicidad a esta carta, ya que ella figurará en el próximo número de *Quisqueya Libre*, órgano de esta asociación, y le suplicamos también sirva comunicarnos su decisión al respecto.

Atentamente le saludan,

Dr. Romano Pérez Cabral
Presidente

Juan Bosch
Secretario General

DENUNCIARÁN A TRUJILLO* [LA PONENCIA]**

Al terminar la guerra de España, y encontrándose en Francia millares de combatientes de la República, que eran encerrados en campos de concentración ya que solamente contados países se encontraban dispuestos a darle asilo, el dictador de la República Dominicana, viendo en ello motivo de demagogia y sobre todo un negocio, accedió a las peticiones que se le hicieron para que fueran a este último país algunos millares de refugiados.

* *Quisqueya Libre*, Año I, N° 5, La Habana, agosto de 1944.

** “En el Cuarto Congreso Nacional de la Casa de la Cultura que acaba de celebrarse en esta ciudad, se tomaron acuerdos de grandísima importancia en relación con la persecución y mal trato que el trujillismo viene dando a la emigración española en la República Dominicana.

‘Asistieron como delegados de nuestra Unión Democrática Antinazista Dominicana, nuestro Secretario General, Juan Bosch y nuestro Secretario de Prensa y Propaganda, Ángel Miolán, quienes presentaron una ponencia, cuyo texto se copia más adelante.

‘En el gran acto de apertura que tuvo lugar en los salones del suntuoso edificio del Centro Asturiano, nuestros delegados fueron invitados a tomar asiento en la presidencia del Congreso, siendo saludado con entusiastas demostraciones de simpatía el compañero Bosch, por los numerosos lectores suyos que se encontraban entre el público.

‘La ponencia fue puesta a la consideración de los delegados por el compañero Miolán, quien pronunció un discurso expresando la solidaridad de nuestro Partido Revolucionario Dominicano con los trabajos por la libertad del pueblo español, ‘ya que la lucha contra Franco y la lucha contra Trujillo, no son más que dos episodios de la lucha general que está librando la humanidad entera para exterminar a todos los tiranos que son los enemigos de la felicidad del Hombre”.

{...}

Tan pronto llegaron los primeros contingentes a tierra dominicana, se puso de manifiesto que no se trataba de un acto humanitario de Trujillo sino una simple maniobra de la tiranía dominicana que redundaría en graves prejuicios para la emigración.

Los cincuenta pesos primero, y después los cien, que fue preciso depositar para ser reintegrados a cada refugiado una vez llegados al país, fueron convertidos en derecho de entrada por el gobierno dominicano, despojando así a millares de hombres de los escasos recursos que poseían para atender sus elementales y urgentes necesidades, y a las organizaciones de ayuda de fuertes sumas de dinero.

Lejos de existir un plan elaborado técnicamente para alojar la emigración, en el país, haciéndola cooperar al desarrollo económico de la nación, fueron lanzados al acaso sus contingentes, sin ayuda de ninguna clase, dependiendo únicamente de la solidaridad del pueblo dominicano.

Toda una campaña de persecuciones fue lanzada posteriormente contra la emigración, al darse cuenta el trujillismo de que, como demócratas militantes que son, no podrían renunciar los refugiados al derecho de realizar campañas en defensa de la democracia internacional, aunque cumplieran como lo han hecho su compromiso de no inmiscuirse en los asuntos de la política interior del país. Sus periódicos han sido obstaculizados al extremo de que no han podido seguir viviendo. Sus organizaciones en Santo Domingo también han sido estranguladas, como ha pasado con el Centro Democrático Español, del cual se ha obligado a renunciar a todos los dominicanos, por lo que ha tenido que cerrar sus

“Al terminar la lectura de los puntos resolutivos de la misma, el compañero Miolán interrogó al Congreso si estaba de acuerdo con lo propuesto, escuchándose estruendosos aplausos que indicaban la respuesta afirmativa de los concurrentes” (Nota de *Quisqueya Libre*).

puertas. Los hombres de la emigración han sido encarcelados y expulsados en gran cantidad. Ha sido infame el trato que el gobierno de Trujillo ha dado a los refugiados, que de los tres mil que llegaron al país hace más o menos tres años, solamente quedan unos 800 más o menos, debido a que se ha producido un éxodo masivo, por todos los medios posibles, ya que la vida es intolerable para los españoles leales en la República Dominicana.

Ante esta situación, las organizaciones de la emigración en los demás países de América, obedeciendo a lo que se ha dado en llamar “línea general de no intervenir en los asuntos políticos de ningún país de América”, no ha actuado con energía denunciando esta canallesca conducta, esta violación del derecho de asilo que hace el gobierno de Trujillo con los refugiados, este atropello incalificable, el despojo de que han sido víctimas.

Por todo esto, y porque no se trata de intervenir en la política de ningún país sino de defender a sus propios hombres, con una actitud mejor que la pasividad hasta ahora usada, Unión Democrática Antinazista Dominicana, se permite proponer a este Congreso de la Casa de la Cultura, los siguientes puntos resolutivos:

1.- Que se realice, por todas las organizaciones aquí representadas, una campaña enérgica de publicidad denunciando los atropellos de que se ha hecho y se hace víctimas a los refugiados españoles en la República Dominicana.

2.- Que se envíe un cable de protesta a Trujillo y se nombre una comisión para que visite al Ministro de la República Dominicana en La Habana, haciéndole conocer el acuerdo anterior.

3.- Que se pida a todas las organizaciones de emigrados españoles en América se solidaricen con el acuerdo del punto número uno.

4.- Que se reclame del gobierno de Trujillo la derogación de todas las disposiciones legales tomadas para impedir la libre emisión del pensamiento a los refugiados españoles, obligándoles a cerrar sus periódicos.

5.- Que tanto el cable que se dirija a Trujillo, como la comisión que visite al ministro dominicano, expresen la protesta del Congreso por la desaparición del Sr. José Ariza, dominicano, codirector del periódico español *Por la República*, de quien no se tienen noticias, después de haber sido encarcelado, siendo posible que haya sido asesinado por los esbirros de la tiranía.

6.- Que se haga responsable a Trujillo por la vida y los intereses de todos los refugiados españoles que aún residen en el país, así como también de los dominicanos que con ellos colaboran.

7.- Que el Congreso condene, igualmente, la conducta de algunos refugiados españoles residentes en Santo Domingo que, sin tener en cuenta que con ello no solamente traicionan su propia causa sino también la del pueblo dominicano que ha sido el único sostén de la emigración en el país, están favoreciendo la tiranía solidarizándose con ella en actividades y actitudes de todo género.

Por Unión Democrática Antinazista Dominicana

Juan Bosch

Ángel Miolán

SERÍA UNA VERGÜENZA, COMPAÑEROS*

Las noticias llegadas de la República Dominicana, muchas de las cuales aparecen publicadas y comentadas en esta edición de *Quisqueya Libre*, indican que la situación va tornándose, de semana en semana, más grave cada vez para el pueblo y para su opresor. Visto desde el ángulo del pueblo, el agravamiento del estado de cosas que está padeciendo nuestro país significa, de fondo, una reducción en el plazo presupuestado para su liberación; porque hay situaciones que al empeorarse fuerzan una salida salvadora, y entre ellas se encuentra la del hambre. Los dominicanos están sufriendo hambre. Al revés de lo que piensan las dictaduras, los pueblos no se someten por el estómago; por ahí se sublevan, que es cosa distinta. El sometimiento de unos cuantos que silencian su apetito de libertad a cambio de satisfacer su apetito de comida irrita, y lanza a la acción, a los innumerables que sufren las dos hambres.

En nuestro país se ha operado ya una escandalosa diferenciación entre los que comen y los que no comen. Junto a Trujillo están los miserables que se enriquecen; en la acera opuesta, los dignos que enflaquecen. No es éste, felizmente, el tiempo en que un puesto en la nómina oficial calmaba a un hombre; con cien pesos y aun con más, se sufre necesidad hoy en Santo Domingo. Los privilegiados de la situación no son

* *Quisqueya Libre*, Año I, N° 5, La Habana, agosto de 1944.

actualmente, por tanto, los que dan con un cargo en tal o cual oficina del gobierno o en alguno de los incontables negocios de Trujillo. Esos están agobiados, igual o casi igual que el resto de los dominicanos; éstos odian tanto como la gran mayoría del pueblo a los favoritos del régimen que acumulan docenas de millares sobre docenas de millares de pesos. El espectáculo de un Paíno Pichardo, groseramente enriquecido a la sombra de su amo y señor, produce tanta cólera en el pseudotrujillista que desempeña un puesto como en el hombre de la calle que contempla con asco la perenne orgía en que se embriagan de todo lo fétido el dictador y sus cómplices y familiares.

La diferenciación de que hablábamos es apreciable a ojo grueso y el pueblo la ha visto. Es ese estado de ánimo que tal espectáculo ha provocado donde opera, procurando y forjando la unidad nacional para la acción libertadora, el Partido Revolucionario Dominicano.

Desde hace más de dos años hemos venido llamando la atención de los antitrujillistas no afiliados al Partido Revolucionario Dominicano respecto de dos cosas: la importancia que tiene el trabajo del Partido dentro del país y la necesidad de que se cree un frente de unidad nacional exterior que permita a los exiliados de cualesquiera ideologías concurrir juntos a la labor liberadora en el momento mismo en que los hombres que luchan adentro se lancen al asalto del baluarte trujillista.

Ese momento está acercándose a ojos vistas. Operando, como decíamos arriba, en una conciencia irritada por los desafueros de la tiranía el Partido Revolucionario Dominicano está creando un estado de agitación que puede desembocar, el día menos pensado, en un formidable estallido del pueblo. Frente a tal hecho, la dictadura se defiende lanzando a ciegas su zarpa, hiriendo aquí y allá, dando pábulo a nuevos motivos de

agitación. Colocado en esta especie de rueda sinfín, es probable que el país actúe inesperadamente, adelantándose incluso a los cálculos más optimistas.

Cuando se produzca, esa situación no sorprenderá a los hombres del Partido Revolucionario Dominicano que actuamos en el exilio. Preparados para cualquier contingencia, estrechamente vinculados a los compañeros que trabajan en los predios de Trujillo e ideológicamente advertidos del curso que podrían tomar los sucesos, la hora de la acción nos encontrará en el puesto previamente señalado para nosotros. Por ahí no tememos nada; e incluso si ocurriera todo lo contrario, si los acontecimientos tuvieran que demorar porque algún obstáculo no entrevisto hoy así lo requiriera, sabríamos esperar con calma. Conocemos la fuerza del Partido en el país y tenemos fe.

Esa situación será probablemente compartida por los antitrujillistas del exilio no afiliados al PRD, los hombres de la Unión Patriótica Dominicana, especialmente, si tiene buena acogida la última gestión de unidad en el exterior que ha hecho la Unión Democrática Antinazista Dominicana, la cual, por medio de uno de los miembros de la UPD, se dirigió a esta organización invitándola a tomar parte en la formación de un frente unido.

Que la caída de Trujillo encontrara desligados a los antitrujillistas del exilio tendría malos resultados, pues los no afiliados al PRD, podrían confundirse ante los acontecimientos y no atinarían a actuar debidamente.

En esa posibilidad hay un peligro para la revolución dominicana, lo que equivale a decir para el pueblo. Los antitrujillistas no podemos ni debemos aparecer ante el país, a la hora de liquidar el presente estado de cosas, divididos como extraños o riñendo como perros y gatos. Nuestra conciencia de revolucionarios nos demanda que nos presentemos en el escenario nacional unidos en el propósito de restituir a los

dominicanos sus derechos en una patria libre, lo cual se logrará mediante la formación y el sostenimiento de un gobierno democrático digno de la confianza popular. La división natural, reconocida por la democracia e instituida en los partidos de opuestas o diferentes ideologías, deberá venir después. Pero en paz. En la paz que sea el fruto sustancioso y benéfico de una acción unida, robusta y bien inspirada, cuya meta sea la superación de la República en el corazón de todos y cada uno de sus hijos.

La hora de la acción libertadora en Santo Domingo está cerca, compañeros; y sería una vergüenza, además de un peligro, que no nos hallara unidos, como hermanos en la patria, en el dolor y en la dignidad.

VICTORIA A LA VISTA*

La unidad de las fuerzas que luchan por la liberación de nuestro pueblo es ya un hecho en todas las conciencias de los dominicanos antitrujillistas y lo será en la coordinación del movimiento democrático general una vez que haya terminado sus trabajos el Congreso que ha convocado la Unión Democrática Antinazista Dominicana para fines de octubre en la capital de Cuba.

Una vez más, el curso ascendente de la marea histórica, en lo mejor de sí misma, se ha impuesto a los pesimistas. La unidad dominicana pareció siempre imposible a los que contemplan los fenómenos sociales desde un ángulo escéptico. Sin embargo, he aquí que está hoy a la vista. El amor al pueblo, vivo en todos los hombres que han arrosado, desde hace tantos años, el destierro, los presidios, la calumnia, la persecución y la tortura, ha servido de imán al cabo de la larga etapa recorrida. Nadie puede, en justicia, echar sobre sí los laureles de esta hermosa jornada unitaria; todos pueden hacerlo, porque el movimiento unificador que ahora se da es una victoria del Pueblo mismo, un fruto natural —y brillante por cierto— del martirio nacional, de la agonía en que ha vivido por tres lustros la familia dominicana.

* *Quisqueya Libre*, Año I, N° 6, La Habana, septiembre de 1944.

El Congreso de Unidad Democrática Antitrujillista va a celebrarse en la hora más fecunda de cuantas han transcurrido en catorce años; justamente cuando la organización clandestina del anhelo libertador madura en el territorio de la patria y se acerca a la cosecha en el resto del mundo. Observando en torno suyo la marcha de los sucesos en escenarios más amplios y más viejos que el dominicano, los antitrujillistas exiliados y los que luchan dentro del país han acertado a ver la verdad: es necesario unirse, no sólo para salvar a la república del monstruo que la explota, oprime y mancilla, sino además para rehacerla, curarla, regenerarla.

Es evidente que a la caída de Trujillo van a quedar libres para actuar no sólo las fuerzas mejores del país, sino también las peores, esas que ahora le sirven al dictador y que a él se han sometido. De estas últimas fuerzas podría salir, seguramente saldría, una sucedánea de la dictadura, si las buenas no estuvieran unidas y organizadas para descabezarla tan pronto asomara en el horizonte patrio. La incapacidad de coordinar las fuerzas mejores para combatir a las malas ha sido un defecto tradicional de las revoluciones americanas. La revolución dominicana no cometerá tal error. Vamos a unirnos para derrocar al tirano, pero también para curar al pueblo de un clima de paz nacional, aunque de vibración dinámica.

Acumulando enseñanza sobre enseñanza, dirigiéndolas con un elevado sentimiento de su deber histórico y con un claro concepto de lo que significa cada uno en la esperanza del pueblo, los luchadores dominicanos del exilio y del país hacen dejación absoluta de toda parcialidad mental o afectiva y se aprestan a unirse. Como el fiel musulmán que abandona la babucha a la entrada de la mezquita, así los antitrujillistas de todos los sectores se alistan a entrar en el Congreso de Unidad convocado por la UDAD libres de cuanto pueda perjudicar la buena marcha de la unificación.

A la hora de contar la historia de la democracia dominicana tendrá que inclinarse, respetuosa, ante los hombres de tanta altura moral y de tanta responsabilidad política y revolucionaria.

Gracias a ellos, dignos paladines de su pueblo y de la causa por la cual tantos han perecido y tantos sufren, la victoria contra Trujillo está a la vista. Porque la victoria será un producto natural de esa unidad.

CONGRESO DE UNIDAD*

CONVOCATORIA

La Unión Democrática Antinazista Dominicana convoca, por medio de la presente, a un Congreso de Unidad Democrática Antitrujillista que deberá tener lugar en La Habana, República de Cuba, durante la última semana del mes de octubre de 1944, y que se efectuará sobre las siguientes bases:

1.- Todas las organizaciones antitrujillistas democráticas tendrán derecho a concurrir al Congreso convocado por la Unión Democrática Antinazista Dominicana. Los emigrados antitrujillistas democráticos no organizados pueden enviar delegaciones debidamente autorizadas por los mandantes.

2.- Las delegaciones podrán estar integradas por uno o más delegados.

3.- Cada organización tendrá un voto a la hora de decidir, no importa el número de delegados que la integren. El Reglamento del Congreso regulará el mecanismo del voto dentro de cada delegación.

4.- Los acuerdos deberán ser tomados a unanimidad.

Los trabajos del Congreso de Unidad Democrática Antitrujillista deberán ajustarse al siguiente temario:

1.- Integración de un sólido Frente Unido de acción para llevar a cabo:

* *Quisqueya Libre*, Año I, N° 6, La Habana, septiembre de 1944.

a) el derrocamiento de la dictadura que oprime al pueblo dominicano.

b) el establecimiento de un Gobierno Democrático Provisional en la República Dominicana.

El apartado a) comprenderá la formación de la o las organizaciones destinadas a poner en ejecución los fines del Frente Unido y la redacción de sus Estatutos y Declaración de Principios. El apartado b) implicará sólo un compromiso de mantenimiento del Frente Unido mientras dure el Gobierno Democrático Provisional, a fin de garantizar la paz nacional durante la provisionalidad democrática, y manera de poner en práctica dicho compromiso.

2.- Elaboración de un plan de acción inmediata para obtener la finalidad señalada en el apartado a) del artículo anterior.

3.- Elaboración del programa que deberá poner en ejecución el Gobierno Democrático Provisional.

4.- Redacción de las bases jurídicas para la formación del Gobierno Democrático Provisional.

La Habana, Cuba, 15 de septiembre de 1944

Unión Democrática Antinazista Dominicana

Dr. Romano Pérez Cabral
Presidente

Juan Bosch
Secretario General

REPUDIÓ MÉXICO LA DELEGACIÓN DE TRUJILLO*

Una comisión formada por tres senadores y tres diputados dominicanos estuvo en México dos semanas atrás, y fue recibida por la Cámara de diputados de la nación azteca. Porfirio Herrera, poeta de la desventurada Antilla, alzó bajo el techo de un recinto que ha oído mil veces las airadas voces del pueblo revolucionario por excelencia, un desaforado grito trujillista que estremeció a los mexicanos. Y ahí mismo se soltó el “loco”, como se califica en lenguaje popular la reacción contra los desafueros. Diputados y senadores mexicanos protestaron ipso facto; la prensa se desató en catilinarias contra Trujillo y sus representantes; el hermoso paseo de la Reforma se llenó de pasquines en los cuales se pedía la inmediata salida de México de Porfirio Herrera y sus compañeros. “En duro aprieto —dice *Universal* de la Ciudad de los Palacios— puso el diputado Víctor Maldonado a los miembros del grupo de legisladores dominicanos que visitan a México cuando se tomó la libertad de recomendarles que durante la sesión que había resuelto dedicarles la Cámara popular, se abstuvieran de hacer elogios

* Antes de partir hacia México, Juan Bosch, escribió este artículo que publicó *El Crisol*, diario plenamente al servicio de la causa democrática del pueblo dominicano, sobre la repulsa con que fueron recibidos los “legisladores” enviados por Trujillo a la tierra de Cárdenas y Ávila Camacho (Nota de *Quisqueya Libre*).

Quisqueya Libre, Año I, N° 7, La Habana, diciembre de 1944.

del benemérito y tantas veces protector providencial de Santo Domingo, señor generalísimo Rafael Leonidas Trujillo Molina. Tales elogios a juicio del representante Maldonado, no podrían dejar de ofender a la exquisita sensibilidad democrática de los miembros del Congreso Nacional que los oyeran conociendo como conocen el endiosamiento cesáreo, tan opuesto a la austeridad y sencillez republicana, de que se ha rodeado el epónimo antillano”.

Y tras largas consideraciones que ya quisiéramos poder hacer leer al dictador dominicano, el combativo diario mexicano terminaba así: “Mucho pedía el diputado Maldonado a los distinguidos congresistas que nos visitan, al sugerirles que repudiaran los hábitos legislativos que les son propios, solo por respeto a la interpretación nacional de la democracia, gráficamente expresada en el signo inolvidable con que ilustró su discurso de San Luis Potosí el señor senador Amilpa”.

Casi todos los senadores mexicanos se negaron a asistir a la sesión solemne en que tan vapuleados fueron los congresistas dominicanos, porque, según explicó el senador Alfonso Gutiérrez Guria, “La República Dominicana es un país donde no hay libertad, y yo no puedo participar en un homenaje que se le rinde, ya que en él la democracia es un mito”.

Entre los senadores y diputados de Trujillo que fueron a México —y que han estado pasando, de regreso a su presidio, por la libre Habana— figuraba el Lic. Arturo Despradel. Este ciudadano fue hasta el día 12 de julio, Secretario del Interior del régimen trujillista, algo así como Ministro de Gobernación, en la equivalencia legal del cargo. Pues bien, según puede cualquier lector ver en *La Nación*, periódico que es propiedad del Sr. Trujillo, ejemplar del día 12 del mencionado mes, Arturo Despradel fue designado senador mientras el cargo que él había estado ocupando en el Gabinete pasó a ser desempeñado por el Lic. Rafael F. Bonnelly, que era senador hasta tal día.

De acuerdo con la mentalidad reinante en el gran manicomio en que Trujillo y los suyos han convertido a Santo Domingo, Despradel, pues, descendía a la vez que Bonnelly ascendía.

¿Cómo pudo o cómo pueden ocurrir tales cosas en Santo Domingo? Pues porque Trujillo no es sólo el jefe del Estado, sino además el jefe “supremo” —tal rezan los estatutos— del único partido que tiene vida legal en el país: y con esos controles hace, en su capacidad de jefe del Estado, funcionario del gobierno a quien quiera, y miembros de la Cámara o del Senado o de la Suprema Corte a quien le parezca, pues el Congreso y la judicatura están formados por afiliados a su partido que le entregan, antes de ser nominados por la única persona que según los estatutos puede nominar candidatos —que es Trujillo— su renuncia con la fecha en blanco. Los senadores y los diputados y los jueces por tales hasta que Trujillo pone fecha a esa renuncia y la manda al Congreso; y el Congreso elige sustitutos para los cargos vacantes y jueces, diputados y senadores, a aquellos que elige el único partido del país, vale decir, Trujillo.

Durante catorce años Trujillo ha estado operando así y haciéndose pasar ante el mundo por un demócrata. Ahora el mundo sabe ya a qué atenerse, y el opresor de los dominicanos tiene que tragarse la repulsa que sus Cámaras, su régimen, toda su maquinaria tiene de Congresos y pueblos americanos. Tragársela y quedarse callado. Su descrédito no tiene límites. Día llegará en que tal descrédito se convertirá en medios de acción para su derrocamiento.

EL PRINCIPIO DEL FIN*

En la historia de la República Dominicana, y especialmente en la de la dictadura que la oprime, se inicia ahora un capítulo nuevo, llamado a cerrarse muy pronto con la desaparición del trujillato. Al finalizar los trabajos del Congreso de la Unidad Democrática Antitrujillista, las fuerzas de la liberación dominicana han quedado unidas bajo un solo plan, con una sola jefatura y un solo propósito.

En el Congreso participaron veintidós delegados de todas las organizaciones opositoras de la vecina república, la gran mayoría llegados de Puerto Rico, Venezuela, México, Estados Unidos. El acuerdo fundamental fue el de elegir un Comité Supremo del Frente Unido de Liberación Dominicana, compuesto por tres distinguidos revolucionarios, y el de designar dos delegados, uno de ellos con plenos poderes para dirigir el movimiento y el otro encargado de realizar trabajos específicos en toda América. Como presidente del Comité Supremo del Frente Unido fue elegido el Dr. Ramón de Lara; sus compañeros de organismo son el Lic. Ángel Morales y el

* “Este artículo fue el último escrito por Juan Bosch, sobre asunto dominicano, antes de partir para tierras americanas. *Quisqueya Libre* lo ofrece a sus lectores, tanto por los conceptos que contiene sobre los dirigentes del Frente Unido, cuanto por su valer antitrujillista” (Nota de *Quisqueya Libre*).

Quisqueya Libre, Año II, N° 8, La Habana, abril de 1945.

Dr. Juan Isidro Jimenes-Grullón. Para el cargo de Delegado General, jefe del movimiento, el Congreso seleccionó al Dr. Leovigildo Cuello; la Delegación Especial fue confiada a este columnista.

El Dr. Ramón de Lara es un símbolo del sufrimiento padecido por la mediantilla entregada al desenfreno trujillista. Rector de la Universidad de Santo Domingo, la más vieja de América, médico de la Universidad de Bruselas, cirujano ilustrísimo, entró a presidio cinco veces antes de abandonar el país hacia el destierro. Como todos sus enemigos, ha sido víctima constante de la calumnia con que Trujillo persigue a los servidores del pueblo. La última hazaña de que le ha hecho objeto este tiranuelo que tanto empeño pone en hacerse llamar gobernante demócrata mientras se desmiente con los hechos, fue pedir su extradición al Gobierno cubano, cosa que ocurrió tan pronto el Dr. Lara pisó esta tierra para asistir al Congreso como Delegado del Frente Democrático Dominicano.

También pidió Trujillo a Cuba la extradición del Lic. Ángel Morales, presidente que fue del Congreso, elegido miembro del Comité Supremo, delegado que era de la Unión Patriótica Dominicana. Ángel Morales se distinguió desde joven como político sagaz y de altura, honesto siempre en todos los aspectos, enérgico y esclavo de los principios liberales. Líder de una acción determinante en los destinos dominicanos, se conformó con ser candidato a la vicepresidencia de la República cuando todo el país sabía que por el número de partidarios, mayor que el del candidato presidencial, merecía al primer puesto en la boleta electoral. Desde los 28 años, desempeñó los cargos más importantes de la administración pública. Y a todo eso, y a las cuantiosas ofertas de Trujillo, renunció sin la menor duda cuando comprendió que su deber estaba en acogerse al exilio para combatir por los derechos de su pueblo.

Igual que con él y que con Ramón de Lara, se hizo con Juan Isidro Jimenes-Grullón, acogido desde hace años a la hospitalidad de Cuba, seleccionado para ocupar un puesto en el Comité Supremo del Frente Unido. Médico de la Universidad de París, abandonó su carrera y se lanzó a la lucha contra el trujillato. Padebió los martirios de las cárceles y las contingencias del destierro, al cual salió con los suyos. Es autor de varios libros, entre ellos *La República Dominicana, análisis de su pasado y su presente*, y de numerosos folletos con los cuales ha combatido sin tregua a la tiranía.

El Dr. Leovigildo Cuello, designado Delegado General con plenos poderes, jefe del movimiento, es también médico, graduado en París. Expulsado del país por decreto de Trujillo, establecido en Puerto Rico, este recio combatiente es a la vez hombre de pensamiento y de acción. No ha dejado en paz, durante largos años, al tirano en su patria. Le ha combatido en panfletos, en discursos, en transmisiones radiales. Le ha combatido sobre todo con su vida enérgicamente ofrecida a la lucha por la liberación nacional. Delegado del Partido Revolucionario Dominicano —como Jimenes-Grullón— él, igual que todos sus compañeros, contribuyó a mantener el Congreso de Unidad Democrática antitrujillista en un hermoso plano de altura y desprendimiento patriótico.

Esos hombres van a dirigir la lucha contra el trujillato. Para el pueblo dominicano, que los conoce bien, su selección significa el principio del fin de una era bochornosa y siniestra. El dictador de Santo Domingo lo sabe también. Su estado de ánimo, desde que se inició el Congreso, es el de una fiera acorralada por sus perseguidores.

LABOR DE DESCRÉDITO DEL TRUJILLATO*
FRENTE UNIDO DE LIBERACIÓN DOMINICANA

La Habana,
10 de junio, 1946.

Es con la mayor indignación que los abajo firmados protestamos ante el mundo por la publicación insidiosa, falsa, falaz, difamatoria y alevosa lanzada por un mal llamado Comité Pro

* *Quisqueya Libre*, Año II, N° 8, La Habana, abril de 1945.

“El servicio de espionaje y propaganda que Trujillo sostiene en el extranjero, ha hecho circular, desde San Juan de Puerto Rico y La Habana, los documentos apócrifos que más adelante vamos a reproducir.

‘El propósito que Trujillo ha tenido para ordenar la circulación de estas hojas, que fueron profusamente distribuidas en los pueblos del Caribe, enviadas por correo aéreo, ha sido el de dar la impresión de que la oposición a su régimen está carcomida por la discordia, y que los líderes están movidos exclusivamente por un ideal burocrático.

‘Los documentos están redactados tan burdamente que se hace innecesario decir que son obra de la tiranía. Los exiliados se han reafirmado en la lucha común contra al régimen que maneja tan espurias armas de descrédito y confusión.

‘En cuanto a la autenticidad de los cables insertados en los documentos, tenemos que reconocerla. El primero firmado por Juan Bosch, fue puesto en ocasión en que se hallaban varios jóvenes dominicanos exiliados en legaciones extranjeras en Santo Domingo. En cuanto a los otros dos, no nos atrevemos a afirmar su autenticidad, por cuanto su principal autor, el Sr. Ramón Grullón (no el Dr. Jimenes-Grullón como dice el documento), se halla en la República Dominicana acogido a las garantías que Trujillo ha ofrecido al Partido Comunista del cuál él es miembro.

‘BOLETÍN COMITÉ PRO LIBERACIÓN DOMINICANA

‘A los compañeros dominicanos en el exilio

‘San Juan de P. Rico, 28 de mayo de 1946

‘Estando ya definida la actitud que este Comité debe afrontar frente al caso de Santo Domingo, habiéndose llegado a un acuerdo en firme con las otras

Liberación Dominicana desde San Juan de Puerto Rico. Dicha publicación la suscriben los dominicanos Ángel Morales, Oscar Michelena, Virgilio Vilomar, Leovigildo Cuello, Guaroa Velásquez, Efraín Soler, M. A. Pardo y Dionisio Bernal hijo, quienes arrogándose papeles y funciones que nunca han tenido

organizaciones que colaboran con este Comité para llevar a la realidad el plan que devolverá su libertad al pueblo dominicano, este Comité ha considerado su deber informar a los dominicanos en el exilio, al pueblo dominicano y a los extranjeros todos, la siguiente resolución adoptada en la última sesión celebrada en esta ciudad de San Juan de Puerto Rico en fecha de hoy. Dicha resolución es la siguiente:

'El Comité Pro Liberación Dominicana tiene pruebas escritas de que los exiliados Juan Bosch, Juan Isidro Jimenes-Grullón, Manuel Alexis Liz, Mauricio Báez, Carlos Daniel, Ángel Miolán, Julio César Martínez, Chito Henríquez, Enriquillo Henríquez, Enrique Cotubanamá Henríquez y Pipí Hernández, han entrado en vergonzoso trato con el tirano de la República Dominicana, mediante una considerable suma de dinero que fue puesta en manos de estos traidores dominicanos por el espía trujillista Núm. 7 que llegó a la ciudad de La Habana en el curso de la semana pasada. En las postrimerías del régimen de Elie Lescot en Haití, Juan Bosch personalmente recibió de aquel tirano inhumano la suma de \$25,000.00 en billetes de banco norteamericano, dinero ese que Bosch dilapidó en viajes inútiles e inversiones de negocios particulares en su propio y único beneficio. De este escandaloso hecho se hizo eco la prensa haitiana, la cubana, la norteamericana y hasta la dominicana.

'Rompiendo la consigna establecida, el insurrecto Juan Bosch, el día 20 de Junio de 1945, desde Caracas, se permitió enviar a Juan de la Cruz Alfonseca el siguiente mensaje cablegráfico:

'NLT. JUAN ALFONSECA

'Reforma 219, Apartado 7

'Ciudad de Méjico

'Enriquillo, Chito Henríquez y otros refugiados Legación Venezuela urge estudiantes pidan presidente Medina trasladarlos Venezuela.

'JUAN BOSCH"

'Otros dos cables con texto igual los dirigió a sus secuaces Jimenes-Grullón y Enrique Henríquez, en La Habana.

'Juan Isidro Jimenes-Grullón y Ángel Miolán, rompiendo también la consigna, y en franca connivencia ya con la Dictadura Dominicana, enviaron, desde Caracas, en fecha 24 de septiembre de 1945, los siguientes cablegramas dirigidos a La Habana:

'CARACAS NLT

'Fabrio Grobart Partido Socialista Popular

'La Habana

legalmente, pretenden constituirse en los únicos dirigentes de la lucha que en el extranjero realizan buenos dominicanos para liberar a Santo Domingo de la tiranía que lo oprime.

Sean dichos señores que en esta lucha contra el sanguinario Trujillo, contamos con la aprobación de las organizaciones legales que funcionan en el exilio; que esa actitud desintegrante de Ángel Morales y compartes está influenciada por elementos reaccionarios traidores a la causa; que los abajo firmantes jamás hemos recibido dinero alguno del tirano dominicano, y que, si bien es cierto que últimamente la organización que suscribe esta carta pública se ha mantenido en contacto y ha tenido conversaciones y entrevistas con delegados de dicho tirano llegados recientemente a Cuba, no ha sido con propósitos que

'Nuestra reunión acordó pedir PSP suspender hasta regreso nuestro Programa Dominicano mil diez considerándolo provocador altamente perjudicial punto rogamos decir pueblo dominicano suspendido por razones técnicas. Miolán y Grullón'

'NLT LEOVIGILDO CUELLO EDIFICIO COLLADO

'Maloja 975 La Habana

'Imposible obtener dinero gastos personales punto Opinión unánime por nuevo Congreso Frente Unido Enero punto Pedimos suspensión radiaciones mil diez hasta regreso.

MIOLÁN GRULLÓN".

'Frente a esta alta traición hecha a los principios que inspiran a este Comité Pro Liberación Dominicana, no queda otro camino que repudiar públicamente la conducta vergonzosa de los ex compañeros dominicanos citados arriba.

'El Comité rechazó por baladí el alegato que le hizo llegar el Dr. Juan Isidro Jimenes-Grullón, de que la grave afección cardíaca que sufre lo indujo a procurar un entendido.

'El Comité Pro Liberación Dominicana resuelve, además, borrar de la lista de sus afiliados a los mencionados dominicanos, y suprimirlos de las nóminas de candidatos para ejercer funciones públicas en el Gobierno que se instaurará en la República Dominicana tan pronto se haya llevado a efecto la liberación de aquel país. En vista de esta decisión, la nómina de candidatos aceptada por el Comité para el ejercicio de altas funciones en el próximo Gobierno dominicano, ha quedado reducida a los miembros que suscriben el presente Boletín.

'Firmados

'Ángel Morales, Leovigildo Cuello, Efraín Soler, Virgilio Vilomar, Guaroa Velásquez, M. A. Pardo, y Dionisio Bernal" (Nota de *Quisqueya Libre*).

no puedan ser del dominio público, sino, todo lo contrario, hechos a la luz del día y con miras altamente patrióticas compaginables con el propósito que nos anima de obtener por todos los medios posibles la liberación del sufrido pueblo dominicano, y la implantación allí de un gobierno netamente democrático presidido por una Junta de Gobierno cuyas funciones serán ejercidas por los que tenemos el honor de suscribir la presente carta.

Queremos llevar al conocimiento del público en general que el desplante de Ángel Morales y sus malvados compañeros tiene una sola finalidad: Curarse en salud frente a las pruebas que tenemos, y que haremos publicar muy pronto, de haber recibido de manos de un gobierno extranjero una importantísima suma de dinero y equipo bélico extranjero, suma de dinero que fue malgastada por Ángel Morales y sus compañeros en francachelas bochornosas, y equipo bélico que fue vendido al mejor postor en un precio ridículo, valor que fue invertido por el descamisado Leovigildo Cuello para comprar conciencias en Puerto Rico y liberarse de la persecución judicial de que era objeto en dicha isla con motivo de la causa que se le seguía como falsificador de documentos de viajes.

Firmados:

Juan Bosch, Juan Isidro Jimenes-Grullón, Mauricio Báez, M. Alexis Liz, Carlos Daniel, Julio César Martínez, Francisco Alberto Henríquez, Enriquillo Henríquez, Enrique Cotubanamá Henríquez.

NUESTRO PARTIDO Y SU MISIÓN HISTÓRICA *

En la frase “destruir la autocracia terrorista hasta en sus últimos resortes y poner las riendas de la nación en manos de un gobierno revolucionario puro, cuya preocupación fundamental será atender a los intereses de todos los dominicanos actualmente explotados por la dictadura”, hay contenido todo un programa de gobierno que el Partido Revolucionario Dominicano elaboró y publicó oportunamente. Ese programa es un compromiso de honor del Partido, una deuda sagrada contraída por él no sólo con el pueblo dominicano, sino con otros pueblos y otros partidos revolucionarios de América, en quienes la claridad de los propósitos, la seriedad en el análisis de la situación dominicana y la organización del PRD han despertado la convicción de que es él, el PRD, el llamado a resolver, de manera rotunda y humana, los problemas de Santo Domingo y los que en el orden internacional ha creado y vive creando a las democracias americanas la tiranía de Trujillo.

El programa de gobierno del PRD no es la obra de un grupo de ilusos ni la de unos cuantos retóricos o parlanchines. Su

* *Quisqueya Libre*, III Etapa, N° 4, La Habana, julio de 1952.

“Este es el IV artículo de la serie que nuestro compañero Juan Bosch está escribiendo especialmente para *Quisqueya Libre*. Con su pluma fácil y conceptual, el autor de *Hostos, el sembrador* y otros tantos libros que forman su fecunda obra, analiza cuidadosamente los principios ideológicos del Partido Revolucionario Dominicano” (Nota de *Quisqueya Libre*).

sencillez es la mejor prueba de la capacidad con que fue elaborado. A la vez que expone qué tipos de medidas ha de poner en vigor un gobierno revolucionario en Santo Domingo, establece de dónde han de salir los fondos para esas medidas y toma como base moral y política donde deba apoyarse el equipo gobernante de la revolución, la voluntad popular, que está ansiosa de ver en ejecución esas medidas. La voluntad popular, esto es, el respaldo del pueblo al gobierno revolucionario, sólo puede producirse como consecuencia de los métodos que ponga en acción ese gobierno; y en sentido contrario, la fuerza de opinión pública en que se apoye el gobierno será más amplia cuanto más directas, objetivas y favorables al país sean tales medidas.

El PRD no sólo sabe eso, y así lo dice; si no que además expone en su programa de gobierno lo que es sin dudas la médula misma de un régimen revolucionario en países como el nuestro, de economía débil y dependiente. Consiste la tal médula en comprender que las disposiciones gubernamentales divididas en políticas, económicas y sociales, tienen que estar dirigidas fundamentalmente a crear la riqueza nacional, desarrollando a la vez a todas las clases del país, la capitalista, la proletaria y la campesina, sin que la primera crezca con menoscabo o perjuicio de las demás, sino paralelamente; al extremo que el pueblo en su totalidad resulte mejorado, elevado al grado máximo posible el nivel de vida de las grandes mayorías, que están compuestas por trabajadores y campesinos, y elevado a la vez el índice de negocios, industrias y toda suerte de empresas; esto último, es una consecuencia obligada de lo primero, pues cuando las grandes masas de un país pueden comprar más porque ganan más, invierten mayores sumas en la adquisición de lo que necesitan. Especialmente en el caso dominicano, lo que necesitan más de millón y medio de trabajadores y campesinos es prácticamente todo, desde zapatos y ropas

hasta medicinas; desde libros y comida hasta casas; de manera que todos los renglones de la producción nacional se verían enormemente aumentados, y con ellos los negocios de los fabricantes, de los banqueros, los transportadores y los comerciantes, tan pronto se aumentarán las entradas de aquellos.

Pero además, hay un aspecto moral de enorme trascendencia en un programa que con meridiana simplicidad ha visto el nudo de los problemas nacionales; y es que un régimen de libertades públicas y justicia social tiene resultados visibles en la moralización de la política nacional, en la difusión de la cultura, la salubridad, y en general cuanto signifique progreso humano. Pues el ejemplo de un gobierno como el que encabezan Trujillo y sus cómplices y familiares, que ejerce sistemáticamente el robo en perjuicio del pueblo: que ejecuta constantemente el asesinato para que el terror mantenga a las gentes calladas, y de esa manera nadie pueda denunciar el sistema de explotación que padecen los dominicanos; el ejemplo de un gobierno así, que premia el crimen y el despojo, que doblega la voluntad de los hombres, corrompe a la mujer y malea la mente del niño, acaba con la moral del pueblo, el cual al cabo del tiempo se sume en la apatía, en el escepticismo, hasta acabar sintiéndose desdichado de ser dominicano.

El programa del PRD es simple, claro; y establece en conjunto las líneas precisas que ha de seguir un gobierno revolucionario para poder “destruir hasta en sus últimos resortes” la organización de la tiranía. Ahora bien, ese programa de nada valdría si no hubiera una organización política con hombres disciplinados, unidos por el deseo y el compromiso de poner en acción tales medidas, capacitados para ejecutarlas desde el gobierno. Esa organización es el PRD, fuerza política creada sola y exclusivamente para servir al pueblo dominicano, mediante la aplicación de ideas sanas y beneficiosas a través de hombres capaces y abnegados.

DECLARACIONES DE NUESTRO COMPAÑERO JUAN BOSCH*

El Sr. Félix W. Bernardino, Cónsul de Trujillo en New York, es conocido desde hace muchos años como asesino a sueldo del dictador; sin embargo, *Pluma y Espada* confiesa que ha sido visita frecuente del director de ese vocero porque a Bernardino le gusta el café que elabora el Sr. López Cestero.

Todo dominicano antitrujillista sabe que Bernardino asesinó en La Habana a Mauricio Báez y planeó el asesinato en Estados Unidos y en Cuba de José Figueres y de otras conocidas personalidades antitrujillistas. El Sr. Bernardino ha sido visita frecuente del Sr. López Cestero cuando ya éste y todos sus amigos de *Pluma y Espada* conocían esas actividades del Sr. Bernardino, por haberse publicado ampliamente en revistas y diarios prestigiosos de Cuba y del Continente. Tenemos, pues, que el Sr. López Cestero ha estado manteniendo amistad con el

* *Quisqueya Libre*, III Etapa, N° 5, La Habana, diciembre de 1952.

“El periódico *Pluma y Espada*, que se edita en New York y que se autotitula antitrujillista, ha venido desde hace tiempo dedicándose especialmente a atacar al Partido Revolucionario Dominicano en la persona de algunos de sus dirigentes. Para el caso se ha valido de la calumnia acusando a nuestro compañero Nicolás Silfa de haber ordenado una agresión al director del mencionado periódico, y de la injuria contra Juan Bosch y Buenaventura Sánchez, entre otros.

‘Interrogado en relación con el número último de *Pluma y Espada*, el compañero Juan Bosch dio a *Quisqueya Libre* las siguientes declaraciones” (nota de *Quisqueya Libre*).

asesino de Mauricio Báez y el presunto asesino de otras personas, a las cuales mató o pretendía matar por su lucha contra Trujillo.

Todo dominicano antitrujillista sabe que Félix W. Bernardino es desde hace mucho tiempo el jefe del espionaje de Trujillo en el Caribe. El Sr. López Cestero ha venido, pues, manteniendo amistad íntima, de mutuas visitas frecuentes, con el jefe del espionaje de Trujillo en el Caribe.

Resumo afirmando que quien recibe en su casa a un asesino, que es además conocido en todos los ámbitos como secuestrador y matador de Mauricio Báez, y conocido como organizador de crímenes contra los luchadores antitrujillistas, y como jefe del espionaje de Trujillo en esta zona, carece en absoluto de autoridad moral para abrir la boca opinando sobre otras personas, cualesquiera que éstas sean.

En cuanto al argumento de que *Pluma y Espada* ataca a Trujillo, por locuaz podría ser considerado vocero del antitrujillismo, llamo la atención sobre el hecho de que es más útil a Bernardino un periódico con apariencia de antitrujillista que con otro aspecto. Así confunde mejor a la opinión pública.

CARTA ABIERTA AL GENERAL HÉCTOR B. TRUJILLO*

La Habana,
8 de enero de 1953.

Sr. General Héctor B. Trujillo
Presidente de la República Dominicana;

Señor General:

El destino ha querido ofrecerle a usted una oportunidad para que conquiste la gratitud del Pueblo, la simpatía del mundo americano y el respeto de la historia; y no seré yo quien le niegue el derecho a esos bienes a causa del origen de su alto cargo, porque sé que los hombres públicos no son juzgados por la forma en que hayan comenzado a actuar si no por la manera en que cierran su mandato o en que terminan su vida. Por otra parte, y a fin de que pueda usted leer esta carta abierta sin prejuicios —tal como ella está escrita—, me adelanto a asegurarle que si es cierto que a lo largo de sus párrafos ha de

* *Quisqueya Libre*, N° 10, La Habana, enero de 1953.

“En estas columnas de *Quisqueya Libre* tenemos mucho gusto en ofrecer a nuestros lectores, esta carta trascendental de nuestro compañero Juan Bosch, Secretario de Relaciones Públicas del Comité Político del Partido Revolucionario Dominicano, conocido líder de la democracia en nuestro Continente y uno de los más eminentes escritores de la lengua castellana. Tanto por su contenido como por el prestigio de quien la firma, se trata de un importante documento histórico en esta hora negra que vive nuestra patria, la República Dominicana” (Nota de *Quisqueya Libre*).

hallar Ud. incitación al ejercicio del patriotismo, no las encontrará a la ingratitud fraternal, cosa que yo no sería capaz de aconsejar a nadie.

Sin que importe si de manera legítima o ilegítima, Ud. es ahora el presidente de la República Dominicana, su patria y la mía; por tanto es usted el depositario de la dignidad nacional y el encargado de proteger los bienes, el honor y la vida de todos los dominicanos. Del uso que usted haga de tan alta facultad dependerá no sólo la suerte de nuestro país sino también la opinión que habremos de merecerles a los pueblos que nos rodean. Hasta este momento esa opinión es humillante, a pesar de que nosotros aparecimos en el primer día de la Conquista como el nido de la cultura accidental en América; a pesar de que los primeros palacios, los primeros hospitales, la primera casa de estudios, los primeros tribunales del hemisferio se establecieron en nuestra tierra; a pesar de que hemos ofrecido al Continente grandes nombres en varias ramas de la actividad humana. Pero también en los últimos tiempos hemos venido dando al mundo un espectáculo lamentable: el de un Estado que se expresa en todos los casos en forma abyecta, bien en su relación con pueblos extraños, bien en la persecución de sus propios ciudadanos, a quienes ha dado alevosa muerte o ha colmado de calumnias o ha despojado de sus bienes. La prensa, la radio, los funcionarios del gobierno, y hasta los prelados católicos han sido obligados a manifestarse en un tono incompatible con las normas del decoro; los padres, forzados a insultar a sus hijos, los hijos a los padres y los hermanos a los hermanos. En nuestro país se ha establecido como norma de vida todo lo que es grosero, vulgar y denigrante. Y por esa conducta nos está juzgando el mundo. Actualmente, general, se requiere de mucho valor o mucha ignorancia para poder proclamar uno ante extranjeros su título de dominicano.

El destino ha querido depararle a usted la oportunidad de hacer que esa situación cambie del todo. Aunque comprendo que la tarea no es fácil, creo que hay entre los dominicanos hombres y mujeres en número suficiente para transformar la atmósfera que hoy ahoga a nuestro pueblo en una que permita la pacífica convivencia de la familia nacional y estimule el desarrollo de la ciudadanía y el florecimiento de la capacidad moral e intelectual de nuestros compatriotas. No ha habido en nuestro país la menor actividad libre en los últimos años y eso ha impedido que las grandes mayorías hayan desenvuelto las naturales facultades del ser humano para acopiar cultura, bondad o riqueza; pero muchos dominicanos lograron escapar a tiempo del agobiante estado de cosas imperante en Santo Domingo y han podido adquirir en otras tierras conocimientos y experiencia que deberían estar ahora al servicio de su patria. Esos dominicanos podrían retornar a su tierra y ayudar al pueblo ofreciéndole los medios de cultivarse para el ejercicio de sus derechos y de sus deberes ciudadanos. Muchos otros se guarecen dentro del país en el anonimato, temerosos de ser heridos en su dignidad o perseguidos físicamente. Los unos y los otros serían factores importantes en la formación de un nuevo espíritu nacional. El Partido Revolucionario Dominicano, en cuyas filas se agrupan hombres y mujeres de excepcionales cualidades, ofreció a usted la oportunidad de comenzar la transformación cuando acordó enviar a Santo Domingo una comisión de su Comité Político si allí se ponían en vigor garantías suficientes para ayudar al pueblo a desarrollar una capacidad política que lo coloque a la altura de cualquier nación civilizada.

Es posible que en esa caterva de pobres diablos que miden al hombre, como a las bestias, por su aptitud para comer, y no toman en cuenta las aspiraciones superiores de la criatura humana, se haya extendido la opinión de que al hacer la declaración arriba expuesta el Partido Revolucionario Dominicano

anda buscando la manera de ocupar posiciones en su gobierno. Me adelanto a decirle, general, que el Partido Revolucionario Dominicano es una organización seria, respetada por las más altas personalidades políticas de América, formada por hombres y mujeres a quienes une, no el apetito, sino un concepto doctrinal acerca de los males dominicanos y la manera de superarlos; hombres y mujeres forjados en la lucha, que no piden y no aceptan posiciones oficiales, si no sólo la oportunidad de mover en el corazón dominicano la voluntad de superación que en él late, y la de conducir al pueblo hacia el disfrute de las libertades inherentes a la naturaleza humana y al establecimiento de un estado de justicia social que destierre de nuestra patria el hambre y su secuela de enfermedad, incultura y humillación.

En el fondo de la actitud adoptada por el Partido Revolucionario Dominicano hay una invitación a usted, general; una invitación para que encamine sus pasos hacia la formación de una atmósfera de convivencia nacional. Y yo lo exhorto a oír-la. No es indispensable que usted se comporte como mal hermano. Pero entre su hermano y su país, entre él y su nombre histórico, usted tiene que escoger. Cuando se está en cargo tan alto como el suyo no puede haber sentimiento ni interés que se sobreponga a los deberes implícitos en él. Más allá del título de hermano, y aun más allá el de hijo, está el de ciudadano; por encima de todas las obligaciones está la de servir al país propio; y para un gobernante no hay y no puede haber propósito o pasión que entorpezcan los de proteger y encauzar, con permanente dignidad, los bienes, la vida y el honor de los gobernados.

Pese a la campaña de difamación que con dineros del pueblo dominicano y por inspiración oficial se me hace en mi país y en el extranjero, yo tengo conquistado un puesto en la historia de las letras americanas y la consideración y el afecto de millones de hombres y mujeres de estos pueblos que me

han visto luchando por sus libertades sin pedirles nada en cambio. Tengo conciencia de lo que soy y de lo que valgo en Santo Domingo y en otros países. Eso me permite ponerme por encima de las pasiones y me da el valor necesario para arrostrar el juicio de mis adversarios e ignorar la calumnia cuando brota a mi paso. Al dirigirle esta carta abierta, mis adversarios de buena fe opinarán que estoy equivocado si espero que ella le mueva a inaugurar en Santo Domingo una nueva era política; los calumniadores dirán que deseo venderme a usted, o que me he cansado de luchar. Pero usted sabe que yo no me vendo y probablemente sepa también que ni me he cansado ni me cansaré jamás de trabajar por mis ideas. Le toca a usted, general, decir con sus hechos si son mis adversarios los que se equivocan, en el caso de que le nieguen a usted intención de reformar la situación dominicana; o lo soy yo cuando albergo la esperanza de verlo conquistando la gratitud de los dominicanos, la estimación de América y el respeto de la historia.

BREVE CARTA ABIERTA AL HONORABLE
JOHN FOSTER DULLES*

La Habana,
8 de abril de 1953.

Honorable John Foster Dulles,
Secretario de Estado
de los Estados Unidos,
Washington D.C.

Honorable señor:

Durante una de sus visitas al *night-club* que tiene en la capital de la República Dominicana la estación de Radio La Voz Dominicana —propiedad, como el mencionado *night-club*, de un hermano del Sr. Rafael Leonidas Trujillo— el excelentísimo señor embajador de los Estados Unidos de Norteamérica en aquel país reclamó el micrófono para cantar encendidas loas al régimen gobernante de Santo Domingo.

Yo deseo preguntarle, honorable señor —aún a riesgo de distraer su ocupada mente de asuntos tan trascendentales como los que merecen su atención— si el nuevo gobierno de los Estados Unidos ha resuelto cancelar la política de no intervención, pues sólo habiendo hecho previo abandono de ella se explica que un embajador norteamericano intervenga de manera tan ostensible en la vida interna de un país que bastante ha

* *Quisqueya Libre*, III Etapa, N° 11, La Habana, marzo de 1953.

padecido ya gracias a todo tipo de intervenciones, las militares y las políticas. Me parece a mí, honorable señor, que no es espectáculo edificante el de un embajador extranjero que provoca y encabeza mítines políticos de carácter nacional en el país donde se encuentra sirviendo. Y a menos que su autorizada opinión lo contradiga, estoy tentado de creer que lo mismo que yo piensa la gran mayoría del pueblo norteamericano.

Si no recuerdo mal hubo épocas, anteriores a la política del Buen Vecino, en que los embajadores estadounidenses procedían en toda la América Latina como lo hace el que actualmente se encuentra en Santo Domingo. Tal vez eso explique, aunque a menudo se pase por alto, ciertas actitudes que están produciéndose en el Hemisferio. Es frecuente achacar ahora toda novedad a la influencia comunista, lo cual justificaría que al final de esta carta abierta yo me preguntara si el Embajador de los Estados Unidos en la República Dominicana no es un agente comunista, puesto que sólo ello explicaría el entusiasmo con que vulnera la política de no intervención y el calor con que se ha propuesto herir el sentimiento de un pueblo que bastante desgracia tiene con la tiranía que le agobia.

Atentamente le saluda,

Juan Bosch

EL ÚLTIMO CRIMEN DE TRUJILLO*

Los regímenes de fuerza hallan su tumba precisamente en el ejercicio de su poderío. Ese es el caso de la tiranía dominicana. Acostumbrada a actuar sin impedimentos de ninguna especie, cuando se cansó de dar muerte en los límites de Santo Domingo miró hacia fuera y decidió —sin perjuicio de seguir cometiendo crímenes adentro, para no perder la costumbre o para que el pueblo no perdiera el terror— aplastar a sus adversarios del extranjero.

Una organización gansteril con categoría, reconocimiento y representación de gobierno legalmente establecido, es la más espantosa creación que haya podido imaginar nadie. Pues en todas partes los funcionarios de la ley persiguen a los *gangsters*, de manera que estos tienen que actuar a escondidas. Pero donde ellos son el gobierno —y tal es el caso de la República Dominicana— tienen en sus manos la ley y sus instrumentos, a los jueces y a los fabricantes de documentos, como pasaportes, actas de nacimiento o declaraciones notariales, a la policía y a los soldados, los bancos, las líneas de navegación, los teléfonos, la prensa. Y todo lo ponen al servicio del crimen.

Con todas esas facilidades a su orden, la tiranía trujillista tuvo abiertos los caminos de la sangre que quiso. Mataba y

* *Quisqueya Libre*, IV Etapa, N° 16, La Habana, junio de 1956.

después desacreditaba a las víctimas. Primero, Sergio Bencosme en New York: después, Mauricio Báez en La Habana; más tarde, Andrés Requena, otra vez en New York; luego, Pipí Hernández, de nuevo en La Habana. Los millares de cadáveres de todas las nacionalidades, de todas las edades, de todos los sexos y de todas las condiciones sociales y profesiones, que su régimen había costado dentro de Santo Domingo; la explotación sin ejemplo en los anales del género humano, de que hizo objeto a su pueblo; la calumnia constante, burda y repugnante con que persiguió siempre a sus víctimas y a sus adversarios: todo ese cúmulo de crímenes contra la vida, la propiedad, el honor; el ejercicio sin tregua del peor hamponismo durante un cuarto de siglo sin que las conciencias adormecidas de las grandes mayorías continentales le pusieran un alto, le dieron a la tiranía una visión falsa de su propio poder.

Eso es lo que explica que siete meses después de haber ordenado el asesinato de Pipí Hernández, del puro, del transparente, del abnegado Pipí Hernández, y a pesar del escándalo que se produjo con la detención de los autores del crimen, ordenara el secuestro, y el asesinato consiguiente, del profesor Jesús de Galíndez en New York.

El presidente Eisenhower, gobernante del país más poderoso de la tierra, no puede ordenar la muerte de un hombre; pero Trujillo puede hacerlo. El FBI puede investigar la vida de Eisenhower; pero no puede investigar la de Trujillo. Trujillo había ordenado la desaparición de tres de sus adversarios en Estados Unidos y en Cuba, y jamás se había apresado a los autores materiales. Ordenó la del cuarto, en La Habana; se apresó a los autores, pero no había pruebas contra Trujillo. Su carrera, en el crimen, era de triunfos. En consecuencia, podía ordenarse una muerte más; y se ordenó la del profesor Galíndez.

En el ejercicio de un poder omnímodo, Trujillo, que no es hombre normal ni tiene fundamentos culturales para conocer las leyes que rigen la vida de los hombres y de los pueblos, creyó que para él no había límites; y resulta que la medida del límite es consustancial con todo lo que vive, y cuando no se respetan los límites, la vida se desordena y proviene la muerte. Por ignorar ese principio elemental Trujillo ordenó un crimen más, el del profesor Galíndez. Pues bien, Jesús de Galíndez, que luchó sin descanso por la libertad de un pueblo que no era el suyo, puede estar tranquilo, por que su secuestro y asesinato marca el límite máximo del poder trujillista; a partir del momento en que el distinguido y honesto profesor vasco fue victimado, comenzó a marcarse el descenso de la tiranía trujillista.

Pues ha sucedido que ese crimen inaudito ha puesto en pie la conciencia de las Américas y ha señalado a Trujillo como lo que realmente es: como el jefe de una banda de *gangsters* sin entrañas que se parapetan tras una apariencia de gobierno legal, que tienen representantes ante otros gobiernos, y en la OEA y en la ONU, en la UNESCO y en la OMS, en todos los organismos internacionales creados precisamente para impedir que en el mundo se imponga la ley de la pistola.

Partidos, periodistas, profesores, sociólogos, políticos, hombres eminentes y asociaciones respetables de ambas Américas han visto claro ya, que los exiliados dominicanos no adulterábamos la verdad cuando denunciábamos a Trujillo y a su régimen como a criminales de la peor laya. Ahora, las dos Américas saben quiénes son Trujillo y sus cómplices; y aun aquellos que en el extranjero han estado sirviendo al “Benefactor” dominicano se guardarán mucho, en lo sucesivo, de hacer alarde de su trujillismo. Como las ratas de los buques, ellos saben ya que ha sonado la hora de la decadencia para aquel que tan generosamente les pagó sus ataques a los buenos dominicanos y aun la desmoralización de la opinión pública para ocultar sus crímenes.

Para el Partido Revolucionario Dominicano, su función en el esclarecimiento de los asesinatos de Andrés Requena y de Jesús de Galíndez —para referirnos a los dos últimos perpetrados por el trujillismo en New York— tiene una significación especial; y queremos dejar aquí constancia de ella, no por vanidad ni para aprovechar tan infausta circunstancia como la oportunidad para una propaganda que sería impropio hacer ahora, sino para que sirva de lección a los dominicanos antitrujillistas y a otros exiliados latinoamericanos.

Desde al año 1942, el Partido Revolucionario Dominicano ha mantenido una representación activa en Estados Unidos, y sobre todo en New York. En los últimos años, al frente de esa representación ha estado allí un miembro del Comité Político del PRD, nuestro ejemplar compañero Nicolás Silfa. Pues bien, catorce años seguidos de actividades en New York han tenido un fruto en esta ocasión, pues le ha tocado al PRD allí activar todas las gestiones para convencer a la opinión pública de Norteamérica de quién es Trujillo, por qué murió Jesús de Galíndez y por qué murieron Requena y Bencosme en New York y Mauricio Báez y Pipí Hernández en Cuba.

Claro que lo deseable hubiera sido que ninguno de esos inolvidables compañeros hubiera muerto y que no hubiera una Sección del PRD en Estados Unidos. Pero las condiciones de nuestra lucha nos han sido impuestas por las tropelías trujillistas; no las hemos escogido caprichosamente. En esas condiciones de lucha, el PRD, creyó siempre en el resultado del trabajo organizado. Los hechos le han dado la razón. Sirva ello de ejemplo a otros combatientes democráticos, y de lección a los que mostraban la inscripción del PRD en el Departamento de Justicia de los Estados Unidos como una prueba de que nuestro partido estaba formado por “lacayos del imperialismo yanqui”.

El secuestro y asesinato de Jesús de Galíndez ha colmado la copa de la paciencia, de la ignorancia y de las indiferencias generales hacia el caso dominicano. Eso marca el principio del fin para Trujillo. Si sabemos organizar la presión internacional a favor de la democracia en nuestro país, estará cerca el momento en que podamos honrar en suelo dominicano al destacado y querido profesor victimado, y a los que le precedieron en el camino del martirio.

ENTREVISTAS DE *QUISQUEYA LIBRE*
HABLA JUAN BOSCH*

Miguel A. VELÁZQUEZ

Demasiado conocido como uno de los más activos luchadores democráticos del Caribe y como uno de los más extraordinarios escritores de nuestra lengua, y demasiado bien apreciado en las filas del PRD y en las de los demócratas dominicanos, el compañero Juan Bosch tenía que ser necesariamente objeto del interés de Quisqueya Libre. Por eso decidimos entrevistarlo para este número.

Hallamos a J[uan] B[osch], en su modesto hogar habanero, entre el cariño de su digna compañera y de sus hijos. Quizás sobre decir que lo encontramos escribiendo. En el corto tiempo que lleva en Cuba, J[uan] B[osch] ha escrito ya un libro, que está ahora editándose en Chile, y se halla a punto de terminar otro.

—El que escribí entre enero y febrero —nos dice— es *Cuento de Navidad*, un libro más bien corto, pero del que estoy satisfecho. El que estoy terminando ahora es una biografía de David, el rey judío.

El tema puede parecer raro en un escritor como Bosch, tan preocupado de la actualidad. Pero él nos explica la causa de su interés en David.

* *Quisqueya Libre*, IV Etapa, N° 16, La Habana, junio de 1956.

“Después de dos años y medio de ausencia, ha retornado a Cuba y se ha reintegrado a sus labores en el seno del Partido Revolucionario Dominicano nuestro compañero Juan Bosch” (Nota de *Quisqueya Libre*).

—Se trata de un político —dice—, que a la vez era guerrero y poeta, una figura notable, sobre todo porque hay una idea falsa sobre David. Tres mil años de lectura de la Biblia, sin analizar, han hecho de David un personaje como no fue. Para nosotros, los que tenemos media vida dedicada a la lucha por la libertad de estos pueblos, la vida de David es una enseñanza de gran valor. Es realmente sorprendente. Nosotros, los latinoamericanos, hemos vivido muy metidos en nuestra historia y en el estudio de nuestros héroes, y tal vez eso nos ha perjudicado, nos ha quitado amplitud de visión.

Aquí J[uan] B[osch] se detiene en la exposición de una tesis que le hemos oído con frecuencia, la de que todos los acontecimientos, no importa donde se produzcan, sean pasados o actuales, están llamados a influir en nuestras vidas, y por tanto en la vida de nuestros países. De ahí que a su juicio, el político, el intelectual, el llamado a influir de alguna manera en la colectividad, está en el deber de mantener vivo el interés en todo lo que pasa en el mundo. Según sus propias palabras:

—La cultura tiene que ser en nosotros a un mismo tiempo combustible y motor, de lo contrario no podemos adecuarnos, situarnos en el momento histórico. Líderes incultos, a la manera de los que tuvimos en el pasado en nuestros pueblos, tenían que conducirnos a esta cosecha de tiranías que padecemos en América.

Otra frase que anotamos:

—No se puede creer en revoluciones dirigidas por gentes sin cultura. Puede que sean motines, complots, rebeliones o lo que se quiera, pero nunca revoluciones.

Bosch se hallaba en Chile, donde se editaron con gran éxito varios libros suyos, cuando se produjo la caída de Perón en la Argentina. Estuvo en Bolivia; allí conoció y trató a algunos dirigentes del MNR y de la revolución boliviana. Estuvo en el Brasil poco antes de la toma de posesión del presidente Kubitschek. Como es lógico, en la charla que sostenemos se alude a todos los movimientos sudamericanos.

—Mi opinión es que nos hallamos en un momento crítico. No es un juicio fundamentado en estadísticas, pero me parece que los grupos nacionales de nuestra América que se adueñaron de las industrias y los bancos gracias a las ilegítimas y exorbitantes ganancias de los años de guerra y al apoyo que hallaron en las dictaduras, necesitan ahora afianzar sus ventajas o ampliar sus negocios, para lo cual aspiran a intervenir en el manejo del poder político. Eso no pueden hacerlo con los dictadores, que fueron afirmando su autoridad poco a poco y acabaron no admitiendo interferencias y ni siquiera consejos. Tenemos en este momento ante nosotros una situación curiosa: la naciente burguesía nacional necesita libertades democráticas, y por esa razón se convierte en aliada de las demás fuerzas del pueblo, y en adversaria de las tiranías, que normalmente conservan residuos feudales, aun las más dinámicas.

Simultáneamente con esa situación, J[uan] B[osch] nos recuerda la tesis del PRD, adoptada en 1952, como base de discusión para nuestro Tercer Congreso General, que sirvió de fundamento al acuerdo unitario de nuestro partido; esto es, que la situación mundial tendía a aliviarse en vez de empeorarse, lo cual no favorecía a los dictadores. Nos recuerda también su carta informe al Comité Político enviada desde Chile en febrero de 1955, a raíz de la sustitución de Malenkov por Khrushchev en la Secretaría General del Partido Comunista ruso.

En esa carta-informe el compañero J[uan] B[osch] opinaba que el vacío de poder dejado por la muerte de Stalin acababa de ser ocupado por el ejército, y que éste, mejor que los políticos soviéticos, conocía por la experiencia de la invasión nazi, que no podía ir a la guerra. La conclusión de J[uan] B[osch] era que Rusia iniciaría una dramática y efectiva ofensiva de paz, la cual disiparía la atmósfera de guerra inminente y por tanto restaría a los dictadores una de sus mejores armas, la de la amenaza comunista.

Pero sucede que, confirmando lo que le oímos en el mitin del PRD celebrado en La Habana el 27 de febrero de este año, J[uan] B[osch] agrega:

—Ahora bien, el destronar a Stalin de su puesto de ídolo, dándonos la razón a nosotros, los que combatimos la monstruosa política del dictador georgiano, los comunistas apuntan directamente hacia la liberación de los partidos comunistas, que en breve dejarán de tener una dirección centralizada; y eso quiere decir que los comunistas de nuestros países van a poder abandonar su línea exclusiva, o casi exclusivamente pro-rusa, para presentarse como partidos nacionalistas. Hay que saber prever los peligros de esta situación, que no será sencilla, especialmente para partidos como los nuestros, de raíz popular y finalidad democrática. No debemos asombrarnos si en el futuro vemos a la burguesía naciente de la América Latina aliada a los comunistas para establecer un nuevo tipo de dictadura, de capacidad y dinamismo altamente peligrosos. En pocas palabras, el porvenir se presenta lleno de interés y apropiado para políticos con cultura suficiente y energía adecuada. Nunca antes, desde los días de las guerras libertadoras, hemos tenido ante nosotros etapa tan complicada.

—*¿Y en cuanto a nuestro país, qué nos dices?— preguntamos.*

—El trujillato va de paso. Hace tiempo que es un cadáver en acción, por inercia. Pero traspasó sus propios límites y la vida que le queda es corta. Trujillo no irá a una nueva elección; su hijo no será vicepresidente, y de serlo, ahí se liquidará el régimen. Una conjunción de fuerzas internas y externas, soliviantadas por los métodos de la dictadura, y en caso de las externas, galvanizadas por el asesinato del profesor Galíndez, va a representar en los próximos meses un obstáculo demasiado grande para Trujillo. No creo que pueda sobrepasarlo. Pero en palabras claras, es a nosotros a quienes toca hacer que la

conjunción de las fuerzas adversas a la dictadura se convierta en una suma explosiva y mortal para el régimen.

Preguntamos al compañero J[uan] B[osch] a quién se refiere cuando dice “nosotros”. ¿Exclusivamente al PRD? Y nos responde:

—No, a la unión de todas las organizaciones democráticas del país y del exilio; porque en última instancia, todas juntas somos el Pueblo. El papel del PRD, y todos nuestros hombres lo saben bien, será encabezar esa unidad, tal como lo venimos reclamando desde nuestra Conferencia Regional de 1950. Unidad democrática, es, pues, la palabra de orden.

MAX JIMÉNEZ

LA EXPOSICIÓN DE MAX JIMÉNEZ*

Dos tipos de interés despertaron en mí —mero espectador sin especialización alguna en la materia— la exposición de Max Jiménez en el nuevo Salón de Prado: los de carácter puramente pictórico u objetivos y los de carácter subjetivo que se refieren a la obra vista.

En los primeros hay que anotar la seriedad, correspondiente a un sentido clásico, del color en Max Jiménez; la armoniosa distribución de los motivos; su responsabilidad de trabajador; apreciable en el acabado y en esa pequeñez madre del cuadro que es la pincelada; la inclinación goyesca en la manera de trabajar y hasta de escoger el tema, y su capacidad de producir fuerza o su forma dinámica que es el movimiento.

Se observará que estos dos últimos puntos escapan ya, en cierto sentido, al oficio y se relacionan en gran parte con los que podrían llamarse aspectos subjetivos de una obra. Pero sin duda es muy difícil establecer dónde termina en un creador su impulso interior y dónde empieza la técnica a ejercer su exclusiva función. El trazado de una franca línea divisoria implica ya inexistencia del creador o del fabricante, por exclusión de uno de los dos: o el creador no sabe expresarse,

* En *Max Jiménez*, La Habana, Seoane, Fernández y Cía., 1944. Igualmente en VARGAS ARAYA, Armando, *Costa Rica en Juan Bosch*, San José, Costa Rica, Editorial Juricentro, S.A., 2009, pp.203-206.

porque desconoce la técnica de su arte o no la domina, y en ese caso su presencia se resuelve en una frustración ya que hay una dislocación visible entre su impulso creador y su instrumento expresivo; o conoce a maravillas la manera de manifestarse pero carece del angustioso don interior que distingue al artista.

Max Jiménez, desde luego, es un artista. Sin posición tomada en la disputa de escuelas que es habitual entre pintores, músicos, poetas y escritores, no me ha paralizado en la exposición de este pintor costarricense vecindado hoy en La Habana. No me he situado en “tiempo”. Esa es una de las ventajas del espectador que no alcanza a disfrutar el actor. Regularmente éste se halla situado en un ambiente que por hache o por be escogió *motu proprio*, mantiene una beligerancia sin tregua en favor de ese ambiente y en denuedo de los otros, y califica con pasión todo lo que de él se salga. Ese ambiente, en pintura como en casi todas las artes, se llama escuela, y su característica mayor se relaciona con el tiempo. Así, un pintor surrealista es enemigo acérrimo de un pintor realista, y aunque también enemigo, casi tolerante con un cubista; todo porque hay más vecindad temporal entre éste y el surrealista que entre el realista y cualquiera de los dos.

Pues bien, Max Jiménez no es definitivamente ni realista ni cubista ni surrealista; es sencillamente —y completamente— un pintor de su tiempo que utiliza todas las enseñanzas del oficio y, sobre todo, la añeja técnica del realismo para expresar con ella un concepto pictórico actual, aunque no de último cuño. Es ahí donde está la clave de su seriedad, que reside en el tipo de color predominante en sus cuadros y en su sistema de trabajo, incluyendo la agrupación de los modelos, aunque estos no existan sino en la mente del autor. Esa seriedad corresponde a la gravitación de los clásicos en el mundo interior de Max Jiménez, así como el dibujo de sus figuras está resueltamente en oposición con tal gravitación; pues la determinante aquí es

la línea revolucionaria tipo Picasso, considerada por los pintores del último momento tan conservadora y remota como debió parecer a Picasso la línea de Velázquez.

Pintores como van Gogh y Gauguin y, mucho antes, como Cézanne, parecen no haber participado en la conformación de Max Jiménez, cosa que sin duda no le perdonarán los jóvenes; en cambio han tomado gran parte en esa formación Goya y Picasso. Esto se explica si se observa que el mundo emocional de un americano está más cerca de la tradición hispánica que de otra cualquiera y que en su terreno interior crece con mayor facilidad la semilla artística española que la de otro origen.

Por lo demás, he ido a ver la exposición de Max Jiménez en son de espectador, a recibir lo que allí había si era bueno, no a buscar el rastro de Cézanne o van Gogh. Y en cuanto a la sombra de Goya y Picasso —ambos igualmente venerables aunque uno de ellos viva aún— las recibo siempre con emoción y respeto y gratitud.

Picasso estaba allí como está en toda exposición desde hace años, pues nadie puede remontar el curso del río artístico después que él lo enriqueció y le dio amplitud a su cauce. Estaba en el dibujo, con su sensación de fuerza o de su forma dinámica. Pero es oportuno advertir que la deformación gigántica del dibujo —prenda de la liberación de la forma que ha alcanzado el artista moderno— nada tiene que ver con la expresión de fuerza implícita en la obra de Max Jiménez. Esta se encuentra expresada como movimiento en *Después del ciclón*, por ejemplo, y no está, sin embargo, en la mayor parte de las manos de las figuras. Aunque la fuerza se manifieste generalmente en función del volumen, no está siempre en la cantidad sino a menudo en la intensidad.

En algunas ocasiones, muy pocas por suerte, Max Jiménez ha visto el cuadro con inclinación de literato, lo cual se explica si se recuerda que este costarricense empezó escribiendo

versos. De ahí algún que otro agregado anecdótico en uno o dos cuadros, como el perro del ciego tocador de guitarra, por ejemplo. Este recurso ajeno al mundo cerrado de la pintura me ha hecho pensar que aunque ha logrado un equilibrio técnico apreciable a simple vista, Jiménez no ha podido todavía librarse completamente del mundo emocional, en el sentido de que haya conseguido dominarlo a su antojo hasta poder expresar emoción ateniéndose sólo a la técnica. Tal vez esta sospecha explique que, al pintar negros cubanos, el artista, nativo de una tierra donde no hay negros nos dé en realidad negros newyorquinos, con su profunda y dolorosa seriedad de discriminados y con su dureza de cuáqueros fabricados a su despecho, tal como los vio durante sus días de Nueva York.

Para vencer esta dificultad Max Jiménez tendrá un aliado, el tiempo. No podrá ayudarlo el oficio ni le serán útiles los maestros. Pues no es difícil advertir frente a su obra, aunque se perciban en ella las sombras de Goya y de Picasso, que este pintor costarricense es un hermoso ejemplar de autodidacta.

DIARIO DE COSTA RICA

CARTAS A TERESA*

Mi querida Teresa:

El café requiere mucho sol, lo cual significa, desde luego mucha pala. Me explicaban hace poco que una fanega del grano maduro, cuando se le recoge en las ramas, pesa quinientas sesenta libras; ya seco, pierde cuatrocientas cincuenta. A la orilla misma del beneficio está la plantación, hilera tras hilera del verdinegro arbusto, de tarde en tarde separadas por callejones que han de dar paso a las pequeñas carretas en que el grano ha de ser llevado al patio de beneficio. La tierra es negra, jugosa, y a menudo se remueve junto a los troncos. Cuando llega el tiempo de la recogida familias enteras, con niños y perros, se agrupan en los cafetales arrancando uno a uno el grano, de vivo color rojo. A menudo llueve y entonces los recogedores, en su gran mayoría mujeres y muchachos, se reúnen al pie de los árboles que dan sombra a los cafetos. A ratos pasa el amo o se acerca el mandador, para protestar en voz alta de que se vean muchos granos verdes entre los recogidos.

El patio de beneficio que se domina desde mi ventana no está siendo utilizado ahora por el propietario de la finca, sino por compradores de café en cáscara que le han alquilado el

* *Diario de Costa Rica*, San José, 7 de enero de 1951. Igualmente en VARGAS ARAYA, Armando, *Costa Rica en Juan Bosch*, San José, Costa Rica, Editorial Juricentro, S.A., 2009, pp.215-216.

lugar para secar en él granos, adquiridos a veces en lugares muy distantes. Llegan con frecuencia camiones y descargan sacos o abren las portezuelas de las cajas para echar el fruto sobre el cemento como quien vacía arena. Jamás se oye un grito. Allá en Cuba el peón vocea, como si trabajar fuera una fiesta o un desorden, y el que mete bultos en un camión o los baja, gesticula y vocifera para que el chofer se acerque o se aleje. Aquí no; aquí sólo se oye —pero eso sí, sin sosiego— el lento ras ras del café que el palero extiende sobre el soleado cemento. Con lo que gana no hay para gastar en voces.

Va a caer ya la tarde. Lenta y silenciosamente, formando grupos, los trabajadores apilan con grandes cepillos los granos dispersos. La agónica luz del sol dora los montones de café. Un gallo canta a la distancia, y su canto suena limpio, como si se diera en una tierra de silencios. Dentro de poco no se verá en el cementado patio más alma que la del sereno, que llega temprano y que, como todos los serenos, estará despier-to mientras la negra noche no le permita encubrir los sueños de una hora que echa sobre los sacos amontonados bajo el pequeño techo que cubre un lado del patio. A eso de las nueve soltarán los perros, guardianes baratos de la fortuna apilada bajo las lonas. Mañana, a las cinco en punto, estarán otra vez los peones aquí, bajo mi ventana, azotados por el frío del amanecer; silenciosos y constantes, listos a ganar al día menos de siete colones, esto es, ochenta centavos de dólar.

Pero las amas de casa norteamericanas, que consumen todo el café de Costa Rica, y que no dejarían a sus maridos trabajar por ochenta centavos de dólar cada hora, entienden que el café es muy caro; y protestan. Por fortuna para ellas, sus hijos no andan descalzos. Para nuestra desdicha, los de quienes trabajan a mi vista no tienen zapatos.

CARTAS A TERESA*

Mi querida Teresa:

No todos los patios dedicados al beneficio del café son como el que le he descrito, aunque puede decirse, sin que apelliden a uno mentiroso en más de una ocasión por cada ciento, que el trato recibido por lo que ahora llaman, en lenguaje militar, “materia prima humana”, es igual o de un parecido que confunde. Numerosos finqueros inteligentes —y con capital para invertir, además— aspiran a regularizar el secado del café, liberando su negocio de las alternativas a que lo sujeta la naturaleza. En términos generales, el país necesita que así se haga, porque la moneda de Costa Rica —el “colón”— tiene en la exportación del café una de sus más seguras bases. Estoy hablando, desde luego, en términos de valores fiduciarios; porque en el lenguaje más directo lo que debería expresar es esto; para comprar mercancía en los Estados Unidos el costarricense necesita dólares, y la suma de dólares que produce el café es de primera importancia. Desde hace muchos años Costa Rica compra más en el exterior, concretamente en el mercado norteamericano, que lo que allí vende. La producción y el beneficio del café tienen que

* *Diario de Costa Rica*, San José, 14 de enero de 1951. Igualmente en VARGAS ARAYA, Armando, *Costa Rica en Juan Bosch*, San José, Costa Rica, Editorial Juricentro, S.A., 2009, pp.216-219.

ser regularizados a fin de mantener sobre cálculos firmes una entrada más o menos segura en moneda extranjera; o en poder adquisitivo, si le gusta más el concepto.

Pues bien, esa necesidad ha llevado a cierto número de finqueros que han dispuesto del capital imprescindible para hacerlo, a levantar patios de beneficios más modernos. El tipo de construcción depende de muchos factores, entre ellos, del terreno. Pero normalmente se parecen en lo fundamental. En primer lugar, está la entrada del café tal como llega de las matas. El sistema consiste en descargar los camiones o carretas repletos del rojo fruto en un gran embudo bajo el cual discurre una corriente de agua que conduce los granos hasta una despulpadora, la cual clasifica la cáscara y la envía, también por agua, a una salida, y clasifica el grano que es llevado a grandes cilindros rotativos alimentados sin cesar por aire cálido. El destino de la cáscara es interesante, probablemente tanto o más que el del café. Llevado de cilindro en cilindro, éste irá a dar, al fin, al departamento de ensacar —o embolsar; como prefieren decir aquí— y será llevado después, a través de camiones, trenes y barcos, hasta los amplios y lejanos almacenes de New York o de California, para terminar un día, tras el proceso del tostado, del molido, del empaquetamiento y de la distribución, en la cocina de una ama de casa en Iowa o en la moderna cafetera eléctrica de alguna pizpireta muchacha de Long Island. De pasada, valdría la pena seguir una por una las peripecias de un puñado de café cosechado en la Meseta Central de este bello país, saber cuánta energía humana consume cada libra desde que se siembra el “almácigo” hasta que la oscura bebida es paladeada en una cafetería de Broadway; acaso tal historia explicaría, mejor que todo lo escrito al respecto, por qué razón nosotros, los pobladores de las Américas de abajo, no navegamos por el impetuoso río de bienestar que en las Américas de arriba permite pagar cincuenta dólares semanales

a un obrero que vigila la máquina en que se tuesta el café secado aquí, bajo el sol quemante, por peones de a cincuenta colones por semana.

Pero habíamos hablado de la cáscara y de su interesante destino. En esos patios modernos ya descritos, la roja cáscara, que despidе un olor gratamente agrio, es conducida a otro embudo cuya boca final da a las cajas de los camiones o de las carretas en que se le transporta al sitio donde se elabora el compost. El compost es, en la más exacta acepción, una fábrica de tierra fértil. En Costa Rica el suelo es mayormente quebrado; corren a raudales las lluvias, que abundan sobremedera, y lavan con despreocupado ímpetu las superficies de los sembrados, llevándose aguas abajo la capa vegetal que cubre el territorio. La jugosa tierra se va, dispersa en minúsculas porciones; rueda de pendiente en pendiente, desparramando las millonadas innumerables de bacterias que hacen de cada plantita de Dios un venero de riquezas y un poema en color. El agricultor costarricense lucha contra ese mal, contra la fatídica y empobrecedora erosión, labrando hoyos escalonados en los desniveles, para que la capa vegetal caiga en ellos, o cubriendo de grama —que aquí llaman “zacate”— los espacios abiertos. Pero además, fabrica la tierra haciendo el compost.

Con la cáscara cruda del café, que no tarda en fermentar, boñiga de reses y caballos y yerba silvestre, cada una de esas cosas extendida en camadas que resultan cubiertas por camadas de las otras, todo ello encerrado en especies de cajones rústicos hechos con leños de bambú cruzados, se apilan más o menos dos metros cúbicos de materias que en Cuba se desperdician; una vez apiladas en tales especies de cajones, se clavan seis, siete u ocho varas huecas —casi siempre también de bambú— a diferentes profundidades, para que el aire circule dentro de las capas y salgan los gases de fermentación. A determinados días, la masa se revuelve; eso se hace con toda regularidad, durante

un tiempo dado. Al final, de la roja cáscara del café, de las boñigas y de las yerbas, no queda nada; todo el conjunto es tierra, rica, negra, húmeda, jugosa tierra que es llevada, casi solemnemente, a cubrir calveros hechos por las lluvias o a reforzar la que en los cafetales renueva segundo a segundo, un año tras otro, el vigor de los diminutos y verdinegros arbolitos que dan sus granos para estimular en distantes paralelos a la mecanógrafa de Chicago o a la dorada bañista de Palm Beach.

CARTAS A TERESA*

Mi querida Teresa:

Los costarricenses no parecen adherirse a la tesis que tan breve y brillantemente expuso Máximo Gómez cuando, a punto de abandonar su tierra dominicana para ir a encabezar en la última guerra el ejército libertador de Cuba, escribió a uno de sus hijos: “Para llevar frutos a la ciudad cómprate un triciclo, porque el hombre es más hombre cuanto más de prisa se mueve”. Aquí se anda despacio. Las “cazadoras” o “camiones” —es apelativo “tico” de las guaguas— esperan en las paradas que el pasajero llegue a marcha natural; por las calles y por las carreteras, que son generalmente buenas y en ocasiones muy buenas, pasan hombres y mujeres guiando con lentitud sus automóviles. No hay prisa para llegar, y como no hay estrépitos no es necesario levantar el grito de las bocinas por encima del ruido de la ciudad ni se oyen los violentos frenazos que tan a menudo destrozan en La Habana los nervios del transeúnte. La calma se traduce aquí en todo; el lento y bajo tono de la palabra, que se prolonga en los más inesperados diminutivos, dio origen a la transmutación del gentilicio costarricense en “tico”, pues debido a que hubo época en que todos

* *Diario de Costa Rica*, San José, 21 de enero de 1951. Igualmente en VARGAS ARAYA, Armando, *Costa Rica en Juan Bosch*, San José, Costa Rica, Editorial Juricentro, S.A., 2009, pp.219-222.

se llamaban entre sí “hermaníticos”, acabó siendo tico el nombre de los que pueblan este adorable país. La natural parsimonia de la gente no es en Costa Rica fruto de la educación, sino que viene de razones más profundas, entre las cuales sea acaso de las más importantes la manera armónica en que unas cuantas familias ligadas por sangre o por trato lograron que su más lejana descendencia fuera conservando a lo largo de las generaciones la tradición de tierna amistad con que se mantuvieron ellas unidas en los días en que establecieron el núcleo original de lo que hoy es la numerosa gente que puebla la Meseta Central, nervio del país. Sobre el terreno firme y fértil de la tradición, ha venido a coronar finamente esa actitud la obra de los educadores

El símbolo de Costa Rica es la carreta, vehículo lento en todas partes, pero más lento aquí, porque no son nerviosas mulas o poderosos percherones los que tiran de ellas, sino mansos bueyes de despacioso andar. La carreta tica no se parece a la de tierra alguna. Pequeña, para que no quepa en ella carga que agobie a la yunta, de ruedas enterizas hechas en dura madera, el campesino que la tiene y la usa como medio de vida, sacando de las lomas frutos y llevando de vuelta la mercancía que necesita el pulpero, la cuida y la embellece como su bien más valioso y, además, más querido. A menos que sea del patrón de la finca en que trabaja —en cuyo caso no hay ornamentos porque eso significa gastos superfluos—, la carreta tiene una pintura de fondo, en la gran mayoría de las veces, de tono anaranjado; encima van los adornos en colores brillantes, azul, blanco, amarillo, rojo, todos mezclados, ya en figuras de flores, de festones, de pajarillos, ya en cuadrilongos de colores alternados que van formando, casi siempre en las ruedas, círculos crecientes a veces hasta el borde mismo. El lado del camino desdibuja o cubre el laborioso y pintoresco ornamento, parte del cual lleva también el yugo

que unce por detrás de los cuernos a los bueyes; pero al llegar a su casa, el carretero lava las ruedas, el cajón —si es que la carreta lo tiene, pues a menudo sólo lleva varas verticales sobre la plancha—, el yugo; y torna a viajar, loma arriba y loma abajo, siempre a pie él, porque no quiere que sus bueyes, a los cuales mima tanto que les limpia la boca y la nariz cuando babea atosigados por alguna larga cuesta, tenga con su peso una sobrecarga innecesaria. Bastante tienen ellos con ayudarle a llevar la pesada carga de vivir y a mantener la casa.

Posiblemente fueron pintores y escritores los que hicieron de la carreta el símbolo *tico*; acaso fueron los propios campesinos, que labran a punto de cuchillo juguetes para sus hijos y hacen en miniatura y a montones copias de las lindas carretas; tal vez fue obra de los que crean y venden objetos de recuerdo para los visitantes y los turistas. De todos modos, quienquiera que haya sido autor de tal selección para simbolizar el país olvidó al carretero, o al boyero, como lo llaman aquí. Bajo la lluvia, ese hombre de tan delicado corazón que no se acuesta sin cortar caña para sus bueyes, en cuyas bocas él mismo pone los pedazos con amorosa mano, va y viene a pie, perseverante, infatigable; carga la carreta y cuida de que los frutos o la mercancía, muy pocas veces suya, llegue a su destino sin mojarse o sin magullarse; empuja a menudo el vehículo, ayudando a sus bestias, cuando hay un mal paso, se corren las piedras del río que cruza o se hunde la rueda en un pantano traidor; está atento a que no se le maltrate la pintura con un tronco caído o al rozar con los alambres de una cerca, lo cual da idea de que le preocupa lo bello, como a toda criatura de finura moral. Y al final del mes, si el hijo demanda un juguete debe ponerse a hacerlo él mismo, porque no tiene dinero con qué comprarlo; o debe verlo crecer descalzo, como los animalitos de Dios, porque ¿cómo ganar con una carreta, por primorosa, por linda que sea, por mucho que la gente de la ciudad la tenga por

símbolo y en casas de alcurnia las usen de adorno en diminutas reproducciones, para que un niño de la montaña además de su tortilla y sus frijoles de cada día, pueda darse el lujo de usar zapatos?

Por los caminos de Costa Rica las pintorescas carretas van y vienen lentamente, al tardo paso de los bueyes; uno las advina acercarse debido al fino chirriar que saca la rueda del eje. Pero nadie oye la amarga queja que la miseria saca, con persistencia sañuda y oscura, de los días sin fin de su boyero.

CARTAS A TERESA*

Mi querida Teresa:

Este pueblo tiene una dignidad tan entrañable y natural como la del castellano viejo; de manera que el instinto del matiz, la última y más delicada manifestación del sentido de las proporciones, abunda aquí y sorprende al viajero donde menos lo espera. Esas lindamente pintadas carretas, y ese andar comedido y esa voz frenada de que le hablaba en mi carta anterior, son flores de un tronco común. Para que vea que no estoy exagerando, voy a contarle algunas cosas.

En 1948, antes de tomar posesión de su cargo, vino a Costa Rica el Dr. Prío Socarrás, presidente electo de Cuba; entre los actos con que celebraron su visita había un baile en el Club Unión de San José. Iba yo por la acera de la pequeña plaza que está frente al club, acompañado por el jefe del protocolo del país, camino de no recuerdo qué diligencia relacionada con el Dr. Prío, y de pronto vimos venir sobre nosotros a un joven de violín bajo el brazo, trajeado de negro. “Maestro”, dijo con fino acento dirigiéndose al funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores, “yo soy músico y tengo que tocar esta noche aquí, en el Club, para el baile del señor Presidente de Cuba; pero vea

* *Diario de Costa Rica*, San José, 28 de enero de 1951. Igualmente en VARGAS ARAYA, Armando, *Costa Rica en Juan Bosch*, San José, Costa Rica, Editorial Juricentro, S.A., 2009, pp.222-225.

como ando. No sé ponerme la corbata. ¿Podría Ud. hacerme el lazo?”. Con la mayor naturalidad, el jefe del protocolo anudó la corbata del joven, éste dio las gracias inclinando la cabeza como todo un *habitué* de cortes europeas, y nosotros seguimos hacia nuestro destino sin hacer comentarios. Jamás había visto yo manera más comedida, natural y bien educada de pedir servicio tan íntimo; y me quedé pensando en el incidente. Meses más tarde, viajando a través de los lindos cerros de la Meseta con el entonces presidente Figueres, le veía a menudo parar el automóvil que él mismo guiaba para preguntarle a una campesina o a un escolar que recorría a pie quién sabe qué distancia si iba lejos; a veces, el peatón aceptaba la oferta y subía con nosotros; a veces decía que muchas gracias, “que ya estaba llegando”, pero siempre el servicio era aceptado o rechazado con la más espontánea e impresionante dignidad. Nadie abusaba de la oportunidad que le ponía a su alcance nada menos que el primer magistrado del país.

Hace pocos días estuvo aquí el Dr. Aureliano Sánchez Arango, Ministro de Educación cubano. Vino a inaugurar en La Mansión de Nicoya —un rincón de áridas tierras en el árido y rojizo Guanacaste, donde bajo la jefatura de Antonio Maceo fundaron una colonia agrícola varias familias cubanas— un busto del Titán de Sao del Indio. Como el acto era fiesta americana, allá nos fuimos antillanos de Cuba y Santo Domingo revueltos con ilustres acompañantes “ticos”. Al bajar del avión abordamos una camioneta. Pequeña, desvencijada e incómoda como era, nadie tomó en cuenta su apariencia. Allí montaron al presidente don Otilio Ulate y el ex presidente Figueres, el Ministro de Educación de Cuba y el de aquí, funcionarios, damas; una carga de notabilidades, en fin. Y hete que de pronto, a punto de arrancar ya el vehículo, un niño flaco, de trigueña cara bien adornada por manchas de suciedad, peludo él, ojudo y con pestañas húmedas de lagañas,

descalzo y apenas vestido con un corto calzoncito amarillo y una camisita que alguna vez fue blanca, trepó a la camioneta, pasó lo más dignamente por entre aquellos personajes y se sentó a mi lado, sin mirarme siquiera, sólo atento a un gran bulto de papel que iba cargando. Yo me quedé viendo al chiquillo, sorprendido de la naturalidad con que había entrado. —“¿Llevas algo ahí?”, le pregunté. —“Sí, melcocha para vender en La Mansión”, dijo. Esto es, él iba a trabajar como aquel joven del violín, y por tanto no tenía que acoquinarse ni pedir perdones. Esa conciencia inconsciente que forma la tradición a través de largos años, le decía al niño, como le dijo al violinista, que quien va a trabajar está haciendo algo noble y, por tanto, digno. Como relataba don Manuel Azaña hablando del carácter castellano, cuando afirmaba que un curtidor de pieles que le había visto entrar en cierto pueblo de Castilla la Vieja se quedó mirándole y no le saludó, como diciendo para sí: “Tú serás el Primer Ministro en Madrid, pero yo soy el jefe en mi casa”; aquí el hombre del Pueblo que trabaja no es capaz de pensar siquiera que él no puede pedir o aceptar de un funcionario un servicio simple, sea el de hacerle la corbata o el de usar el vehículo en que monta el funcionario, bien que se trate del jefe del protocolo o del Presidente de la República.

El “tico” no traspasa los límites. Don Otilio Ulate, que es hombre liviano como dirían en Cuba, aprovechaba ahí en La Mansión toda oportunidad para hacer chistes entre sus amigos campesinos; a ratos sus cuentos rozaban finamente la flor de la mejor tradición picaresca, ésa que en el Siglo de Oro aupó hasta la inmortalidad a los más notables escritores del idioma y que aquí ha producido a figuras como Manuel González Zeledón y Aquileo J. Echeverría —de quienes habré de hablarles a tiempo—; sin embargo, ninguna de las magras cabezas del pueblo que le oían quiso imitarle; y ni

siquiera reían más de lo que el cuento demandaba, tal vez para que don Otilio, a quien sin duda quieren ellos de veras, no fuera a pensar que le celebraban el chiste porque quien lo hacía era el Presidente.

Tremendamente susceptible a la idea de que lo humillen o ignoren, la susceptibilidad del “tico” no se acumula en rencores de esos que estallan rompiendo una vena y derramando la vida con la sangre. Este pueblo es sencillo porque es digno. He dicho “digno”, Teresa, no “altanero”. Porque la altanería no tiene finura. Y en los matices o en los tonos, el “tico” prefiere lo fino a lo estridente.

CARTAS A TERESA*

Mi querida Teresa:

He aquí que he estado hablándole de Costa Rica sin que le haya descrito todavía el país en que habita este pueblo. Vale la pena hacerlo, porque son contadas las tierras que puedan competir con ésta. Desde las nutridas selvas del trópico, henchidas de agua, de troncos y de luz, en cuyo seno ruge el tigre, silba la serpiente o canta el ave multicolor, hasta las alturas de nobles líneas en que el amarillo sol tiñe los prados con tintes insospechados o crecen el oscuro café y el digno ciprés, Costa Rica tiene todos los matices imaginables en el profuso mundo geográfico, vegetal, geológico.

El país está situado de Norte a Sur; entre Nicaragua y Panamá, bañado en el Este por el Caribe, que aquí llaman impropriamente Atlántico, y en el Oeste por el Pacífico. Navegando cierta vez por las orillas del Pacífico, seis o siete años atrás, hicimos noche en Puntarenas, el puerto más importante en la costa del Oeste. Al atardecer, antes de tomar los canalizos que habían de llevarnos a los muelles, una avecilla roja, como un rubí alado, llegó desde las secas regiones del Guanacaste y dio contra los hierros de la nave; allí la recogí, atontada por el

* *Diario de Costa Rica*, San José, 4 de febrero de 1951. Igualmente en VARGAS ARAYA, Armando, *Costa Rica en Juan Bosch*, San José, Costa Rica, Editorial Juricentro, S.A., 2009, pp.225-227.

golpe, y cuando la vi al cabo de las horas recobrase, la lancé sobre el mar y la vi perderse a fuerza de alas, camino de las peladas alturas del Golfo de Nicoya. Esa fue mi primera impresión de Costa Rica, la segunda fue la brillante luminosidad del Pacífico, agitado por los delfines, que al costado del barco perseguían sin cesar a peces menores y se movían graciosamente allá abajo, entre la masa oscura de las aguas, dejando su perfil iluminado como si fuera de fósforo encendido. Pero cuando el San Salvador, hundido años más tarde en los abismos del golfo mexicano, pegó a Puntarenas, y con los güincheros llegó al barco una joven trigueña de grandes ojos melancólicos y pelo castaño, cuya sonrisa tenía ese tono de nácar alumbrado por la luna que sólo el trópico da, me hice de Costa Rica una idea falsa. Para mí esta tierra era aquello: sol, el arenazo molido por el tiempo, hecho polvo ya, en las calles de una pequeña ciudad de mar, la amarilla playa lamida siglo tras siglo por el agua, los activos y gritones negros de los muelles, y alguna que otra joven de atezado rostro y grandes ojos tristes. Tal vez, a la distancia, unas palmeras o unos cocoteros. Así era el paisaje, así debía de ser Puerto Limón, así San José.

Pero me equivoqué, Teresa. Costa Rica no era ese trópico tradicional. En el centro del país, insurgiendo desde los complicados lares panameños, los venerables Andes del Sur comienzan a ascender; camino hacia el Norte, y cuando se estabilizan en el nudo de montañas que aquí llaman la Meseta Central, han alcanzado ya la mayor belleza que es dable imaginar sobre la tierra. Recortados sobre un horizonte que en los meses del verano —es decir, cuando no llueve— tiene un delicado brillo de porcelana, los firmes de los cerros alcanzan una dignidad acaso no superada por paisaje alguno. Pelada o poblada por cipreses, por sauces o por robles, la montaña de la Meseta, en cuyo corazón se estableció el núcleo original de este pueblo, es la nobleza expresada en tierra y en árboles.

Jamás me cansaré de verlas. Ni de oír las, Teresa; porque es el caso que se oyen, bien porque la brisa tenga aquí un delicado poder sonoro, bien porque de cerro en cerro, abriéndose paso por entre la negra tierra que los cubre, va cayendo el agua, la brillante y rica agua de la altura, que es fría y es jocunda.

A las costas del Caribe llegaron el Almirante don Cristóbal y Pedrarias Dávila. Pero el verdadero conquistador de esta hermosura de país fue el tuerto don Pedro de Alvarado, de rubias barbas y poderosos hombros, fundador del Reyno de Goathemala, hombre de esos que llevaban por dentro la espantosa fuerza de un trueno. Cómo sería aquel capitán, lo dice la mujer que escogió, doña Beatriz Cuevas, primera mujer que gobernó en el Nuevo Mundo a nombre de sus Majestades Católicas. Doña Beatriz vivió en la Antigua, capital del reino; y cuando supo que su marido había muerto en combate con indios mandó entrapar de negro los palacios de la ciudad y ordenó labrar un acta para hacerse cargo del gobierno. Al pie del acta, con la sombría y digna sencillez de una romana, aquella adolorida hembra firmó así: "Beatriz, la Sin Ventura". El trágico señorío de la tremenda fuerza vital con que figuran en la historia don Pedro de Alvarado y la Sin Ventura parece dueño, todavía, de gran parte de Centroamérica, porción del Continente donde el manantial del dolor no ha sido cegado todavía. Pero en Costa Rica se ha impuesto el paisaje, este tierno —y sin embargo, noble como pocos— paisaje de Costa Rica, línea digna de cerros destacada en el horizonte por luces de porcelana.

Deslumbrados por el nuevo mundo que se abría ante sus ojos, los descubridores y los conquistadores acudían, incautos como la indiada a quienes ellos engañaban con baratijas de cristales, a las primeras palabras que les llegaban a las mentes. Por eso llamaron a este país Costa Rica. Yo lo hubiera bautizado mejor, lo hubiera llamado Tierra Hermosa.

COMBATE

TRUJILLO: PROBLEMA DE AMÉRICA*

La presencia de Rafael Leonidas Trujillo al frente de la dictadura que gobierna en la República Dominicana no es un problema exclusivo del pueblo de Santo Domingo; es un problema continental, que mantiene en tensión la sensibilidad de la América Latina y perturba las relaciones de nuestros países con Estados Unidos.

Esto último resulta inexplicable para la mayoría de los líderes políticos norteamericanos, y sin embargo resulta claro como el día pata todo el mundo en la América Latina.

La razón está en que la ocupación militar de Santo Domingo llevada a cabo por el U.S. Marine Corps fue un hecho sin importancia para un país tan poderoso como Estados Unidos, y probablemente de cada cien mil norteamericanos sólo uno haya oído hablar vagamente del asunto. Pero en toda la América Latina viejos y niños saben que hubo tal ocupación militar y que nuestros pueblos se sintieron humillados por esa agresión a un país latinoamericano que no era enemigo de Estados Unidos y que por su escasez de recursos no podía amenazar la seguridad de la patria de Jefferson y Lincoln.

* *Combate*, San José (Costa Rica), marzo-abril, 1959. Igualmente en VARGAS ARAYA, Armando, *Costa Rica en Juan Bosch*, San José, Costa Rica, Editorial Juricentro, S.A., 2009, pp.229-239.

Toda la América Latina sabe también que el origen inmediato de la tiranía de Trujillo está en esa ocupación militar, puesto que Rafael Leonidas Trujillo comenzó su vida pública como subteniente de las fuerzas constabularias que formaron los jefes del U.S. Marine Corps en sustitución del ejército dominicano, disuelto por las autoridades militares de ocupación.

Toda la América Latina sabe también que el subteniente Trujillo fue ascendido rápidamente, siempre por designación de los jefes del U.S. Marine Corps, y que cuando en 1924 la Infantería de Marina abandonó el país, el Sr. Sumner Welles, delegado personal del presidente de Estados Unidos en las negociaciones de desocupación, pidió al nuevo gobierno dominicano el ascenso de Trujillo a coronel, petición que fue atendida en el acto.

Toda la América Latina sabe también que desde su posición de coronel Rafael Leonidas Trujillo pasó a ser jefe del ejército, y que hallándose en ese cargo organizó un golpe de Estado contra el Gobierno y tomó el poder que ha mantenido durante veinticinco años.

Toda la América Latina sabe también que el pueblo dominicano no pudo luchar contra ese golpe de Estado porque el país había sido previamente desarmado por las autoridades militares norteamericanas; el control exclusivo de las armas estaba en manos del ejército organizado por la ocupación militar, y el jefe del Ejército era Rafael Leonidas Trujillo.

Esa historia, que ignoran los líderes políticos y la opinión pública de Norteamérica pero que no ignoran ni los líderes democráticos ni la opinión pública de la América Latina, es lo que explica por qué grandes multitudes de venezolanos aplaudían tan atronadora y prolongadamente cuando Fidel Castro dijo, durante su visita a Caracas en el mes de enero, que Trujillo había sido esbirro del Departamento de Estado y que por eso se hallaba todavía en el poder.

En la América Latina hay dos sentimientos dominantes, que tampoco han querido comprender los líderes políticos de los Estados Unidos: amamos la libertad por encima de todo otro valor moral, y estamos entrañablemente unidos, como pueden estarlo los hermanos más afectuosos.

Es evidente que hasta hace poco nuestros pueblos no han tenido la educación política suficiente ni las bases económicas y sociales necesarias para establecer y desarrollar democracias estables. Pero eso no significa que seamos incapaces de hacerlo. Lo han hecho Chile, Uruguay y Costa Rica; en los últimos años lo ha hecho México; luego, pueden hacerlo todos los demás.

Por nuestro amor a la libertad hablan nuestros muertos: millones de vidas se han inmolado en las luchas latinoamericanas por lograr libertades públicas. Sólo en la zona del Caribe, en los últimos cincuenta años, las víctimas de las tiranías pasan de medio millón.

Los pueblos que se sacrifican en tal grado no pueden ser tratados con desdén cuando se dice que las libertades democráticas deben ser conquistadas con esfuerzo. Con el debido respeto, creemos que Estados Unidos no puede presentar cifras tan impresionantes, aunque nos alegramos de que su ciudadanía no haya tenido que morir en combate para afirmar los derechos que conquistó en la guerra de 1777.

En cuanto a nuestro sentimiento de unidad, los americanos de lengua española formamos diecinueve países diferentes, pero somos un solo pueblo. La gran masa de estudiantes, obreros, campesinos, intelectuales, comprende y reconoce las razones históricas y económicas de la división de naciones, pero la rechaza como hecho emocional.

Jamás se le ocurriría a un chileno pensar que Benito Juárez, el héroe mexicano, es un extranjero; ni a un uruguayo creer que José Martí, el apóstol de la libertad de Cuba, es un extraño.

José de San Martín fue general y Libertador en Argentina, Chile y Perú; Simón Bolívar lo fue en Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. Un dominicano, Máximo Gómez, encabezó el ejército libertador de Cuba.

Ernesto Guevara, argentino, es hoy un héroe cubano. Nunca pensaría un demócrata venezolano que José Figueres es extranjero por el hecho de haber nacido en Costa Rica, ni un panameño admitiría la idea de que Rómulo Betancourt no tiene derecho a preocuparse tanto como él por el destino de Panamá. Haya de la Torre es tan colombiano en Colombia como peruano en Perú.

Debido a ese fortísimo sentimiento de unidad, que en sus orígenes se confunde con el amor a la libertad, cada latinoamericano se sintió humillado por la ocupación militar norteamericana de Santo Domingo, y cada latinoamericano se siente colérico con la presencia de la dictadura de Trujillo en la República Dominicana.

Para un ciudadano de la democracia chilena, para un estudiante de Uruguay, para una mujer de Cuba, Trujillo está tiranizando no sólo a los dominicanos, sino a la gran masa latinoamericana. Y puesto que Trujillo inició su vida pública, y avanzó en su carrera militar, al favor del U.S. Marine Corps, ellos piensan y sienten y creen que Estados Unidos es en gran medida responsable de su infortunio.

Por otra parte, Trujillo ha sido persistente en atacar a la democracia dondequiera que se haya establecido en la América Latina; ha mantenido año tras año una propaganda de radio, prensa y libro, en los términos más procaces que permite el idioma, encaminada a ensuciar con calumnia de burdel el buen nombre de cuantos líderes honestos y capaces ha producido la vocación democrática de nuestros pueblos. Ha insultado a jefes de estado, escritores, científicos, líderes de partidos; ha organizado conspiraciones, complots, revueltas,

asesinatos contra todo régimen democrático latinoamericano; se ha valido de los medios más repugnantes para destruir la democracia en América.

El dictador de Santo Domingo ha actuado en ese sentido sin que jamás haya encontrado el menor obstáculo de parte de los organismos interamericanos. La organización de Estados Americanos ha tratado a Trujillo con distinción, y ha atendido sin demora el altísimo número de reclamaciones que ha hecho el dictador contra gobiernos democráticos de América.

No ha habido en la historia del hemisferio un gobernante que haya causado ni la mitad de las perturbaciones en las relaciones continentales que ha causado Trujillo; se recuerdan casos de conflictos provocados por nimiedades como incidentes en juegos de pelota entre novenas dominicanas y de otros países.

No ha habido en la historia del hemisferio otro gobernante que se haya atrevido, como lo ha hecho Trujillo, a secuestrar y asesinar adversarios políticos en territorio de otros países de América; Trujillo lo ha hecho por lo menos seis veces, y sólo en Estados Unidos, en tres ocasiones.

No ha habido en la historia del hemisferio otro gobernante que se haya atrevido a ejercer abiertamente la piratería; Trujillo apresó en México y Cuba un buque de bandera guatemalteca, lo condujo a puerto dominicano, mantuvo presa a una parte de la tripulación y dio muerte al resto.

No ha habido en la historia del hemisferio otro gobernante que se haya atrevido a ordenar el asesinato en masa de ciudadanos de otro país; Trujillo lo hizo con más de veinte mil haitianos, con norteamericanos, cubanos, costarricenses.

Ninguno de esos delitos de agresión, muchos de ellos inauditos, le procuró molestias a Trujillo, ni siquiera la repulsa de la Organización de Estados Americanos o una acusación ante

ella, a pesar de que en varias ocasiones cancillerías y gobiernos de la América Latina hicieron pública su condenación por tales hechos.

Los pueblos de la América Latina creen que la OEA es una organización que se halla primordialmente al servicio de la política exterior de Estados Unidos. No decimos que lo sea, sino que los pueblos lo creen así. La tolerancia que ha tenido la OEA con Trujillo y con todos los demás dictadores de la América Latina, ha perjudicado su crédito y sobre todo ha llevado a nuestros pueblos a pensar que quien respalda a Trujillo en el seno de la OEA y le defiende en cuantas situaciones difíciles pudieran presentársele, es el Departamento de Estado.

En este artículo no estamos opinando acerca de la justicia o la injusticia de esa manera de pensar. Exponemos lo que piensa la América Latina. Cualquier persona que pregunte a la gente del común en esta parte del hemisferio puede comprobar que no inventamos nada. No lanzamos acusaciones; expresamos un estado de ánimo.

Decir estas verdades es exponerse a que periodistas, abogados, senadores y representantes y hasta profesores y sacerdotes de Estados Unidos se alarmen y acusen al que las diga de ser un agente comunista. Es frecuente que en la prensa de Norteamérica aparezcan artículos en que se afirma que los adversarios de Trujillo y de su dictadura son servidores de Moscú.

El latinoamericano común recuerda que cuando el gobierno de Árbenz, en Guatemala, dio señales de inclinarse a la línea del comunismo internacional, toda la prensa de Estados Unidos desató una propaganda demoledora contra Árbenz, y tras la propaganda se produjo la agresión armada que capitaneó Castillo Armas.

El latinoamericano común recuerda a menudo aquel episodio de la política norteamericana en el Caribe, y se dice, "Es extraño que hubiera tanta decisión para derrocar a Árbenz y

que no haya ninguna inclinación a detener la carrera de secuestros, asesinatos y agresiones de Trujillo a su pueblo y a otros pueblos de América”.

El latinoamericano común tiene una manera simple de juzgar, y entre sus muchas ingenuidades una de las más arraigadas es su creencia en que no puede haber dos democracias. Por eso, cuando oye a los altos funcionarios norteamericanos hablar de que en Rusia no hay democracia se pregunta por qué esos funcionarios no dicen también que en Santo Domingo no hay democracia.

El latinoamericano común conoce a sus líderes, y cuando lee un artículo de algún periodista norteamericano en que se afirma que Rómulo Betancourt reclama libertad en Santo Domingo porque es un agente comunista, y que José Figueres pone en peligro la paz hemisférica cuando denuncia los crímenes de Trujillo, piensa que el señor que escribe tales cosas y los periódicos que las publican están obedeciendo órdenes de centros oficiales norteamericanos.

El latinoamericano común no puede comprender que grupos de senadores de los dos partidos norteamericanos se dediquen a hacer encendidos elogios de Trujillo y que periódicos y agencias de noticias de Estados Unidos den difusión a esos elogios si no hay centros oficiales interesados en que así se haga.

El latinoamericano común lee periódicos, ve televisión, oye radio o, si es muy pobre, se entera de los acontecimientos a través de comentarios y amigos y conocidos. Como todo ser humano, oye, ve y juzga. Como todo ser que juzga, se prepara insensiblemente a actuar.

El latinoamericano común odia sobre todo a los tiranos, porque para él encarnan el terror, la persecución y el atraso político, y tal vez porque él, como todos sus hermanos de raza, ha sufrido alguna vez a manos de un dictador.

El latinoamericano común conoce a Trujillo, sabe quién es y cómo actúa. Para él, Trujillo es sinónimo de tiranía. Por eso se inclina a oír con simpatía a quien le habla de Trujillo y de los vínculos que hay entre el origen político de Trujillo y la ocupación militar norteamericana de Santo Domingo, y del alto número de periodistas, profesores, políticos, sacerdotes y hasta científicos norteamericanos que han salido a la defensa de Trujillo y de su régimen.

Muchas veces el que habla es un comunista, que acentúa en beneficio de su causa la responsabilidad de Estados Unidos en el caso de Trujillo; y un año después, ese latinoamericano común que le oía —obrero de una fábrica, estudiante de bachillerato, empleado en una tienda— desfila junto con muchos otros por las calles de Caracas, Lima o Buenos Aires, y lleva un cartel que dice: “¡Abajo el imperialismo! ¡Nixon, *go home!*”.

Ese hombre se radicalizó, su odio a la tiranía y su vivo sentimiento de unidad latinoamericana le llevaron al comunismo. Pero millones y millones como él no llegaron a radicalizarse, no se hicieron comunistas, porque se sentían inclinados a partidos populares como Acción Democrática de Venezuela, Liberación Nacional de Costa Rica, APRA del Perú, Partido Revolucionario Dominicano de Santo Domingo, organizaciones democráticas con doctrina moderna y directores serios, estudiosos y capaces.

Esos partidos se formaron en lucha por la libertad y el bienestar de sus pueblos, y por tanto tienen autoridad moral sobre las masas. Ninguno de ellos sería capaz de negar su ayuda a la tarea de derrocar una tiranía como la de Trujillo bajo el pretexto de que eso sería intervenir en los problemas de un país extranjero. Los partidos democráticos de la América Latina saben que la unidad de nuestros pueblos y su inclinación natural a luchar contra las tiranías son dos valores de

primera categoría en el haber político de América. Sería grave error desestimar esos valores.

Tampoco admiten esos partidos que la responsabilidad por la presencia de tiranos en la América Latina sea de Estados Unidos. Nadie puede negar que desde principios de este siglo ha venido acentuándose en Washington la tendencia a respaldar los regímenes dictatoriales en la América Latina, ofreciéndoles a menudo ayuda militar, económica, política y moral; y es evidente que cuando no ha sido hostil a los demócratas de la América Latina, Washington ha sido indiferente a la persecución y al terror desatados en nuestros países por los tiranos.

Pero es injusto achacar a Estados Unidos la paternidad de la tiranía como sistema político latinoamericano. Washington no prohijó la tiranía de Francia en Paraguay, ni la de Rosas en Argentina ni la de Melgarejo en Bolivia; no prohijó la de García Moreno en el Ecuador, la de Henri Christophe en Haití, la de Ulises Heureaux en Santo Domingo.

La dictadura tiene antecedentes históricos en la América Latina y corresponde a formas económicas, sociales, políticas y culturales que nosotros heredamos de España y que por suerte estamos superando.

Sin duda que ha habido tiranías nacidas y sostenidas en gran parte debido a actuaciones de Estados Unidos. Esto ha sucedido sobre todo a partir de 1900. Los dos ejemplos más notables son la dominicana y la de Nicaragua, de orígenes muy parecidos y de métodos similares. Ambos ejemplos comprometen y lesionan el prestigio de la democracia norteamericana en la América Latina.

Los que luchamos por la extensión del régimen democrático a toda la América Latina nos encontramos a menudo con que tenemos que librar la batalla no sólo contra los tiranos, sino también contra sus aliados en Washington, y a veces esos aliados son más poderosos que las propias dictaduras.

Cuando esto sucede, tenemos que aceptar la ayuda de todos los grupos que combaten al dictador; y entre tales grupos se hallan siempre los comunistas. Si no hubiera dictadores a los cuales hay que derrocar, las alianzas de las fuerzas democráticas y los comunistas de la América Latina no serían tan frecuentes.

Los políticos y la opinión pública de Estados Unidos no comprenden que los hechos sucedan así, o no desean comprenderlo. Como es lógico, cuando una tiranía es derribada, los pueblos de la América Latina, que han luchado solos contra ella, se enardecen y oyen con cierto placer malicioso a los comunistas recordarles que Washington no ayudó en la lucha, sino que ayudó al tirano. Generalmente los expertos norteamericanos en política internacional, que ven a los comunistas actuando en esa forma, toman la parte por el todo y explican al pueblo de Estados Unidos los sucesos de acuerdo con un patrón. Puesto que quienes lanzan acusaciones a Washington son comunistas y las masas los oyen con alguna complacencia, no hay duda de que la revolución antidictatorial fue comunista. “Son comunistas los que están creando desórdenes en la América Latina”, dicen.

La verdad resulta en esos casos falseada dos veces, pues ni son comunistas los que derrocan a los tiranos, aunque ellos ayuden, ni destruir una dictadura latinoamericana es desorden.

Nuestros pueblos quieren orden en el acatamiento de la ley por parte del ciudadano y del gobernante; dignidad privada y pública; progreso político, que sólo puede lograrse mediante el ejercicio de los derechos; régimen democrático que permita a cada grupo social la defensa de sus intereses.

Y quieren todo eso para la América Latina, no para un solo país. La gran masa latinoamericana, que ha estado leyendo u oyendo acerca de los crímenes de Trujillo durante más de un cuarto de siglo, tiene a Trujillo como el símbolo de la tiranía.

“Ahora le toca a Trujillo”, dice el hombre común en México, en La Habana, en Puerto Rico, en Argentina. Y su instinto no yerra. Porque Trujillo no es ya un problema sólo para Santo Domingo: es un problema continental, el problema número uno de todo el hemisferio americano.

LA REPÚBLICA

CARTA AL PRESIDENTE BALAGUER*

Doctor Balaguer:

En carta abierta de hace tres meses anuncié al general Trujillo que 1961 sería un año sangriento para él. Mi vaticinio se ha cumplido; y frente a la muerte del tirano abrigo la esperanza de que Ud. no pretenda mantener el régimen de terror que él inauguró hace treinta y dos años. Temo sin embargo, que por asegurar la estabilidad de un gobierno que ha perdido su sostén más poderoso, Ud. crea útil consentir que la riqueza acumulada por Trujillo sea transferida a sus hijos. Esa riqueza es del pueblo dominicano; él la produjo y a él le fue sustraída. En nombre de tres millones de compatriotas, pido a Ud. la confiscación de todos los bienes de Trujillo y su resguardo mientras llega la hora de destinarlos a su único fin digno: servir de base para el desarrollo de la riqueza nacional y para elevar el nivel de vida de todo el Pueblo.

Juan Bosch

* “De don Juan Bosch al presidente Balaguer”, *La República*, San José, Costa Rica, 1º de junio de 1961, p.1. También en *Diario de Costa Rica*, San José, 1º de junio de 1961, p.1: “Carta del Presidente del Partido Revolucionario Dominicano don Juan Bosch al presidente Balaguer”; y en VARGAS ARAYA, Armando, *Costa Rica en Juan Bosch*, San José, Costa Rica, Editorial Juricentro, S.A., 2009, pp.138-139.

MOMENTO

GOBIERNO Y REVOLUCIÓN*

En términos de la cultura occidental, Gobierno y Oposición son dos valores contrapuestos. Uno encabeza, encarna y representa al Estado; la otra encarna y representa al Pueblo. El Estado es sustancialmente la organización coercitiva de la sociedad moderna; es por tanto la fuerza encargada de poner límites a las demandas del Pueblo, en tanto éste es una suma de individuos, y de organizar el discurrir de la vida del Pueblo en tanto esa suma de individuos es parte integrante de la Nación.

Pero en términos latinoamericanos —una modalidad dentro de la cultura occidental— Oposición se identifica con Revolución, lo que se explica debido a que la vida política de nuestros países va y viene abruptamente de la tiranía a la libertad. En la América Latina, pues, los valores contrapuestos no son Gobierno y Oposición, sino Gobierno y Revolución.

Sabemos lo que es Gobierno; ahora bien, ¿qué es Revolución? Entre nosotros este vocablo cubre mercancías políticas muy variadas, que van desde los movimientos comprometidos a transformar la organización del Estado —de Colonia en República, por ejemplo— hasta los que se contentan con simples tareas de moralización administrativa.

* *Momento*, Año 3, N° 143, Caracas, 10 de abril de 1959, pp.24-25.

En un sinnúmero de casos, Revolución ha significado en la América Latina el solo cambio violento de hombres en el tren gubernamental. Esos casos, sin embargo, parecen ya de improbable repetición en nuestras tierras, y por lo mismo no han sido tomados en cuenta a la hora de hilvanar este artículo. Nuestros países avanzan hacia formas complejas de vida colectiva, y en la medida en que avanzan, el vocablo Revolución va adquiriendo sentido de movimiento encargado de llevar al poder público ideas y métodos que en una forma o en otra deben producir beneficios a la comunidad.

Algunas veces se le ha dado el nombre de Revolución a una Oposición impopular que ha conquistado el poder político con acciones violentas o con golpes militares. Pero en tales casos el nombre de Revolución no ha pasado de ser una etiqueta llamada a darle validez a una mera acción subversiva; entre la etiqueta y el hecho no ha habido relación ideológica. El movimiento ha carecido de la necesaria sustancia popular que forma la atmósfera de una Revolución. Los pueblos latinoamericanos no tienen cultura política, pero saben distinguir con claridad cuándo hay y cuándo no hay Revolución en un cambio violento de situación pública.

En nuestros países, Revolución es Oposición de criterios radicales en relación con la fuerza que gobierna. Esta suele ser retrógrada y dictatorial, pero puede ser retrógrada sin ser dictatorial y aún dictatorial sin ser retrógrada. Hemos conocido también alguna que otra Revolución que ha derribado a un régimen gobernante sin que éste haya sido ni retrógrado ni dictatorial, sino simplemente inerte, vale decir, sin auténticos impulsos progresistas. Los regímenes inertes lo han sido porque han nacido atados a compromisos antipopulares, como herencias de dictaduras, vicios administrativos o costumbres inmorales.

Pero debe tomarse en cuenta que en la América Latina el punto de referencia para darle categoría de Revolución a un movimiento político es siempre nacional. Si en estos países nuestros Revolución es Oposición de criterios radicales, el radicalismo de esos criterios se mide por módulos nacionales. Una Revolución latinoamericana puede ser Revolución en el país donde se produce, y resultar sin embargo un movimiento conservador o incoloro en relación con la Revolución mundial.

Hechas esas declaraciones, quedamos en que entre nosotros los términos contrapuestos en el orden político no son Gobierno y Oposición, sino Gobierno y Revolución. Se presume que todo el mundo debería reconocerlo así. Pero es solo una presunción. En más ocasiones de las que cabría suponer, los jefes de movimientos revolucionarios en la América Latina, ignoran que el triunfo de la Revolución lleva implícito un cambio en la actitud de esos jefes; de líderes de la Revolución tienen que pasar a jefes del Gobierno. En un momento dejan de ser la representación del Pueblo para pasar a ser la representación del Estado. El impulso que los ha llevado al Gobierno debe ser instantáneamente traducido en fuerza contenida, cuyo fin no es atacar sino organizar.

Una vez situada en el mando del Estado, la Revolución tiene que convertir su doctrina en funciones del Estado; sus principios deben realizarse en leyes, y por tanto, en normas de vida social para toda la ciudadanía. Pero sus métodos no pueden seguir siendo los que empleó hasta el momento en que pasó a ser Gobierno.

Mientras lucha por conquistar el poder público, la Revolución es una fuerza eminentemente agitadora; con la palabra o con las armas, y a menudo con ambas a la vez, la Revolución agita al Pueblo para lanzarlo a combatir contra el gobernante que aspira a derribar. Pero como el propósito fundamental de la Revolución no es derribar a un gobernante —sea hombre o

grupo— sino convertirse en Gobierno, al lograr sus fines reales inmediatos tiene que cambiar sus métodos de lucha. Su papel consiste entonces en legislar para afirmar sus principios, no en agitar para justificar su existencia. Ha pasado a ordenar el Estado, pero en vista de que necesita al Estado como órgano de poder, debe fortalecerlo, no debilitarlo. Si agita al Pueblo, debilita al Estado. La Revolución debe ser revolucionaria en cuanto está llamada a transformar las normas legales, políticas y económicas, o está por lo menos llamada a mejorarlas. Más en lo que se refiere a métodos para aplicar esas transformaciones, debe ser Gobierno, y nada más ni nada menos que eso.

Un jefe de Revolución comete suicidio político si olvida o ignora que el fin único —no primordial, no principal, sino único— del Gobierno es ordenar la vida del país según los principios de las fuerzas que le han dado origen.

Si la Revolución estuvo encarnada en un jefe, líder o caudillo, ese jefe, líder o caudillo deberá ser, naturalmente, el jefe del gobierno revolucionario. Ahora bien, en el momento mismo en que el jefe de la Revolución pasa a ser jefe de Gobierno, comienza a operar la antítesis Gobierno-Revolución, una fuerza histórica de poder demoníaco que sólo contados hombres han podido dominar en la historia humana. Pues con mayor frecuencia de lo que parece, el jefe de la Revolución entra a gobernar sin dejar de ser jefe revolucionario, y a la vez que encarna al Estado sigue encarnando a la Revolución.

Puesto que en buena lógica la Revolución debe expresarse en el Estado a través de leyes o decretos, parece objetivamente natural que el jefe de la Revolución sea el jefe del Estado y siga siendo ambas cosas a la vez. Pero subjetiva, histórica y filosóficamente, el Estado y la Revolución son dos fuerzas opuestas. El papel del Estado es coercitivo; sólo él tiene poder de coerción en la sociedad moderna. El papel de la Revolución reside en su función de representante del Pueblo, y en tanto

el Pueblo sea suma de individuos, se opone por naturaleza a la coerción que ejerce el Estado. Hay, pues, una oposición nata entre Estado y Revolución, y si el jefe de la Revolución pasa a ser jefe del Estado —o jefe del Gobierno—, él tiene que resolver en su persona esa antítesis.

No hay sino una manera de resolverlas: el jefe de Gobierno debe dedicarse a gobernar, no a agitar; a actuar como encarnación del Estado, no de la Revolución. Si es el líder de una masa que ha conquistado el poder público, debe ejercer ese poder al servicio de tal masa pero no puede seguir siendo el líder de la masa como si ésta no hubiera conquistado el poder.

En pocas palabras, ya es Gobierno, no Revolución. Su papel en lo adelante será organizar el Estado según las teorías de la Revolución, no mantener la agitación revolucionaria en las calles. Pues no es posible ser a un tiempo jefe de Gobierno y jefe de Revolución, esto es, cabeza de la fuerza que concede y organiza y cabeza de la fuerza que reclama y agita.

Podrían citarse muchos ejemplos de revoluciones que no se mantuvieron en el poder debido sobre todo a que sus jefes no supieron ser jefes de Gobierno sin dejar de ser jefes de Revolución. Entre la popularidad del líder opositor y el aislamiento de jefe de Gobierno, se dejaron seducir por la popularidad o creyeron que la necesitaban para gobernar con respaldo de masas. O lo que es muy probable, llegaron al poder público sin haberse detenido a ilustrarse, mediante lecturas y meditaciones, sobre el papel subjetivo del Estado y sobre sus funciones en la sociedad.

En la naturaleza, dos cuerpos no pueden ocupar un mismo lugar en el espacio; en la sociedad, dos funciones no pueden cumplirse simultáneamente, mucho menos si resultan antitéticas. El Gobierno no debe estar encabezado por aquello que se le opone. O se hace Gobierno en Palacio o se hace agitación en la calle. Cuando esta norma no se sigue estrictamente, la calle

termina invadiendo el Palacio; el Gobierno cae, derribado por la propia fuerza que él puso en movimiento y azuzó con la agitación, y la Revolución se pierde debido a que queda en manos de segundones que en la hora de la crisis usurpan la autoridad moral del jefe desplazado.

Los jefes de Revolución que no saben encauzar la agitación revolucionaria en normas de Gobierno, acaban siendo víctimas de la Revolución. Eso es lo que se expresa en la conocida frase: “La Revolución, como Saturno, devora a sus propios hijos”.

GOBIERNO Y AGITACIÓN*

Gobernar es ordenar, agitar es confundir. El Gobierno regula; el que agita confunde.

La forma de un gobierno está íntimamente relacionada con el tipo de sociedad que rige; no es la misma en la tribu que en la república parlamentaria. Pero la esencia del concepto de Gobierno no ha variado; el Gobierno debe su existencia a su capacidad de coerción. En la tribu, el jefe ordena dar muerte y el señalado muere; en la república moderna, que tiene congreso, poder judicial y prensa libre, la muerte es ordenada por un juez en virtud de ciertas leyes que aprobó el congreso, y el periodista da la noticia del fusilamiento o del ahorcamiento del reo.

Cuando se habla del concepto Gobierno no puede pensarse en términos actuales ni en características políticas; pues se habla de la sustancia misma del concepto, de lo que es inalterable. Cuando se habla de Hombre no puede pensarse en el hombre blanco, en el hombre negro, en el hombre amarillo; ni en mujer ni en niño de determinadas razas, pues se habla de la sustancia misma del concepto Hombre, que se halla presente en el ser humano a través de todas las civilizaciones y en todas las razas. Así, el concepto Gobierno alcanza por igual a fascistas, demócratas, comunistas, a gobiernos

* *Momento*, Año 3, N° 148, Caracas, 15 de mayo de 1959, p.25.

bajo los cuales hay ejercicio de la justicia y de la libertad y a aquellos que rigen pueblos sin tomar en cuenta ni siquiera la apariencia de la justicia y la libertad.

Ahora bien, en todos los casos el Gobierno ejerce la omnipotencia civil y la ejerce mucho más cuando más complicada va haciéndose la sociedad. ¿Quién lo autoriza a ejercerlo? La esencia misma de su función, que se halla en su poder de coerción. Y es justamente en el poder coercitivo donde se asienta la capacidad de un gobierno revolucionario para ordenar la vida social según los principios de la Revolución.

Para los grandes núcleos latinoamericanos, Revolución significa movimiento político de tendencias izquierdistas. Pero Revolución, como concepto, es simplemente acción violenta destinada a transformar las instituciones de un país. En América conocemos la revolución nacional o de independencia, librada en el siglo XIX para transformar las colonias en repúblicas, y la revolución democrática en burguesa, iniciada en nuestros países hacia 1910 con la de México. Pero en Europa se conocen la revolución democrática burguesa, la comunista y la fascista.

Todas estas revoluciones produjeron gobiernos que gobernaban según los principios de los movimientos que les dieron vida. En muchos casos los jefes de tales revoluciones siguieron siendo agitadores después de haber alcanzado el poder; algunos fueron agitadores en el ámbito nacional, otros en el internacional. Todo el mundo conoce el destino que tuvieron Napoleón, Hitler, Mussolini, típicos gobernantes agitadores en el ámbito internacional.

Un arquetipo de revolucionario que supo gobernar fue Lenin. Lenin tenía conciencia clara de que el gobierno revolucionario debe gobernar sobre la totalidad del pueblo, pues en la gran masa revolucionaria solo una minoría conoce los alcances reales de la Revolución, y la mayoría que los

desconoce debe ser mantenida en los límites revolucionarios por la autoridad del Gobierno.

Arquetipo del agitador en el poder fue Robespierre. Puesto que el agitador confunde, infunde miedo, y el miedo ahuyenta la estabilidad. La sociedad necesita de la estabilidad. Si se le niega la estabilidad del estado anterior a la Revolución, hay que ofrecerle estabilidad revolucionaria. Estabilidad no significa aquí situación inalterable, puesto que nada es inalterable en la historia. Cada forma social tiene su estabilidad, y la Revolución ofrece su estabilidad, que da confianza y seguridad a la parte del pueblo que apoya a la revolución. El ejercicio del poder revolucionario da estabilidad a las masas revolucionarias, en la misma medida en que la agitación les da inquietud y por tanto inseguridad. Robespierre inquietó a todos los grupos sociales de Francia porque era un agitador, no un gobernante; y el resultado es harto conocido: el cuello del Incorruptible fue pasto de la guillotina que él mismo había armado.

En la América nuestra no conocemos Revolución tan drástica como la de Rusia. Pero conocemos la Revolución que dio vida a nuestras repúblicas y conocemos la democrático-burguesa, todavía en marcha.

Entre los creadores de repúblicas americanas, ninguno tuvo la agudeza política de Bolívar. Cuando se lee todo lo que él escribió se ve que a lo largo de su carrera pública estuvo obsesionado por el miedo a la obra destructora de la agitación. En su discurso de Angostura dijo el liberador: "Debemos confesarlo; los más de los hombres desconocen sus verdaderos intereses, y constantemente procuran asaltarlos en las manos de sus depositarios: el individuo pugna contra las masas y la masa contra la autoridad". Para Bolívar, el gobernante republicano "es un individuo aislado en medio de una sociedad" que tiene que "contener el ímpetu del Pueblo hacia la

licencia". Llega a compararlo con "un atleta lanzado contra una multitud de atletas", y pide facultades especiales para ese gobernante, pues "por lo mismo que ninguna forma de gobierno es tan débil como la democrática, su estructura debe ser la de mayor solidez, y sus instituciones consultarse para la estabilidad". Si al Gobierno se le da estabilidad, dice el Libertador, "contemos con que se establece un ensayo de gobierno, y no un sistema permanente; contemos con una sociedad díscola, tumultuaria y anárquica y no con un establecimiento social donde tengan su imperio la felicidad, la paz y la justicia".

La estabilidad del Gobierno es imprescindible para que pueda ejercer la autoridad; la estabilidad del Pueblo es imprescindible para que el Gobierno pueda realizar su función. Lograr —y mantener— la estabilidad en un régimen revolucionario, que por naturaleza revolucionaria tiene que herir intereses antirrevolucionarios, demanda un ejercicio de la autoridad más fuerte que las situaciones normales. Eso explica por qué los regímenes revolucionarios, sean de derecha o de izquierda, no titubean en aplicar la pena de muerte.

Ahora bien, la condena a muerte de un enemigo no es un acto de agitación; es un acto de gobierno, un ejercicio legítimo de la justicia revolucionaria. Ese acto de gobierno no confunde; aclara. Ejercer la autoridad revolucionaria no es agitar.

Agitar es otra cosa; agitar es mantener en el pueblo un estado permanente de inquietud; es sostener soliviantadas a las masas revolucionarias. La causa más fuerte de agitación en la América Latina, desde Belzú hasta nuestros días, se halla en que algunos jefes revolucionarios llegan al poder con la idea de que realmente el pueblo debe gobernar, y que por tanto ellos tienen que compartir con el pueblo la función de gobernar.

Las masas no gobiernan ni pueden gobernar. El hecho revolucionario determina una delegación de la autoridad, que pasa de la masa a la jefatura de la Revolución; y es esta quien

debe gobernar, no las masas. Como lo dijo Bolívar, la masa pugna contra la autoridad; la autoridad es función exclusiva del Gobierno. Si el Gobierno comparte con las masas el ejercicio del poder, ese poder traspasará sus propios límites, se desbordará y acabará destruido, bien porque en su extralimitación llegará a dejar de ser popular para convertirse en tiránico —caso en el cual habrá desaparecido por haber cambiado su esencia—, bien porque las propias masas, ignorantes de los límites de la Revolución, la conducirán a estado de agotamiento.

Un ejemplo digno de estudio es el de Juan Domingo Perón. En su esencia histórica, la revolución peronista correspondía a la revolución democrático-burguesa de la América Latina, y como tal debió ser un movimiento de formas democráticas. Insensiblemente, en poco tiempo y bajo la presión de las masas, la revolución peronista tomó formas políticas fascistoides, el jefe de la revolución devino dictador sin perder por ello su arraigo en las masas y sin dejar de ser en todo momento un agitador; y al cabo fue echado del poder sin que pudieran evitarlo esas masas a las que él hacía participar en la función de gobernar.

En un artículo anterior (se refiere a “Gobierno y Revolución”) decía: “Una vez situada en el mando del Estado, la Revolución tiene que convertir sus doctrinas en funciones de Estado; sus principios deben realizarse en leyes, y por tanto en normas de vida social para toda la ciudadanía”. Más adelante afirmaba: “El fin único —no primordial, no principal, sino único— del gobierno es ordenar la vida del país según los principios de las fuerzas que le han dado origen”.

Si las fuerzas que han dado origen a un gobierno son revolucionarias, ese Gobierno debe organizar la vida social sobre las normas de la Revolución. Para lograrlo debe ejercer su autoridad de gobierno sobre todo el pueblo. Aplicará la justicia revolucionaria sobre los enemigos de la Revolución. Pero

la autoridad debe ser impuesta a todo el conglomerado social. Gobernar es ordenar, regular. Y no es posible ordenar la vida de un pueblo que se halla en estado de agitación.

El que gobierna, organiza, el que agita, confunde.

RENOVACIÓN

LA MADRE EN EL DRAMA HISTÓRICO DE LA ISLA*

Mañana es el Día de las Madres. Lo celebramos el último domingo de mayo y deberíamos hacerlo el primer día de la primavera, cuando la tierra entra en una nueva etapa de fecundidad; cuando el mundo en que vivimos da de sus entrañas todas las fuerzas ocultas que Dios ha puesto en él para que pueda ofrecer al hombre los mejores frutos, las flores más bellas, las mieles más ricas y los cantos más armoniosos de las aves.

En la religión católica de nuestro pueblo, la madre es María, la virgen de los siete dolores. Y está bien que sea así porque salvo el momento en que ve nacer al hijo y oye su primer grito, cuando la alegría de haber traído al mundo una nueva vida la embarga como una copa de licor divino, la madre siempre sufre: sufre el dolor físico del alumbramiento y sufre toda la vida el dolor moral del miedo; miedo a que su hijo se enferme o no sea el hombre bueno que ella espera o no resulte tan inteligente como lo desearía, y sufre cada hora la anticipación de la muerte de su criatura. Con los siete puñales del dolor clavados en su corazón, la madre de Jesús es el símbolo de la madre cristiana, y es por tanto el símbolo de la madre dominicana.

¿Quién ha sufrido más que esta madre dominicana?

* *Renovación*, Santo Domingo, 29 de mayo-5 de junio de 1962, pp.3-4.

Sufrió cuando era india y llegaron los conquistadores españoles y echaron perros bravos al monte para cazar al hijo indio, y cuando tuvo hijo español y lo vio partir a la guerra para salvar el país de los piratas; sufrió cuando ya no era ni india ni española, sino mestiza y con la llegada de los esclavos, a quienes los amos arreaban a latigazos, comprobó que había razas sometidas y la suya era una de ellas; y sufrió cuando era madre esclava y veía nacer al hijo condenado a la esclavitud, o cuando fue negra libre y tuvo hijo del español y supo que ese hijo no sería bien querido porque nunca sería de la raza pura del padre.

La madre dominicana sufrió cuando los bucaneros se metieron tierra adentro disparando sus arcabuces y tomando presos a los pobladores; sufrió cuando el rey de España ordenó que se dejaran despobladas las ciudades del Oeste y del Norte y ella tuvo que hacer a pie, junto al hijo, los largos caminos hacia la Capital; sufrió cuando sus hijos tuvieron que ir a la guerra para reconquistar la Tortuga y para echar a los franceses hacia el mar y sufrió mucho más cuando llegaron los días de las guerras sociales en Haití y cuando los haitianos entraron en la parte española y pasaron a cuchillo poblaciones enteras en Santiago, en Moca, en Cotuí y en las rutas del Sur.

Cuando los hombres combatían en Palo Hincado, cuando el hambre mataba a los sitiados de la Capital, cuando se luchaba, en fin, para volver a hacer española la colonia que había caído en poder de Francia, fue ella, la madre dominicana, la que vio a los hijos partir hacia las batallas y enflaquecer hasta la muerte en la ciudad sitiada.

Para hacer la patria, entre 1844 y 1855, ¿quién dio hijos si no ella? ¿Quién quedaba con el corazón atribulado cuando los hombres iban a combatir en Azua o en Santiago? ¿De dónde habían salido los que cayeron en Las Carreras y en Beller si no era del vientre de la madre dominicana? ¿Y por

dónde rodaban a chorros las lágrimas cuando al poblado lejano, al campo perdido, llegaba la noticia de la muerte de un combatiente, si no era por las mejillas secas de la madre?

La madre dominicana llevó sobre su alma el peso de la guerra cuando los españoles volvieron al país traídos por Santana y el pueblo se sublevó en Capotillo y comenzó aquella lucha sangrienta contra los que habían sido portadores de la civilización cristiana para sembrarla en nuestro suelo y en esa nueva ocasión eran ocupantes extranjeros de una República que a lo largo de once años había luchado en los valles y las lomas de la frontera y en las aguas del mar para que sus hijos fueran dueños de su patria. Mientras los hombres se mataban en Guanuma, en Puerto Plata, en el Canal de Paya, en los arenales de la Línea Noroeste, la madre dominicana esperaba en el bohío o en la casa de yaguas del pueblo que llegara la noticia de que el hijo había caído en la batalla.

Madre adolorida como la nuestra, ninguna; madre con el corazón deshecho por la angustia como la de nuestro pueblo, ninguna. Pues llegó la hora en que la bandera española se fue alejando mar afuera, pero los dominicanos, acostumbrados a matar para defender su República, siguieron matándose entre sí; y se mataban un día y otro, un mes y otro, un año y otro, hasta que el brazo fuerte de Ulises Heureaux impuso la paz; sólo que la paz fue la obra del crimen y con el crimen llegó el miedo a sentarse en el umbral de todas las puertas y entonces la madre sufrió de miedo y en cada pisada que sonaba en la noche creía ver llegar a los que iban en busca del hijo para fusilarlo en el cruce de dos caminos o para encerrarlo por vida en una cárcel pestilente o para llevárselo a la fuerza a servir en los cuarteles.

Madre dominicana, árbol del sufrimiento, ¿quién iba a decirte que del cadáver del tirano, caído a tiros en Moca, iban a salir los infiernos de la guerra civil? Pero salieron, y durante

diecisiete años de espanto viste a tu hijo irse a los combates y miles de veces no lo viste volver y nunca supiste en qué perdido matorral quedó su cuerpo con una vena rota por donde la sangre que tú le diste había salido a chorros llevándose la vida que tú creaste para que fuera útil y hermosa.

Madre adolorida, esta República descansa en la base misma de tu corazón; está nutrida por tu dolor, por el dolor que padeciste cuando la infantería de marina norteamericana se adueñó de esta tierra y se llevó tu hijo a empujones para que no protestara por el atropello que le habían hecho a la patria; está nutrida por tu dolor de siglos, sobre el cual apenas es una luz lejana el recuerdo de algunos días de paz perdidos entre los muchos días de padecimientos.

Tras unos pocos de esos días de paz, cuando la bandera de la cruz hubo flotado en los cielos donde flotó la de las barras y las estrellas, cayó sobre ti el espanto; cayó como una ave de piedra en cuyos ojos fulguraba el crimen; cayó y se posó sobre la República y la cubrió de la costa a la montaña, del mar al río, de la arena al árbol, de la calle al nido. ¿De dónde vino Rafael Leonidas Trujillo, llama oscura, fuego ardiente y sin luz, señor de la maldad? ¿Por qué asesinó a tu hijo en los bosques, por qué lo torturó en La Cuarenta, por qué echó sus despojos al mar, por qué te lo lanzó al exilio? ¿Cómo se explica, madre dominicana, que tu alma pudiera resistir tanto tormento y no estallara? ¿Quién podrá decirnos por qué no se secó tu vientre; debido a qué milagro seguiste dando hijos para que la tiranía los triturara?

Hoy recuerdas con horror los días en que a la hora de la comida tu hijo tardaba y a ti se te encogía el alma pensando si no había caído en manos de los esbirros; las tardes en que rondaban por tu casa caras desconocidas y esa noche el hijo que había salido a pasear con los amigos no volvía a la hora acostumbrada y tú no podías dormir loca de sufrimiento, y temblabas a cada ruido esperando la peor de las noticias.

Madre dominicana, ¿cómo pudiste resistir treinta y dos años de crimen? Treinta y dos años es demasiado tiempo para sufrirlos con una lanza clavada en el corazón. En esos treinta y dos años, todos los días fueron de sangre y todas las noches fueron de pavor; y si tú pudiste padecerlos es porque la resistencia de tu alma es infinita.

Ciertos pueblos antiguos construían sus viviendas sobre el cadáver de un niño. Los cimientos de la patria dominicana están hechos sobre el dolor de la madre. No han sido los que han caído en los combates ni los torturados en las prisiones ni los fusilados en la noche ni los echados al exilio los que más han sufrido; ha sido ella, la madre, la que siempre espera porque siempre ama, la que tiene en el pecho una fuente inagotable de ternura y a la vez una llaga de miedo que jamás se cierra.

En este Día de las Madres debemos consagrar una hora a ella; a la madre de todos, a la que cada día pasa por nuestro lado sin que sepamos su nombre; a la que ya murió y a la que aún vive. No pensemos sólo en la nuestra, en la que nos llevó en su entraña y nos cobijó con su amor. Esa es siempre la más bella aunque sus rasgos sean toscos; la más joven aunque tenga ochenta años y peine canas; la más saludable aunque esté en lecho de enferma; la más alegre aunque el sufrimiento la haya deformado; la siempre viva aunque haya muerto. Pero la otra, la de todos, la madre del sufrimiento dominicano, la madre que dio hijos para que hicieran patria y los dio para las guerras civiles y los dio para restaurar la República y los dio de nuevo para que los caudillos los enviaran a la muerte; la madre dominicana que parió víctimas para la tiranía... ésa es la raíz misma de este pueblo, la fuente de su vida y tal vez la única explicación de su existencia.

Sea para ella nuestra veneración...

Pero nuestra preocupación debe ser para la madre pobre; la que en los ranchos de las ciudades y en los bohíos de los

campos, a la luz de la jumiadora o de la lámpara, ha estado junto al catre o junto a la barbacoa del hijo enfermo, vigilándolo con ojos endurecidos por el traspasado y rogando al Dios de las alturas, con palabras atravesadas por el dolor, la salvación del enfermito.

Nuestros pensamientos son hoy, Día de las Madres, para ésa que levantó atormentada, buscando con ojos sin sentido en los rincones de la vivienda algo con qué hacer comida para sus hijos, los hijos del hambre que ella trajo al mundo con tanto amor como la señora encopetada, pero desdichadamente sin la comodidad de la señora encopetada.

Madre dominicana pobre, fuente del sufrimiento, flor de lágrimas: tus hijos duermen sin sábanas, tus hijos se levantan desnudos y pasarán el día desnudos o vestidos de harapos; tal vez tus hijos no comerán en este Día de las Madres. Pero ten la seguridad de que miles y miles de dominicanos oran y luchan para que en esta tierra que te debe tanto amanezca un día la justicia sentada en la loma más alta y en el bohío más humilde, con las dos manos llenas del pan que te has ganado con tu dolor en todos los años de nuestra historia.

Que el Señor te bendiga en este día, madre dominicana.

LA GUERRA FEDERAL DE VENEZUELA EN LA REPÚBLICA DOMINICANA*

EN LA LUCHA POR SU LIBERTAD, LOS DOMINICANOS USARON EL IMPULSO DEL LIBERALISTO PARA DARLE CARÁCTER POPULAR A LA GUERRA. — EN LAS PATRIAS DE AMÉRICA NO HAY FRONTERAS PARA LAS IDEAS NI PARA LOS HOMBRES.

Un militar venezolano que había hecho en su país la revolución federal impuso en Santo Domingo el tratamiento de “Ciudadano” en toda comunicación oficial y la fórmula “Dios y Libertad” —sustituta de la “Dios y Federación” adoptada por los seguidores de Falcón y Zamora— en lugar de la de “Dios Guarde a V. &” que tradicionalmente se había usado en la República Dominicana. Ese militar federalista se llamó Candelario Oquendo hijo, y tuvo tanta influencia en Santo Domingo que antes de haberse cumplido los meses de haber pisado por primera vez tierra de Quisqueya, firmaba en nombre del Presidente resoluciones ejecutivas de la más alta importancia.

Un escritor se va a la guerra

La República Dominicana había sido traicionada por sus gobernantes y anexionada a España en marzo de 1861, caso único en la historia de América. Pero los autores de la anexión no habían contado con el Pueblo, y el Pueblo se lanzó a la lucha por la libertad iniciando lo que se conoce en Santo

* *Renovación*, Santo Domingo, 17-23 de julio de 1962, p.22/23.

Domingo como Guerra de la Restauración. Después de varios intentos fracasados, la guerra estalló de manera incontrolable el 16 de agosto de 1863.

La acción restauradora había comenzado en Capotillo —con el histórico grito de ese nombre—, en el norte del país, cerca de la frontera haitiana. Los vecinos de la Capital, ciudad que se hallaba en el centro de la costa sur, no tenían manera de dirigirse por tierra al punto donde se luchaba; de ahí que el joven poeta y escritor Manuel Rodríguez Objío, llamado a tener un papel destacado en la Restauración, decidiera irse a Curazao para desde allí navegar hasta la costa norte y sumarse a la revolución. En Curazao, donde llegó a fines de septiembre de ese mismo año de 1863, Rodríguez Objío tuvo la buena suerte de encontrar a su pariente, el general Manuel Ezequiel Bruzual, Ministro de Guerra y Marina del gobierno presidido por el Mariscal Presidente don Juan Crisóstomo Falcón.

Bruzual había sido designado en ese cargo al tomar el poder el Mariscal Falcón, es decir, apenas cuatro meses antes. Por González Guinán¹ sabemos que a mediados de septiembre Falcón había estado en La Guaira conferenciando con el general Bruzual, quien acababa de llegar de Margarita a bordo del buque de guerra *Maparari*, recién adquirido por el gobierno venezolano, y que allí mismo despidió a su ministro “con rumbo a Curazao en solicitud de elementos para la escuadra”. Bruzual, pues, debía tener una semana en Curazao cuando llegó Rodríguez Objío, de quien era pariente por parte de la madre del dominicano.

Bruzual andaba entonces por los treintiún años y Rodríguez Objío por los veinticinco. Rápidamente se entendieron, y

¹ GONZÁLEZ GUINÁN, FRANCISCO, *Historia contemporánea de Venezuela*, T-VIII, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República de Venezuela, 1954, p.185.

Bruzual recomendó al joven poeta que se fuera a Venezuela donde podría conseguir ayuda para la guerra restauradora de Santo Domingo.

Rodríguez Objío dice que si de Bruzual “hubiese dependido, inmensos recursos habría puesto su Patria a la disposición del pueblo dominicano... No aseguraré otro tanto del presidente Falcón ni del primer designado Guzmán Blanco. Sin embargo todos me hicieron grandes promesas; pero yo quise apresurar mi marcha a la revolución...”².

En Venezuela vivía entonces Juan Pablo Duarte, el padre de la patria dominicana, figura de diafanidad ejemplar y de patetismo conmovedor. Rodríguez Objío se puso en contacto con él y con su hermano Vicente Duarte, con otros dominicanos exiliados y con altas figuras de la política de Venezuela hasta principios de marzo de 1864, sostenido con un sueldo que le hacía pasar su pariente el general Bruzual. El día 2 de marzo del año mencionado embarcó en La Guaira “después de haber estado en Coro y celebrado una corta entrevista con el Pte. Falcón”, dice él, “sin llevar a mis compatriotas otra cosa que... grandes ofrecimientos de parte del Gno. Venezolano”.

Esto no era absolutamente cierto, puesto que además de esos “grandes ofrecimientos” se lleva de Venezuela al comandante Candelario Oquendo hijo, que iba a jugar un papel importante en Santo Domingo y en cuyo morral de soldado iban las ideas liberales del federalismo venezolano.

En realidad ese viaje era una pequeña expedición prestigiada con la presencia de Juan Pablo Duarte y de repúblicos dominicanos tan insignes como Vicente Duarte y Mariano Díaz. Durante seis horas angustiosas, el buque de guerra español “Africa” persiguió al de los viajeros, que escaparon haciendo

² LUGO LOVATÓN, Ramón, *Manuel Rodríguez Objío-poeta-restaurador-historiador-mártir* (2da. edición), Ciudad Trujillo, Archivo General de la Nación, 1951, p.60.

desviar su nave hacia las Islas Turcas y después hacia Cayo Sal, que se halla entre Remedios —Cuba— y el extremo sur de la Florida. Ese largo desvío demoró el viaje al extremo de que los expedicionarios llegaron a Cabo Haitiano el 19 de marzo, y a Montecristi, ya en tierra dominicana, el 25 del mismo mes.

Oquendo, un extranjero generoso

El gobierno provisional patriota, que dirigía la guerra restauradora, tenía su asiento en Santiago de los Caballeros, la ciudad más importante de todo el norte del país. Rodríguez Objío dice que con la llegada del grupo los patriotas se sintieron estimulados porque “era el primer refuerzo material y moral que recibía del extranjero”, lo cual da idea de que además de hombres, en la pequeña expedición iban armas u otro tipo de recursos. Después de oír las informaciones de los recién llegados, el gobierno dominicano resolvió designar un agente plenipotenciario en Venezuela, y ése fue don Melitón Valverde. No sabemos si el Sr. Valverde fue a Venezuela, ni si fue, qué hizo allí.

Esto sucedía en marzo. En octubre, el gobierno provisional, presidido por el general José Antonio Salcedo —conocido en la historia por el sobrenombre de Pepillo—, fue derrocado debido a un complejo de causas que iban desde la falta de agresividad en la guerra hasta la desvalorización de la moneda. En propiedad, el gobierno de Salcedo se apoyaba en un grupo conservador que se negaba a reconocer la presencia del impulso popular en la guerra. Rodeando cada vez más estrechamente a Salcedo, los conservadores iban lanzándolo hacia la dictadura; y aunque el sucesor de Salcedo, Gaspar Polanco, fue dictador por cuanto gobernó sólo con su gabinete, lo cierto es que además de haberle comunicado más actividad a la guerra y haber revalorizado la moneda, se apoyó en esa fuerza popular naciente que iba incorporándose a las filas restauradoras.

Fue en el gabinete de Gaspar Polanco donde actuó Candelario Oquendo hijo, el soldado federal de Venezuela. Desde el primer momento, Oquendo aparece como figura de primera línea, al extremo de que compartió las responsabilidades de la cartera de la guerra con un dominicano, el general Julián Belisario Curiel, y quedó colocado a la altura de los nombres más ilustres de la Restauración. Rodríguez Objío refiere que el general Polanco confió el gobierno a hombres que “eran ante todo hijos legítimos de la Restauración, incapaces de traicionarla... Los unos habían figurado en sus primeras filas, cuando la revolución asediaba a Santiago, tales eran Polanco y Delmonte; otros habían sido víctimas de las persecuciones ibéricas que abandonaron sus casas incendiadas (se refiere al incendio de Santiago, uno de los hechos heroicos de la guerra) para salir al encuentro de la idea Restauradora, tales eran Pujol, Curiel, Espaillat, Leyba; otro era un extranjero generoso, imbuido en los principios de Bolívar, el genio de su patria, que había abandonado su hogar para lanzarse en brazos del de la fortuna dominicana, tal era Oquendo...”.

La capacidad y el valor de Candelario Oquendo debieron ser grandes, pues según afirma Rodríguez Objío, que era bastante objetivo, “Oquendo era de hecho más que un Ministro, el secretario privado de Polanco y firmaba en nombre de éste las resoluciones que le eran peculiares”. En este párrafo, aunque Rodríguez Objío no lo diga, se tiene la impresión de que aun la orden de fusilamiento del general Salcedo —mancha histórica en la notable hoja de servicios de Gaspar Polanco— fue firmada por Candelario Oquendo.

El eco de la guerra federal

No hay la menor duda de que Oquendo tuvo una influencia grande en el gobierno de Polanco, y de ella se colige que el venezolano debió ser un factor de primera categoría en el

movimiento que derrocó a Salcedo. Tal vez podría llegarse a la convicción de que el impulso liberal de ese movimiento se debió a Oquendo, que lo llevaba de la Venezuela en que había triunfado, tras larga guerra, la corriente popular encarnada en el federalismo.

La huella de esa influencia de Oquendo está en el primer decreto del presidente Polanco, firmado el 16 de octubre de 1864 —esto es, un día después de haberse hecho cargo del poder y siete meses después de haber llegado Oquendo a Santo Domingo—, por el cual se designan los nuevos ministros, cuyo artículo único comienza así: “Quedan nombrados los Sres. general Julián Belisario Curiel y coronel Candelario Oquendo para desempeñar la cartera de la Guerra...”. Prosiguen los nombres de los demás ministros, pero el observador más superficial advierte de inmediato que el coronel venezolano tiene un lugar especialmente destacado. ¿Por qué? Sin duda porque corresponde a sus hechos en el pasado inmediato, esto es, a su actuación en el derrocamiento de Salcedo.

Y que esa actuación estuvo determinada por la inclinación liberal del coronel Oquendo está fuera de duda cuando se lee el decreto del 18 de octubre —es decir, dos días después del primero— en que se muestra sin tapujos el ideario federalista venezolano. Ese decreto es el que “suprime el uso de todo tratamiento que no fuese el de ‘Ciudadano’ —y aboliendo la antigua fórmula de cerrar oficios: —Dios Gde. a V. &— la cual quedó desde aquel momento sustituida con la de ‘Dios y Libertad’”, dice Rodríguez Objío.

“Esto fue un simple trasplante de las exterioridades de la revolución federal venezolana, no de su alma”, puede opinar alguien. Pero he aquí que Rodríguez Objío explica a seguidas del párrafo que acabamos de copiar que “el objeto de estos decretos era popularizar, o mejor dicho democratizar la revolución;

y cambiarle radicalmente de faz, a fin de renovarla y hacerle cobrar nuevos bríos por todos los medios imaginables”.

Ahora bien, se pretendía eso con medidas que ya se habían aplicado en la guerra federal de Venezuela, e incluso copiado casi a la letra tales medidas; y resulta que entre quienes firman el decreto mencionado arriba estaba Candelario Oquendo, comandante de la revolución venezolana. ¿A quién puede caberle duda de que el impulsador de los acuerdos tomados para “popularizar”, o mejor dicho “democratizar” la Guerra de la Restauración era Candelario Oquendo?

El gobierno de Gaspar Polanco duró poco. En enero de 1865 fue derrocado por un movimiento a cuya cabeza se hallaban hacendados conservadores, que tomaron como bandera el nombre del ajusticiado presidente Salcedo. Polanco y su gabinete fueron apresados, pero dos de los ministros no se hallaban en el país, y uno de esos dos era Candelario Oquendo, a quien el gobierno había enviado a Caracas “para que activase las negociaciones secretas entabladas allí” desde hacía tiempo. Comenta Rodríguez Objío: “De suerte que la persecución no pudo ensañarse contra ellos. Fue esta una gran dicha particularmente para Oquendo, pues fue sobre él y Polanco que recayó más tarde todo el peso de la acusación...”.

Esta afirmación del que había sido ministro de Relaciones Exteriores en el gabinete en que formaba parte Oquendo, y los resultados del consejo de guerra que juzgó el asunto —que declaró absueltos de toda culpa a los integrantes del gobierno con la excepción del presidente Polanco y de Candelario Oquendo—, confirman la sospecha de que el venezolano fue un factor decisivo en el derrocamiento de Salcedo.

¿Y después?

¿Qué fue de Candelario Oquendo? Su huella se pierde y reaparece más tarde de manera imprecisa. En cartas cruzadas

a principios de 1886 entre Rodríguez Objío y el general Manuel Ezequiel Bruzual, se menciona a Oquendo como intermediario de la correspondencia; se le llama “joven y amigo” y se da a entender que seguía actuando en los problemas dominicanos más que en los venezolanos.

Tal vez algún día hallemos rastros suyos en Venezuela o en Santo Domingo. De todos modos, con su fecunda actuación en Santo Domingo demostró que entre estas patrias americanas no hay fronteras ni para las ideas ni para los hombres.

LOS BANCOS NO VIENEN A TRAER DINERO,
SINO A BUSCARLO*

En otra ocasión explicamos que el dinero no es riqueza, sino que es representación de la riqueza. Si no recordamos mal, hicimos la comparación siguiente: Podemos escoger una persona cualquiera, ponerle en el bolsillo mil pesos, meterla en una yola o bote y llevarla mar afuera, a cinco o diez o quince kilómetros de la costa. Si dejamos esa persona allá, mar afuera, sin agua, sin comida y sin que nadie pueda ayudarle, y volvemos a los quince días a buscarla, encontraremos que esa persona se ha muerto de hambre y de sed, a pesar de que tenía mil pesos en el bolsillo. En cambio, si llevamos a esa misma persona a un almacén donde hay de todo, carnes, bacalao, aceite, arroz, agua, pan, anafes y carbón y fósforos, y la metemos en el almacén sin un centavo en el bolsillo y cerramos el almacén por fuera, con candados, y volvemos a los quince días y abrimos el almacén, es casi seguro que encontraremos a esa persona sana y gorda. Así uno con dinero puede morir de hambre si no tiene a la mano productos para comer.

Este ejemplo demuestra que el dinero no es riqueza; es sólo representación de una riqueza, puesto que representa una mercancía dada: plátanos, zapatos, ropa, medicina; representa lo que pueda adquirirse con él.

* *Renovación*, Santo Domingo, 22-28 de mayo de 1962, pp.1-2.

Pero sucede que el dinero es también mercancía, una mercancía que se compra y se vende como el plátano, los zapatos, la ropa y la medicina. Cuando alguien coge dinero prestado está comprando dinero.

¿Cómo se explica eso? Pues por las razones siguientes:

Si una persona necesita mil pesos y los coge prestados para pagarlos al 8 por ciento anual más una comisión, digamos del 2 por ciento, esa persona paga en total mil cien pesos por mil que recibe. Esto quiere decir que ha comprado dinero como se compra una mercancía, y que el que le ha vendido el dinero gana con esos mil pesos cien pesos, como el comerciante que compra arroz a diez centavos la libra y lo vende a doce centavos la libra gana dos centavos por cada libra.

Hay comerciantes que venden arroz, aceite, jabón, azúcar y muchas cosas más. Pero los que venden dinero no venden sino dinero y nada más. Los vendedores de dinero son los banqueros y los prestamistas. Un banco, pues, es un establecimiento que compra y vende dinero; y obtiene ganancias comprando y vendiendo dinero como un comerciante obtiene ganancias vendiendo mercancías y frutos.

Los bancos compran dinero al contado y generalmente venden dinero al crédito. ¿Cuándo compran dinero al contado? Pues generalmente cuando compran moneda extranjera. La moneda extranjera puede comprarse en varias formas: puede comprarse como moneda propiamente y puede comprarse como cuentas en otros países; y la moneda extranjera se vende también. Por ejemplo, si un dominicano quiere ir a Puerto Rico o a Estados Unidos, compra dólares y tal vez pague actualmente un peso con quince centavos o un peso con veinte centavos por cada dólar que compre.

Los bancos venden dinero al crédito cuando prestan ese dinero a alguien. Un comerciante que necesita cinco mil pesos para una operación comercial logra que un banco le preste

esos cinco mil pesos por un mes o por dos meses o por tres meses y paga por esos cinco mil pesos la comisión más los intereses. Esa comisión más los intereses son los beneficios del banco. El banco ha vendido cinco mil pesos y en cambio recibirá los cinco mil pesos más sus beneficios.

Todo lo que hemos dicho indica que los bancos son establecimientos de negocio. Hacen negocio con el dinero como otros hacen negocio con el arroz o con el jabón o con la carne. Ahora bien, la diferencia entre los que hacen negocios con el arroz y el jabón y la carne y los que hacen negocio con el dinero está en que todo el mundo puede comprar arroz y jabón y carne pero no todo el mundo puede comprar dinero en un banco; es decir, no todo el mundo puede obtener dinero de un banco. Sólo los que dan algo en venta, los que tienen algo que garantice el valor del dinero y dé sus beneficios, sólo esos pueden conseguir dinero en un banco; y por esa razón los bancos, que comienzan negociando sólo en dinero acaban siendo propietarios de industrias, de tierras y de otras empresas; pues cuando un cliente que ha puesto en garantía una propiedad para obtener un préstamo de un banco no puede pagar, el banco le quita la propiedad; y así se explica que el National City Bank y otros bancos que estaban funcionando en nuestro país cuando se presentó la gran crisis económica de 1920-21, acabaron siendo dueños hasta de colonias de caña. Por supuesto los bancos prefieren no tener colonias ni tierras; prefieren cobrar su dinero, para seguir negociando con la mercancía dinero.

Generalmente los bancos comienzan a hacer negocios con un poco de dinero de sus accionistas, es decir, de sus dueños. Supongamos que un banco comienza con doscientos mil pesos. Al comenzar se dirige a los comerciantes más fuertes y les dice que puede darles crédito, es decir, puede venderles dinero, a cada uno según su importancia; a este, cinco mil; a aquel

otro, dos mil, a uno, tres mil y al de más allá, seis mil. Pero eso sí, cada uno de ellos tiene que abrir una cuenta en el banco; tiene que comenzar a depositar dinero de su negocio en el banco. Y los comerciantes e industriales, que aunque tengan dinero siempre necesitan más para sus negocios, aceptan y comienzan a hacer depósitos diarios en ese banco; éste deposita hoy trescientos pesos y mañana setecientos y al fin del mes ha depositado doce mil; el otro al fin del mes ha depositado ocho mil; aquel ha depositado seis mil; y así uno y otro y otro, hasta que al fin del mes el banco halla que los comerciantes que comenzaron a tomarle dinero prestado han depositado sesenta mil pesos y al fin del año los depósitos han pasado del millón o del millón y medio o de los dos millones; y el banco, que comenzó trabajando con cien mil pesos de sus accionistas está manejando dos millones de pesos de sus clientes.

Al estar manejando dos millones de pesos, dinero de sus clientes, el banco que al empezar sólo tenía cien mil pesos para prestar, tiene ahora dos millones para hacer negocios con ellos; dos millones de pesos para vender a los propios clientes cuyo dinero está usando, y si al comenzar con cien mil pesos podía ganar ocho mil, al terminar el año está ganando ciento sesenta mil pesos.

Ahora, veamos la diferencia entre un banco nacional y un banco extranjero. Si un banco nacional gana al año ciento sesenta mil pesos comprando y vendiendo dinero en el país, usará esos ciento sesenta mil pesos en ampliar sus negocios; si un banco extranjero ha traído al país cien mil pesos, es decir cien mil dólares si se trata de un banco norteamericano, lo primero que tratará de hacer es sacar en el primer año esos cien mil dólares y los beneficios que le acompañan y seguir desde ese momento trabajando sólo con el dinero del país. Otra diferencia importante es que un banco extranjero tiene la inclinación a usar el dinero nacional para hacer negocios

fuera del país. En el caso de los dos bancos norteamericanos que están estableciéndose aquí, las oficinas centrales de esos dos bancos son norteamericanas, están en los Estados Unidos, y estos bancos siempre serán vistos por sus propietarios como sucursales de las oficinas centrales que están en los Estados Unidos, y el día que se presente un conflicto de cualquier tipo pensarán en su sucursal dominicana como una simple sucursal que deberá ser sacrificada en beneficio de la oficina central. Eso quiere decir que el dinero dominicano, que debe ser manejado con el criterio de que debe ser para provecho dominicano, y como factor importante en el desarrollo dominicano, será usado con criterio norteamericano para provecho norteamericano.

Los bancos extranjeros no vienen a nuestro país a traer dinero, sino a buscar dinero. Al principio traerán un poco de dinero porque lo necesitan para poder ganar dinero, pero al final se llevarán dinero, y el dinero es un factor principalísimo en el desarrollo de un país.

¿Cómo podemos evitar esto? ¿Y cómo podemos evitarlo en el caso de los dos bancos que están estableciéndose aquí; que han obtenido permiso para operar en nuestro país sin que antes el pueblo se enterara de sus propósitos para que pudieran opinar de tal manera que el Gobierno supiera si convenía o no al país conceder esos permisos?

Ahora es tarde para opinar. El Gobierno y los dos bancos extranjeros se pusieron de acuerdo y han actuado tan rápidamente que el permiso del Chase Manhattan Bank fue concedido el 27 de abril y ese banco estará funcionando el próximo lunes, lo cual indica que hasta tenía las oficinas listas cuando se le concedió el permiso. Si hubiera habido tiempo, tal vez hubiéramos podido forzar al Chase Manhattan a aceptar al Gobierno como socio en el 51 por ciento de las acciones, si no en un porcentaje más alto, con lo cual el Gobierno hubiera

recibido más de la mitad de los beneficios que ahora irán a parar a manos de una entidad no dominicana y hubiera además tenido parte en la administración del Banco con lo cual hubiera podido influir para que los negocios del Banco estuvieran dirigidos a los fines del desarrollo industrial, que debe ser nuestra preocupación actual.

Pues los bancos tienen más beneficio cuando se dedican a prestar dinero con fines comerciales que cuando lo hacen con fines industriales, y aunque siempre hay que destinar dinero al comercio, que es una parte importante de la actividad económica porque atiende a la distribución, nosotros tenemos que poner la vista sobre todo en el desarrollo industrial, porque sin ese desarrollo no habrá solución para los problemas del país.

El tiempo se nos ha quedado corto para tratar este problema de los bancos norteamericanos, se nos ha quedado corto sobre todo para tratar el aspecto de la nacionalización de la banca en nuestro país, ese gran paso que dio Costa Rica en 1948 y que tan útil ha sido para afirmar en esa pequeña tierra de Centroamérica la democracia económica y social y la estabilidad política.

DOS DOMINICANOS EN LAS GUERRAS DE VENEZUELA*

EL MARINO JOSÉ GUERRERO, SEÑOR DE LOS MARES DE ORIENTE, MURIÓ SOBRE SU NAVE DE UN LANZAZO PATRIOTA. LOS APRIETOS DE BOLÍVAR EN BARCELONA. ANTONIO RUIZ, EL DOMINICANO QUE CAUSÓ LA DESERCIÓN DEL CHINGO OLIVO DE LAS FILAS LIBERALES.

En la guerra de Venezuela contra España sucedieron hechos inverosímiles, acaso nunca antes ni después vistos en el mundo, como la toma de las flecheras realistas por la caballería de Páez, a principios de 1818. Uno de esos hechos inverosímiles es la muerte del capitán de fragata José Guerrero, que en el combate naval de Santa Fe, el 25 de agosto de 1820, cayó sobre la cubierta de su nave nada menos que atravesado por una lanza, como si hubiera sido oficial de dragones y hubiera estado combatiendo en los Llanos.

Un marino dominicano al servicio del Rey

José Guerrero, a quien Vicente Lecuna llama siempre, en su “Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar”, “el intrépido Guerrero” o “el victorioso Guerrero”, era dominicano, valiente hasta la temeridad y realista. En la campaña de Barcelona el año de 1817, el propio Libertador tuvo que tomar medidas urgentes para impedir que José Guerrero tomara el Morro de Barcelona y pusiera en aprieto las fuerzas salvadas de la derrota de Clarines.

* *Renovación*, Santo Domingo, 31 de julio-6 de agosto de 1962, p.1 / p.8.

A pesar de que no era sino teniente de fragata cuando el desembarco de Bolívar en Ocumares, ya José Guerrero mandaba un bergantín de los dos que tenía la escuadrilla española en aguas venezolanas, el otro estaba al mando de un italiano de nombre Juan Gabasso, que se había enrolado como voluntario en la marina del Rey. A partir de esos días de Ocumares, Guerrero fue destinado a operar en los mares de Oriente, sobre todo entre Cumaná y Carúpano, con lo cual mantenía una especie de cortina realista entre los patriotas de esa zona y los denodados margariteños que cubrían el flanco marino independiente.

Al comenzar octubre de 1816, Guerrero capturó en el golfo de Cariaco dos flecheras margariteñas de ochenta canales y un cañón cada una y otra embarcación menor; mientras su compañero Rafael Díaz hacía iguales presas en el golfo de Santa Fe. Estas victorias navales realistas influyeron en el ánimo de Mariño, sitiador de Cumaná en esos días, para hacerle levantar el sitio, como lo ordenó el 9 de octubre. El 31 de diciembre, al mando de la segunda expedición organizada en Haití, llegaba el Libertador a Barcelona.

Tras la derrota de Clarines, Bolívar se hizo fuerte en Barcelona, y los realistas, que organizaban el sitio por tierra, enviaron a la zona una escuadrilla importante, compuesta de una corbeta, un bergantín, cuatro goletas y un falucho, y además una escuadrilla sutil al mando de José Guerrero. Dos goletas, una balandra y un místico venezolano lograron salvarse de la persecución de la escuadrilla española y se situaron en la boca del río Neverí. Eso sucedía el 12 de febrero de 1817, en momentos en que el Libertador hacía esfuerzos por romper el cerco de Barcelona para dirigirse hacia Guayana, donde las fuerzas de Piar estaban operando con amplias posibilidades de victoria.

Atacado por la costa, y a tan breve distancia de Barcelona, Bolívar hizo frente al peligro con su típica resolución: despachó río Neverí abajo varias flecheras con tripulación compuesta

de soldados escogidos y a la vez envió tropas a la playa para apoyar la operación naval. La rapidez de las flecheras, así como su construcción baja, las hacía muy útiles en combates cerca de la costa. La escuadrilla española tuvo que abandonar el lugar, pero estaba allí de nuevo el 18 de febrero, y ese día bajo el mando del dominicano José Guerrero, que llevó sus buques “a tiro de pistola de los republicanos”, según dice Lecuna. Los venezolanos habían varado su flotilla en el Puerto de los Holandeses, que está entre las bocas del Neverí y el Morro, y allí la atrapó Guerrero. De no haber sido por un esfuerzo de 300 hombres que envió precipitadamente el Libertador, Guerrero hubiera tomado ese día las salidas de Barcelona al mar.

Pues Guerrero desembarcó en el Morro, atacó el fuerte y lo tomó e inutilizó un cañón patriota que halló. Era una acción digna de su fama de intrépido y arrogante, señor de las aguas de Oriente, lo cual es mucho decir para un marino que luchaba con los margariteños, bravos hijos del mar. Pero los 300 hombres escogidos por Bolívar entraron a paso de carga por la estrecha franja de tierra que une al Morro con la costa, y el marino dominicano, que había desembarcado con poca gente, tuvo que abandonar el fuerte y volver a sus naves. Sin embargo intentó hacer otro desembarco al día siguiente, el 19 de febrero, sin buena fortuna.

Guerrero siguió moviéndose en aguas de Oriente. El 20 y el 21 de noviembre de ese mismo año de 1817 batió a la escuadrilla de Margarita comandada por Francisco José Gutiérrez, el hombre que iba a darle muerte —y a morir al hacerlo— casi tres años después. Estos combates tuvieron lugar en las costas de Araya, y en ellos perdió la escuadrilla venezolana cinco cañoneras y flecheras. Al referirse a esas acciones, Lecuna habla del jefe realista llamándole “el capitán Guerrero, oficial de gran valor y pericia, nativo de Santo Domingo, célebre por sus hazañas en estos mares...”.

José Guerrero, el dominicano realista, murió, como dijimos al principio de este artículo, el 25 de agosto de 1820. Sucedió que el margariteño José Francisco Gutiérrez, con quien se había batido tantas veces que ya ambos se consideraban enemigos personales, se había presentado a bordo de su flechera *Flor del Mar* —¡flor de nombre margariteño!— frente a Cumaná y había capturado un bergantín que llevaba víveres para los españoles. Gutiérrez, dice Lecuna, “envió la presa a Margarita y siguió cruzando la costa, pero no impunemente, pues el capitán dominicano José Guerrero, casi siempre victorioso, partió en su busca en el falucho *Hércules*, acompañado de una flechera bien armada”.

Los dos enemigos se encontraron en el golfo de Santa Fe, y tan pronto se avistaron partieron el uno hacia el otro, hasta llegar al abordaje. Gutiérrez iba armado de lanza, con la cual se precipitó sobre Guerrero y lo atravesó. Pero en ese momento la *Flor del Mar* comenzó a zozobrar, y su capitán se fue a las aguas con la visión borrosa de su enemigo José Guerrero cayendo en medio de sus hombres con la lanza patriota metida en el pecho. A un tiempo, pues, venezolanos y españoles perdían dos excelentes capitanes de mar, los dos nacidos en islas del Caribe, los dos intrépidos y heroicos. El 8 de septiembre, desde Valencia, Morillo enviaba al rey una recomendación a favor de la viuda y la hija del marino dominicano que sirvió bajo sus banderas.

Antonio Ruiz, el dominicano federalista

No tenemos datos acerca de la fecha ni la parte de Santo Domingo —que por los días de su muerte era colonia española, y lo seguiría siendo hasta diciembre de 1821— en que nació José Guerrero. Tampoco tenemos esos datos de otro dominicano llamado Antonio Ruiz, que actuó en la guerra federal de Venezuela y murió a consecuencia de heridas recibidas en el

combate del Corozo, librado cerca de Barinas el día de Nochebuena de 1859.

Antonio Ruiz se había alzado en Guaiguaza, vecindades de Puerto Cabello, el 17 de junio en la noche; de manera que apenas estuvo actuando seis meses, por lo menos en la guerra federal. Tal vez había hecho armas anónimamente durante una de las varias subversiones que padeció Venezuela en esos años. De todas maneras, seis meses le bastaron al dominicano Antonio Ruiz para dejar su nombre envuelto en un resplandor siniestro. Hallamos su nombre en la *Historia contemporánea de Venezuela* de Francisco González Guinán, en los tomos VI y VII, edición de 1954. González Guinán sólo se ocupa de su levantamiento y de su muerte, pero en el ánimo del lector queda la impresión de que entre el 17 de junio y el 24 de diciembre de 1859, Antonio Ruiz debió haber cometido innumerables salvajadas.

Dice González Guinán que Ruiz se levantó al frente de una partida de malhechores y que inició su actividad dando muerte a don Miguel Maya Patiño, hacendado de Guaiguaza, y enseguida se dedicó a recorrer los alrededores de Puerto Cabello al frente de unos ochenta forajidos. En Taborda mató al canario Juan Acosta; en Quisandal, a un empleado de las salinas llamado Rafael Olivo —y debemos recordar este nombre—; hizo horrores en el Cambur, donde al fin fue derrotado por fuerzas gubernamentales enviadas desde Valencia en su persecución al mando del comandante León Malpica; se retiró hacia el Oeste, y halló amparo en el general federalista Gabriel Guevara, que operaba en la zona de Morón.

Ahora bien, sucedía que Rafael Olivo, el joven de Quisandal asesinado por el dominicano Antonio Ruiz, tenía un hermano llamado Adolfo Antonio, a quien la historia de Venezuela iba a conocer con el sobrenombre de Chingo Olivo. Este célebre Chingo Olivo era liberal desde los tiempos de los Monagas.

En esos años no era el soldado sanguinario que fue después, pero había dado muestras de su arrojo y de su pasión por el liberalismo. Joven apuesto, de modales finos, perdió la nariz en un duelo personal, y desde entonces usó una de cera. Cuando la guerra federal comenzó, Adolfo Olivo se dirigió a Puerto Cabello con el objeto de incorporarse a las fuerzas de Gabriel Guevara. Pero en el Cambur supo la muerte de su hermano, y quedó anonadado.

¿Qué hizo el Chingo Olivo? Con Gabriel Guevara, el jefe hacia quien se encaminaba, estaba Antonio Ruiz, el asesino de Rafael Olivo. El Chingo Olivo varió su ruta, y en vez de irse a Morón se fue a Valencia; se presentó al comandante de armas, general Pedro Estanislao Ramos, y le pidió una plaza para poder vengar al hermano sacrificado. Ramos accedió. El Chingo Olivo pasó con el tiempo a ser un personaje en la historia de la crueldad, un espanto para sus enemigos. Pero todo el mal que causó tuvo su origen inmediato en el crimen del dominicano Antonio Ruiz, el alzado de Guaiguaza, si bien la mutilación de la nariz debió haber influido en su conducta.

Ya hemos dicho que Ruiz murió a resultas de heridas recibidas en el vientre durante el combate del Corozo. Ese combate se dio en las inmediaciones de Barinas, y fue uno de los tres o cuatro que siguieron a la tremenda derrota gubernamental de Santa Inés, la batalla que consagró a Zamora como el estratega y el táctico de la guerra federal. Por cierto, durante el combate del Corozo estuvo a punto de morir el entonces general Falcón, a quien un oficial conservador le disparó a quemarropa.

En una llamada (p.81, Tomo VII de la obra mencionada), González Guinán dice: “En el combate del Corozo fue gravemente herido por el vientre el dominicano Antonio Ruiz, siniestramente célebre por los asesinatos que meses antes había cometido en las cercanías de Puerto Cabello. Conducido a un

caserío inmediato de orden del general Zamora, murió al día siguiente, según nos refirió el general José Félix Mora, entonces, Capitán del Ejército Federalista”.

¿Qué clase de servicios había prestado Ruiz a la Federación; qué hizo en Santa Inés, en el Bostero, en Maporal? ¿Por qué se distinguió al extremo de que el propio Zamora se ocupara de pedir que se le llevara a un lugar habitado después del combate del Corozo?

Misterio. El único historiador que menciona al dominicano Antonio Ruiz es González Guinán. Y González Guinán no dice nada que pueda favorecerle. Cada vez que escribe su nombre, deja en el lector la impresión de que Antonio Ruiz era un aborto de los infiernos, salido de Santo Domingo con el único fin de llevar el espanto a la hermosa tierra de Venezuela.

San José,
agosto de 1961.

SE DIRIGE AL PUEBLO JUAN BOSCH*

Dominicanos:

Vamos a tener elecciones libres, cosa que no se ha hecho en este país en los últimos treinta y ocho años.

Cuando metas el voto en el sobre, nadie te verá; nadie sabrá por quién has votado. El voto es secreto y por eso no debes tener miedo de votar por el partido que más te guste.

A la hora de votar, déjate llevar del corazón, que no hay corazón que engañe a su dueño.

¡Vergüenza contra dinero!

Juan Bosch

* *Renovación*, Santo Domingo, 4-10 de diciembre de 1962, p.2.

GOBIERNO Y DEMAGOGIA*

En la realidad política latinoamericana, Estado y Gobierno son una misma y sola entidad. Nuestros jefes de Estado son a la vez jefes de Gobierno, y a los ojos de las grandes masas no hay diferencia entre Gobierno y Estado. Para el pueblo el Gobierno encarna al segundo, y no es sólo su expresión legal sino también su encarnación física.

Este fenómeno tiene poco que ver con la influencia del sistema norteamericano de gobierno. El sistema norteamericano resultó sin duda apropiado a una necesidad de la América Latina, pero la América Latina no se organizó a imagen y semejanza de los Estados Unidos, adoptó la parte presidencialista de su sistema porque le venía como traje al cuerpo, no porque se propusiera acomodar su vida política al patrón de Norteamérica.

Recuérdese que nuestros pueblos no conocían otro sistema político que el de la monarquía absoluta de España; el Rey era la encarnación del Estado y a la vez era el jefe del Gobierno. Sucedió además que las grandes masas latinoamericanas carecían de conocimientos —y casi seguramente hasta de referencias claras— sobre organización política.

Como hecho filosófico y jurídico, el Estado es una entidad neutra, que no tiene ni puede tener color político; en los países

* *Renovación*, Santo Domingo, 4-10 de diciembre de 1962, p.1 / p.7.

donde el jefe del Estado es exclusivamente jefe del Estado, la persona que lo encarna debe mantenerse alejada de filiaciones y aún de inclinaciones políticas. En Inglaterra, en Suecia, en Dinamarca, toda la ciudadanía es libre de opinar con criterio partidista, de afiliarse a partidos y de actuar en ellos; pero el rey y sus familiares vienen obligados a ser completamente neutrales en política de partidos.

Como el rey, encarnación del Estado, no tiene ideas políticas, no puede ser líder político. Es posible que el pueblo le quiera y hasta que le idolatre, y como no tiene nada que negar a las masas, no corre riesgo de perder el amor popular. En cambio el líder político a quien el propio rey escoge para formar gobierno, expone su popularidad y a menudo comienza a perderla tan pronto llega al poder. Es bien conocido el caso de Winston Churchill: encabezó el gobierno que ganó la guerra contra el fascismo y perdió las elecciones que se produjeron al final de esa guerra.

Ahora bien, Churchill perdió las elecciones, pero el Estado inglés no resultó afectado por ello. Los grandes principios de ese Estado eran reinado constitucional, democracia parlamentaria, libertades de conciencia, expresión y movimientos, y ninguno de ellos quedó destruido o debilitado. En la América Latina, en cambio, el paso de una facción política de la calle al Gobierno implica una conmoción en las bases mismas del Estado, y si una facción llega al poder mediante revolución o golpe de cuarteles, la conmoción es más fuerte, porque no se ha producido sólo un cambio de Gobierno, sino una toma violenta de posesión del Estado, un asalto a la estructura jurídica de la Nación.

Lo que en países de la cultura occidental es servidumbre del Estado —burocracia, policía, ejército—, y como tal se halla situada —como el propio Estado al cual sirve— más allá de las contingencias políticas, en la América Latina es servidumbre

del Gobierno. Un funcionario sueco aplica la Ley; un funcionario latinoamericano cumple la recomendación del gobernante, y si para hacerlo se ve forzado a interpretar la Ley de manera caprichosa, la interpretará caprichosamente. Esta inclinación a tomar al gobernante como señor supremo del Estado se halla acentuada en las tiranías, y llega a tales extremos que los cuerpos legislativos legislan para servir los intereses personales de los tiranos, y los que administran la Justicia condenan o absuelven, falseando testimonios si hace falta, para complacer al gobernante de turno.

La tradición presidencialista de la América Latina es un valor político, sin entrar a considerar su aspecto negativo o su aspecto positivo, que el sociólogo no puede ignorar; y su razón de ser no es el mero capricho de los hombres que han venido gobernando en esta parte del Hemisferio occidental. Los más ardientes defensores de la democracia tienen que admitir que debido a causas económicas, políticas, históricas, sociales y culturales, los fundadores de nuestras repúblicas se vieron forzados a organizarlas en la forma que más convenía con la realidad continental. No podemos condenar a nuestros fundadores echando a un lado los elementos de juicio representados por las circunstancias en que actuaron.

Lo que importa observar ahora es el hecho de que entre nosotros Estado y Gobierno son una misma entidad; por tanto los jefes de Gobierno de la América Latina tienen que actuar tomando en cuenta que ellos son a un mismo tiempo la encarnación del Estado. Esta es una situación delicadísima, que se resuelve con relativa normalidad en los Estados Unidos debido a que en la urdimbre social de Norteamérica hay una fuerte tradición nórdica, en la cual la organización social no invade los derechos individuales, sino que los garantiza. Pero no se resuelve en nuestros países sino cuando el gobernante tiene conciencia de que su misión es no sólo

gobernar, sino conservar y en la medida de lo posible fortalecer el concepto de continuidad del Estado.

Ya es una situación propicia a provocar males, que el jefe del Estado sea jefe de Gobierno en países sin tradición de libertades individuales. Pero esa situación se convierte en fuente de males cuando el jefe del Estado, a la vez jefe del Gobierno, es además un líder de masas y se propone seguir siendo líder de masas mientras está desempeñando la función de gobernar. El resultado de la existencia de esta especie de trinidad política en un solo cuerpo humano es casi siempre desastroso.

Si el gobernante aspira a aumentar, o siquiera a mantener, su popularidad como líder de masas y se presenta ante éstas en camisa para hacer el papel de descamisado, está debilitando en su propia persona el respeto que debe imponer el Estado, del cual es jefe, y está haciendo del jefe del Gobierno un agitador en vez de un poder que debe ofrecer a todo el pueblo el ejercicio imparcial de la autoridad ejecutiva, no los beneficios nacionales para un grupo y la fuerza de la autoridad para otro.

El jefe del Estado y jefe de Gobierno que actúa como agitador es un demagogo, y para el presente y el porvenir de la América Latina, nada está llamado a retardar el progreso político tanto como la demagogia.

La era de las tiranías en nuestro Hemisferio va pasando ya. La tiranía latinoamericana, con su nefasta secuela de crímenes, latrocinios, vulgaridad y retraso económico y cultural, se halla reducida cada vez más a mantenerse, agónicamente, en países pequeños, pobres y escasamente desarrollados. No está a la vista un retorno del tirano que dominó a sable sobre todo el Continente. En cambio los días del demagogo no han pasado. El hecho de que actualmente no haya demagogos ejerciendo el poder en América no indica que el peligro ha desaparecido, puesto que los sufrimos hasta hace poco e incluso vimos híbridos de tiranos y demagogos, algunos de los cuales todavía viven.

Quizá llame a escándalo decirlo, puesto que aún padecemos tiranías en nuestro Hemisferio; pero cuando los años hayan transcurrido al grado de proporcionar la necesaria perspectiva histórica, tal vez nuestros estudiosos hallarán que en lo relativo a nuestro progreso político, los tiranos han hecho menos daño que los demagogos. Pues en cierto sentido —y desde luego sin propósito de bien público sino sólo para mantener sistemas de explotación e iniquidad— los tiranos fortalecen los conceptos de Estado y Gobierno; los demagogos, en cambio, los debilitan. Y mientras nuestros pueblos no hayan recibido la educación que se requiere para mantener regímenes democráticos, no sólo de gobierno sino de vida, los conceptos de Estado y Gobierno no deben debilitarse, so pena de exponernos a graves conmociones.

Los líderes políticos de la América Latina deberían estudiar con atención el ejemplo, ofrecido ya por algún país, de gobernante a quien el partido que le dio el poder ha liberado de sus obligaciones como jefe de partido. Ese gobernante quedó libre para ser jefe de Gobierno y jefe de Estado, y entre él y las masas no hay sino el nexo que debe ligar al pueblo con quien lo gobierna como jefe de Gobierno y lo representa como jefe de Estado. Así liberado, tal gobernante no tiene por qué ser líder de masas mientras gobierna; no tiene por qué ser parcial con su pueblo, y por tanto no tiene por qué ser demagogo. Es la encarnación de la Nación y el ejecutor de sus leyes, no el que agita al hombre de la calle.

He ahí un paso de avance en la evolución política de la América Latina: la sustitución del demagogo por el gobernante, sin mengua de las libertades públicas ni de la preocupación social.

HOMBRE, GOBIERNO Y OMNIPOTENCIA CIVIL*

Puesto que un lector lo pide, debo ampliar algunos conceptos apuntados en artículos anteriores. Primero, hablemos sobre lo esencial en el hombre.

Hay una cualidad que distingue al hombre de todos los demás seres vivos; algo que por ser consustancial con la especie está presente en el ser humano de todas las razas, todas las edades y todas las etapas de civilización.

¿Se refiere a la forma del cuerpo, a la configuración muscular, al tipo de ojos? No. En su ser físico, el hombre es el producto del ambiente en que se desarrolló; de climas con mayor grado o menor cantidad de humedad, de alimentos más ricos o más pobres en minerales. En lo relativo a su estructura visible, el hombre evolucionó a presión del medio, y un medio produjo al hombre negro, otro al amarillo, otro al blanco.

Lo que los medios no pudieron transformar fue lo inalterable, el don distintivo, lo esencial en el hombre: su capacidad para elaborar, acumular y transmitir conocimientos. Puesto en acción ese don ha influido en la sociedad humana, y tal vez acabe influyendo en el medio físico si, como temen muchos, el uso sin medida de la energía nuclear —producto de esa capacidad humana para elaborar, acumular y transmitir conocimientos—

* *Renovación*, Santo Domingo, 18-24 de diciembre de 1962, p.1 / p.7 / p.8.

introduce cambios cualitativos y cuantitativos en la estructura física del mundo.

Adviértase que la parlanchina cotorra no puede transmitir a otra cotorra lo que su amo le enseñó a decir; que el esbelto caballo, la graciosa foca, el inocente elefante, que deleitan desde la arena del circo a niños y grandes no pueden enseñar a sus congéneres los trucos que el domador les induce a ejecutar. Esos animales no han elaborado conocimientos; han adquirido habilidades, e incluso pueden haber acumulado hábitos; pero no pueden transmitirlos.

Los psicólogos aseguran que la criatura humana comienza a aprender desde que nace; la acumulación de conocimientos dura toda la vida, y de manera consciente o inconsciente, durante toda su vida el hombre transmite sus conocimientos. Por otra parte, como si la posesión de tamaña cualidad implicara un deber sagrado, sólo el ejercicio constante del don que lo distingue convierte al hombre en rey de la creación, y sólo ese ejercicio lo conduce al bien supremo: la libertad del medio, que tiende a oprimirlo.

En la naturaleza social, que tiene demandas diferentes a la naturaleza individual, la existencia de toda agrupación exige la necesidad de un gobierno. Aquí viene al caso responder a la segunda petición del lector, que desea un poco de amplitud en lo que se refiere a lo que he llamado “poder coercitivo” como razón de ser del concepto Gobierno.

Todos los seres gregales, y no sólo el hombre, requieren el amparo de una fuerza que mantenga en activo los principios fundamentales de la vida en común. Habitualmente, esa fuerza está encarnada en uno de los miembros del rebaño, si se trata de animales, o en uno de los miembros de la tribu, si se trata de hombres en etapa social primitiva; pero puede estarlo en un individuo ajeno al rebaño y a la tribu, si se impone por un acto de conquista.

La razón de ser de esa fuerza que gobierna se halla en el poder de coerción que lleva en sí misma; en su capacidad para imponer castigos, que suelen llegar hasta la muerte, no sólo a los individuos de su propio grupo, sino también de los grupos hostiles que agreden al suyo. En los núcleos humanos menos evolucionados tal poder coercitivo está encarnado en el brujo o en el jefe guerrero; en los más evolucionados lo encarna eso que llamamos la ley, con su cohorte de servidores: la policía, los jueces, los carceleros, los verdugos, y lo encarna también el Estado con su pompa y su boato.

Sin ejercicio del poder coercitivo no hay Gobierno, no importa cuál sea el aspecto político de un gobierno. La masa social sólo obedece cuando teme. En la doctrina democrática moderna el pueblo es el único soberano; pero se olvida que el pueblo ejerce la soberanía una sola vez, por pocas horas, cada cierto número de años, cuando procede a elegir a sus gobernantes; y que aún en ese caso la ejerce para cambiar a los hombres que han estado haciendo uso del poder de coerción sobre el Pueblo, no para librarse de tal poder.

En los pueblos más cultos la liberación del miedo que impone el aparato gubernamental se realiza mediante la adecuación de la conducta, a lo que exigen las leyes. Un ciudadano no tendrá miedo si no comete delito; y como la cultura general le garantiza contra la administración desleal de la justicia, no habiendo cometido delito, él no temerá. La libertad se obtiene, pues, gracias a la obediencia a la Ley. En una tiranía la voluntad del déspota es la Ley, y el ciudadano que no desafíe esa voluntad no temerá; pero no así el que la contraríe. Sustitúyase, pues, la Ley con el capricho del tirano, y se advertirá qué identidad esencial hay entre el gobierno de un país culto y el de un pueblo sometido a un dictador; la razón de ser de tal identidad se halla en que el concepto Gobierno es uno solo para todos los regímenes políticos.

Puede cambiar de forma pero no varía en su esencia, porque en lo sustancial, Gobierno quiere decir poder coercitivo.

La última petición de mi lector es sobre el ejercicio de la “omnipotencia civil”, capacidad que ejerce todo gobierno por el hecho mismo de serlo y desde el momento de su aparición.

Un gobierno, sea constitucional o de facto, democrático o tiránico, monárquico o republicano, fascista o comunista, tiene la facultad de designar funcionarios, elaborar decretos con fuerza de ley y hacerse presente ante las naciones extranjeras; en pocas palabras, regula la vida de su país y lo representa, y al señalar a tales o cuales personas para que cumplan funciones públicas está ejerciendo la omnipotencia civil.

¿Quién autoriza a un grupo de hombres que han tomado el poder por asalto a ejercer el poder público? Nadie. ¿Quién autoriza al hombre a elaborar, acumular y transmitir conocimientos? Nadie. ¿Quién autoriza a un guerrero tribal a convertirse en jefe de su pueblo? Nadie.

La capacidad para ejercer la omnipotencia civil proviene de la capacidad para infundir miedo, que es esencial a la función de gobernar, y es el ejercicio de la omnipotencia civil lo que confiere categoría de gobierno al grupo que toma el poder. Ahora bien, el origen de tal poder es un hecho tan misterioso y tan respetado como el del nacimiento a la vida. Ni en las sociedades más primitivas se admitiría que se les negara a los niños el derecho a alimentarse de la madre, y en sentido opuesto, ni en las sociedades más civilizadas se concebiría la vida comunal sin la existencia de un gobierno. En la existencia de un gobierno, sea cual sea su origen y su inclinación política, el derecho a ejercer la omnipotencia civil es tan natural como el derecho de un recién nacido a usar los senos maternos.

La fuente más remota de los tres conceptos de que hemos hablado hoy debe hallarse, en ese desconocido, pero

multipresente principio que los biólogos llaman “instinto de conservación”. Por instinto de conservación, el hombre, que no puede vivir si no es en sociedad, elabora, acumula y transmite conocimientos, obedece instintivamente a la fuerza social llamada Gobierno e instintivamente reconoce en esta fuerza el derecho a gobernarlo y representarlo, es decir, a ejercer todo el poder de que es capaz la sociedad organizada.

HOMBRE, SOCIEDAD, GOBIERNO*

La naturaleza social no es exclusiva del ser humano; está presente en gran parte del reino animal y no sería extraño que en cierta medida se hallara también en gran parte del reino vegetal. Lo que sí parece ser exclusivo del ser humano es la forma en que su naturaleza social influye en su naturaleza individual.

La condición esencial del hombre —el don de elaborar, acumular y transmitir conocimientos— resulta modificada por la vida en común a tal grado que lo conduce a la creación intelectual, un tipo de conocimiento que no se aplica a lo pasado ni a lo actual sino en la medida en que lo pasado y lo actual constituye base para crear situaciones, objetos y hechos que todavía no se han producido, pero que pueden ser producidos mediante determinado esfuerzo.

El impulso que da origen a esas elaboraciones intelectuales se debe a la presión de la vida social; sin ésta, el hombre no se sentiría constantemente lanzado a la fascinante aventura de inventar modos de vida. Como ser social, el hombre necesita economizar fuerzas y sufrimientos; en el orden político, esa necesidad fue expresada por los doctrinarios de los siglos XVIII y XIX como “el derecho de los pueblos a la búsqueda de la felicidad”.

* *Renovación*, Santo Domingo, 21-31 de diciembre de 1962, p.1 / p.8.

Tenemos, pues, que la naturaleza social obliga al hombre a luchar por más libertad, más seguridad, menos sufrimiento; por “el derecho a la felicidad”, en suma. Pero sucede que esa propia naturaleza social en que está inmerso le impone condiciones de las cuales no puede liberarse totalmente.

Una de ellas es la necesidad de que todo grupo social esté regido por un gobierno. En tanto ser social, el hombre no puede vivir sin Gobierno; y como el fundamento del Gobierno es su poder coercitivo, nos damos con la aparente contradicción de que por vivir en sociedad el hombre tiene que luchar para ser más libre, pero como no puede vivir sino en sociedad se ve forzado a admitir que le coarten su libertad.

¿Qué puede hacer el hombre para mejorar su condición, tarea a la que le obliga su naturaleza social? ¿Y qué debe hacer para mejorar su relación con la fuerza coercitiva que le gobierna, sin la cual no puede subsistir como ser social?

De haber aceptado pasivamente la sujeción al tipo de gobierno que surgió en la primera etapa de la organización social, el hombre se hallaría hoy en el punto de partida de la Historia; pues esa conformidad hubiera implicado la no aceptación, o el rechazo de la influencia que ejerce la naturaleza social sobre el ser esencial del hombre, y consecuentemente, el progreso humano sería desconocido.

Pero el hombre no rechazó la influencia de la naturaleza social en su ser esencial, y así como en el orden económico creó bienes de consumo, y en el científico organizó los conocimientos, en el orden político fue creando uno tras otro esquemas progresivos de la vida social que ofrecían cada vez más seguridad con menos sometimiento al poder coercitivo representado por el Gobierno; y no sólo los creó como esquemas sino que los estableció como sistemas. La historia política de la Humanidad se reduce a la enumeración de los

esfuerzos y las luchas que ha costado crear esos esquemas e imponerlos como normas de vida colectiva.

El hombre no tenía posibilidades de escoger. La misma causa que le hacía imposible vivir sin Gobierno le obligaba a tratar de mejorar el tipo de gobierno que lo regía. Esa es la razón de que “el individuo pugne contra la masa y la masa contra la autoridad”. Tal pugna es constante, y sólo se evita que desemboque en revolución, cuando la autoridad ejerce el poder coercitivo que es fundamento de la función de gobernar como instrumento de progreso colectivo y garantía de las libertades individuales.

Recuérdese que en estos artículos de *Renovación* estamos hablando de la revolución en la América Latina. Las causas de revolución son permanentes en nuestros países, pero la revolución latinoamericana casi siempre se inicia por razones políticas y es al hallarse en marcha cuando aparecen los fundamentos económicos y sociales que estaban ocultos en el fondo de la crisis política. En Europa las razones puramente económicas de la revolución se encuentran menos distantes de las políticas. Por otra parte, la larga evolución de los pueblos de Europa se ha traducido en un estado más o menos normal de respeto a los derechos individuales, lo que hace punto menos que desconocido —con excepciones demasiado evidentes— el tipo de tirano que padecemos en la América Latina.

¿Hay un límite en el derecho del ser humano a ser gobernado mejor y con menos dureza? ¿Hay un límite en el uso del poder coercitivo que es la función del Gobierno?

Sí los hay. Los dos límites vienen impuestos por la misma causa que da origen al derecho del ser humano para reclamar mejor gobierno y a la existencia del Gobierno; esto es, por la ley de la supervivencia del hombre como ser social, lo que implica su supervivencia biológica.

Ni el hombre puede vivir sin gobierno ni el Gobierno puede existir contra el hombre. El conflicto que se deriva de esta situación ha pretendido ser resuelto mediante la creación del concepto Ley. Para evitar que el Gobierno exista contra el hombre y que el hombre trate de existir contra el Gobierno, la sociedad creó la Ley. Para evitar que el Gobierno [...] * duos y aplicada por el Gobierno, y que es a la vez la norma según la cual funcionan la naturaleza coercitiva del Gobierno y la conducta individual.

El Gobierno existe contra el hombre cuando pretende impedirle que realice su función esencial, la de elaborar, acumular y transmitir conocimientos, que bajo la presión de la vida social se traduce en necesidad de crear esquemas de vida mejor. Si se le impide ejercer esa facultad, el hombre deja de ser social, primero, y ser esencial después; hace abandono de lo que en términos de religión se conoce como “naturaleza divina” y en términos de derecho como “derechos inalienables”. Deja de ser hombre para reducirse a bestia.

El sentido opuesto, el hombre niega su propia naturaleza social cuando no reconoce la función coercitiva del Gobierno; de ahí que al individuo que desafía la Ley se le llame hoy “persona antisocial”; se le aísla y se le someta a procesos de reeducación, lo mismo en las sociedades capitalistas que en las comunistas.

En cuanto a nosotros, en la América Latina, el punto de partida de movimientos revolucionarios se halla casi siempre en la violación abierta o encubierta de la Ley por parte del Gobierno, pero la razón de que muchos de nuestros gobiernos violen la Ley está en nuestro retraso económico y cultural: en los millones de familias que se echan a dormir sin haber

* Es evidente que en este lugar hubo un salto al ser transcrito el artículo en *Renovación* (N. del E.).

comido, en los millones de niños que se hacen adultos sin aprender a escribir su nombre.

Esos hambrientos e ignorantes no pueden conocer el límite de sus derechos. Pero además, de entre ellos salen hombres de Gobierno, que no pueden conocer el límite del poder que ejercen ni la función social a que está llamado el poder coercitivo del Gobierno.

IMPRESIONES DE UN VIAJE AL SUR: LAS DOS CARAS DE LA VIDA*

La vida tiene siempre dos caras: la cara buena y la cara mala; así es la vida de personas y así es la vida de los pueblos. Cuando decimos pueblo nos referimos a toda gente que vive en un país, no sólo a las ciudades. Nada es perfecto; pero hay personas que sólo miran el lado malo de la vida y no miran el lado bueno; y también hay personas que buscan el lado malo y no el bueno. Los únicos que tienen derecho a ver la vida por el lado malo, los únicos que tienen derecho a protestar porque siempre les toca el lado malo de la vida, son los que no comen tres veces al día, los que no tienen más de una remuda de ropa, los que carecen de los medios para comprar medicinas.

Pero nosotros no nos referimos a ellos, porque no son los que determinan en este país nuestro lo que debe hacerse y lo que no debe hacerse. Nos referimos a los que llaman aquí personas importantes; esas personas importantes que están viendo el lado malo de las cosas y no tienen ojos en la cara para ver el lado bueno.

La República Dominicana tiene su lado bueno, y ojalá otros países de América tuvieran un lado bueno tan bueno como el nuestro. Pues somos un país de gente buena, de gente cristiana, temerosa de Dios y luchadora, inteligente; y además somos una tierra rica. En un viaje que hicimos hace algún tiempo

* *Renovación*, Santo Domingo, 1-7 de diciembre de 1966, p.5.

por la región del Suroeste, vimos una vez más que tenemos por delante un porvenir increíble si sabemos trabajar con los ojos puestos en el bien del pueblo y en el desarrollo del país.

Esa región del Suroeste, esas cuatro provincias de Barahona, Bahoruco, Independencia y Pedernales, son un regalo de Dios. Desde allí salen todos los días para el extranjero barcos cargados de bauxita, el mineral del cual se fabrica el aluminio —y debemos saber que actualmente el aluminio es uno de los productos que más necesita el mundo y que la bauxita nuestra es de las mejores del mundo—; barcos cargados de sal de mina, de yeso, de plátanos, de café, de azúcar, de algodón; y eso, sin contar las habichuelas, las naranjas, la cera, la miel de abeja, las maderas preciosas, y desde luego las mieles ricas y las mieles finales que quedan de la fabricación del azúcar. El algodón de Oviedo se vende en Suiza, y los plátanos y los guineos del Valle de Neiba son los más buscados en New York.

La riqueza de esas cuatro provincias del Suroeste es enorme, y hasta el momento sólo han sido arañadas. Los expertos en petróleo saben que en la Cuenca del Lago Enriquillo hay petróleo, al lado mismo de la ciudad de Barahona hay lomas enteras de cal. Se presume que la región tiene uranio, hierro y varios otros minerales valiosos. Viajando de Oviedo a pedernales se ve a simple vista que esas tierras fueron fondo del mar, y sin duda al subir el fondo del mar debido a un gran cataclismo, vinieron con ellas riquezas que hoy tendríamos que ir a buscar a los mares profundos. Por una gracia de Dios, los dominicanos tenemos esas riquezas encima de las aguas en vez de tenerlas bajo las aguas.

¿Por qué los políticos de nuestro país, o los que sin ser políticos están luchando en política para ir al Gobierno, no ven esas cosas en vez de ver las malas? ¿Por qué no nos ponemos todos a pensar en la manera de usar esas riquezas naturales

en vez de andar con revólveres en la mano pensando en matar cuando lo que deberíamos hacer es pensar en dar vida? ¿Por qué no buscamos a los que saben encontrar en el centro de las montañas los bienes ocultos y los ponemos al servicio de nuestro país? ¿Por qué no estamos a esta hora pensando en la manera de que aquí se fabrique el aluminio en vez de vender la tierra que contiene la bauxita? ¿Por qué en vez de vender el yeso suelto no lo usamos para fabricar los mejores cementos del mundo y vender en el extranjero esos cementos? ¿Por qué no estudiamos la manera de establecer una gran refinería de sal de mina que nos permita enviar esa sal, a precios baratos, a todos los países que la necesitan, o por qué no la usamos para hacer con ella los productos industriales que hacen los japoneses con esa propia sal dominicana?

Sin duda que la vida tiene su lado malo; y la mala política, la política del chisme, del engaño, de la coacción para quedarse con el poder, hace mucho daño.

Pero frente a ese lado malo de la vida para las gentes del Suroeste está otro lado, el lado bueno que debe ser explotado por un gobierno que tenga sus miras puestas no en favorecer a un partido ni en buscar el poder sólo para repartir puestos, sino en desarrollar las riquezas de la región para hacer de ella lo que está en su destino, una de las porciones más ricas y más cultas de todos estos países. Y en ese lado bueno deberíamos pensar todos, porque es obligación de todos luchar para lograr que la República Dominicana deje de ser un pueblo pobre en una tierra rica para convertirse en un pueblo rico en una tierra bien usada.

La región del Suroeste necesita una mejor distribución de las aguas y más electricidad, y ya se está trabajando en la represa de Las Damas. Eso es ver el lado bueno de la vida, eso es hacer patria, laborar por el futuro. ¿Cuántos años se requiere para terminar la represa de Las Damas? Uno, dos, tres, no

importa lo que haga falta. Dios, que es Dios, no creó el mundo de un día para otro, y un país como el nuestro no puede salir de su atraso de un día para otro. Pero hay que empezar la obra; empezarla aquí, allá, en todas partes, hay que crear el sentimiento del trabajo creador, del trabajo que nos sacará de la miseria; hay que crear la fe en el destino de la República, y sólo pueden crear esa fe, ese sentimiento de afirmación los que ven el lado bueno de la vida y no se dedican a ver el lado malo y a explotar la pobreza y la ignorancia de los dominicanos para seguir abusando de ellos, para comprarlos y venderlos como si fueran vacas y no personas.

Ya otra vez hemos contado que un mariscal francés, es decir, un alto jefe del ejército francés, que fue enviado a gobernar en la colonia de Argel, estaba visitando una zona desierta, donde no había árboles, y dijo que había que sembrar cedros, que es una clase de árbol; y uno de los que iba con él le explicó que no podía hacerse porque el cedro tardaría por lo menos cien años en crecer en esa región. A lo que el mariscal respondió que si tardaban tanto en crecer, había que sembrarlos inmediatamente, porque si no estarían perdiendo el tiempo. Y así es como se hacen las cosas, pensando en el provecho que van a sacar otros, aunque sea los que van a vivir dentro de cien años, no pensando en el provecho que se saca ahora.

Los que ven el lado malo de las cosas sólo piensan en el puestecito con su chequcito de ahora, en el puestecito para tener control político en una región, y luchan por esos puestecitos y botan de sus empleos a los que no están con ellos. Los que ven el lado bueno de la vida, el lado hermoso, piensan en el país como será de aquí a veinte años, a veinticinco años, cuando tendremos más de cinco millones de personas viviendo apretadas, y para esos cinco millones de dominicanos debe haber comida, casas, ropa, medicinas, libros, escuelas, o no habrá

República Dominicana sino una pequeña tierra en medio del mar poblada por salvajes muertos de hambre.

Ustedes saben lo que pasa con los frijoles o habichuelas. Cuando se ponen en una cazuela o una olla con agua, los frijoles buenos se van al fondo y los malos flotan arriba. Así hemos estado nosotros, los dominicanos, durante toda nuestra vida, con los buenos abajo y los malos arriba. Y esos malos son los que sólo ven el lado feo de la vida y andan a la carrera, bien de prisa, para cogerse el dinero y gozar con él el lado hermoso de la vida. Esa situación tiene que cambiar, y cambiará. En la República deben quedar arriba los que ven el lado bueno, los que tienen fe, los que luchan para el bien de todos y no sólo para el bien de unos pocos.

Viajando entre Oviedo y Pedernales nosotros veíamos a los lados del camino real —porque eso no es ni ha sido nunca carretera— las piedras puntiagudas de lo que había sido hace pocos miles de años fondo del mar, y pensábamos que así como un día ese fondo del mar fue levantado por una terrible fuerza que lo sacó al aire y a la luz del sol y obligó a las aguas a retirarse para que quedaran lomas y cerros y sabanas donde antes no había sino aguas, así la fuerza de la historia está sacando ahora al pueblo dominicano de abajo y lo lleva hacia arriba para que vea el sol de su porvenir y se quite de encima esos grupos de tutumpotes que los han tenido en la oscuridad y en el fondo del hambre y de la ignorancia.

De las dos caras de la vida, la buena y la mala, la fea y la hermosa, la gran mayoría de los dominicanos sólo ha visto la mala, la fea. Pero se acercan los días en que sólo verá la otra, la buena, la hermosa.

Tengamos fe y luchemos con ella.

PARTIDOS QUE CUMPLEN Y PARTIDOS QUE FALLAN*

¿Cómo podemos saber si un partido político pondrá en práctica cuando llegue al Gobierno las ideas que ha predicado?

Esta pregunta se la hacen todos los pueblos que no tienen experiencia democrática, y debemos contestarla de manera precisa y clara.

Un grupo de hombres puede hablar hasta por los codos de cosas que no llevan en el corazón, especialmente si son hombres que desean ir al Gobierno. En estos países nuestros está dándose ese caso con mucha frecuencia, porque sucede que la radio, la televisión, las comunicaciones más fáciles que producen las carreteras, los autos, el cine, han llevado con mucha rapidez al alma del pueblo las nuevas ideas; las ideas de la justicia social y la justicia económica sostenida desde el Gobierno en un ambiente de libertades públicas. —Y los que aspiran a conquistar el voto del Pueblo hablan de esas ideas nuevas aunque no las entiendan, porque si no hablaran de ellas la gente les daría las espaldas. Es probable que esos señores no estén dispuestos a poner en práctica esas ideas cuando lleguen al Gobierno, y hasta es probable que estén pensando en todo lo contrario; pero si no hablan a favor de ellas no podrían contar con los votos necesarios para ir al Gobierno.

* *Renovación*, Santo Domingo, 20-26 de diciembre de 1966, p.8 / p.11.

Es lógico que los pueblos duden; sobre todo si resulta que los hombres que hablan de justicia social y justicia económica son tutumpotes que nunca antes hablaron de esas ideas y de pronto amanecieron un día predicándolas. Los pueblos que tienen experiencia política no dudan porque saben cuándo un partido hará lo que ha predicado y cuándo no lo hará.

Lo saben porque aprendieron en su larga historia que un partido depende de los hombres y las mujeres que lo forman más que de la voluntad de sus líderes. Si un partido está formado por campesinos y trabajadores, al llegar al Gobierno tendrá que atender a los problemas de los campesinos y los trabajadores, porque si no lo hace perderá el apoyo de sus mayorías, y sin ese apoyo no podrá mantenerse en el poder ni ganar las próximas elecciones. Pero además —y ésta es una observación de importancia principal—, los líderes de ese partido conocen y tratan todos los días a los dirigentes campesinos y obreros que están en contacto permanente con las masas, a los dirigentes que representan de manera más directa a esas masas; y ese conocimiento personal, ese trato personal diario, forma una amistad que es mucho más que amistad, que es hermandad estrecha en ideas. Así, cuando los líderes del partido llegan al Gobierno, esos dirigentes campesinos y obreros tienen abiertas a toda hora las puertas del Palacio Nacional, como antes tuvieron abiertas las puertas de las oficinas del partido o de las casas de los líderes.

¿Y para qué entran en el Palacio Nacional los dirigentes campesinos y obreros; para qué van a ver al Presidente de la República y a los altos funcionarios del Gobierno?

Pues para tratarles y exponerles sus problemas y los problemas de sus secciones, de sus parajes, de sus barrios; los de sus industrias, sus sindicatos y sus organizaciones, para decirles cuáles son sus puntos de vista sobre diversos asuntos que interesan a las personas con quienes esos dirigentes viven en contacto, esto es, los campesinos y los trabajadores.

Todo partido político gobierna con sus hombres; con los que lo han formado y sostenido y aumentado; y son esos hombres los que están más cerca del Presidente y de los altos funcionarios, y por lo mismo los que más fácilmente pueden influir sobre ellos.

Lo contrario sucede con un partido que no está formado por campesinos y trabajadores sino por aristócratas, por tutumpotes, cuyos líderes, sin embargo, predicán ideas favorables a los campesinos y a los trabajadores para conquistar los votos de esos campesinos y trabajadores. Cuando ese partido vaya al Gobierno, el Presidente y los altos funcionarios serán aristócratas y tutumpotes, y sus amigos serán aristócratas y tutumpotes, y serán ellos quienes influirán en los gobernantes. Difícilmente podrá un dirigente campesino o un dirigente obrero hablarles al Presidente y a los altos funcionarios de los problemas de tal paraje o de tal sindicato.

En política, como en toda otra actividad, los hombres se deben a los grupos en que han vivido, a los grupos que los han rodeado siempre; y un líder político no puede cambiar el grupo que lo rodea de la noche a la mañana, porque no puede romper con sus amigos y relacionados de toda la vida para comenzar a vivir en medio de otro grupo formado por gentes a las que no ha conocido ni tratado antes. Un tutumpote no puede negarse a recibir a otro tutumpote que ha sido su compañero desde la niñez, porque entre ellos dos están mediando las mujeres, los hijos, los amigos comunes de los dos. Los hombres, como las mujeres, ejercen la amistad porque es una necesidad del alma humana; y la amistad es un lazo que amarra fuertemente. Si los amigos y compañeros de un líder político son campesinos y obreros, los campesinos y obreros influirán más en él que otros grupos sociales; y si, por lo contrario, sus amigos y compañeros son tutumpotes, los tutumpotes serán quienes influirán en él.

Esta palabra —“influencia”—es muy importante en la vida política; pues de la influencia que tenga una persona o un grupo sobre los que gobiernan dependerán en mucho las medidas que tomen esos gobernantes. Cuando los que tienen influencia en el Gobierno son los tutumpotes, las medidas del Gobierno serán favorables a los tutumpotes; cuando los que tienen la influencia son campesinos y trabajadores, las medidas serán favorables a campesinos y trabajadores.

Hablar y escribir sobre lo que hará tal partido cuando llegue al Gobierno, es fácil; basta con aprenderse de memoria unas cuantas palabras y soltarlas en discursos y en periódicos. Con frecuencia se busca a una persona que escribe esas cosas por paga, y así el que aparece diciéndolas o escribiéndolas no las siente ni las comprende de verdad. Lo que no resulta tan fácil es vivir con toda el alma los problemas a que se refieren esos discursos y esos programas; conocerlos y sufrirlos, y conocer y tratar todos los días a los hombres y las mujeres que padecen esos problemas.

Sucede sin embargo, que el pueblo tiene una inteligencia oculta, eso que se llama instinto, y con el instinto adivina dónde está la verdad y dónde está la mentira. Teme que lo engañen, sobre todo si es un pueblo que ha sido engañado tanto como lo ha sido el pueblo dominicano. Pero aunque sienta temor, su instinto, su inteligencia oculta, lo guía y al fin lo salva. Por eso quienes tienen fe en el instinto salvador del Pueblo no preparan fraudes ni usan la fuerza ni se ven en el caso de engañar a las masas. Los que tienen fe en el instinto salvador del Pueblo saben que más tarde o más temprano, el Pueblo halla el camino de su liberación.

Cuando se habla de un partido de campesinos y trabajadores debe tomarse en cuenta que a ese partido van a parar muchos hombres y mujeres que ni son campesinos ni son trabajadores, sino profesionales, comerciantes, técnicos, intelectuales; gentes que se sienten más inclinadas a luchar por el

pueblo que a servir a los tutumpotes; personas que nacieron en un lugar campesino o en un hogar obrero, o que nacieron en un hogar de la pequeña clase media y a veces hasta de la alta clase media; hombres y mujeres que se abrieron paso a la vida luchando bravamente, y tienen en el corazón el peso de la mala vida del pueblo; tienen ahí ese peso y desean y necesitan aliviar la suerte de los más. Y también esos profesionales, esos comerciantes, esos técnicos, esos intelectuales, trabajan para ver el triunfo de sus ideas. Y generalmente de esos hombres y mujeres salen los líderes que con más capacidad y entusiasmo pelean por mantener el partido leal a sus principios, fiel a su ideología y a las masas que lo han formado.

Esto se debe a que en todo país hay siempre personas que han refinado sus sentimientos con la lectura, con los conocimientos, con las artes, y entre esos sentimientos refinados está el amor al pueblo, el amor a la patria; y esas personas ponen por encima de todo ese amor al pueblo y a la patria y se dedican con fe a luchar por lo que les pide el corazón. Los que son como ellos profesionales, comerciantes, técnicos, intelectuales, pero no tienen esa preocupación por el pueblo y por la patria, sino que sólo buscan ganar dinero o conquistar posiciones para vivir bien, tiran hacia los tutumpotes y acaban siendo tutumpotes o se pasan la vida aspirando a ser tutumpotes. Esos no trabajan nunca en los partidos verdaderamente populares; esos, si acaso, son amigos de los líderes tutumpotes y les dan vueltas y les llevan chismes con la esperanza de hacer algún día un buen negocio si los líderes tutumpotes llegan al Gobierno.

Un partido político es lo que son quienes lo forman, y actúa y actuará según los pensamientos, los sentimientos y los intereses de las masas que lo forman. Si queremos saber si al llegar al Gobierno un partido político pondrá en práctica las ideas que predicó, veamos qué son las mayorías de

sus miembros y de sus dirigentes de parajes, secciones y barrios. Si son campesinos y trabajadores, el partido gobernará para ellos; si son tutumpotes o tutumpotitos, el partido gobernará para los tutumpotes y los tutumpotitos.

UN GENERAL MULATO AYUDÓ A LA LIBERTAD DE AMÉRICA*

El 13 de octubre de 1802, Alexandre Pétion inició la guerra que culminaría catorce meses más tarde en el establecimiento de la República de Haití. Unos días antes, Pétion había reconocido como jefe de la futura acción a Jean-Jacques Dessalines. Ese reconocimiento daba la medida de alma de Pétion: él era más culto que Dessalines, su prestigio militar superaba al del general negro; Pétion había nacido libre, hijo de blanco y de mulata, y Dessalines esclavo. Pero Alexandre Pétion no quería jefaturas, sino la libertad de su pueblo y de su tierra; sabía que los negros, antiguos esclavos, preferirían seguir a un negro que hubiera sido esclavo más que a un mulato que había nacido libre. Aceptó, pues, ponerse a las órdenes de Dessalines, e inició la guerra. Dessalines le siguió en la acción, cuatro días más tarde.

Para esa fecha, Alexandre Pétion tenía treintidós años y once de luchas. Al sur de los pequeños valles y las empinadas montañas donde él peleaba entonces, más allá del mar, en un lugar llamado San Mateo, en las ricas llanuras de Aragua, al mediodía de Caracas, un joven de diecinueve años llamado Simón José Antonio de la Santísima Trinidad de Bolívar y Palacios vivía su corta luna de miel con María Teresa Josefa Antonia Joaquina Rodríguez del Toro. María Teresa

* *Renovación*, Santo Domingo, 3-9 de enero de 1967, p.10 / p.11.

iba a morir en enero de 1803, y su adolorido viudo no volvería a casarse. Pétion vivió y murió soltero.

A Simón José Antonio de la Santísima Trinidad de Bolívar y Palacios le sobran nombres y apellidos. Los recibió en su cuna de oro, Alexandre Pétion apenas tuvo nombre, y es probable que el apellido se lo diera la buena mujer del joyero francés en cuyo establecimiento trabajaba de niño: "Pitchoum", le llamaba ella, equivalente, en su dialecto bordelés, a "petit". Pero al andar de los años la historia iba a unir al aristócrata de Caracas con el mulato de Haití, y por dos ocasiones el destino del que nació en el esplendor dependería del que llegó al mundo sin apellido.

El día de año nuevo de 1804 se proclamó la independencia de Haití. Dessalines fue designado Gobernador General del nuevo Estado. A fines de ese mismo año era emperador, Su Majestad Jacques I. Todavía vivía su antiguo amo, de quien el flamante monarca había tomado el apellido. Dos años después, en octubre de 1806, Jacques I moría en una emboscada. A su muerte, el pueblo haitiano quedaba dividido en dos partidos: el que tenía como jefe al general Henri Christophe, en el norte, y el que reconocía como caudillo a Alexandre Pétion, en el sur. Christophe y Pétion habían sido los dos más destacados lugartenientes de Dessalines en la guerra por la independencia. El poder político del primero tenía su centro en la ciudad de Cabo Haitiano; el del segundo, en Puerto Príncipe.

El gobierno de Dessalines fue corto, pero radical. En menos de tres años transformó la estructura racial, social y jurídica de Haití; además de una revolución de independencia, la suya fue una guerra de razas y una guerra social. Cuando Jacques I murió, ningún francés tenía tierras en el país, ni extranjero alguno podría volver a tenerlas en más de un siglo. Para imponer su tremenda voluntad igualitaria, Dessalines decretó la muerte de todo blanco francés; y los mató sin compasión. Las tierras

arreatadas a los antiguos amos pasaron a ser propiedad de la Nación, y, en gran medida, representaban la única riqueza del Estado. Jean-Jacques Dessalines había encabezado la primera gran revolución agraria de la historia moderna, y al morir dejaba esa revolución triunfante como herencia a sus tenientes Henri Christophe y Alexandre Pétion.

Christophe fue designado sucesor de Dessalines. Una convención constituyente transformó, sin embargo, el imperio en república, y por tanto Christophe resultó electo presidente. Pero como temía que su gobierno no fuera reconocido en el sur, se lanzó sobre Puerto Príncipe al frente de las tropas del norte. Pétion salió a su encuentro. En los últimos tiempos del reinado de Jacques I, el general mulato se había mantenido alejado de la corte imperial; de manera que al morir Dessalines el prestigio de Pétion había engrosado con la adhesión de los que se oponían al emperador, y como Christophe resultaba el heredero político de Jacques I, Pétion era, naturalmente, el anti-Christophe. El atacante no pudo tomar Puerto Príncipe y la asamblea constituyente le declaró fuera de la ley. De vuelta en su reducto de Cabo Haitiano, Christophe proclamó un Estado independiente en el norte. Más tarde, en junio de 1811, la república del norte quedó convertida en monarquía y el presidente Christophe en Su Majestad Henri Christophe Primero, hasta el día de su trágica muerte, ocurrida en octubre de 1820.

A principios de marzo de 1807, la convención constituyente que había declarado a Christophe fuera de la ley eligió a Alexandre Pétion presidente de Haití, si bien sería presidente sólo de la república del Sur, pues las dos porciones del antiguo Estado no volverían a unirse sino después de la muerte de Christophe.

El monarca del norte fue el constructor de la colosal fortaleza de la Ferrière, en la cima de una montaña, y del palacio de Sans Souci, el creador de una nobleza negra, fronda de duques,

marqueses y condes de calzones de raso y levitas borbónicas. Pero fue también el hombre que restituyó en el norte el régimen colonial de la propiedad de la tierra, el que resucitó los latifundios de los tiempos franceses, ahora en cabeza suya o de sus nobles. La obra de la revolución fue traicionada en el norte de Haití. El fruto natural de un régimen monárquico de base feudal, fue la ausencia total de libertad. El reino de Haití se convirtió en una tiranía de espanto.

En cambio, en el sur el presidente Alexandre Pétion distribuyó entre los campesinos las tierras del Estado. El Estado se empobrecía, pero Pétion no quería ser el señor de un Estado rico en un pueblo de miserables. Su naturaleza generosa no le llevaba a destacarse entre los haitianos por el esplendor de su poderío. Deseaba que su pueblo fuera feliz, que disfrutara de un apacible bien pasar con lo que pudiera darle la tierra; y nada más. Llevaba tres años en la presidencia cuando los caraqueños iniciaron, en abril de 1810, la revolución de independencia en la América del Sur.

Durante los años de gobierno de Dessalines, el joven Simón Bolívar viajó por Europa y Norte América, agobiado al principio por su repentina viudez, impulsado después por la fuerza ciega de su temperamento solar y de su bolsa repleta. Al retornar a Caracas, en julio de 1807, fue nombrado juez de paz en sus haciendas de San Mateo. Mil esclavos poblaban esas tierras, y tal vez entre ellos alguno supiera que en Haití había sido designado presidente, meses antes, un general mulato llamado Alexandre Pétion. Los negros de Venezuela estaban al tanto de lo que pasaba en Haití, pero los blancos, como Simón José Antonio de la Santísima Trinidad de Bolívar y Palacios, ¿se interesaría en saberlo?

Pero en 1810 la Historia acercaba a Caracas y Puerto Príncipe. La Historia tiene poder omnímodo sobre el tiempo y el espacio, lo que explica su capacidad para vincular a hombres

y países separados por años y por mares. En 1810, el único territorio libre en la América no sajona era Haití. En la agitada Caracas de abril de 1810, los jóvenes preocupados por la idea de la independencia, como Simón Bolívar, no debían ignorar ya —aunque lo ignoraran en 1807— que en la república del sur de Haití gobernaba Alexandre Pétion.

A la cabeza de un régimen a la vez popular y patriarcal, nacionalista y sosegado, Alexandre Pétion iba viendo pasar los años con cierta placidez. La vida de Simón Bolívar, en cambio, había entrado en un torbellino de olas rugientes. Fue enviado a Londres como negociador diplomático de la Junta de Caracas. El gobierno de Pétion se acercaba a su cuarto año cuando el joven Bolívar retornaba con Miranda a Venezuela, había cumplido algo más de cinco cuando el aristócrata de Caracas iniciaba su vida militar con la infausta rendición de Puerto Cabello; cumplía seis cuando el amo de San Mateo se ponía al frente de una columna de setenta hombres en las orillas del Magdalena, dispuesto a llegar con esa columna hasta Caracas, y se acercaba a los seis años y medio cuando Bolívar levantaba en los Andes la bandera de guerra a muerte que había enarbolado en Haití Jean-Jacques Dessalines.

Probablemente Pétion no oyó el nombre de Bolívar sino después que el joven general de la Campaña Admirable recibió en Caracas el título de Libertador. El nuevo astro se había alzado en el cielo americano con ímpetu sorprendente, y había llegado a gobernante de su tierra antes de que en otros países pudieran darse cuenta de lo que sucedía en Costa Firme. Pero la naturaleza dramática de su destino opuesta a la naturaleza afable del destino de Pétion, iba a manifestarse rápidamente. Doce meses después de haber sido aclamado Libertador, la guerra social estremecía a Venezuela.

Mientras desde su casa presidencial de Puerto Príncipe el general Alexandre Pétion dirigía, a menudo personalmente,

el reparto de tierras entre los campesinos. En Venezuela los llaneros que reclamaban fundos a punta de lanza, echaban del país a Bolívar. Tras la espantosa emigración a Oriente, el Libertador pasó a Cartagena; a Tumja, donde recibió el mando de los ejércitos de Nueva Granada, a Bogotá, para afirmar la Unión, y de nuevo a la Costa, vencido por la intriga de los pequeños caciques. Perseguido de españoles y de americanos, el fulgurante capitán de la Campaña Admirable se refugió en Jamaica. Allí, sin ejércitos que mandar, puso en pie de guerra la pluma.

A fines de 1815, Cartagena de Indias se hallaba sitiada por Morillo. El hambre, la enfermedad y la muerte tomaban asiento, como brujas macabras, en las piedras de la ciudad. En su desesperación los sitiados clamaban por Bolívar. Nadie recordaba ya la derrota de la Puerta, la retirada hacia Oriente, con su cortejo de víctimas. En la hora de su infortunio, Cartagena sólo evocaba al Bolívar victorioso en Araure y Carabobo.

Al llamado, Bolívar respondió de inmediato. Salió de Jamaica a mediados de diciembre, al frente de una flotilla de pequeños barcos cargados de comida para los sitiados de Cartagena. A una singladura de la costa de Jamaica se presentó a la vista El Republicano, que huía de Cartagena cargado de soldados y oficiales neogranadinos y venezolanos. En el ancho camino del mar, El Republicano pudo haber pasado a distancia y en ese caso la vida del Libertador hubiera quedado trunca. Pues Morillo había tomado Cartagena, y de dos mil hombres que habían huido en embarcaciones, más de mil quinientos habían sido apresados por la marina española, enviada en su persecución.

Con esa flota de Morillo hubiera tropezado Bolívar. La buena fortuna de América quiso que tropezara con El Republicano, único barco que se salvó de la cacería. El Republicano se dirigía a Haití. Virando en redondo, con esa característica rapidez para tomar decisiones que había hecho de él un

jefe natural, Bolívar acompañó a los fugitivos, y junto con ellos desembarcó en el puerto haitiano de Los Cayos. De esa manera, cuando finalizaba el año amargo de 1815, la Historia conducía a Bolívar, dueño de esclavos y a la vez libertador de pueblos, a la tierra del modesto general mulato que había dedicado su vida a luchar contra la esclavitud y a lograr la felicidad de los esclavos liberados.

En Los Cayos, Bolívar obtuvo del agente comercial inglés una carta de presentación para el presidente Pétion, y el primer día de 1816 estaba en Puerto Príncipe. El día dos de enero, el caraqueño de ojos brillantes y nervios encendidos tenía su primera entrevista con el haitiano de mirada tranquila y temperamento apacible. Para esa fecha, Haití consolidaba su tremenda revolución, iniciada veinticinco años antes. En las prolongadas y feroces guerras el país se había empobrecido, y si bien la República del Sur tenía casi diez años de paz, Puerto Príncipe no había vuelto a ser la ciudad brillante y festiva de 1790. No habían transcurrido aun tres cuartos de siglo desde el día en que fue fundada, y ya había pasado a ser capital, pero en vez de seguir creciendo con amplias casonas de piedra y de madera, de hermosos patios arbolados y baños de piscina, como en los tiempos de la colonia, se llenaba de bohíos en que resonaba el dulce acento del “patois” popular.

El día tres, Bolívar visitó de nuevo a Pétion. El presidente mulato había tenido veinticuatro horas para pensar qué podía hacer en servicio de América. Él gobernaba una pequeña república de campesinos pobres, era el jefe de un Estado mísero que probablemente no tenía diez mil kilómetros cuadrados y apenas disponía de fuerzas económicas o militares, mientras que hacia el sur estaba todo un continente, millones de kilómetros cuadrados de selvas, ríos y montañas, ciudades ricas, llanuras selladas de ganado, minas inagotables y todo el poder secular de España. Lo que Simón Bolívar le había pedido

era ayuda, a él, el mínimo, y a su país, el paupérrimo, para liberar ese continente fabuloso. En la isla de Margarita, pegada a la costa de Venezuela, un bravo llamado Arismendi combatía contra España y esperaba a Bolívar. Eso le había dicho el joven caudillo caraqueño de espejeante mirada.

En esa segunda entrevista, afablemente, sin palabras dramáticas, Alexandre Pétion informó a Bolívar que ya había dado las órdenes del caso para que los fugitivos de Cartagena recibieran lo que necesitaban: barcos, artillería, dinero, comida. A cambio de lo que les daba, el gobernante de Haití sólo pedía la libertad de los esclavos en las tierras que fueran liberando.

Son ampliamente conocidas las peripecias de la expedición de Los Cayos; la lucha de facciones, el desafío de Bermúdez a Bolívar, las intrigas y las violencias que padecen todas las emigraciones políticas. Muchos historiadores se han ocupado de esos episodios. De lo que pocos se han ocupado es de la conducta de Pétion, a quien sin duda llegaban noticias diarias de las trifulcas de Los Cayos. No se sabe que el presidente haitiano comentara, siquiera, las pugnas del inquieto grupo de neogranadinos y venezolanos. Sin duda los emigrados debieron causar bastantes dolores de cabeza a las autoridades del pequeño puerto, pero Pétion no oyó quejas. Él conocía la naturaleza humana; sabía que los choques de los desterrados entre sí terminarían cuando tuvieran enfrente al enemigo. No empequeñeció su papel de colaborador de la independencia americana descendiendo a juez en las disputas de los emigrados.

Costeando las islas antillanas, tomando en sus escalas hombres, mujeres, reses y hasta enemigos, la expedición de Los Cayos, que había dejado las aguas haitianas a fines de marzo, llegaba a Margarita a principios de mayo de 1816. El día 8, en su cuartel general de la Villa del Norte, Simón Bolívar, con el título de Jefe Supremo de la República y Capitán General de los Ejércitos de Venezuela y Nueva Granada, iniciaba su

primera proclama con esta afirmación: “Venezolanos: He aquí el tercer período de la República”. El 2 de junio, desde Carúpano, pagaba tributo a Alexandre Pétion en la forma más grata para el grande hombre, declaraba la libertad de los esclavos.

Partidario de golpear en el corazón del enemigo, como lo había hecho en 1813; Bolívar quiso llevar la guerra a las puertas de Caracas. Por eso emprendió la marcha hacia Ocumares. Pero en la vida militar la victoria es la hermana gemela de la derrota. Se produjo el desastre y en consecuencia la retirada de Bolívar hacia Güiría. Allí, en ese punto costero, el Libertador tuvo que padecer la insubordinación de Mariño. Las amenazas de muerte de Bermúdez, la cólera de los que personificaban en él los males sufridos en más de dos años de infortunio. Una vez más, aquel hombre que llevaba tras la frente el porvenir de América, tuvo que emigrar.

¿Hacia dónde iría él, alma solar hundida en nuevo ocaso? Hacia Haití, donde tenía un amigo suyo y de América. Hacia Haití volvió, pues; y en septiembre, seis meses de haber dejado sus costas, estaba otra vez en tierra haitiana.

Precisamente en esos días Haití reclamaba para Pétion el título de presidente vitalicio con derecho a nombrar sucesor. No había presión oficial en esa petición; era en verdad la voluntad del Pueblo, que vivía desde hacía nueve años con bienestar, con libertad y en paz. Bolívar quedó tan impresionado por ese movimiento popular, que sintió necesidad de felicitar a Pétion en una carta, y diez años después usaría esa experiencia al redactar la Constitución Política de Bolivia.

Pero Bolívar no había ido a Haití a estudiar la situación del pequeño país, sino a buscar medios para seguir la lucha en Venezuela. Con esa impaciencia que le comía el cuerpo, la que le impelía a moverse con el ímpetu de un relámpago, volvió a tocar en la puerta de Alexandre Pétion, y la puerta del presidente haitiano se abrió de nuevo ante él.

“Leo con un dolor que supera a todo lo que puedo expresar los lamentables acontecimientos que le obligaron a abandonar Tierra Firme”, escribía Pétion, en respuesta a la carta en que Bolívar le daba cuenta de su fracaso. “Así sucede en las cosas grandes y en las pequeñas; que una fatalidad misteriosa tuerce los planes más sabios, reveses imprevistos se burlan de todas las precauciones y destruyen los proyectos mejor preparados”, decía.

Estaba hablando el hombre que conocía la entraña de la vida, el que tenía la calma de los fuertes y la seguridad de la fe. Pero de pronto comenzaba a hablar de lengua generosa, la que da consuelo y paz: “Su Excelencia”, proseguía, “acaba de experimentar esta cruel verdad, pero si la fortuna se ha reído de usted por dos veces, quizá le sonría en la tercera oportunidad. Yo, por lo menos, tengo ese presentimiento; y si algo puedo hacer para mitigar su pesar y su dolor, cuente con todo lo que esté al alcance de mi posibilidad”.

Súbitamente, por ente el lenguaje de la bondad, surgía, radiante y decisivo, el hombre de acción: “Dese, pues, prisa y venga a esta ciudad. Deliberaremos juntos”, decía. Bolívar fue, deliberaron y al finalizar diciembre de ese año ingrato de 1816, el Libertador pisaba de nuevo tierra venezolana en Margarita y cerraba de manera definitiva el capítulo de sus destierros. A seguidas vendría la derrota de Clarines, y después su estrella ascendería en forma portentosa y se mantendría brillando año tras año, como nunca antes hubo otra en el cielo americano.

Alexandre Pétion murió el 29 de marzo de 1818. Bolívar estaba librando entonces la infortunada campaña del Centro, que le había llevado desde San Fernando de Apure hasta las puertas de Maracay, en su empeño de forzar el paso hacia Caracas. El día de la muerte de Pétion se dirigía de San Pablo a Ortiz, en persecución de Morillo. Mientras cabalgaba por los polvorientos caminos del Llano, señor de la guerra y de la

libertad, ¿tendría un recuerdo para el amigo que agonizaba en el lejano Puerto Príncipe?

Nadie puede decirlo. Nadie sabe tampoco qué día supo Bolívar la muerte de Pétion. En octubre de ese mismo año de 1818, en una proclama lanzada desde su cuartel general de Angostura, al pedir al pueblo que eligiera representantes para establecer el Congreso de Venezuela, hacía un breve recuento de sus luchas y evocaba a aquel que en horas sombrías le había dado ayuda. “La isla de Haití”, decía, “me recibió con hospitalidad: el magnánimo presidente Pétion me prestó su protección; y bajo sus auspicios formé una expedición de trescientos hombres, comparable en valor, patriotismo y virtud, a los compañeros de Leonidas”.

Ocho años después, en su discurso al Congreso Constituyente de Bolivia, el Libertador recordaba otra vez a Alexandre Pétion. Bolívar estaba entonces en Lima, la ciudad galante y complicada, y quizá por oposición evocaba a la semirural Puerto Príncipe; con el decurso del tiempo su memoria embellecería el espectáculo del pueblo, que convivía llana y dignamente con su presidente y reclamaba que se le declarara presidente vitalicio con derecho a nombrar su sucesor. En la fatigada alma del creador de naciones, el recuerdo le hacía ver el Haití de 1816 una feliz Arcadia negra. “Yo he tomado para Bolivia el Ejecutivo de la República más democrática del mundo”, decía.

Esa república era la de Pétion. Él mismo lo declaraba a seguidas: “La isla de Haití... se hallaba en insurrección permanente: después de haber experimentado el imperio, el reino, la república, todos los gobiernos conocidos y algunos más, se vio forzada a recurrir al ilustre Pétion para que la salvase. Confiaron en él, y los destinos de Haití no vacilaron más. Nombrado Pétion presidente vitalicio con facultades para elegir el sucesor, ni la muerte de este gran hombre, ni la sucesión del nuevo presidente, han causado el menor peligro en el Estado”.

Bolívar estaba justificando uno de los aspectos de la Constitución que él mismo había redactado para el país que llevaba su nombre. Para el país, y para Sucre, llamado a ser su presidente vitalicio, el Libertador quería un orden tan estable y una libertad individual tan firme como el orden y la libertad de Haití bajo el gobierno de Pétion. Pero sucedía que a su paso por Haití, seguramente obsesionado por la necesidad de volver a la lucha en Venezuela, Simón Bolívar, ese auténtico genio político, no atinó a observar las profundas raíces de la paz social que hacían de la República de Pétion una Arcadia negra, y de su presidente el hermano mayor de cada hombre, de cada mujer, y el padre amoroso de cada niño.

Esas raíces estaban en la destrucción del régimen feudal en la propiedad de la tierra, llevada a cabo sin piedad por Jean-Jacques Dessalines, y en el reparto de tierras hecho por Pétion. Haití del sur se había convertido en un país de campesinos donde cada familia era dueña de un fundo. En la América latifundista, donde unos cuantos señores eran los amos del suelo y de los indios y los negros que lo trabajaban, el angélico Mariscal de Ayacucho no moriría como Pétion, rodeado por el amor del pueblo y venerado por su sucesor, sino asesinado en Berruecos, y la Constitución con que el Libertador pretendía asegurar la libertad del individuo y la paz política, quedaría destrozada como un cervatillo victimado por una familia de tigres sanguinarios.

LA PRISIÓN DE FERNANDO VII EN BAYONA*

Si algún hecho político precipitó la revolución que convirtió en repúblicas a las colonias españolas de América, ese fue la prisión de la casa real de España, acaecida en Bayona, al comenzar el mes de mayo de 1808. Pues la metrópoli y las provincias de ultramar se quedaron sin el centro de su vida política y administrativas, que era el rey, y en el proceso de hallar una fórmula que mantuviera el imperio funcionando, los vínculos legales se rompieron, y tras la ruptura sobrevino la conmoción revolucionaria, que trastornó todo el orden antiguo y dio nacimiento a uno nuevo.

La prisión de los Borbones de España fue obra de Napoleón, el hacedor y deshacedor de reyes europeos. Pero también fue obra de la corrupción de la corte hispánica, de la liviandad de María Luisa, la reina; de la debilidad de Carlos IV, el rey; de la cobardía de Fernando VII, hijo de la liviana y del débil; de la ambición de Manuel Godoy, el antiguo sargento de la guardia real, cuyos amoríos con María Luisa lo llevaron a ministro, a duque de Alcudia, a Príncipe de la Paz, a jefe del Gabinete y al tratamiento de Alteza Serenísima, y a quien el pueblo español odió y despreció por indigno y por traidor.

Al comenzar el siglo XIX, Napoleón Bonaparte tenía a Manuel Godoy como una ficha en su juego político: le ofrecía

* *Renovación*, Santo Domingo, 24-30 de enero de 1967, p.5 / p.6.

reinos y le reclamaba obediencia a cambio de esas ofertas. A través de Godoy, el Emperador manejaba la casa real de España como a títeres de un tablero.

La historia de las concesiones españolas a Napoleón es larga, y no vamos a hacerla aquí. En este artículo sólo queremos referirnos a la prisión de los reyes, y a sus antecedentes inmediatos.

Hacia junio de 1807, Bonaparte había resuelto tomar Portugal para cerrar la costa de ese país a los ingleses, y negociaba con Godoy el libre paso de los ejércitos franceses por España. Pero en octubre de 1805 los españoles habían perdido su escuadra y sus mejores marinos en la batalla de Trafalgar, donde las flotas de España y Francia habían sido aniquiladas por la inglesa; y aunque a Godoy y a Carlos IV no les escociera aquella derrota, el pueblo español no la había olvidado y no se la perdonaba al favorito.

Los rumores de que Bonaparte y Godoy negociaban un acuerdo provocaron tanto malestar que la inquietud llegó al círculo real; o con más propiedad, al círculo de Fernando, el joven heredero, que odiaba a Godoy no sólo porque ponía en peligro su herencia, sino también porque era el amante de la reina, lo cual infamaba al hijo.

Al llegar el mes de octubre, Napoleón y Godoy se aprestaban a firmar el Tratado de Fontainebleau; y Fernando y sus amigos se disponían a dar un golpe palaciego contra Godoy. Este golpe fue la llamada “Conspiración del Escorial”, descubierta ese mismo mes de octubre de 1807. Acusado de querer destronar al padre y de haber organizado un complot para quitar la vida a la reina, Fernando delató a sus compañeros de conjura y pidió perdón. Carlos IV comunicó la noticia a Napoleón, por cierto en una carta indigna: otra parte se destinaría a ser cambiada por los territorios españoles que se hallaban en manos inglesas —como Gibraltar y la Isla de Trinidad—; otra se entregaría a los reyes de Etruria —la reina era hija de

Carlos IV— en compensación por el despojo de que los había hecho objeto Napoleón. Además, en el Tratado se establecía que Carlos IV sería coronado Emperador de las Américas, verdadera piltrafa de honor que en ningún sentido cambiaba el estado de dominio de las colonias.

En noviembre, Napoleón había barrido las fuerzas portuguesas, y el regente de Portugal, con toda la familia real, huía a Brasil. Sin embargo ya en febrero de 1808, el vencedor desconocía el Tratado de Fontainebleau y en vez de permiso para el paso de sus tropas hacia Portugal, pedía un camino permanente entre Francia y el país lusitano. Además, Napoleón no esperó la concesión: sus tropas avanzaron por España. Espantados por el nuevo giro que tomaban los acontecimientos, Carlos IV y Godoy decidieron que la familia real se trasladara a América, como había hecho meses antes la de Portugal.

Pero entonces entró en escena el pueblo español, y el pueblo no admitía que los reyes huyeran. Sus Majestades debían luchar y morir con él. La noche del 17 de marzo de ese año de 1808, las multitudes asaltaron el palacio donde se hospedaba Godoy en Aranjuez. El poderoso ministro logró esconderse en el sótano del palacio, entre rollos de alfombras y tapices, y allí se mantuvo treintiséis horas. Cuando salió, forzado por el hambre y la sed fue golpeado por la multitud, al extremo de que el resto de su vida llevó una cicatriz en la cara.

Como desde la conspiración del Escorial Fernando figuraba al frente de los enemigos de Godoy, y por tanto a la cabeza de los que luchaban contra los cómplices de Napoleón, el motín de Aranjuez derivó en una acción favorable a Fernando. Asustado por la rebelión, Carlos IV abdicó a favor de su hijo, que pasó a ser Fernando VII.

Mientras estos hechos se producían, las tropas napoleónicas, bajo el mando de Murat, marchaban hacia el sur, en dirección de Madrid; y entraron en la capital española el 23 de marzo.

Un día después llegó Fernando VII. Avanzando lentamente tras sus fuerzas, Bonaparte se había quedado en Burgos, la vieja ciudad castellana, situada al norte de Madrid.

Murat pidió a Fernando que visitara a Napoleón en Burgos; pero el nuevo rey, que temía caer en una trampa, no quiso ir. Sin embargo la situación de Fernando era débil, puesto que sus padres pretendían despojarle de la corona e intrigaban cerca del Emperador. Fernando supo que sus padres organizaban viaje a Burgos, y esta noticia le hizo salir en busca de Bonaparte. Con efecto, iba a caer en la trampa.

Cuando Fernando llegó a Burgos halló que el Emperador se había movido hacia Vitoria; en Vitoria encontró una carta de Napoleón invitándole a seguir hacia Bayona, en las vecindades de Biarritz, pasada ya la frontera de Francia. Antes de que pudiera tomar una decisión, supo que sus padres y Godoy se dirigían a Bayona, y se preparó para llegar antes que ellos.

El Pueblo no quería que su rey entrara en Francia, y se agolpaba en los caminos, cerrándole el paso; llegó hasta a cortar los correajes del coche en que viajaba. Pero Fernando pensaba que su corona dependía de Napoleón, no del Pueblo, y prosiguió su camino. Llegó a Bayona el 20 de abril, y a partir de ese día estaría cinco años y seis meses en manos de Napoleón, preso en la jaula dorada de Valencey.

Lo que ocurrió en Bayona desde el día de la llegada de Fernando hasta el momento en que él y su padre se sometieron a las exigencias de Napoleón, es un capítulo triste de la historia española. En primer lugar, Bonaparte no quiso dar al joven rey trato de monarca; y el pobre Fernando aceptó la humillación. En segundo lugar, el Emperador pidió la abdicación de Fernando a favor del padre, y como Fernando se negara se produjo una escena lastimosa, durante la cual Carlos y María Luisa insultaron al hijo, le gritaron como verduleros, y la madre llegó a llamarle bastardo.

Por fin, Fernando aceptó volver a ser Príncipe de Asturias; el padre recuperó su título de Carlos IV, rey de España, y de inmediato abdicó ese título y sus derechos sobre América a favor de Napoleón. A cambio de la humillante sumisión, el hijo recibiría 400,000 francos de renta a cargo del tesoro de Francia, y el padre 30,000,000 de reales españoles para sostener su corte real... pero sin salir del Castillo de Compiègne, cerca de Marsella, donde sería prisionero de hecho, como el hijo lo sería en Valencey.

Cuando Fernando partía de Burgos en busca de Napoleón, dejó en Madrid una junta de gobierno encabezada por su tío, el infante don Antonio. Durante la rebelión del pueblo madrileño contra las tropas de Murat, ocurrida el 2 de mayo, esa junta actuó al servicio de los invasores, y desde luego perdió toda autoridad sobre el pueblo. De manera espontánea, a fin de poder dirigir la lucha popular, por toda España comenzaron a formarse “juntas de defensa de los derechos de Fernando VII”.

Los acontecimientos que se desarrollaron en la metrópoli a partir de esa hora pertenecen a la historia de España. Lo importante para las colonias españolas de América es lo que comenzó a suceder entonces en estas tierras. Las “juntas de defensa de los derechos de Fernando VII” obedecían a un principio de preservación de la unidad nacional, pero su autoridad era local; ninguna tenía potestad más allá del lugar donde se establecía. Ninguna, desde luego, podía tenerla más acá del mar.

Y más acá del mar estaba América. La prisión del rey en Bayona, su abdicación a favor del padre y la subsiguiente cesión, de derechos de Carlos IV sobre América, dejaban a estos mundos de ultramar sin vínculo político con España y ni aún con las provincias americanas entre sí.

La ruptura del orden legal se había producido, y ya no fue posible restaurarlo porque la historia no se inclina a volver sobre sus pasos.

Cinco años y seis meses después del día en que comenzó el cautiverio del joven rey español, Napoleón, asediado por sus enemigos de toda Europa, reconocían a Fernando VII y a sus herederos como reyes de España y América. Pero esto último era una ficción, porque el reconocimiento de Napoleón no significaba que América aceptara por rey a Fernando VII. De lo que habían sido los vastos dominios del prisionero de Bayona, no quedaban en el continente sino territorios insulares: Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo. Los demás o eran libres o se hallaban luchando por la libertad.

El episodio de Bayona marcó, para Fernando y para España, el final de una época que había durado trescientos años.

Mucho durar, ¿no?

MASA Y SOCIEDAD EN EL AÑO TERRIBLE DE VENEZUELA*

Las masas siguieron a Monteverde, de Coro a Caracas, no porque el capitán de fragata español representaba al rey sino porque era el jefe de la guerra contra los mantuanos. Monteverde metió al hombre del pueblo en el palacio de gobierno de Venezuela. Pero antes de un año esas masas que engrosaron su ejército en el avance hacia la capital se dieron cuenta de que habían hecho, y estaban haciendo, el papel del coro; comprendieron que el zambo Palomo —encarnación del Juan Bimba de esos días— no pasaba de ser un guardaespaldas del flamante capitán general don Domingo Monteverde; no era su socio en el gobierno ni su beneficiado en el reparto del botín. Pues a pesar de las tremendas acusaciones de Bolívar y de las muy graves del Regente Heredia, Monteverde no organizó el desborde de la guerra social. No destruyó las propiedades de los mantuanos del ras, ni se las quitó a sus dueños para dárselas a los zambos; no entregó las mujeres de alcurnia a la violación, los ancianos y los niños al degüello. Asustó, amenazó, y careció de autoridad para evitar desmanes. En el fondo era incapaz de crear nada, ni siquiera el caos, y mucho menos de encabezar una auténtica revolución de masas. Pero estimuló la rebelión dejando creer que haría esa revolución y tolerando, por debilidad, la formación de gavillas.

* *Renovación*, Santo Domingo, 9-15 de mayo de 1967, p.3 / p.13.

Para el ala tradicionalista del mantuanismo, el gobierno de Monteverde era el de la chusma: los libertos, los pardos, los blancos de orilla daban órdenes a las familias linajudas desde el palacio de gobierno y las mujeres de alcurnia tenían que sufrir las insolencias del zambo Palomo: en suma, para esos mantuanos el régimen del marino canario era la afrenta imperdonable. Para el ala revolucionaria del grupo mantuano, Monteverde era la imagen de la tiranía española; la representación del detestado Fernando VII, de las Cortes o de quien estuviera gobernando en la Metrópoli. Pero para la masa del Pueblo —por lo menos al año de la victoria de Monteverde sobre Miranda—, el gobierno del capitán de fragata no era ni el del perseguidor de los mantuanos ni el del representante de la monarquía, sino una caricatura de gobierno incapaz de ejercer el poder a plenitud, que había engañado a sus partidarios con malicia elemental. Los bienes de que fueron despojados algunos mantuanos no cayeron en manos del pueblo; sólo unos cuantos canarios se beneficiaron con ellos y los grandes propietarios pasados a las filas realistas tuvieron protección en el capítulo general.

Al iniciarse el 1813, las masas venezolanas habían dado la espalda a Monteverde debido a que el jefe del Gobierno no se atrevió a exterminar a los mantuanos y a repartir sus propiedades entre los pardos, los zambos y los blancos de orilla, y para que hiciera eso le habían ellas ayudado en su marcha de Coro a Caracas. Esa falta de respaldo de las masas explica los fracasos de Monteverde en oriente.

Como carecían de un jefe verdadero, las masas comenzaron a actuar en los prolegómenos del año terrible en forma local, siguiendo en cada región a jefes improvisados. Sólo actuarían en conjunto —si no organizadas en sentido estricto— cuando hallaran en Tomás Rodríguez Boves el jefe que Monteverde no supo ser. Hasta la aparición de Boves, las masas no tuvieron coordinación en un orden amplio.

Bolívar había entrado en Venezuela por San Antonio del Táchira en el mes de marzo de 1813; ya en julio estaba preparado para descender hacia las llanuras y abrir las puertas de Caracas. Con él, el mantuanismo revolucionario se hacía presente en la lucha. Monteverde, que no había contado con respaldo de masas en oriente, no lo tuvo en occidente. Esa falta de respaldo fue un factor de mucha importancia en la incapacidad de Monteverde para hacer frente a Bolívar; y en ese factor hay que buscar una de las causas que explican las fulgurantes victorias de la Campaña Admirable.

Sin duda se requería genialidad militar para organizar la Campaña Admirable, sobre todo si se toma en cuenta que la experiencia militar del caudillo caraqueño era muy escasa. Pero no todo el buen éxito de la marcha hacia Caracas se explica con el genio militar de Bolívar o con el arrojo de sus tenientes. La verdad es que ante el joven capitán, que aparecía de improviso como el astro solar de la historia americana, había un vacío político que asfixiaba a Monteverde. En tal vacío, Monteverde se debatía en la impotencia.

Lo singular del caso es que aunque Bolívar iba ocupando ese vacío político con sus escuadrones, y avanzaba a través de él hacia la capital, el tal vacío persistía en torno suyo con igual capacidad asfixiante que en torno a Monteverde, pues las masas que habían abandonado a Monteverde no corrieron a rodear a Bolívar.

En el inicio de la insurgencia de las masas, los jefes —improvisados y locales— habían sido Zuazola, Antoñanzas, Cervériz, Yáñez, Pascual Martínez. Bajo el mando de esos hombres las masas daban fe de su odio al mantuanismo asesinando y torturando desde Margarita hasta Barinas. Pero cuando esos grupos dispersos, que no tenían en común sino su voluntad igualitaria, tomaron su cauce que confirió sentido histórico a aquella voluntad, no lo hicieron siguiendo a Bolívar. Su jefe

fue Tomás Rodríguez Boves. Juan Vicente González le llama “el primer caudillo de la democracia social venezolana”. Si lo de primero se refiere a categoría, el calificativo es correcto; si se refiere a primero en el tiempo, no; el primero en el tiempo fue Domingo Monteverde.

Boves es el anti Bolívar; no porque se enfrentara a éste en la guerra, ni porque él hubiera abrazado la bandera del rey mientras el aristócrata caraqueño abrazaba la de la república; no porque el uno fuera inculto y el otro cultísimo, el uno español y el otro criollo, el uno pobre y el otro rico; sino porque Bolívar piensa y actúa en términos de sociedad, y por tanto su lucha se dirige a la creación de un Estado, y Boves siente y actúa en términos de masa y esa masa está en guerra contra la sociedad que Bolívar pretende organizar —o reorganizar— en Estado. Recuérdese que el tipo de Estado contra el cual Boves se había levantado era el mantuano, clasista, tradicionalista; en cierto sentido, ese Estado era enemigo personal de Boves, puesto que él, hombre del pueblo, no podía aspirar a cambiar de condición en el Estado aristocrático de los mantuanos. Para Boves, Bolívar, mantuano de los de más abolengo, no podía pensar en el Estado igualitario.

Simón Bolívar era el fruto refinado de una sociedad culta, y en su caso la cultura tenía un sentido y un papel revolucionario, pues que no aspiraba a restablecer la república de los mantuanos. Esto, sin embargo, no podía sospecharlo Boves. Boves había visto a Bolívar entrar en Caracas para restablecer la república que Monteverde había destruido. Por su parte, Bolívar no podía concebir la sociedad venezolana si no era organizada en Estado; y a tal extremo esto era una convicción suya que para él la victoria de Monteverde sobre Miranda en 1812 se había debido a debilidad en la organización política del gobierno republicano que habían establecido los mantuanos; es decir, a una debilidad del Estado, que procedía de su constitución

federalista. Bolívar no se dio cuenta del papel que habían jugado las masas en esa victoria de Monteverde.

Bolívar había descendido de Los Andes en busca de los caminos de Caracas con un concepto definido de cómo debía ser el Estado: centralizado y fuerte. Para edificar —o reedificar— el Estado sobre cimientos firmes había declarado la guerra a muerte y entraba en la capital con la decisión de ser el jefe de ese Estado enérgico, cuyo primer deber sería existir. En las llanuras se emboscaba la realidad venezolana, encarnada en Boves y sus huestes, que iba a mostrarle a Bolívar en el año terrible de 1814 la entraña sangrienta y sombría del mecanismo social del país: la masa en lucha contra la sociedad.

La masa no es la sociedad; no lo es en ningún momento histórico. La masa está contenida en la sociedad, lo que quiere decir que es parte de aquélla; y nunca la parte es el todo. Puede suceder que la parte insurja y someta el todo; sin embargo en situaciones normales, sin motivos válidos de lucha, la parte no se rebela ante el todo. Pero desde hacía más de cinco años los tiempos no eran normales en Venezuela; y cuando fueron normales la beneficiaria de esa normalidad fue una organización clasista, cerrada e intolerante ante cualquier amago de cambios. La época de ese tipo de organización social había pasado ya; de manera que no había justificación histórica para que se mantuviera en Venezuela, visto que el país se hallaba en el cauce de las grandes transformaciones introducidas en el mundo occidental por la aparición de la era industrial.

Situada en ese cauce, Venezuela había sido conmovida por el impulso transformador, y la masa del país se hallaba en insurgencia contra la sociedad mantuana. De manera evidente, la masa había actuado contra el Estado mantuano cuando respaldó a Monteverde en su avance sobre La Victoria.

La parte, pues, se hallaba en lucha contra el todo; y es el caso que en 1813 había razones válidas para esa lucha.

La masa es, en potencia, un enemigo irreconciliable de la sociedad organizada en Estado, lo que se debe a que la masa es depositaria de los innumerables resentimientos individuales que provoca el Estado. Especialmente en una organización clasista cerrada, como era la sociedad mantuana, donde el individuo sometido, vejado o perjudicado no podía hacer oír su queja en los centros directores de la sociedad —ni podía hacer valer una opinión o una proposición renovadora—, se explicaba que la masa, humillada a extremos indignantes, se convirtiera en un receptáculo de cargas explosivas. El poder ofensivo de la masa venezolana de 1813 fue proporcionado a los resentimientos que acumuló contra el mantuanismo durante los años del predominio mantuano.

Si se le presenta una ocasión propicia, estando con ella la razón de la justicia, la masa sobrecargada de resentimientos se vuelve contra la sociedad, la desorganiza y la destruye. Librada a su propio impulso, e independizada ya de la sociedad, la masa, como un satélite salido de su órbita que de pronto arremete contra el planeta madre, se lanza a chocar con la sociedad. La masa venezolana se hallaba ya de hecho saliendo del orden social mantuano cuando Monteverde la impulsó a la pelea contra ese orden social. Monteverde usó a esa masa para sus fines políticos y tal vez también para sus fines personales, pero fue incapaz de crear con ella un orden social nuevo. Entre 1812 y 1813, la masa venezolana quedó disparada fuera de órbita y lista a arremeter contra el planeta madre a que había vivido sometida hasta entonces.

Al mismo tiempo sucedía que ya no existía el orden social mantuano porque de hecho la sociedad mantuana se había desintegrado al rebelársele la masa. Esto no lo sabía y quizá ni siquiera lo sospechaba Bolívar cuando entraba en Caracas,

vencedor de Monteverde. El joven caudillo bajaba de Los Andes con la idea de un Estado fuerte. Pero sucedía que a unos pasos más allá de los cuarteles en que acampaba la tropa que había hecho la Campaña Admirable, había sólo un vacío político, semejante al que asfixió a Monteverde. La sociedad que debía dar sustento al tipo de Estado que Bolívar pretendía edificar, no existía. Bolívar era el jefe de las fuerzas armadas de un Estado abstracto, pero carecía de la sociedad que debía formar el cuerpo vivo de ese Estado. En cambio, Boves tenía consigo a la masa, y esa masa se hallaba en insurgencia.

No siempre se ve a la masa en el momento en que se coordina para actuar contra la sociedad. Siendo, como es, un valor social permanente, en tiempos normales se halla como sumergida en el cuerpo social, hasta que se presenta la oportunidad propicia para su acción. Hoy nos resulta difícil admitir esto debido a que tenemos conciencia cotidiana de la existencia de la masa: se halla organizada en partidos políticos, en sindicatos obreros y en otros grupos de actuación permanente, y da fe diaria de su existencia. Pero en los albores del siglo XIX, y sobre todo en una América sin experiencia de vida política, la masa era una fuerza oculta aun a los ojos de los observadores más sagaces.

Entregado a su idea de un Estado nacional, creado en lucha contra la metrópoli opresora, Bolívar no veía a la masa venezolana. Para él, sólo había un enemigo al que combatir: ese era Monteverde, representación de España, imagen del poder que esclavizaba a los venezolanos. La lección que recibió cuando las masas venezolanas, comandadas por Boves, destruyeron el Estado nacional en que tanto había él confiado, fue espantosa e inolvidable. Años después, en el célebre discurso del Congreso de Angostura, diría que “el individuo pugna contra la masa, y la masa contra la autoridad”, y “autoridad”,

en este caso, significaba para Bolívar, Estado organizado, es decir, mando político de la sociedad, no imposición clasista de propietario en sus fincas. En el mismo discurso afirmaría también que gobierno y pueblo son adversarios naturales, “eternos rivales” que “recíprocamente se lanzan tiros”; y en esta frase, “pueblo” tiene el sentido de “masa”.

En nuestro siglo XX, la masa, organizada en partidos políticos que tienen fundamentos filosóficos, dirección estratégica y comandos tácticos, está encauzada hacia fines concretos; sabe lo que quiere, pero además —aspecto muy importante— sabe cómo obtenerlo y cómo retenerlo. La masa no es hoy una fuerza ciega.

En el misterioso laboratorio de la historia, la masa tiene un papel renovador, originado en que es la depositaria de los resentimientos individuales; de los dolores, las injusticias, las frustraciones y las inquietudes de los individuos. De un resentimiento, de un dolor, de una injusticia, de una inquietud, y a menudo de una frustración, sale una idea renovadora que poco a poco va extendiéndose por entre los sufridos, los perseguidos, los despojados, hasta convertirse en una gran corriente de ideas y sentimientos que culmina en una organización de hombres dispuestos a imponer esa idea nueva. Cuando la masa tiene conciencia de lo que desea o necesita, hace la revolución con la vista puesta en la creación de una sociedad nueva, en cuyo ámbito sea fácil convertir la idea revolucionaria en hechos diarios.

En los inicios del siglo XIX, la masa no tenía conciencia creadora en ninguna parte; menos aun en América. Lanzada a la lucha por virtud de sus resentimientos, era una fuerza ciega, destinada a destruir para igualar. No sabía cómo construir sobre los escombros de lo arrasado. Su resentimiento se saciaba con la sangre de sus víctimas.

Tomás Rodríguez Boves era el jefe de una masa americana en los primeros años del siglo XIX. A esa masa no podían

pedírsele propósitos políticos creadores, y así como era ella, era su caudillo. Frente a Boves, Bolívar comandaba el instrumento armado de una sociedad que ya no existía. La lucha, pues, fue el encuentro de un ejército sin base social y una masa convertida en ejército. En el tremendo choque, el caballo de Boves se paseó por los vivaques de las tropas de Bolívar; y no podía suceder de otra manera.

Si la masa es parte de la sociedad, es lógico admitir que ésta sólo puede organizarse en Estado en tanto contenga en su seno a la masa. La masa es parte del todo social, pero el todo pierde su razón de ser si le falta la parte. Un Estado sin sociedad que lo sustente puede seguir existiendo en abstracto. El Estado venezolano de 1813 existía sólo en la mente de Bolívar; pero de hecho no había tal Estado, puesto que una parte de la sociedad, y en ese caso concreto la más fuerte en tal momento, había insurgido contra ella. La integración de la masa venezolana en el Estado nacional que deseaba crear Bolívar, sólo se hubiera conseguido si Bolívar hubiera proclamado públicamente la decisión de establecer una república no mantuana, y más aún, una república antimantuana.

Eso no sucedió porque todavía en 1814 Bolívar no comprendía la raíz de los sucesos en que él mismo era actor de primera categoría. Hasta el final del año terrible, el Libertador fue un romántico cabal, que creía, con toda la vehemencia de su alma, en los conceptos abstractos de Nación, República, Libertad, tan caros al romanticismo. Fue un año después, en el exilio de Jamaica, cuando la meditación le condujo a dar con las causas del turbión de lanzas, sangre y fuego, en que se hundió la segunda república. “En Venezuela —escribió entonces— no ha existido una verdadera guerra de razas, a pesar de Boves. Los merodeadores son gente pobre y oprimida. Son también gente de color; los opresores ricos son blancos; el conflicto civil es esencialmente económico”.

Las cenizas del año terrible secaron la fuente que nutría el romanticismo de Bolívar. Es probable que en sus mediaciones de Jamaica él mismo llegara a comprender que en su hora de vía crucis se había parecido a Monteverde en un aspecto. La masa de Venezuela no le dio respaldo.

A veces la historia se complace en presentar la misma situación para hombres tan disímiles como Domingo Monteverde, que no era capaz de crear ni siquiera el caos, y Simón Bolívar, que nació destinado a crear naciones.

NARCISO LÓPEZ: REALISTA EN VENEZUELA,
FUE CREADOR DE LA BANDERA NACIONAL DE CUBA *

Al hacer el relato de la fabulosa carga de sus laneros en Que-
seras del Medio, el general Páez dice: “Muy apurada era en-
tonces nuestra situación, pues el enemigo nos venía acorra-
lando por ambos costados con su caballería, y nos acosaba con
el fuego de sus fusiles y cañones, cuando afortunadamente el
valeroso comandante realista don Narciso López me brindó la
oportunidad de pasar con alguna ventaja a la ofensiva”¹.

Ese “valeroso comandante realista” era venezolano. Había
nacido en Caracas el 29 de octubre de 1796, y tenía, por
tanto, menos de veintitrés años cuando participó en Queseras
del Medio —el 3 de abril de 1819— como teniente coronel a
las órdenes inmediatas de Morillo. Ni el arúspice mejor dota-
do hubiera podido predecir entonces que treintidós años des-
pués, el 1º de septiembre de 1851, el caraqueño Narciso López
moriría en patíbulo por haber tratado de libertar a Cuba pre-
cisamente del poder español a cuyas órdenes estaba sirviendo.

Cómo se sucedieron en Narciso López los movimientos de
alma que lo llevaron de Mariscal de Campo del ejército español

* *Renovación*, Santo Domingo, 22-28 de agosto de 1967, p.8 / p.9 / p.14.

¹ *Autobiografía del general José Antonio Páez*, Vol. I, New York, Imprenta de
Hellet y Breen, 1869, p.181. Hay otra mención de López en la p.177, y una
más en el capítulo dedicado a Cuba —el número XX, pp.377 y ss.—, en que
le califica de “una de las primeras lanzas en los combates que nos dieron los
españoles en los Llanos de Venezuela” (p.383).

a creador de la bandera cubana y a jefe de las dos primeras acciones de guerra libradas por la independencia de Cuba, es cosa difícil de explicar. En el misterioso laboratorio de la Historia se producen de vez en cuando hechos de esa naturaleza, y a Cuba le tocó beneficiarse de dos de ellos: como Narciso López, el jefe del ejército libertador que entró vencedor en La Habana en 1898 no era cubano y había sido también comandante al servicio español en su patria, la República Dominicana. Se llamaba Máximo Gómez, y a él le tocó izar en el Morro de La Habana en 1902 la bandera que López había creado en 1849.

Narciso López Uriola entró a servir en el ejército español, con categoría de “soldado distinguido”, el 15 de junio de 1814; es decir, el día en que Boves destrozara en la Puerta las fuerzas de Bolívar y Mariño. En ese año terrible de Venezuela el nuevo soldado realista participó en la persecución de los grupos patriotas que se retiraban hacia oriente, en 1815, ya con grado de teniente de infantería, marchó a Cartagena bajo el mando de Morillo, para tomar parte en el sitio de la ciudad neogranadina, y en 1818 alcanzó el rango de capitán, con el que sirvió en el Regimiento de Lanceros del Rey.

El año siguiente se inició con la campaña de Apure y Arauca, llevada por Morillo en persona contra las fuerzas de Páez. López participó en ella y fue ahí donde ganó su ascenso a teniente coronel, con el cual actuó en Queseras del Medio, pero el grado no fue efectivo sino en 1821, en vísperas del derrumbe de las armas españolas producido en la histórica batalla de Carabobo.

Retirado con el Capitán General Morales a Puerto Cabello, Narciso López fue ascendido a coronel y trasladado al Regimiento de Húsares de Fernando VII; y en la capitulación de Maracaibo, en 1823, actuó con carácter de segundo jefe realista. Obsérvese que todavía no había cumplido veintisiete años.

De Maracaibo pasó a Santiago de Cuba, adonde llegó finalizando agosto de 1823. A principios de septiembre estaba en La Habana, y allí cumplió los veintiocho años de una vida de lanza y caballo, marcada con el signo de la lucha, la sangre y el martirio. Seguramente al recorrer por vez primera la alegre capital de la isla —por entonces una ciudad varias veces más grande, rica y activa que lo que había sido su Caracas natal antes del terremoto de 1812—, el coronel Narciso López no tuvo siquiera la más remota idea de que en esa ciudad, a la orilla del mismo mar que bañaba las costas de Venezuela, iba él a morir agarrotado, un cuarto de siglo después.

A fines de 1823, López fue enviado a España con pliegos del servicio Real. Volvió a Cuba a principios de 1825, y el 27 de mayo de ese año casó con la hermana del Conde de Pozos Dulces, el propietario de las tierras en que se halla hoy el barrio habanero del Vedado. El coronel López estuvo en Cuba, entonces, hasta fines de abril de 1827. Trasladado en esos días a España, permaneció en la Península, sin mando, hasta noviembre de 1833.

Fernando VII había muerto el 29 de septiembre de ese año. Mientras su heredera, Isabel II, alcanzaba la mayoría de edad, quedaba como Regente la Reina María Cristina. Pero el Infante don Carlos, hermano del difunto Rey y pretendiente al Trono, se sublevó contra María Cristina, tres días después de la muerte de Fernando, con lo cual quedó iniciada la primera guerra carlista.

Al comienzo de las hostilidades, López sirvió en la Plaza Mayor del Ejército del norte. En enero de 1834 se le dio el mando del Regimiento de Observación de Portugal; en junio fue ascendido a brigadier y en 1835 mandaba una división del Ejército del norte como jefe de caballería destacado en el frente. Fue entonces cuando el general caraqueño, que

había aprendido a conocer el poder de la lanza en los llanos de Venezuela, alcanzó renombre como “primera lanza del ejército de Isabel II”.

Antes de cumplir treintiocho años, Narciso López pasó a desempeñar la Comandancia General de la región de La Mancha; poco después, en septiembre de 1835, recibía el nombramiento de Jefe Superior de la Guardia Nacional, y antes de que finalizara ese año había sido trasladado a Cuenca, como Comandante General de la región.

En la exposición escueta de lo que los militares llaman “hoja de servicios”, los ascensos se expresan en lenguaje frío, burocrático, pero en los hechos hay muchos y serios obstáculos para ir, en dos años, de coronel sin mando a Comandante General de una zona de guerra, y era mucho más difícil realizar ese paso en la España de la guerra carlista, porque en el campo realista abundaban los buenos generales y en el campo enemigo había hombres tan terribles como Tomás Zumalacárregui y Ramón Cabrera.

A Ramón Cabrera se le llamaba el Tigre del Maestrazgo. Cuando supo que su madre había sido fusilada por orden de un jefe isabelista —Nogueras, asesino sin entrañas—, gritó: “Me ahogo... Denme agua... No; no quiero agua... Sangre, sangre es lo que quiero... ¡Temblará el mundo! ¡Desgraciado del que me hable de piedad y compasión!”. Y cumplió lo que dijo.

De las manos de ese Tigre del Maestrazgo se salvó milagrosamente Narciso López en 1836; pues habiendo caído prisionero de los carlistas, fue liberado al cabo de dos meses por tropas de María Cristina, para fortuna suya, cuando era conducido al cuartel general de Cabrera.

Entre el momento de su caída en manos carlistas, en agosto de 1836, y el de su decisión de luchar contra España por la libertad de Cuba, en 1847, en la vida de Narciso López pasaron once años; y ese tiempo parece largo para que en él se

cumpliera una evolución psicológica tan decisiva como era la de convertirse de soldado español en luchador contra España.

Evoluciones de esa naturaleza requieren menos tiempo. Pero en el caso de Narciso López no hay duda de que el momento crítico —el “turn point”, como le llaman los ingleses —fue el de su prisión en manos carlistas. En carta escrita a su madre por los días en que estaba ya lanzado a la lucha por la libertad de Cuba, López decía que “desde que acabé la guerra a D. Carlos en España, y muy particularmente después que la Providencia me salvó de las garras de Cabrera”... comprendió que era “infame la política que invariablemente sigue el Gobierno Español con los americanos”, y se avergonzó de “contemplarme ciñendo una faja y decorado con cruces y distinciones por parte de un poder que constantemente oprime, veja, roba y maltrata a mis paisanos...”².

Es arriesgado —y poco serio— atribuir a los personajes históricos determinados sentimientos en determinadas horas de su vida, pero cuando se dispone de un documento como esa carta de Narciso López a su madre, el historiador tiene libertad para suponer ciertos rasgos de la psique del sujeto cuya vida estudia, siempre que esos rasgos se ajusten a lo que dice el documento.

Con esa carta de Narciso López a la vista podemos rehacer a grandes tramos los vaivenes que debieron darse en el alma de López durante los sesenta días que pasó prisionero de los carlistas. Seguramente se vio ante la muerte, y el fusilamiento

2 Los párrafos de esa carta que aparecen en este trabajo han sido tomados de la biografía *Narciso López y su época —1848-1850—*, Tomo II, de Herminio Portell Vilá, la obra más completa que se ha escrito sobre López. Hasta el presente se han publicado sólo dos tomos de la biografía de Portell Vilá, y no ha sido posible consultar el primero en Caracas. Para los datos de los primeros años de López nos hemos basado en la obra de Jorge Quintana, *Índice de extranjeros en el Ejército Libertador de Cuba (1895-1898)*, Tomo I, La Habana, Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, 1953.

irremediable y mancillador; y tal vez se preguntó por qué razón él, que había nacido en América y había sido actor —aunque del lado español— en la gran epopeya de la libertad americana, debía morir oscuramente a manos de Ramón Cabrera.

Es posible que en ese momento crítico la psique de Narciso López resultara conmovida por una fuerza que está siempre viva, oculta o expresa; la de su ser nacional, la que lo vincula al sitio donde ha nacido. Es posible que en las vecindades de su muerte por fusilamiento, López se viera a sí mismo y se reconociera como un extranjero en España. Por su mente debió pasar la visión de tantos compatriotas suyos, caraqueños y de otras regiones de Venezuela y de América, que habían alcanzado preeminencia luchando por la libertad.

Muchos de esos generales libertadores —algunos de los cuales, como Páez, Flores, Urdaneta, habían llegado a ser presidentes de las repúblicas recién fundadas— carecían de las condiciones que tenía él, Narciso López; pocos hubieran logrado el rango que él alcanzó en la propia España. Sin embargo él iba a morir como un miserable a manos del Tigre del Maestrazgo, y su nombre sería recordado con reverencia en su tierra americana.

¿No sería ese sentimiento el que le hizo, según escribió a la madre, “deshacerme de aquella tan brillante como ignominiosa librea [*los títulos Mariscal de Campo y Senador del Reino*. N. del A.], y volver tan luego como pudiera sin mancha de mi honor de soldado, según lo he comprendido, a mi posición de simple americano, y entonces dedicar el resto de mi vida física y moral, en procurar acabar con aquel tan bárbaro como hipócrita gobierno de la parte acá de los mares, recuperando así mi dignidad y la de mis paisanos esclavizados y cargados de más pesadas y groseras cadenas, que las que me hacían arrastrar a mí, dorándomelas con falsos halagos...?”.

Venezuela era libre hacía muchos años, pero no Cuba, tierra también americana. Para los hombres de la generación de Narciso López, América era una unidad. No concebían diferencias entre las antiguas provincias ultramarinas del imperio español. En su proclama de guerra a muerte, Bolívar no escribía “venezolanos” ni “caraqueños”, sino “americanos”. En el caso de López, aunque sólo había vivido en Cuba, sumando dos ocasiones, menos de dos años y medio, para él la isla era nada más una parte de América; además allí se había casado, allí tenía amigos y familiares de su mujer. Como porción de la gran nación americana a la cual se sentía vinculado por su nacimiento y por los recuerdos de treinta años, Cuba era también la patria de Narciso López.

Es posible que debido a su frecuente trato con cubanos en España, López comenzara, desde el primer momento de su crisis de alma, a sentirse obligado a luchar por Cuba. Pero no es probable que el proceso que lo condujo a lanzarse a esa lucha se produjera en forma abrupta. Entre la hora de aquella crisis —septiembre y octubre de 1836, los dos meses en que fue prisionero de los carlistas— y su decisión de enfrentarse al poder español en Cuba, corrieron unos cuantos años.

A raíz de ser rescatado de manos carlistas, López pasó de nuevo a la Comandancia General de Cuenca, luego, en situación de cuartel a Écija. En septiembre de 1837 fue enviado otra vez al Ejército del norte, y en julio de 1838 recibió el ascenso a Mariscal de Campo. Trasladado al Ejército del centro, se batió en Cheste con tanto coraje que fue propuesto para la Cruz de Isabel la Católica. Actuó como Segundo Cabo —esto es, segundo en mando después del Capitán General— en los motines de Valencia a fines de 1838, y tal vez debido a que hirió intereses políticos, fue castigado con su envío a Burgos en situación de cuartel, eufemismo usado para disfrazar el confinamiento de los militares de alta graduación.

Durante la guerra carlista, que duró seis años, se formaron en el bando de la Reina algunos caudillos de armas que cobraron prestigio político a la sombra de sus victorias. Uno de ellos fue don Baldomero Espartero, el más brillante de los generales llamados entonces “cristinos” por reflejo del nombre de la Regente, doña María Cristina. A Espartero le tocó dar fin a la guerra con el histórico “Abrazo de Vergara”, que selló el convenio de paz de Oñate —28 de agosto de 1839—, hecho entre él y el jefe carlista, general Maroto.

Espartero encabezó una especie de partido, llamado “progresista”, de tendencia liberal, al cual se adscribió Narciso López; y era tanta la importancia del caraqueño en las filas progresistas, que resultó designado Senador del Reino por Sevilla, cargo del cual tomó posesión a mediados de septiembre de 1839.

Un año después, en septiembre de 1840, estallaron en Madrid graves motines contra María Cristina. Las consecuencias de seis años de guerra se hacían sentir rudamente en toda España. La Reina Regente ordenó a Espartero que sometiera a los sublevados. Pero Espartero le contestó por escrito: “No es una pandilla anarquista, que sin fe política procura subvertir el orden. Es el partido liberal, que vejado y temeroso de que se retroceda al despotismo, ha empuñado las armas”. En buen romance, esto quería decir que Espartero, Duque de La Victoria, el general de más renombre en España, se unía a los rebeldes, Doña María Cristina se retiró a Valencia, nombró a Espartero Primer Ministro y abdicó. Las Cortes no tardaron en designar a Espartero Regente del Reino hasta la mayoría de edad de Isabel II; y en su condición de Regente, Espartero firmó el 26 de julio de 1841 una orden de traslado a La Habana del Mariscal de Campo don Narciso López.

Entre la fecha de esa orden y fines de agosto de 1844, Narciso López fue Teniente Gobernador de Trinidad, Presidente de la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente, y general sin

mando. La frecuencia con que se le cambió de destino y posición a partir de su llegada a Cuba hace sospechar que el Mariscal de Campo caraqueño, “la primera lanza de los ejércitos de Isabel II”, no tenía la confianza absoluta de sus superiores de Madrid y de La Habana. Es posible que esa frecuencia sea también indicio de la falta de entusiasmo con que López servía los cargos que se le señalaban.

Era que ya había resuelto en su intimidad “acabar con aquel tan bárbaro como hipócrita gobierno de la parte acá de los mares, recuperando así mi dignidad y la de mis paisanos esclavizados y cargados de más pesadas y groseras cadenas, que las que me hacían arrastrar a mí, dorándomelas con falsos halagos”.

PASIÓN Y MUERTE DE NARCISO LÓPEZ*

Hacia el 1847, Narciso López comenzó a organizar la rebelión contra España. En esos días el general caraqueño explotaba una mina de carbón de piedra en las inmediaciones de Cienfuegos, puerto de la costa sur de Cuba, situado a poca distancia de Trinidad, donde el general había sido Teniente Gobernador algunos años antes; de ahí que sus actividades revolucionarias de entonces se conozcan en la historia cubana con el nombre de “Conspiración de la Mina de la Rosa Cubana”.

En esos años había en las varias regiones del país gentes que aspiraban a un cambio en la situación de la isla. La mayor parte de los que conspiraban en forma organizada estaban afiliados al llamado Club de La Habana, que tenía representantes en Estados Unidos y sostenía con ellos una correspondencia muy activa. En términos generales, los jefes del Club de La Habana eran hombres de caudales, dueños de ingenios de azúcar y de esclavos que no pretendían lograr la Independencia de Cuba sino su separación de España para incorporar la Isla a los Estados Unidos, como Estado federado.

Los líderes del Club de La Habana habían elaborado una estrategia que dependía de su ideario político. Su plan era que España fuera echada de Cuba gracias a una expedición militar de norteamericanos, con jefatura norteamericana. Los

* *Renovación*, Santo Domingo, 29 de agosto-4 de septiembre de 1967, p.5 / p.6.

agentes del Club en Estados Unidos trabajaban en tal sentido, y mantenían relaciones, a veces bastante estrechas, con personalidades de Washington, incluyendo a Secretarios de Estado y Presidentes de la República.

El propósito de Narciso López era otro: pretendía producir la revolución dentro de Cuba. Él mismo la encabezaría. La idea de la anexión no entraba en sus cálculos, según ha probado fehacientemente su biógrafo, el Dr. Herminio Portell Vilá, en dos tomos hasta ahora publicados de *Narciso López y su Época*.

Amparado en las necesidades de su negocio, López visitó varias regiones de Cuba, organizando la rebelión; y en reuniones que mantuvo con los directores del Club de La Habana en la capital de la isla, a mediados de 1848, accedió a posponer el estallido de su movimiento, que debía producirse en esos días en la zona de Cienfuegos y Trinidad. El Club de La Habana quería coordinar sus trabajos con los de López. La posposición le resultó fatal al general caraqueño, pues la conspiración fue descubierta y él tuvo que huir del país. Logró burlar la vigilancia de las autoridades coloniales. Disfrazado de marino, embarcó en Matanzas, puerto de la costa norte, bastante cercano a La Habana, en una goleta norteamericana que se hizo a la mar a principios de junio de ese año de 1848.

Por los días de la fuga de Narciso López, el presidente Polk y su Secretario de Estado James Buchanan —que llegaría a Presidente algunos años más tarde— estaban tratando de obtener que España vendiera la isla de Cuba a Estados Unidos. Polk y Buchanan serían sucedidos en marzo del año de 1849 por el general Zacarías Taylor y John M. Clayton, partidarios de la anexión de Cuba a Estados Unidos, de ser posible a través de la compra.

Entre su llegada a mediados de 1848, y la toma de posesión del presidente Taylor, Narciso López actuó en Estados Unidos —asociado, en los primeros tiempos, a los representantes del

Club de La Habana— en el plan de llevar una expedición a Cuba. Esa expedición fue organizada en Round Island, costa del Golfo, cerca de New Orleans, y quedó desbandada en agosto de 1849, por orden de Taylor.

Antes aún del fracaso de Round Island, las relaciones de López con los representantes del Club de La Habana se habían hecho difíciles. Los últimos, obedeciendo órdenes de sus mandantes, pretendían demorar la expedición para que llegara a Cuba después de terminada la zafra. Los dueños de ingenios azucareros y de esclavos que conspiraban contra España no querían arriesgar sus inversiones; y sin duda la producción azucarera corría peligro de resultar perjudicada si la isla se convertía en el escenario de una guerra prolongada. En cuanto a los esclavos, ¿cuántos no aprovecharían el estallido revolucionario para escapar o para convertir la revolución en una guerra por su libertad?

La desbandada de Round Island distanció más aún a Narciso López de los representantes del Club de La Habana; y al cabo de unos meses de relaciones agrias, López abandonó New York, a principios de 1850, y se dirigió al Medio oeste y al sur, donde obtuvo ayuda suficiente para organizar el primer ataque armado que iba a producirse contra el poder español en Cuba.

En esos días, la situación del futuro mártir de la libertad cubana era estrechísima. Sólo cuatro o cinco cubanos, entre los emigrados de la isla, eran amigos suyos, y esos pocos amigos apenas disponían de medios para subsistir. Sin embargo el general caraqueño no se dejaba abatir, y luchaba con la fiera tenacidad de los hombres de acción que dedican la vida a un propósito. El suyo era libertar a Cuba inmediatamente y a toda costa.

Narciso López iba a cumplir entonces cincuenta y cuatro años. Una descripción de esos meses dice que tendría “cinco pies, ocho pulgadas de estatura”, y era “bien plantado”. “Tiene

una hermosa cabeza y una fisonomía benévola; expresivos ojos negros en los cuales, si se les examina bien, se descubre ese afán por los hechos de temeridad que le han hecho notable”.

Esto último parecía ser una característica del general López, puesto que un cronista distinto del que escribió la observación que acabamos de copiar decía que en López había “cierto aire resuelto de aventura y sentimiento caballeresco, que solamente nos llega en los retratos de los héroes que se sacrificaron en épocas remotas”. De sus ojos, este último descriptor afirmaba que eran “fuertes e inquietos”. Todos los que le conocieron aseguran que era asombrosamente fuerte, en el orden físico, y los testigos presenciales de sus acciones de guerra admiraban su valor: en medio de los combates, bajo lluvias de balas, se movía como quien se halla en un salón donde caballeros distinguidos celebran una tertulia plácida.

A mediados del siglo XIX, los Estados del sur eran la tierra de la aventura. Por New Orleans salían a diario centenares de hombres de todas las cataduras que embarcaban hacia la costa oriental de Nicaragua para atravesar el país centroamericano por el río San Juan y el Lago de Granada, en ruta hacia el Pacífico, camino de la California del oro. En las tierras bañadas por el caudaloso Mississippi abundaban los soldados de fortuna, licenciados de la guerra con México, capitanes, coroneles y hasta generales, que buscaban ocasión de usar sus experiencias bélicas en grescas que les dieran renombre y dinero.

Tierras de algodones trabajados por esclavos, las de los Estados del sur promovían ese espíritu de aventura típico de las regiones feudales ricas, donde la posesión de latifundios hace acaudaladas a unas cuantas familias pero deja sin trabajo a grandes núcleos de jóvenes ambiciosos y sin escrúpulos. Para 1850, en la zona de New Orleans no había forma más gallarda de satisfacer la sed de aventuras, y con ella el deseo de ganar dinero, que irse a luchar contra “los odiosos tiranos

españoles”, echándolos de Cuba. Eso explica el respaldo entusiasta que halló en New Orleans Narciso López, cuando llegó al inquieto puerto del Golfo como organizador de una expedición para libertar a Cuba. En la ayuda que le ofrecieron algunos círculos económicos y políticos había razones de otra índole, como ejemplo, hacer de Cuba tres Estados federales esclavistas, con lo que se aseguraba el predominio del sur en el Gobierno federal. López aprovechó hacer compromisos con los círculos económicos y políticos.

Popularidad, armas, uniformes, víveres, hombres, barcos, dinero: de todo obtuvo el general caraqueño en New Orleans, y también —originados en el activo espionaje español— algunos tropiezos, que venció con relativa facilidad. Las disposiciones legales que obligaban a Norteamérica a ser neutral, fueron evadidas con fórmulas leguleyescas. Los hombres embarcarían desarmados, las armas irían en otros buques, y las naves de hombres y las de armas se encontrarían en las cercanías de Isla de las Mujeres, en el canal de Yucatán, donde unos y otros trasbordarían a un solo barco, el *Créole*.

Antes de salir de New York, Narciso López había creado la bandera de la patria que se proponía establecer. Concibió la disposición de los colores y de sus partes; mientras él la describía, el poeta Miguel Teurbe Tolón la dibujaba, y la mujer del poeta, Emilia Tolón —“mujer entusiasta y hermosa”, según un testimonio autorizado— hizo el primer modelo. Esa bandera es —sin ningún cambio— la misma que usan los cubanos, la de la estrella solitaria, un pabellón lleno de gracia y alegría, que los cubanos de otras generaciones impusieron a la admiración del mundo en largos años de lucha por la libertad.

Es curioso que Narciso López, venezolano con 36 años de servicio militar bajo la bandera española, creara la de Cuba sin que hubiera en ella reminiscencia alguna de las enseñas de su tierra o de España. No se sabe en qué momento López empezó

a concebir la divisa cubana, pero es de suponer que lo hizo en New York, entre mediados de 1843 y fines de 1949. Como es fácil advertir, el pabellón de Cuba fue creado bajo la influencia del de Estados Unidos: igual disposición de las barras, iguales colores, aunque alternados —el rojo en el triángulo en vez del azul en el cuadrado, y el azul y el blanco en las barras en vez del rojo y del blanco— e igual uso del símbolo de la estrella.

Si la presencia de la bandera norteamericana influyó en Narciso López para crear la de Cuba, a tal extremo que le hiciera olvidar colores y disposición de las de Venezuela y España a las cuales necesariamente estaban ligados los recuerdos de toda su vida, es porque el general caraqueño tenía una condición típica de hombre inteligente: se adaptaba fácilmente a un medio nuevo. Esta suposición conviene con lo que dijo de él un norteamericano que lo conoció hacia 1850. “En cada uno de sus rasgos y de sus movimientos”, dice, “se advierten claramente la aptitud para hacer frente a cualquier emergencia, la facultad de adaptación en toda crisis y la disposición de acometer cualquier empresa, por peligrosa que sea”.

A lo largo de su historia, se ve que Narciso López era así: se adaptó tan naturalmente a la vida militar en su país, que en menos de cinco años pasó de soldado distinguido a teniente coronel; se adaptó al medio español hasta lograr posición destacada en la Península; se adaptó tan rápida y completamente a Cuba, que inició su historia militar; creó su bandera y murió por su libertad.

El rasgo más característico de la personalidad de Narciso López no era, sin embargo, su capacidad de adaptación; era su necesidad de actuar. A tal extremo le llevaba esa necesidad de acción, que cuando se proponía algo no podía descansar mientras no convirtiera su deseo en hechos.

Hay razones para creer que cuando pidió su traslado a Cuba, en 1841, tenía ya intenciones de conspirar para libertar la

isla. Se sabe que en 1842 mantuvo reuniones con ese fin. Comenzó a trabajar decididamente en ese camino hacia 1847, se iba a sublevarse a mediados de 1848 cuando se vio forzado a huir hacia Estados Unidos. Un año después, en agosto de 1849, estaba lista la expedición de Round Island; y antes del año de haber sido desbandada esa expedición, estaba en tierra cubana, al frente de una columna libertadora. Obligado a abandonar el campo, organizó una nueva expedición, que fue también desbandada, y cuatro meses después se hallaba en Cuba, con más fuerzas y más decisión, luchando hasta entregar la vida.

Narciso López había roto definitivamente con los representantes del Club de La Habana a fines de 1849; en febrero de 1850 viajaba por el sur, y el 5 de mayo de ese año se embarcaba hacia Cuba en el *Créole*. La actividad que hay acumulada en esos movimientos, realizados en medio de una penuria económica increíble, denuncia el don de acción del general caraqueño. Debió trabajar como un alucinado en los meses de marzo y abril de 1850; sin embargo, detalle curioso, las proclamas y los documentos de esos días dan testimonio de un ánimo firme, seguro de su destino, nada perturbado por las angustias que debió padecer el héroe mientras organizaba su hazaña.

Después de haberse reunido en alta mar con los otros barcos de la expedición y de haberse trasladado a sus bodegas hombres y armas, el *Créole* tomó el rumbo de Cárdenas, en cuya bahía entró el 18 de mayo en la noche. Cárdenas era una población de más o menos cuatro mil habitantes, situada al fondo de la bahía de su nombre, en la costa norte de Cuba, a escasos sesenta kilómetros de Matanzas, que le queda al oeste, y a unos ciento cincuenta de La Habana.

El *Créole* tomó muelle en la madrugada del 19 de mayo. La guarnición de la ciudad fue sorprendida, y el propio general López logró la rendición de una parte, que estaba acuartelada

en la cárcel. El comandante de la plaza resistió en la Casa Capitular, pero tuvo que entregarse al cabo de hora y media de combate, debido a que López había dispuesto que se incendiara el local donde se hallaban los defensores, y el humo y las llamas hacían insostenible la posición.

El plan del jefe expedicionario era internarse hacia Matanzas, tomar esta ciudad, levantar fuerzas y dirigirse a La Habana. Pero a media tarde supo que el gobierno colonial movía sobre Cárdenas considerable número de tropas y que la línea férrea había sido destruida en muchos trechos, lo que hacía imposible llevar a sus hombres, con la rapidez necesaria, hasta Matanzas. Así, López temió ser acorralado en Cárdenas por fuerzas enemigas llegadas por tierra y por mar, y decidió abandonar el campo. En la tarde de ese mismo día 19 de mayo de 1850, mientras se libraba un combate de retaguardia que facilitaba la operación del reembarque, los expedicionarios del *Créole* emprendían la retirada. El *Créole* despegó del muelle a las nueve de la noche, con varios muertos, unos sesenta heridos, más de veinte soldados de la guarnición española que se habían unido a los invasores, y varios esclavos que se negaron a seguir viviendo en Cuba.

Casi todos los expedicionarios eran norteamericanos, contratados a siete dólares por mes, más un bono de mil dólares pagadero al terminar la campaña. El *Créole* se varó dentro de la bahía, y gracias a la oscuridad no fue visto del *Pizarro*, buque de guerra español que entró a la bahía persiguiéndole. Para ponerle a flote de nuevo, hubo que echar al agua todo lo pesado, y ya en la madrugada se hizo bajar a un pequeño cayó a la mayoría de los hombres. Fue providencial que el *Créole* pudiera salir a mar abierto antes de que callera el sol. Durante el día 20 y parte del 21, usando toda la madera de su obra muerta y hasta la grasa de cocinar para levantar presión, el *Créole* estuvo huyendo del *Pizarro*, que entró a Cayo Hueso

—en La Florida— media hora después de haberlo hecho el buque expedicionario. De milagro, pues, salvaron ese día la vida Narciso López y sus hombres.

El gobierno federal procesó a López por haber burlado la neutralidad de Estados Unidos; pero una marejada de fervor popular, en la región de New Orleans, convirtió al general en héroe del día, y las autoridades de Washington se vieron en el caso de hacer oídos sordos a las peticiones del gobierno español para que se encarcelara al jefe de la expedición libertadora de Cuba.

Obsesionado por su necesidad de actuar, López se dedicó de inmediato a organizar otra fuerza expedicionaria, y ya la tenía lista en abril de 1851 cuando la delación de un cubano traidor puso sobre la pista a la Legación española en Norteamérica. Ante las reclamaciones diplomáticas de la Legación, Washington tomó medidas, y la llamada “expedición del *Cleopatra*” fue desbandada en abril de 1851.

Narciso López había dicho unos meses antes que si era un crimen luchar por la libertad de Cuba, “estoy determinado a ser criminal ahora y hasta el último instante de mi vida, un criminal pertinaz, constante y declarado”. Y como lo dijo lo hizo. Al fracaso de la expedición del *Cleopatra* respondió organizando la del *Pampero*, en la cual participaban altos oficiales europeos, sobre todo húngaros. Ya había muerto el presidente Taylor y ocupaba su lugar el presidente Fillmore, menos resuelto que su antecesor a mantener una política favorable a los intereses de España en Cuba.

El *Pampero* salió de New Orleans el 3 de agosto de 1851, con rumbo suroeste; al llegar a Cayo Hueso se dirigió al suroeste hasta situarse frente al Morro de La Habana, el día 12, de ahí puso proa al oeste, y empezó a desembarcar sus hombres esa misma noche en el Morrillo, cerca de Las Pozas. El día 13, López tomó Las Pozas y tuvo combate con fuerzas españolas; el

14 tuvo otro de más de tres horas. Entre las bajas de los expedicionarios en esa acción —veinte muertos y veinticinco heridos— estaban el general húngaro Janos Pragay, el coronel norteamericano Dowman, un venezolano —el capitán Oberto Urdaneta— y un puertorriqueño, el capitán Pedro Gotay.

El día 15, Narciso López se internó; el 17 presentó combate en el sitio llamado Cafetal de Frías, el 21 fue atacado por una columna enemiga que desbandó sus escasas fuerzas. Durante cinco días había estado moviéndose en el norte de la región de Vueltabajo, bajo lluvias torrenciales, y él y su gente estaban hambrientos y cansados. Sin embargo logró burlar a sus perseguidores ocho días más tarde. Por fin, el 29 de ese mes de agosto de 1851, fue sorprendido por un grupo a cuyo frente iba un antiguo protegido del general. “Esto es lo que me faltaba por ver”, comentó al ser aprehendido.

Narciso López fue llevado a La Habana el día 31; juzgado inmediatamente en consejo de guerra sumarísimo, resultó condenado a muerte el mismo día. En las primeras horas de la mañana siguiente, 1º de septiembre, se le condujo a la explanada del Castillo de la Punta, junto al mar, al final del paseo llamado hoy del Prado. Formada la fuerza, aglomerado el público, el general López, puesto de pies y amarradas las manos, fue despojado de sus galones. Inmediatamente después, el héroe comenzó a hablar, y para acallar su voz los tambores iniciaron un toque de funerala. Pero como el general seguía hablando, el verdugo se le abalanzó y le tomó por el cuello, queriendo arrástralo hacia el garrote. Con su proverbial fortaleza física, Narciso López reaccionó y lanzó al verdugo al suelo. Después dijo la frase que se hizo famosa: “Mi muerte no cambiará los destinos de Cuba”. Besó el crucifijo que le presentaba un sacerdote y se encaminó serenamente al banquillo, donde tomó asiento con naturalidad. Segundos más tarde, estaba muerto.

Narciso López fue mártir, no vencedor; y ya se sabe que la historia está escrita por los vencedores o se escribe para ellos. Tal vez eso explique por qué algunos historiadores cubanos menospreciaron la obra del creador de la bandera cubana y lo presentaron como un aventurero anexionista.

En verdad, no fue ni aventurero ni anexionista. Actuó para libertar a Cuba, pero había planeado algo más: pensaba libertar a Puerto Rico, tan pronto sus armas se impusieran en Cuba, a ayudar a la República Dominicana a afirmar su libertad, amenazada entonces por Haití. Proyectaba en grande, y se proponía completar la obra de los libertadores, tal vez porque creyó que sólo así podría ocupar un lugar en la historia de Venezuela, la tierra donde nació y contra la cual combatió en años lejanos, cuando era joven y su necesidad de actuar tenía en él más poder que el deseo de labrarse con sus propias manos el título de buen americano.

EL SUPPLICIO DE NARCISO LÓPEZ PROVOCÓ UNA CRISIS HISPANO-VENEZOLANA*

EN LAS ACTIVIDADES DE NARCISO LÓPEZ CONTRA EL PODER ESPAÑOL EN CUBA, PARTICIPARON VARIOS VENEZOLANOS. EL QUE TUVO MÁS IMPORTANCIA DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA AGITACIÓN QUE SE PRODUJO EN TORNO A SU NOMBRE —EXCLUIDO, DESDE LUEGO, EL GENERAL LÓPEZ—, FUE MANUEL MUÑOZ Y CASTRO, CÓNsul DE VENEZUELA EN LA ISLA HASTA MARZO DE 1851.

De esos venezolanos que ayudaron al general López, se conoce a José Antonio Echeverría, agente de enlace entre el Club de La Habana y Narciso López. Sus relaciones personales con el general debieron ser bastante estrechas antes de 1848, y continuaron sostenidas por una activa correspondencia cruzada entre ambos después de la huida de López a Estados Unidos. Las cartas del general indican que éste tenía sincero afecto a Echeverría, a quien llamaba “querido paisano”, y las de Echeverría indican que su autor era ferviente partidario de la libertad cubana, aunque probablemente compartía con sus compañeros del Club de La Habana, la idea de la anexión de la Isla a Estados Unidos, una vez Cuba se viera libre de España.

Otros venezolanos que se adhirieron a los planes de Narciso López fueron Francisco e Idelfonso Oberto Urdaneta, dos hermanos que habían llegado a Santiago de Cuba con las tropas españolas de Morales en 1823. Sus actividades revolucionarias al lado de López les obligaron a huir de Cuba. Idelfonso

* *Renovación*, Santo Domingo, 5-11 de septiembre de 1967, p.5 / p.6.

se refugió en Jamaica, y se dedicó a enviar desde allí cartas subversivas a sus amigos de la isla; después se fue a Estados Unidos para unirse al general López y participó en la expedición del *Pampero* con grado de capitán. Idelfonso Oberto Urdaneta había llegado a teniente efectivo de infantería en el ejército español, de manera que bien podía ser capitán de las huestes revolucionarias. Murió en el combate de Las Pozas el 13 de agosto de 1851, por lo cual puede afirmarse que fue el primer venezolano que dio su vida por la libertad cubana. En cuanto a su hermano Francisco —conqueño—, salió también de Cuba por conspirador y no hay datos que señalen dónde terminó sus días.

Pedro López, sobrino del general, estuvo con él en New Orleans mientras el general organizaba la fracasada expedición del *Cleopatra*. Se ignora cuáles eran las funciones del sobrino al lado del jefe revolucionario, pero ciertos documentos interceptados por las autoridades españolas en Cuba permiten suponer que Pedro López estaba encargado de mantener correspondencia con los familiares del general en Cuba.

Estos familiares eran los de la rama venezolana, es decir, los consanguíneos, no los que López había adquirido por su matrimonio con una cubana. La mujer del cónsul de Venezuela en la isla era sobrina del General.

Manuel Muñoz y Castro había sido nombrado cónsul en La Habana el 20 de febrero de 1847, por designación del Vicepresidente Encargado del Poder Ejecutivo, Diego Bautista Urbanja. Cuatro años después al ser expulsado de Cuba en marzo de 1851, Muñoz y Castro tomaba pasaje para él, su familia y la servidumbre; en detalle, la mujer, seis hijos y dos criadas. Esta enumeración familiar indica que Muñoz y Castro se había casado en Venezuela antes de 1847, tal vez en Valencia, lugar de residencia de los López. Es probable que

Pedro López fuera hermano de la señora de Muñoz Castro, aunque podía ser su primo hermano.

Quizás Muñoz y Castro gestionó el consulado venezolano en La Habana debido a que sus nexos familiares con Narciso López lo inclinaban a establecerse en Cuba. Los López de Venezuela sabían que la posición de su pariente en la isla era destacada, y por el cuidado que puso Muñoz y Castro cada vez que mencionó o aludió al general en sus memoriales a la Secretaría de Relaciones Exteriores de Caracas, se advierte que entre él y el infortunado libertador de Cuba hubo vínculos muy estrechos, mutuo respeto y afecto auténtico.

Sólo de las comunicaciones de López al cónsul una cayó en manos de los españoles: y sin duda para no desmentir lo que había dicho por escrito a su gobierno cuando tuvo que defenderse de las acusaciones españolas, Muñoz y Castro no dejó constancia de sus actividades revolucionarias en Cuba. Era persona cauta, con alto concepto de su dignidad de funcionario, y su letra clara y firme, así como su redacción precisa y escasa de adjetivos lo pintan como hombre discreto, muy al estilo de su época.

Ese único documento caído en manos españolas a que nos hemos referido, fue una comunicación del general al cónsul, que la policía del capitán general José Gutiérrez de la Concha, gobernador de Cuba, interceptó el 18 de marzo de 1851. En ella, López mencionaba un envío de proclamas y retratos que el cónsul debía distribuir en Cuba y pedía a su sobrino político nuevos prácticos, visto que los despachos no habían llegado. ¿Eran prácticos de algún puerto o de la región de la isla por la cual pensaba entrar el General?

En esos días, López preparaba la expedición del *Cleopatra*. Es difícil saber en qué medida había actuado hasta entonces Muñoz y Castro en los planes de López y sobre todo, qué papel había jugado en la expedición del *Créole*. Pero el general

Concha debió pensar que ese papel no pudo ser insignificante: se asustó, y el 20 de marzo —dos días después de haber descubierto la plata— retiraba al cónsul la autorización para seguir siendo agente de Venezuela en Cuba, además, le dio ocho días para abandonar el país.

El Gobierno venezolano tuvo las primeras noticias de la expulsión el 14 de abril. En una nota de esa fecha enviada al Encargado de las Relaciones Exteriores —don Pedro Carlos Gellineau— el Encargado interino de Negocios de España, don Ramón Lozano de Armenta, anunciaba que a las dos de la tarde de ese día pasaría por el Palacio de Gobierno a ver a Gellineau “con objeto de imponerle de la conducta observada en La Habana por don Manuel Muñoz y Castro, Cónsul de Venezuela en aquel punto, y de la providencia que la Autoridad Superior de la isla ha visto obligada a tomar”.

Probablemente Muñoz y Castro estaba ya en Venezuela, pues dejó el consulado a cargo del Cónsul de Suecia en La Habana, liquidó sus negocios privados y solicitó pasaporte para embarcar antes del plazo que le había fijado Concha. Su destino era La Guaira.

El 30 de abril —de seguro que a instancias del propio Muñoz y Castro y de sus familiares en Valencia—, los diputados por Carabobo presentaron en la Cámara la expulsión del cónsul en La Habana como un ultraje a la dignidad de Venezuela. El 1º de mayo, Muñoz y Castro enviaba a Relaciones Exteriores un memorial en que afirmaba que no había pedido al gobierno colonial de Cuba explicaciones por su expulsión, debido a que “la inmensa autoridad de que están revestidos aquellos gobernantes, el abuso que hacen de ella, y los modos antipolíticos y violentos con que suelen tratar no sólo a los súbditos de su reina, sino también a los cónsules mismos de las naciones amigas”, recomendaban que “un hombre de honor y no dispuesto a recibir vejaciones” se

abstuviera de “provocar explicaciones ni entrevistas que pudieran dar margen a otras y más graves complicaciones”.

Por su tono, del memorial se deduce que el gobierno venezolano había solicitado de Muñoz y Castro alguna explicación que sirviera para responder a las gestiones de Lozano de Armenta. La situación no era cómoda para el Gobierno. Varios diputados tronaban contra España y a cada diez palabras salían a relucir la bandera, la epopeya libertadora y el patriotismo nacional; y en ese momento Narciso López, venezolano, estaba preparando la expedición del *Pampero*. El diplomático español podía pensar que lo que estaba sucediendo en Caracas era una maniobra destinada a favorecer los planes de López, y para el Gobierno de Venezuela era importante mantener en la mejor forma las relaciones con España, reanudadas hacía pocos años después de haber sido rotas durante la guerra libertadora.

Pero además, había otro aspecto del problema de sumo interés para el Gobierno venezolano. El general José Gregorio Monagas había tomado poco antes posesión de la Presidencia de la República, para la que había sido electo en sustitución de su hermano José Tadeo. Desde julio del año anterior —1850—, estaba en New York el general José Antonio Páez, el enemigo por antonomasia de los Monagas; y Páez y López, los adversarios de Queseras del Medio, habían hecho amistad en Estados Unidos. Más aún, el Gobierno colonial de Cuba había intrigado ante el de José Tadeo Monagas, haciéndole saber que entre los dos afamados lanceros de la guerra de independencia había un acuerdo para actuar contra el régimen monarquista.

Los debates sobre la expulsión de Muñoz y Castro duraron en la Cámara hasta el 2 de mayo. Por confusión o porque políticamente era aconsejable hacerlo, el Canciller interino Gellineau envió a los diputados todas las copias del

expediente levantado en Cuba contra Muñoz y Castro, que le habían sido entregadas por el representante español.

Precisamente en esos momentos —5 de mayo de 1851—, el general Monagas designó secretario de Estado de Relaciones Interiores y de Justicia, encargado de la Secretaría de Relaciones Exteriores, a don Francisco Aranda. Lozano de Armenta envió una nota a Aranda protestando porque Gellineau había puesto en manos de los diputados “documentos confidenciales... que ciertamente no podían estar destinados para someterse al fallo ni discusión de una asamblea deliberante”.

Pero el nuevo presidente, futuro emancipador de los esclavos, había llegado al Gobierno con una fuerte inclinación liberal, y no tenía simpatías hacia el poder colonial de España, contra el cual había combatido largos años en los llanos de oriente. Sin duda interpretando el presidente, Aranda contestó a Lozano de Armenta en un lenguaje tan seco, que el diplomático hispano le reclamó, por escrito, la falta de afecto a la madre patria, que se ponía de manifiesto en la nota del nuevo Canciller.

Al llegar a este punto se presenta un vacío en el Archivo del Ministerio del Exterior¹. A pesar del vacío, es fácil colegir que las relaciones entre España y Venezuela fueron agriándose, a tal extremo que el 29 de julio Lozano de Armenta escribía a Aranda una carta que no tiene ninguno de los requisitos de presentación ni de lenguaje habituales en la vida diplomática. Parece una carta comercial.

Aranda fue restituido en Relaciones Exteriores por el Lic. Lucio Pulido, y éste, a su vez, lo fue por el Dr. Joaquín Herrera.

¹ Las citas de documentos usados hasta este punto proceden del Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela, *Correspondencia con los cónsules de Venezuela en España, años 1847-1861*, Tomo II, Vol. 42.

No hay constancia de las fechas de esas sustituciones, pero de otras fuentes se deduce que Pulido y Herrera tuvieron que manejar las relaciones hispano-venezolanas en los peores momentos de la crisis provocada por los sucesos de Cuba, que culminaron el 1º de septiembre con el suplicio de Narciso López. Afortunadamente, hay una versión de la crisis vista desde el lado español, y se halla en el Archivo Nacional de Cuba².

De la Cámara, las acusaciones contra las autoridades españolas de Cuba pasaron a los periódicos, sobre todo a partir del día en que llegó a Caracas la noticia de que el general López había sido ejecutado en La Habana. Los venezolanos no podían olvidar que, a pesar de todo, la ilustre víctima era su compatriota. Según informaba Lozano de Armenta al general Concha, los diarios caraqueños reproducían “las noticias más absurdas y hostiles a España que publicaban en los Estados Unidos los órganos de los piratas, pero sin dar su opinión. Después se aventuraron a manifestar vergonzosamente sus simpatías por la independencia de Cuba; y cuando se supo el suplicio de López fue ya una abierta hostilidad contra España”.

La agitación crecía en Caracas a tal grado que un grupo de españoles residenciado en la ciudad —probablemente a petición de Lozano de Armenta—, resolvió publicar un periódico llamado *El Español*. En medio de la atmósfera de excitación que estaba produciéndose, venezolanos y cubanos organizaron una misa por el alma del general López, y bajo la presión del diplomático español, que reclamaba la prohibición de esas honras fúnebres, el gobierno de Monagas ofreció su intervención para que los actos no pasaran del culto familiar y no tomaran, por tanto, cariz político.

² Ver Jorge QUINTANA *Índice de extranjeros en el Ejército Libertador de Cuba (1895-1898)*, La Habana, Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, 1953, pp.283 y ss. que hemos utilizado en este trabajo.

A esas alturas, visto que algunos diarios gubernamentales —especialmente *La Voz del Patriotismo*— arreciaban en la campaña contra el poder colonial de España, temeroso de la situación que él mismo había contribuido a crear con su intolerancia, Lozano de Armenta solicitó del capitán general Gutiérrez de la Concha el envío de un buque de guerra a La Guaira. Su argumento para la petición fue que “es de temer que en la próxima reunión del Congreso se vuelva a tratar el asunto de la expulsión del Cónsul Muñoz y Castro”; y según el diplomático español “la presencia de un buque de S.M. en La Guaira sería suficiente, a mi juicio, para impedir la repetición de las ridículas declaraciones que tuvieron lugar en la última legislatura...”.

Ni corto ni perezoso, Concha despachó la fragata de guerra *Esperanza*, cuyo nombre parecía escogido para simbolizar, con cierta dosis de ironía, el estado de ánimo de Lozano de Armenta.

Parece excesivo que se enviara un buque armado a La Guaira “para impedir la repetición de las ridículas declaraciones” que se habían producido en la Cámara de Diputados en abril y mayo de 1851. Pero la verdad es que las razones del movimiento de fuerza realizado por el capitán general y gobernador de Cuba, eran otras: evitar que en Venezuela, al calor de la agitación, pudiera organizarse una expedición parecida a las que había encabezado poco antes el infortunado Narciso López. Venezuela tenía una historia reciente demasiado aleccionadora; de su territorio habían salido los vencedores de Boyacá. Pichincha, Junín y Ayacucho; Bolívar había comenzado a organizar un ejército destinado a llevar la guerra contra España a Cuba y Puerto Rico, y en la presidencia del país, por último se hallaba un viejo soldado de la emancipación.

Los ataques de los periódicos caraqueños, se multiplicaban, y la inquietud de Lozano de Armenta aumentaba por

horas. *El Español* había sido cerrado debido a que reprodujo un editorial de cierto diario mejicano insultante para los americanos del sur, pero en su lugar comenzó a publicarse *La Iberia*. La decisión de mantener un vocero de España en Caracas da la medida de la importancia que la diplomacia española reconocía a la propaganda de los partidarios de la independencia cubana en Venezuela.

Quién sabe por qué razones, el gobierno de Monagas satisfizo una petición de Lozano de Armenta para que Ramón Villasmil fuera retirado de la dirección del diario gubernamental *La Voz del Patriotismo*, cuyas columnas echaban fuego contra España; pero a principios de marzo de 1852 Villasmil volvió a su cargo, según Lozano de Armenta, por influencia del canciller Dr. Joaquín Herrera. En su afán de silenciar *La Voz del Patriotismo*, el representante español negoció con el Gobierno la supresión de *La Iberia* a cambio de que se suspendiera la publicación de *La Voz del Patriotismo*. Así se hizo, para tranquilidad del diplomático.

Pero otros periódicos tomaron el lugar del cerrado, entre ellos *El Candelariano* —cuyo nombre hace suponer que se editaba en la parroquia de Candelaria—, y *El Cubano Libre*. Este último era órgano de los cubanos exilados y se tiraba en la imprenta de un español. Lozano de Armenta llamó al impresor y le hizo saber terminantemente que debía suspender la edición del periódico de los cubanos, a lo que accedió el pobre hombre.

A todo esto, grupos liberales y conservadores se movían con ánimo subversivo contra el régimen de Monagas, que para ese mes de marzo de 1852 comenzaba a ser calificado de “dinastía”. La conjunción de tales grupos produciría al año siguiente un movimiento revolucionario en oriente, y en 1854, uno más fuerte en varias regiones del país. La presencia de la fragata *Esperanza* en aguas de La Guaira resultaba ominosa

para el presidente Monagas. Tal vez fue la silueta de la *Esperanza* el argumento decisivo a favor de los propósitos que perseguía Lozano de Armenta; pero él no lo reconoció así cuando escribió al capitán general Concha en los siguientes términos:

‘He logrado imponer silencio a todos los periódicos del país que se habían desencadenado en odiosas diatribas contra España; he hecho que desapareciesen los más peligrosos de entre ellos; he destruido, al mostrarse la bandera que levantaron los emigrados de Cuba en *El Cubano Libre*; he impedido las demostraciones públicas de honor que se intentaban hacer al traidor López; he deshecho la logia llamada de simpatizantes de Cuba...; por último, ya que no he podido hacerme amar, estoy seguro de haberme hecho respetar del gobierno actual...’.

Tenía razón en cierto sentido, porque el 14 de abril de 1852 daba por terminada la crisis que había provocado entre su país y Venezuela la actividad revolucionaria de Narciso López, y en consecuencia cursaba las órdenes del caso para que la *Esperanza* retornara a Cuba. Pero no tenía razón en lo fundamental, porque dieciséis años después, en 1868, Cuba se levantó en armas y Venezuela, como todos los pueblos de América, comenzó a honrar públicamente a Narciso López a través de la bandera de la estrella solitaria que él había creado.

Y todavía sigue honrándole, a pesar de Lozano de Armenta y de los que le ordenaban llamar traidor a un mártir de la libertad.

CARTA DEL PROFESOR BOSCH*

Benidorm, Alicante, España,
16 de marzo de 1968.

Sr. Julio César Martínez,
Semanario *Renovación*,
Apartado 484, Santo Domingo, R.D.

Querido Julio César:

En el número 67 de *Renovación* que acaba de llegar a mis manos se afirma que cuando “el Embajador Grooscors invitó a los esposos Bosch, en nombre de su gobierno, para residir en Venezuela, doña Carmen dijo: ‘Nosotros queremos vivir en un país en donde no haya muertos a cada rato en cada esquina’”.

Jamás fui invitado por el gobierno de Venezuela a vivir en aquel país y jamás dijo doña Carmen esa frase. Y quiero aprovechar esta oportunidad para decir públicamente lo siguiente: doña Carmen no es política, no ha tenido nunca intervención en mis actos políticos; ha sido simplemente mi mujer. Por lo visto en los círculos norteamericanos se creó y se mantuvo la leyenda de que doña Carmen era una persona muy influyente en la política dominicana mientras yo fui presidente de la República; pero se trataba de un fenómeno de traslación de

* *Renovación*, Santo Domingo, 26 de mayo-1 de abril de 1968, p.4.

ciertos valores: como doña Carmen es sin duda una mujer de inteligencia poco común, que tiene agudeza para hacer juicios, ciertos norteamericanos que la trataron consideraron que era un personaje político. Pero en política sólo influyen los que tienen fuerza política, aunque no sean inteligentes ni cultos; de manera que una activista de un comité del PRD en la capital, probablemente inculta o hasta analfabeta, tenía en el PRD y en mi gobierno una influencia que no tenía doña Carmen. Esa es la verdad. Por ejemplo, jamás hizo doña Carmen una sola recomendación de una sola persona para el menor cargo, ella se dedicó sólo a sus propios planes a favor de la niñez pobre del país, y yo no interferí en esos planes. Tengo que rendir tributo a la delicadeza con que doña Carmen se comportó siempre como mi mujer y mi colaboradora dentro del hogar, sin pretender en ningún momento convertirse en una política, situación bien difícil, por cierto, para la mujer de un político.

A ti te consta que no tengo la costumbre de hacer aclaraciones, pero debo hacer las que mi vida privada reclama, y ésta es una de ellas; de lo contrario llegaría el momento en que tendría que escribir todo un libro para poner ciertas cosas en punto de verdad. Por ejemplo, en meses pasados un conocido cretino dijo en la revista *¡Ahora!* que en mi polémica con Láutico García yo dije que jamás vendría a España mientras gobernara Franco. Ese pobre diablo no sabía que yo había vivido en España a fines de 1956 y a principios de 1957, ignoraba que mi polémica con el padre García está grabada y que en cualquier momento se puede probar que él mintió. Ahora bien, esa mentira —una en el millón que ha dicho en su vida su autor— ha crecido, y ya he leído en un periodicucho de New York —asómbrate— las palabras que “dije” en esa ocasión, que desde luego no se limitan a lo que refirió el cretino que escribió aquello en

¡Ahora! Así van creciendo las mentiras. En lo que me toca a mí, me importa relativamente poco, pero pido que eso no toque a mi mujer, que bastante carga ha tenido con el hecho de tener un marido tan difícil como yo.

Saludos para Olga y tus hijos y un abrazo afectuoso para ti.

Juan Bosch

CARTAS QUE SE HICIERON HISTÓRICAS*

Apartado 609, San Juan, P.R.
27 de mayo de 1964.

Dr. Ramón Pina-Acevedo y Martínez
Caracas, Venezuela.

Estimado Dr. Pina:

Las realizaciones políticas se ejecutan debido a una suma de factores: líder, líderes secundarios y pueblo. Un líder sin líderes secundarios y sin pueblo, o un pueblo con líderes secundarios pero sin su líder principal, o líderes secundarios por sí solos, son espectáculos frecuentes en el mundo político; y también se ve de tarde en tarde a un líder seguido de líderes secundarios pero sin pueblo y aun a un líder solitario. Además tenemos los casos específicos; por ejemplo, el primero —el completo—: un líder principal, líderes secundarios y pueblo, esto es, todo un cuerpo político adecuado a una acción determinada, digamos, elecciones. ¿Servirá ese mismo cuerpo para una subversión revolucionaria? Tenemos el caso del PRD: fue un partido para ganar unas elecciones, pero es casi imposible que dé la medida en otro tipo de acción.

Nosotros presentaríamos al mundo un ejemplo excepcional si tuviéramos una organización política superior a nuestro

* *Renovación*, Santo Domingo, 10 de abril de 1972, p.4.

medio. Y en términos de organización política, nuestro medio puede ser descrito, grosso modo, así: masas populares inteligentes, pero incapaces todavía de acción —es decir, de convertir en hechos sus ideas, tal vez por efectos del largo terror que han sufrido; mediana y pequeña clase media casi totalmente corrompida, sin ideales, sin patriotismo, sin coraje, lista a recibir cualquier beneficio sin tomar en cuenta la moral pública y en la mayoría de los casos ni la privada, y desde luego sin luchar para lograr esos beneficios (de este sector debe exceptuarse la juventud consciente, que es muy minoritaria en relación con la juventud total del país), y una alta clase media que es enemiga del pueblo.

Porque esa es la realidad, no había más remedio que ir dándole a ese pueblo un nuevo horizonte usando como estímulos los que no despertaran su miedo. Sin embargo, en siete meses la mediana y la pequeña clase media dominicanas quedaron convencidas de que nuestro gobierno era un antro de maldad, y las masas populares fueron paralizadas por una propaganda feroz. Nunca se ha visto en tan corto tiempo un cambio tan impresionante. El pueblo se dejó arrebatar su régimen de derecho sin lucha; y ahora está luchando un sector del pueblo (los barrios más pobres y los estudiantes), pero a causa de que los golpistas lo han hecho muy mal, no porque tenga conciencia verdadera de que le quitaron el gobierno que él se dio. Si los golpistas hubieran proporcionado trabajo y bienestar económico, estarían apoyados por la totalidad del país aunque se mantuvieran deportando y encarcelando.

Es triste tener que ver las cosas como ellas son y no como uno quisiera que fueran. El problema dominicano no es para ser resuelto por un líder. Es un problema del pueblo; y mientras el pueblo no crezca hasta donde debe crecer, no habrá papel ni lugar para el líder capaz de dirigirlo. El líder que quiera hacer allí lo que el pueblo no puede respaldar, tendrá

el final trágico de Tavárez Justo. Su muerte será útil dentro de veinticinco años, pero ahora no.

Nuestro país está en la etapa de la fuerza, no en la de la ecuación política. El único poder real en Santo Domingo es el militar, y si en las filas castrenses no se rompe el equilibrio, tendremos dictadura por mucho tiempo. No tenemos ciudadanos capaces de hacer frente a los gases lacrimógenos, mucho menos a los fusiles. Así, entre la palabra de un líder —o su orden— y un tiro de máuser, el último tiene mucho más poder. Y los soldados y los policías dominicanos matan, cosa que el pueblo sabe por experiencia. Ahora mismo, en la reciente huelga de choferes —que no fue tal huelga si no un estallido de cólera popular—, ha habido varios muertos desconocidos.

El líder de este momento nacional no puede ser un dirigente político si no el coronel que pueda lanzar soldados a la lucha. Por eso desde el primer día de mi exilio les expliqué a los compañeros que la única manera de restituir la constitucionalidad era a través de los soldados —los contados soldados capaces de luchar por un régimen de derecho— pero no todo el mundo ve con claridad los fenómenos políticos y en nuestro país hubo gente que creyó que allí podía hacerse una revolución armada. Fue una ilusión que dejó un saldo de sangre bien lamentable.

La lucha dominicana ha llegado ahora al punto en que se aclaran los objetivos. Una vieja casta sin poder efectivo ha tomado el poder para darse a sí misma sustancia económica repartiéndose la herencia de Trujillo. En buena lógica, esa casta debe retener el poder el tiempo necesario para lograr lo que se ha propuesto. El pueblo no tiene recursos de ningún tipo para impedirlo. Si un líder lanzara al pueblo a la lucha para que esa casta fuera derrotada, se encontraría en el caso del chofer que no puede manejar un auto porque carece de baterías, de carburador y hasta de ruedas. La única posibilidad

que tenemos por delante sería un milagro histórico: que un sector militar lo impidiera. Pero ya lo digo: sería un milagro histórico, algo que no está en la lógica de los acontecimientos.

Cuando supe que Ud. me había estado buscando, salí yo a buscarlo y ya era tarde: usted se había ido a Venezuela. Sentí no verlo. Me hubiera gustado hablar con usted sobre estos problemas en vez de tratarlos por carta.

Reciba un saludo afectuoso de

Juan Bosch

CARTAS QUE SE HICIERON HISTÓRICAS*

Julio César:

En este momento despacho el artículo para la edición especial de *Elite*. Va a la dirección de Puente Trinidad, porque estoy en las oficinas de San José y no tengo aquí tu dirección.

Ayer recibí tu recorte sobre la posibilidad de encauzar la situación de nuestro país. Por haber insinuado esto estoy siendo objeto de fuertes críticas desde varios sectores del exilio, de manera que tu posición me resulta grata dos veces: porque es correcta y porque me alivia un poco de la presión que me hacen.

La mayoría de los exilados carecen de flexibilidad mental, y no se dan cuenta de que Trujillo ha muerto; siguen pensando y sintiendo como si en nuestro país no hubiera pasado nada. En el sentido total y cabal, Trujillo no deja herederos: nadie puede ser como él era y por otra parte las circunstancias históricas que lo produjeron como ser social y político no se repetirán en Santo Domingo.

Por ahora no hay sino dos salidas: o la legal o la revolucionaria. La última viene por sus pasos contados, y será producida por las fuerzas del país, no por los exilados. Ahora bien, los que no estén en el país no participarán en ella.

* *Renovación*, Santo Domingo, 20 de julio de 1972, p.22.

Personalmente, tú sabes cuál es mi posición: no iré a Santo Domingo. Pero los que aspiran a cargos allí, o a influir de alguna manera en el curso de los acontecimientos, ¿cómo piensan que van a hacerlo desde afuera?

Decididamente, son estúpidos.

Saludos a Olga y abrazos para ti.

(firmado) Juan

San José,
10 de junio de 1961.

CARTAS QUE SE HICIERON HISTÓRICAS*

17 de agosto de 1961.

Apartado 1030,
San José, Costa Rica,
América Central,

Mi querido Julio César:

Recibí el número de *Elite* con el primer reportaje de Reinoso y Scotto y lo envié a Santo Domingo con Silfa, que antes de volver al país estuvo a verme. Ayer vi el número del 12 de agosto en la oficina de Figueres, y en el otro reportaje de los mismos compañeros Reinoso y Scotto. El primero me gustó mucho, el segundo cae sobre esa periodística pero poco edificante línea de aumentar el miedo. Lo que se dice de mí en Curazao no es cierto; yo no tuve allí ninguna clase de reunión secreta y no fue nadie ni de Panamá ni de Costa Rica ni de lugar alguno a verme. El único probable agente de Trujillo o de los camaradas con quien tuve contacto fue un corresponsal de la AP que envió a toda América unas supuestas declaraciones más absolutamente falsas, reitiradas por la AP de New York pero publicadas en Caracas por los camaradas de *El Nacional*. Eran aquellas en que se decía que ya aspiraba a la

* *Renovación*, Santo Domingo, 20 de julio de 1972, p.22.

Presidencia de la República. Aunque le puse un cable a Miguel Otero reclamando aclaración, creo que nunca lo publicó porque nadie me ha dicho palabra sobre el asunto.

Yo veo las cosas de nuestro país con mal aspecto; y no por causa del trujillismo, que es ya el pasado irremediable y no volverá a levantar cabeza en Santo Domingo, sino por el empeño de la gente de primera en conquistar el poder por la vía de la conspiración, en forma sorpresiva, de manera que el pueblo no tenga tiempo para hacer acto de presencia en el acontecer histórico. Va a haber sorpresas en nuestra tierra y me atrevo a profetizar una era de violencias que espantará a las gentes en América. Es sumamente peligroso pretender engañar a un pueblo que está despertando después de treinta y un años de opresión y aislamiento.

EL PRESIDENTE JUAN BOSCH SE DIRIGE AL PUEBLO DE PUERTO RICO*

EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

Puertorriqueños:

Desde el jíbaro que corta la caña hasta don Luis Muñoz Marín, desde la obrera de la aguja hasta la Dra. Concha Meléndez, el pueblo de Juan Morel Campos vivió como suya la tragedia dominicana que tiene el nombre de la era trujillista. Por haber puesto tanto sentimiento en el dolor quisqueyano, ustedes han tenido al mismo tiempo esperanzas y dudas sobre el destino de la República de Duarte.

Tal vez comprendan mejor la situación en que hemos tenido que luchar desde el 27 de febrero si les diéramos algunas cifras. Por ejemplo. Al tomar nosotros el Gobierno hace dos meses y medio, estaban sin pagar las cuentas de los comerciantes importadores dominicanos con los exportadores extranjeros desde el mes de agosto de 1960; y a pesar de eso, las divisas netas en dólares eran de \$7,700,000.00, y por tato teníamos un déficit aparente de \$65,000,000.00 y un déficit real de más de \$90,000,000.00. Hoy, todas las libranzas comerciales están pagadas hasta el 15 de marzo y tenemos una reserva neta de \$26,000,000.00; además hemos eliminado el control sobre las importaciones.

* *Renovación*, Santo Domingo, 8 de agosto de 1972, p.25.

Al tomar el poder nos encontramos con que no íbamos a poder pagar a los empleados públicos en el mes de marzo, pues recibimos el Gobierno con un déficit fiscal de \$43,000,000.00 que debían ser cubiertos en los diez meses que van del 1° de marzo al 31 de diciembre. Por eso fuimos enérgicos al rebajar sueldos lujosos, suprimir cargos inútiles y evitar gastos innecesarios. La burocracia del Estado se pagó en marzo, se pagó en abril, y aunque en este mes todavía tendremos un déficit de \$800,000.00, esperamos que en el mes de junio estarán niveladas las entradas y las salidas fiscales.

Hoy, 15 de mayo, comenzaron los asentamientos de campesinos y seguirán cada 6 ó 7 días sin un descanso durante todos los años de nuestro gobierno. Haremos la Reforma Agraria porque sin ella no puede haber estabilidad democrática en un país que tiene de cada 100 habitantes, 70 campesinos.

Los dominicanos tienen verdadera libertad; la libertad que les garantiza la ley. Pero el Gobierno se hace respetar por su conducta, no por el ejercicio de la fuerza. La costumbre de hacer huelgas caprichosas desapareció en dos meses; una huelga de empleados públicos murió al nacer sin que un solo huelguista fuera preso o siquiera empujado por un agente de la Policía.

Recibimos el país como una ciudad al día siguiente de un terremoto. Ya hemos abierto las calles y los escombros están amontonados. El pueblo dominicano sabe que ha terminado definitivamente la época de la inmoralidad en los manejos de los fondos públicos; que ha terminado la época de la adulación; que ha terminado la época del desorden y de la improvisación. Ahora comienzan los días del trabajo creador. Antes de que termine este año, el espectáculo de la República Dominicana será el de un país construyendo alegre y afanosamente un porvenir mejor para todos.

Les debíamos a ustedes, hombres y mujeres de Puerto Rico, una rendición de cuentas; y la hemos hecho en estas líneas con la brevedad que nos impone el exceso de trabajo, pero con el afecto de dominicanos agradecidos por la hospitalidad, la ayuda y el afecto que todos ustedes les dieron a los peregrinos de Quisqueya que pasaron por ahí huyendo de la persecución trujillista.

Juan Bosch

Santo Domingo, D.N.,
15 de mayo de 1963.

LA NACIÓN

ALOCUCIÓN DEL PRESIDENTE DEL
PARTIDO REVOLUCIONARIO DOMINICANO
AL PUEBLO DOMINICANO*

Dominicanos:

Ya están en Santo Domingo los representantes del Partido Revolucionario Dominicano, don Ángel Miolán, don Nicolás Silfa y don Ramón A. Castillo.

Esos hombres han dedicado sus vidas a la tarea de crear para el pueblo de Quisqueya un orden de libertades públicas que le permita a cada ciudadano vivir satisfecho de sí mismo, y que sitúe al país en una altura digna dentro del sistema de la democracia americana.

Ahora, después de largos años de ausencia, retornan a la patria para discutir con el Gobierno una serie de medidas cuya aplicación resulta indispensable para que Santo Domingo pueda integrarse en el orden legal del hemisferio. Si esas medidas se adoptan y se aplican lealmente, el Partido Revolucionario Dominicano participará en la lucha política nacional, con la voluntad de llevar a la victoria sus principios de libertad para todos nuestros compatriotas y de justicia social para las grandes mayorías necesitadas.

Ángel Miolán, Nicolás Silfa y Ramón A. Castillo no se hallan en la República Dominicana solicitando cargos ni favores. Están en Santo Domingo como representantes autorizados de

* *La Nación*, Santo Domingo, 5 de julio de 1961, p.1.

un partido que no lucha para beneficio de sus líderes sino para el bien de todo nuestro pueblo.

Pido para ellos el respeto de sus adversarios, la amistad de los que han soñado alguna vez con la democracia dominicana y la fe de los que desean verla establecida en nuestro país.

En prenda de la honradez y el patriotismo de Ángel Miolán, Nicolás Silfa y Ramón A. Castillo, empeño el nombre que he ganado en América con mi obra y el prestigio que ha conquistado en el Hemisferio el Partido Revolucionario Dominicano en veintidós años de lucha por la libertad.

Juan Bosch

Julio 4 de 1961.

PRESIDENTE BOSCH SE DIRIGE A OEA*

S. E. Gonzalo Facio
Presidente del Consejo de la OEA

Excelencia:

Tengo a honra acusar recibo del cable de V. E. de fecha de ayer, el cual transcribe la parte dispositiva de la resolución aprobada anoche por el Consejo de esa Organización convocando la reunión de consulta de los ministros de Relaciones Exteriores Americanos para estudiar la situación que ha surgido entre la República Dominicana y la República de Haití.

Mi gobierno se complace en informar a Vuestra Excelencia que está dispuesto a prestar una amplia cooperación a la Comisión designada por el Consejo, actuando como órgano provisional de consulta, para estudiar sobre el terreno la situación anteriormente mencionada y a no realizar ningún acto susceptible de agravar el estado de cosas existente.

Sin embargo, debo señalar a Vuestra Excelencia esta disposición de mi gobierno, que asume sin perjuicio de las medidas indispensables que se ha visto en la necesidad de tomar para la protección del personal de la embajada y de los asilados en ella y de los dominicanos residentes en Haití, en vista de la situación planteada al romper el gobierno haitiano sus relaciones

* *La Nación*, Santo Domingo, 30 de abril de 1963, p.1 / p.6.

diplomáticas y consulares con la República Dominicana, acontecimiento que unido al estado de anarquía, intranquilidad y violación constante de las normas destinadas a proteger los derechos humanos imperantes allí, crea un clima de inseguridad permanente en peligro constante y la vida e integridad física del personal de la misión diplomática dominicana, de los asilados en ella y de los dominicanos residentes en Haití.

Esta situación adquiere un nuevo y sombrío carácter de peligrosidad para mi gobierno y los intereses de la República Dominicana por la presencia en Haití de miembros recién llegados de la familia del ajusticiado, tirano Rafael L. Trujillo, presencia que no puede tener otro propósito que el de perturbar la paz en la República Dominicana con el apoyo del gobierno haitiano.

Como habrá de comprender Vuestra Excelencia mi gobierno no puede, sin grave quebranto de sus sagradas responsabilidades, dejar de tomar como lo hecho, dentro del respeto que le merecen y le seguirán mereciendo sus obligaciones de acuerdo con los tratados interamericanos a que está vinculado, las precauciones y medidas de seguridad que la situación demanda.

Debido a estas consideraciones, mi gobierno no puede obtemperar, a la solicitud de retiro de nuestra misión diplomática formulada por el gobierno de Haití hasta no obtener de dicho gobierno los salvoconductos solicitados para el traslado de los asilados al exterior, o las seguridades que les permitan permanecer bajo la protección de cualquier misión amiga garantías que no han sido ofrecidas por el gobierno de Haití al romper relaciones con la República Dominicana.

Las amenazas derivadas de esta situación se agudizan en los actuales instantes por el hecho de que la comisión designada por el Consejo de la OEA no se ha podido trasladar aún al territorio haitiano para cumplir su cometido, lo que dentro del clima de irresponsabilidad oficial que el actual régimen

haitiano ha fomentado al confiar funciones represivas a un cuerpo de facciosos ajenos a toda disciplina, y cuyos excesos utiliza como instrumento de terror para asegurar su supervivencia, hace temer que se produzcan nuevas violencias de carácter irreparable contra las personas de los funcionarios que integran nuestra misión, contra los ciudadanos haitianos que se acogieron a nuestro asilo diplomático y contra los ciudadanos dominicanos residentes en Haití, violencias que mi gobierno se siente en la imperiosa necesidad de conjurar.

Juan Bosch

CARTA A JUAN ISIDRO JIMENES-GRULLÓN*

Santo Domingo, D.N.,
21 de mayo de 1963.

Doctor
Juan Isidro Jimenes-Grullón,
Presidente del Partido Alianza Social Demócrata,
Ciudad.

Estimado amigo:

Como no tengo tiempo de oír radio, estoy en el caso de atenerme a la versión escrita, publicada en *El Caribe* de hoy, de su intervención de ayer a través de La Voz del Trópico; y entiendo que esa versión es correcta por cuanto figura en el mencionado diario entre comillas.

De lo que dijo usted ayer, comparándome con Trujillo por diez razones, me interesa referirme a la razón número 3 y a la número 4. En la número 3 dice usted que en mi gobierno hay muchos hombres de reputación mala o dudosa “entre los cuales se encuentran algunos extranjeros”; en la número 4 dice que la tiranía de Trujillo “beneficiaba casi exclusivamente, al tirano y a su familia”, y a seguidas afirma que “a diferencia de lo que aconteció bajo el trujillato, parece

* *La Nación*, Santo Domingo, 21 de mayo de 1963, p.6.

que son muchos los beneficiarios, sin que se pueda afirmar que el Presidente se encuentra entre ellos”.

Cuando, sembrando la primera mala semilla de los extranjeros de dudosa reputación que hay en el Palacio Nacional, el periodista Bobea Billini dijo en su leída columna de *El Caribe* eso que usted repite ahora, escribí al Sr. Bobea Billini pidiéndole los nombres de esos extranjeros, y el periodista dio la callada por respuesta. Como estoy empeñado en adecentar la administración pública, y como usted es presidente de un poderoso partido y por tanto tiene una responsabilidad pública mayor que las de otras personas, deseo que usted colabore en el propósito de adecentamiento del gobierno dando los nombres de esos extranjeros y las pruebas de que son inmorales. Estoy convencido de que usted es un patriota abnegado y por tanto creo sinceramente que usted ayudará al gobierno dando nombres y pruebas.

En el punto número 4 usted afirma que Trujillo se beneficiaba y beneficiaba a su familia y más o menos da a entender que yo no me estoy beneficiando en el gobierno. Pero no da a entender lo mismo de mi familia; y deseo pedirle a usted, no ya como gobernante sino como ciudadano y como amigo, que aclare esas palabras suyas.

Estoy esforzándome en dar al país un ejemplo de austeridad gubernamental, personal y familiar. En mi familia hay personas que por su capacidad, por su lucha frente a la tiranía y en las actividades políticas merecen ocupar altos cargos en el Gobierno, y el Gobierno necesita gente capaz y honesta. Pero por el hecho de llevar mi apellido, esas personas no están sirviendo posiciones públicas. Sin embargo parece que la obsesión del pasado persiste en ciertos cerebros dominicanos, que se empeñan en ver la situación de nuestro país sólo a través del cristal del trujillismo; que creen que el que está sentado en el escritorio presidencial es Trujillo

o es uno de los Trujillo y que la familia del Presidente tiene los privilegios que tuvo la familia de los Trujillo.

Yo sé que usted no ha querido decir eso. Sé que a usted, como a algunas otras personas, le han arrastrado sus propias palabras. Pero tal vez los lectores interpreten la escasa claridad de sus palabras con un sentido que usted no quiso darle.

Por esa razón deseo que usted diga, en forma abierta, cuál es el fondo de su pensamiento. Tal vez yo esté engañado y usted no. Tal vez yo crea que mi familia no tiene privilegios y usted ha descubierto que los tiene. Si los tiene y usted lo dice públicamente, le hará un servicio al país que le sabrá agradecer su amigo de siempre.

Juan Bosch

BOSCH EXPRESA OPINIÓN ACERCA
DE UN EDITORIAL DE *LA NACIÓN**

Santo Domingo, D.N.,
29 de mayo, 1963.

Señor
Pedro Álvaro Bobadilla,
Director de *La Nación*,
Ciudad.

Estimado amigo:

En la edición de ayer, *La Nación* trae un editorial titulado “La conspiración del azúcar”; y en uno de sus párrafos, refiriéndose a declaraciones del periodista Robert Berrellez, se dice lo siguiente: “Estamos, sin lugar a dudas, frente a un intolerable caso de intromisión o de injerencia en los asuntos internos de nuestro país, que puede provocar en el pueblo dominicano una reacción de insospechadas consecuencias”.

No comparto esa opinión. El Sr. Berrellez, y cualquier otro periodista norteamericano o latinoamericano o europeo, está en la libertad de creer lo que le dé la gana sobre nuestro país sin que eso signifique “intolerable caso de intromisión o de injerencia en los asuntos internos” dominicanos. El concepto de soberanía no puede ser limitado a términos tan subjetivos.

* *La Nación*, Santo Domingo, 29 de mayo de 1963, p.1.

A lo que no tiene derecho ni el Sr. Berrellez ni ningún periodista, no importa cuál sea su nacionalidad, es a fabricar campañas públicas sobre bases tan débiles como supuestas declaraciones de supuestos “centros diplomáticos occidentales”, de “un conocido comerciante de Santiago de los Caballeros, la segunda ciudad en importancia del país”, de “un líder responsable” y en general de fuentes sin ninguna autoridad objetiva.

Pero hay algo más importante: Ni el Sr. Berrellez ni el Sr. Hendrix fueron elegidos para gobernar este país; ninguno de ellos conoce la historia, la psicología y las aspiraciones del pueblo dominicano mejor que la persona a quien el pueblo escogió como presidente constitucional. Por esa razón ellos no tienen la capacidad necesaria para decir cómo ha de ser gobernado este país.

Los dominicanos no son extremistas ni de derecha ni de izquierda. Durante 32 años estuvieron bajo un régimen extremista que utilizó el crimen, las prisiones, las torturas y el exilio como instrumento de lucha política; el pueblo dominicano detesta las medidas que puedan parecerse a las que usó la tiranía. Si yo fui elegido presidente por una mayoría como no se recuerda en nuestro país y como muy pocas veces se ha dado en América, una de las razones está en que nunca prediqué persecución ni odio, sino entendimiento y armonía entre los dominicanos.

Soy principalmente yo quien tiene la responsabilidad de establecer y desarrollar la democracia en este país; no son los periodistas Hendrix y Berrellez, y esto debieran ellos comprenderlo a cabalidad. Su función es informar objetivamente sobre lo que ocurre en la República Dominicana, no tratar de gobernar al gobierno elegido por los dominicanos. Es ahí donde está el error de esos periodistas, no en lo que considera *La Nación* “una injerencia intolerable” en los asuntos de nuestro país.

La presión de la opinión pública internacional que pretenden organizar algunas personas para que el gobierno que yo presido cambie sus métodos, conducirá a un solo fin: el derrocamiento violento de este gobierno democrático. La presión no logrará que yo cambie mis ideas acerca de cómo debe ser gobernado el pueblo dominicano. Así, pues, como la única salida visible a la campaña que han iniciado ciertos periodistas es la caída del régimen, las consecuencias que esa catástrofe pueda acarrear para toda la América Latina caerá sobre ellos, y desgraciadamente sobre nuestros pueblos, nunca sobre mí.

Mi deber es gobernar y no acepto consejeros espontáneos e interesados, mucho menos si no tienen su destino ligado al destino del pueblo dominicano. El deber de los periodistas es informar, no inventar historias para deformar la conciencia pública.

Atentamente le saluda su amigo

Juan Bosch

EL CARIBE

TEXTO EN EL QUE PRESIDENTE REVELA HALLÓ UN DÉFICIT*

EL SIGUIENTE ES EL TEXTO DE LA CARTA QUE EL PRESIDENTE BOSCH DIRIGIÓ A VARIOS LEGISLADORES DANDO CUENTA DE UN DÉFICIT DE RD\$43,500,000 QUE ENCONTRÓ AL RECIBIR EL GOBIERNO EL 27 DE FEBRERO DEL AÑO EN CURSO:

Santo Domingo, D.N.,
Septiembre 9, 1963.

Señores

Roberto Ramírez, Manuel Fernández M., Jesús Ant. Gómez R., Alcibíades Félix Díaz, Rafael Reyes Valverde, Manuel Reyes Rivas B., Teófilo Juan Risk, Rogelio Vásquez Acosta, Gerardo R. Lemoine M., Venutiano Almonte L., Dr. Merilio Ortiz O., Francisco Peña, Américo Pérez Mercedes, Antonio Jiménez G., Ruddy A. Haché, J. Ramón Morales Piantini, Bartolomé Moquete Andino, Dr. Bienvenido Aquino V., José García Francisco, Miguel Ángel De Camps, Alfredo Zabulón Díaz, Porfirio Gómez Batista, Israel de Peña y Dr. Octaviano A. Rodríguez Lara, Diputados al Congreso Nacional, Ciudad.

Estimados amigos:

En relación con su carta del día 7 de agosto debo recordarles algunos datos que he ofrecido en diversas ocasiones a través de radio y televisión. Al recibir el gobierno de la República,

* *El Caribe*, Santo Domingo, 11 de septiembre de 1963, p.1.

encontré un déficit en cuatro renglones del presupuesto, según el siguiente detalle:

Suma que figuraba como ingreso a los fondos del Estado, proveniente de los beneficios de las empresas estatales, reitirada después por ley del mes de febrero, promulgada por el Consejo de Estado, según la cual esos fondos no debían ingresar en los del Estado sino ser devueltos a las empresas por medio de la Corporación de Fomento... RD\$18,000,000.

Gastos obligatorios del Plan de Emergencia, que deben pagarse a razón de RD\$625,000 cada 15 días; que se estaban pagando y que no figuraban en el presupuesto y que se siguen pagando y se seguirán pagando hasta el 31 de diciembre... RD\$15,000,000.

Meses de noviembre y diciembre del Plan de Emergencia, que no fueron pagados por el Consejo de Estado y tuvo que pagarlos el gobierno actual... RD\$2,500,000.

La Regalía Pascual, que debe ser pagada y que no figuraba como gasto en el presupuesto... RD\$8,000,000.

Total... RD\$43,500,000.

A ese déficit hay que agregar las diferencias entre los ingresos estimados por el gobierno pasado y los ingresos reales que ha tenido el gobierno. Hasta la fecha, a pesar de las grandes economías que hemos realizado, ese déficit en los ingresos alcanza a RD\$10,000,000.

Como ustedes ven, el Gobierno ha tenido en seis meses un déficit de RD\$53,500,000 de un presupuesto total de RD\$176,000,000.00. Estas cifras son alarmantes y sólo mi decisión personal de organizar la economía del Estado, aunque ello me costara el poder, ha determinado que hayamos resistido hasta este momento todas las consecuencias de un déficit que para el presupuesto dominicano es monstruoso; más monstruoso todavía porque estamos en la obligación de cubrirlo antes del 1° de enero del año que viene.

Con una situación como la que he descrito, era absolutamente imposible que el gobierno dispusiera de tres millones de pesos para atender a los Ayuntamientos. Esa disposición del Consejo de Estado, como casi todas las que tomó en materia económica para comprometer al gobierno que se inició el 27 de febrero, fue hecha con intención política y sin ningún fundamento en la realidad.

Sin embargo, el gobierno ha tratado de aliviar la situación de los Ayuntamientos más necesitados y con estas líneas les pido dirigirse a los Ayuntamientos de las provincias que ustedes representan solicitándoles un presupuesto mínimo de gastos para los últimos tres meses del año. No les prometo nada pero les aseguro que haré el mayor esfuerzo para facilitarles algunos medios a fin de que esos ayuntamientos terminen el año realizando algunas obras.

Reciban un saludo afectuoso de su amigo y compañero.

Juan Bosch

JUAN BOSCH ENVÍA A MILITANCIA DEL PRD RECOMENDACIONES*

La situación de la República Dominicana ha pasado a ser, en el término de dos meses y medio, un caos en el cual no se advierte solución pacífica y civilizada.

En el orden político sólo se permite el funcionamiento del Partido Revolucionario Social Cristiano mientras se organiza un partido oficial que pasará a ser el nuevo Partido Dominicano de la nueva tiranía, y nos referimos al llamado Liberal Evolucionista, concebido para servir los intereses políticos privados de los generales Luis Amiama y Antonio Imbert, matadores y a la vez aspirantes a herederos políticos y militares de Rafael L. Trujillo.

Con una concepción más moderna y a la vez más flexible del mismo fenómeno —la voluntad de poder total y perpetuo—, los golpistas del 25 de septiembre están llevando a la realidad el plan de mantener un partido básico —el Liberal Evolucionista— en que apoyarse, y un partido satélite —el Revolucionario Social Cristiano— al cual se le permitirá hacer oposición siempre que no ponga en peligro la potestad del nuevo partido oficial.

Los llamados partidos golpistas, que apoyan al llamado gobierno del Triunvirato, carecen en absoluto de respaldo popular, autoridad moral o cualquier otro tipo de fuerza que

* *El Caribe*, Santo Domingo, 14 de diciembre de 1963, p.13.

les permita evitar o retardar su desaparición por parte del Liberal Evolucionista. Con sus líderes desacreditados, su papel será de la confederación de partidos que llevaron a Trujillo al poder y se sumieron luego sin pena y deshonrados, en las filas del Partido Dominicano.

El PRD, la más grande organización democrática que ha conocido la historia del país, se encuentra paralizado por una persecución brutal que ha puesto todos sus locales y todas sus pertenencias, hasta la última hoja de papel, en manos de la Policía, que ha echado al exilio, al escondite o a la cárcel a sus líderes; que prohíbe manu militari la menor actividad de sus dirigentes o de sus masas, que lanza a diario todo el poder de la propaganda oficial contra sus hombres, no sólo en el país sino también en el extranjero, lo cual denuncia el propósito gubernamental de destruir de manera implacable al PRD a cualquier costo.

¿Y por qué debe ser destruido el PRD? Para que sus masas puedan ser llevadas, mediante la presión oficial, a las filas del Liberal Evolucionista.

Colocada frente a una situación igual, la agrupación política 14 de Junio, que bajo el gobierno constitucional manifestó públicamente su decisión de tomar la vía electoral participando en las elecciones municipales de 1964, ha resuelto lanzarse a la rebelión armada, y así lo ha hecho iniciando guerrillas en los campos y acciones terroristas en las ciudades. Esta decisión del 14 de Junio ha sido recibida con júbilo por los golpistas, porque piensan que mediante la acción armada podrán destruir esa organización juvenil sin importarles para nada que en la lucha se pierdan vidas dominicanas de militares y civiles.

Para los golpistas, lo único en verdad importante es lograr, por todos los medios a su alcance, que la vida política nacional se organice, como logró hacerlo Trujillo a través del Partido

Dominicano, bajo la férula del Partido Liberal Evolucionista, comandado por los generales Amiama e Imbert.

El país, que había tomado los caminos de la democracia y comenzaba a ensayar bajo ese sistema la manera de resolver sus conflictos mediante la discusión pública y el acomodo de los diferentes intereses dentro del marco de la Ley, ha entrado ya en una etapa de luchas sangrientas que toda persona sensata pudo prever con claridad y que todo dominicano patriota estaba en la obligación de evitar, porque una lucha de ese tipo en la República Dominicana estaba llamada a ser, y lo será, mucho más compleja, y más costosa, en vidas, bienes y sentimientos, de lo que han podido pensar los políticos y los militares golpistas a quienes ideas bastardas e ignorancia lamentable de las leyes de la historia llevaron al golpe insensato del 25 de septiembre.

Al producirse los levantamientos catorcistas, la respuesta inmediata del llamado Triunvirato —que es la representación oficial del golpismo— fue declarar ilegal el 14 de Junio. Esto es, los golpistas aprovecharon la primera ocasión para llevar adelante el plan de cerrar toda salida política a la crisis nacional.

Aunque haya sido desmentida por su autor, la declaración del Lic. De los Santos a un periodista extranjero, según la cual el Partido Revolucionario Dominicano no podrá participar en las supuestas elecciones de 1965, expresa el verdadero pensamiento de los golpistas. Ese pensamiento se ve claramente en la prohibición absoluta de toda manifestación política, del uso de la radio, de la prisión de dirigentes, del cierre de las escuelas secundarias, y en la amenaza del Jefe de la Policía, hecha a líderes perredeístas, de expulsarlos del país si osan reunirse siquiera a discutir los problemas del país y del Partido.

En esa situación, es de ilusos esperar que en la República Dominicana haya o pueda haber soluciones políticas a la vista. Ni los políticos ni los militares golpistas están dispuestos

a transigir en sus planes. Los políticos golpistas saben que la desaparición del actual régimen significa su liquidación como líderes.

Los jefes militares golpistas están resueltos a renunciar la antigua tiranía bajo el mando de los generales Amiama e Imbert, porque sólo incrustados en esa nueva tiranía podrán mantener las posiciones y los privilegios que tienen hoy. Ellos saben que la desaparición del régimen golpista significa su salida de las fuerzas armadas y la llegada a los mandos de oficiales no comprometidos con el golpe del 25 de septiembre.

Convencidos, como estamos, en estas verdades, debemos decir algunas palabras acerca del PRD, la organización a la cual consagramos todos nuestros esfuerzos y con la cual llevamos al pueblo a dar la gran lección democrática del 20 de diciembre de 1962.

El PRD fue creado como instrumento para establecer en la República Dominicana el sistema democrático. Por esa razón, la organización del PRD fue abierta, civil, electoral; dentro del orden legal, sin preparación para la acción de guerra, de sabotaje o de terrorismo.

Todos los miembros del PRD entraron en él con el ánimo resuelto de tratar los problemas nacionales a la luz de las ideas y con los procedimientos legales. El PRD se formó y creció para luchar en la arena electoral, no en el campo de la macana, la bayoneta y el terror policial.

En las actuales condiciones de la República Dominicana, un partido como el PRD no tiene ninguna función que realizar.

Por tanto, desde el exilio a que hemos sido lanzados por los que asaltaron la vida pública en nuestro país, nos dirigimos a los líderes y a los afiliados del PRD, a esos dominicanos que creyeron en la democracia y manifestaron su fe en ella votando el 20 de diciembre de 1962 en número de 628,000 con la boleta del PRD, a todos ellos les decimos:

Es nuestra convicción que el PRD debe cesar en sus actividades como organización electoral. No hay, ni podrá haber bajo las presentes circunstancias, la menor oportunidad de que el pueblo pueda actuar libremente en el campo electoral.

Todos los dirigentes y todos los miembros del PRD deben quedar en libertad de conciencia para luchar por la restauración de un orden de Derecho en el país, en la forma y con los medios que estén a su alcance.

Una vez logrado el retorno al estado de Derecho, el PRD volverá a integrarse como institución política organizada para la lucha abierta dentro de los mandatos de la ley.

Los que apuñalaron la democracia el 25 de septiembre, se han propuesto terminar su obra llevando de nuevo el país a una situación semejante a la que vivió durante más de treinta años bajo la fórmula de Rafael L. Trujillo. No comprenderlo así, y mantener organismos democráticos que puedan significar en alguna forma una apariencia de libertades, es una manera de engañar al pueblo y de servir los planes de los golpistas.

El PRD, que nunca ha engañado al Pueblo, no puede hacerlo ahora ni por acción ni por omisión.

La consigna de la hora para todo buen dominicano es luchar por el rescate de la libertad, por la restauración del estado de Derecho; luchar para restablecer en América el prestigio de nuestro pueblo que ha vuelto a caer en el lodo del descrédito internacional. Pensar en términos electorales en estos momentos es traicionar al pueblo y deshonorarse ante la historia.

El PRD tiene su lugar conquistado en la fe del Pueblo y en las páginas de la historia. Perder ese lugar y manchar esas páginas no es ni puede ser el destino de una institución como la nuestra, que asombró a América por su capacidad de lucha y pasó por el poder, llevado a él en hombros del pueblo, sin dejar en su huella el borrón de un solo acto inmoral ni el recuerdo de una injusticia, de una maldad o de una traición a sus principios.

Que todos los hombres del PRD queden libres para luchar por la libertad. Y cuando ésta sea reconquistada, las banderas del Partido Revolucionario Dominicano volverán a tremolar en manos del pueblo, limpias y libres como lo estuvieron antes y deberán estarlo siempre.

Firman el manifiesto, además del profesor Bosch, los doctores

Juan Casanovas Garrido,
Samuel Mendoza Moya,
Anecto Gómez,
Armando González Tamayo,
el cónsul Nicolás Garrido,
el Sr. Ángel Miolán,
el Lic. Jacobo Majluta,
el Ing. Luis del Rosario,
y la profesora Thelma Frías.

BOSCH DEFINE DURANTE UNA CHARLA ALCANCES PALABRA INDEPENDENCIA*

En la América del Sur hay un país que se llama Uruguay. Uruguay, donde se habla español, que es nuestra lengua, tiene menos habitantes que nosotros, algo más de la mitad que nosotros, y sin embargo, su capital, que se llama Montevideo, tiene más del doble que la capital de nuestro país. En esa capital uruguaya actúa desde hace años un movimiento político secreto llamado Los Tupamaros, del cual seguramente muchos de ustedes han oído hablar.

Pues bien, los tupamaros cogieron preso el año pasado a un norteamericano llamado Dan Mittrione, le hicieron un juicio y lo mataron, y entonces vino a saberse que ese señor Mittrione estaba en Uruguay haciendo el mismo papel que habían hecho en nuestro país otros compañeros de él; es decir, estaba enseñando a la Policía del Uruguay, o por lo menos a ciertos policías uruguayos a poner en práctica el terror.

Pero se supo algo más, y ese algo más es de interés para nosotros: se supo que en el año de 1965, cuando los yanquis ocuparon militarmente nuestro país, ese señor Mittrione estuvo aquí haciendo lo mismo que después iba a hacer en Alemania, en el cual aparecían los nombres de los agentes secretos norteamericanos, y una corta historia de cada uno de ellos, y en ese libro figuraba Dan Mittrione y se decía que había estado en la

* *El Caribe*, Santo Domingo, 25 de febrero de 1971, p.2A.

República Dominicana en el año de 1965 trabajando en la organización del servicio secreto político de la Policía.

Sí señores, Dan Mitrione había estado aquí, y también estuvieron otros que fueron traídos directamente de Viet Nam, que tenían una gran experiencia, hecha en Viet Nam, en ese tipo de tareas.

La verdad es que los dominicanos no necesitaban maestros en ese sucio trabajo, porque había varios dominicanos que se habían ejercitado en él en los tiempos de Trujillo, pero con el desmantelamiento del SIM esos expertos dominicanos en el crimen estaban fuera del país.

Organizaciones

Para volver a necesitar una militancia de terror hacían falta organizaciones, y según las noticias que se publicaron en el Uruguay a raíz de su muerte, Dan Mitrione fue uno de ellos, otros varios fueron traídos directamente de Viet Nam, como dije hace un momento.

Pero mientras unos, como Dan Mitrione trabajaban aquí, otros trabajaban en los Estados Unidos, pues no se hacía nada con organizar el terror en nuestro país si al mismo tiempo no se controlaban en New York las noticias que salieran de la República Dominicana.

Era necesario ejercer ese control de las noticias para que no salieran de aquí las acusaciones de que junto con la invasión militar había comenzado en este país la organización del terror.

Y el control de las noticias llegó a ser tan perfecto, que sucesos tan escandalosos como la desaparición de los tres jóvenes de Hato Mayor o del fusilamiento de cuatro personas en Barahona se mantuvieron en secreto. Es más, todavía a esta hora el pueblo norteamericano no sabe que aquí desapareció misteriosamente, hace pocos meses, una señora puertorriqueña cuyo marido es un coronel médico colombiano, que está en Tailandia.

A menos que agencias de noticias europeas, como la agencia francesa AFP o una inglesa que se llama Reuter, enviaran a otros países alguna noticia, en los periódicos del mundo no se decía una palabra de lo que pasaba en la República Dominicana, o sólo se decía lo que convenía que se supiera.

Los que oyen radio y los que leen periódicos en este país se habrán dado cuenta, sin duda, de que todos los días se publican aquí por lo menos una, y casi siempre dos noticias largas de Chile. Pues, bien, esas noticias son siempre sobre asuntos que no tienen la menor importancia, de los cuales no se habla ni en el mismo Chile.

Ni de Chile

A veces las noticias no vienen ni de Chile. Por ejemplo, en días pasados salió una repitiendo lo que había dicho del gobierno de Chile un periódico religioso de Italia, un periódico que ni siquiera se publica en Roma, que es la capital de Italia.

La AP se tomó el trabajo de mandar desde Italia, a todo el mundo, un largo cable sobre lo que decía este periódico, que seguramente tiene poca importancia en Italia; pero lo que decía ese periódico era útil en la campaña de descrédito del gobierno del Dr. Allende. Hace poco, la misma AP envió un largo cable copiando lo que decía del Dr. Allende y de su gobierno un periódico que se publica en lengua inglesa en Buenos Aires, capital de la Argentina. Ese periódico argentino de lengua inglesa es totalmente desconocido en el mundo, y además lo que decía en ese artículo era mentira de arriba abajo; pero eso fue echado a rodar por el mundo porque hay un plan para desprestigiar mundialmente al gobierno del Dr. Allende, y de ese plan forman parte estos dos puntos: recordarle a la gente, en todas partes, que el Dr. Allende es marxista, cosa que dicen siempre esos cables de la AP y la UPI, y dar la sensación de que Chile está viviendo en medio de un caos desde que el Dr. Allende tomó el poder.

Hoy aparece en el *Listín Diario* un cable despachado desde Washington, capital de los Estados Unidos, que es favorable al gobierno del Dr. Allende, pero si ustedes se fijan bien, verán que después de la palabra Washington hay tres letras entre paréntesis, las letras AFP, y eso indica que el cable fue enviado por la agencia de noticia francesa que se llama comúnmente France Press, no por la agencia yanqui AP o por su compañera, también yanqui, la UPI.

¿Qué se persigue?

¿Por qué se pretende desprestigiar al gobierno del Dr. Allende?

Pues para una de estas dos cosas: para provocar un levantamiento militar en Chile o para algo peor. En *El Caribe* de hoy viene una noticia de Chile en la cual aparece el jefe de la Policía de Investigaciones de aquel país hermano diciendo las siguientes palabras: “El atentado contra la vida del presidente Salvador Allende sigue siendo una carta que se guarda en la carpeta de los sectores reaccionarios locales y de la CIA”; y esas palabras en boca de quien las dijo pesan mucho, porque esa policía chilena está considerada una de las más serias del mundo. Pero no hay que ser jefe de la Policía de Investigaciones de Chile para saber qué es lo que está preparándose allí.

Hace muy pocos días estuvieron aquí varios rectores de universidades de la América Latina, y en una reunión uno de ellos, chileno, me preguntó a qué creía yo que se debía esa propaganda tan intensa sobre su país. “Obedece a un plan para tumbar al presidente Allende o para matarlo”, le respondí.

¿Por qué puedo decir aquí, en Santo Domingo a más de cinco mil millas de distancia de Chile, y con tres días de anticipación, lo mismo que dijo ayer en su país el jefe de la Policía de Investigaciones chilena? ¿Es que soy adivino? No; es que el que ha aprendido a leer las noticias y está al tanto de los

problemas mundiales puede saber hoy, con bastante seguridad, cuáles son las intenciones políticas de ciertos poderosos organismos extranjeros. El gobierno del Dr. Allende va a nacionalizar las grandes minas de cobre de su país, y eso no pueden permitirlo ni los dueños norteamericanos de esas minas ni el gobierno de los Estados Unidos, y podemos estar seguros de que a menos que desde ahora se les haga saber a esos señores, al pueblo norteamericano y al mundo, que todos los pueblos de la América Latina apoyarán a Chile y a su gobierno contra toda actividad dirigida a tumbar a ese gobierno y provocar un levantamiento en Chile, el gobierno del Dr. Allende, elegido por un pueblo, sin fraude y sin presiones, va a pasar muy malos ratos, y es posible que por lo menos se intente eliminar físicamente al Dr. Allende.

Minas de cobre

¿Pero qué tiene que ver el terror en la República Dominicana con la situación de Chile y con la posibilidad de que Allende sea derrocado o asesinado?, preguntarán ustedes. Aquí no tenemos grandes minas de cobre y aquí no hay un gobierno que esté amenazando con nacionalizar empresas norteamericanas.

Pues bien, es verdad que no tenemos en producción minas de cobre, ni grandes ni chiquitas; es verdad que aquí no hay un gobierno que piense siquiera en nacionalizar empresas yanquis, sea cual sea. Pero resulta que en Chile el gobierno del Dr. Allende está llevando a cabo una revolución legal, pacífica, y aquí se hizo una revolución armada hace menos de seis años, y esas dos revoluciones, como todas las revoluciones, de la época actual, eran parecidas en una cosa: en el propósito de conquistar la independencia nacional.

Ahora bien, ¿qué quiere decir hoy esa palabra “independencia”? Esa palabra quiere decir control de la riqueza de cada país para beneficio principalmente de sus hijos, idea con

la que no están de acuerdo en los Estados Unidos ni el gobierno ni la mayoría de los políticos ni los grandes millonarios. Para esos señores, toda la riqueza del mundo les pertenece, o debe pertenecerles, y el que no esté de acuerdo con ellos tiene que ser eliminado.

El terror que estamos sufriendo los dominicanos desde hace casi seis años se debe a eso; se debe, señores, a la lucha por el control mundial de las riquezas, sean cuales sean, lo mismo el cobre de Chile que el azúcar y el café de Santo Domingo.

Esta lucha es a muerte, muy parecida, por cierto a la que había aquí en los tiempos de Trujillo, porque en esos tiempos Trujillo controlaba el poder político para poder resguardar y aumentar su riqueza, y todo el que se ponía políticamente frente a él era eliminado porque quien amenazaba su poder político ponía en peligro su poder económico.

Si Trujillo hubiera podido controlar la riqueza de otro país, hubiera enviado hombres suyos a ese país a organizar el terror para defender esas riquezas.

Tal vez alguno de ustedes crea que estoy exagerando, porque siendo, como son, los Estados Unidos un país tan enormemente rico, el más rico de la tierra, no se explica que aspiren a controlar la riqueza dominicana, la poca riqueza de un país tan pequeño y tan pobre. Pero ustedes van a ver ahora qué es lo que sucede.

Tierras buenas

En el mundo hay países que tienen tierras muy buenas y otros que tienen tierras muy malas; hay países que tienen minas de oro y plata y cobre y otros muchos metales, y hay países que no tienen ni una mina.

Ahora bien, si las tierras buenas no son trabajadas, si no se siembran, dan el mismo provecho que las malas. Igual pasa con las minas.

Para que las minas den oro, cobre, plata o lo que sea, tienen que ser trabajadas; hay que hoyar y hacer túneles para sacar el mineral.

Siendo eso así, a nadie puede quedarle duda de que lo que realmente produce riqueza es el trabajo. Una onza de oro cuesta 45 pesos porque esa es la cantidad de pesos que hay que pagar por el trabajo de sacar el oro de la mina, fundirlo y hacer la moneda.

Si el oro se encontrara en cualquier parte, como se halla la arena en una playa, una onza costaría menos de un centavo, porque en un día de trabajo un hombre, y hasta un niño, podría sacar quintales de oro. Por esa razón, las cosas valen según sea el trabajo que se lleva a cabo para obtenerlas o para transformarlas. Cuanto más trabajo se necesite para obtener un artículo, más vale ese artículo.

Un automóvil americano vale aquí, digamos, cinco mil pesos. ¿Por qué? Porque sacar el mineral de hierro de la mina, llevarlo a fundir, convertirlo en acero, llevar ese acero a una fábrica de motores, hacer el motor y hacer todo lo que lleva un carro, cuesta mucho dinero.

Ahora bien, al vendernos el carro, los yanquis ganan dinero, es decir, nos ganan dinero; lo ganan en el carro, lo gana el barco que lo trae, lo gana el que lo vende.

Pero resulta que al comprarnos azúcar, café o cacao, los Estados Unidos ganan también dinero. ¿Cómo así? Pues porque nos compran el azúcar prieta y se la llevan, y ya al llevársela, el barco en que va el azúcar es de ellos, y en ese barco trabajan marineros yanquis; y al descargarla en New York, los trabajadores del muelle ganan dinero; y al llevarla del muelle a un almacén, los camiones que la llevan son yanquis, han sido hechos por obreros yanquis, que ganaron dinero al hacerlo, y lo mismo pasa con la gasolina y las gomas de esos camiones, y los choferes y los peones que llevan esa azúcar

dominicana por las calles de New York están ganando dinero, y ganan dinero los que la almacenan, y los que la sacan después para llevarla a las refinerías donde la ponen blanca, y los que la llevan a las fábricas de refrescos y de dulces donde se va a usar esa azúcar, y los que la envasan en saquitos de celofán y la llevan a los restaurantes, y ganan dinero los grandes comerciantes que nos compraron el azúcar, los dueños de las fábricas de refrescos y de dulces, los dueños de los restaurantes.

Ganan dinero

Con el azúcar de nuestro país ganan dinero en los Estados Unidos más personas que todos los que trabajan aquí en la industria azucarera, y ganan más dinero que los dominicanos que trabajan en el azúcar aquí, porque en los Estados Unidos se le paga a un trabajador un mínimo de dos dólares y medio la hora, óiganlo bien por hora, mientras que aquí hay miles y miles y miles de hombres que trabajan en la industria azucarera que no llegan a cobrar ni siquiera dos pesos por día.

En los Estados Unidos se les agrega trabajo, y trabajo pagado a un precio muy alto, a todos los productos que ese país compra en los países del mundo; al azúcar dominicano, al petróleo y al hierro de Venezuela, al cobre de Chile y del Perú, al café del Brasil.

Y si de un día para otro dejaran de llegar a los Estados Unidos todos esos productos, millones y millones de trabajadores quedarían parados, y cientos de miles de comerciantes perderían sus negocios, miles y miles de barcos y de aviones dejarían de navegar por las aguas y por el aire.

Esa es la razón por la cual los Estados Unidos se oponen con toda su energía y con todo su poderío a las revoluciones. Lo mismo si se dan en los países chiquitos, como el nuestro, que si se dan en los grandes, como China y Rusia.

La lucha mundial entre los partidarios de la independencia de sus países y los norteamericanos es una lucha que los norteamericanos llevan a cabo sola y únicamente para defender sus intereses económicos, para defender sus privilegios de país que usa en su provecho a todos los pueblos y explota para beneficio suyo las riquezas de todo el mundo.

Privilegiado

Para mantener su posición de país privilegiado, los Estados Unidos, o mejor dicho, sus autoridades y sus grandes capitalistas, tienen que oponerse a los movimientos revolucionarios, lo mismo en un país pequeño como la República Dominicana que en uno muy grande, como el Brasil, y algunas de las autoridades norteamericanas creen que la mejor forma de evitar los movimientos revolucionarios es eliminar a los que pueden llevarlos a cabo.

Esa es la causa de que aquí y en Brasil se mate a los revolucionarios, y todo el que diga otra cosa está equivocado de medio a medio.

Ahora bien, eso no puede hacerse sin usar aquí a algunos dominicanos, en el Brasil, a algunos brasileros, y en cada país, a ciudadanos de ese país.

El tema del terror no se ha acabado, pero ahora tengo que decir algo sobre la situación de San Francisco de Macorís. Esa ciudad ha sido tomada militar y políticamente, y la gobernadora de la Provincia anunció ayer que la huelga terminaría ayer mismo. Sin embargo, la huelga continúa hoy como si tal cosa.

Esta es la quinta vez, en menos de un año, que una población entera se va a una huelga pacífica en protesta contra medidas de violencia de las autoridades.

Primero fue Tamboril, después fue Moca, luego fue Salcedo, fue Los Mina y ahora San Francisco de Macorís. Nadie podía esperar, y confieso que yo no lo esperé, que en San Francisco de Macorís podría llevarse la huelga más allá de 24 horas; sin

embargo, hoy estamos en el tercer día, y a pesar de la presión que se ha hecho sobre sectores importantes de la población, mediante detenciones y mediante peticiones del Gobierno —como se hizo ayer en el caso de los comerciantes de la ciudad—, el pueblo de San Francisco de Macorís sigue en su huelga.

Echan grapas

Algunas personas, de esas que no tienen fe en el pueblo, echaron grapas para que los automóviles no pudieran andar por las calles francomacorisanas; pero la población ha demostrado que no era necesario usar esa medida; que no hay que ejercer ningún tipo de violencia para que ella se sume a un movimiento en defensa de su derecho a la tranquilidad. El pueblo les ha dado una lección de capacidad política a los que no creyeron en él, tanto a las autoridades que pensaron que haciendo cien presos iban a parar la huelga, como a los que se consideran revolucionarios y quisieron forzar la huelga echando grapas en las calles.

Esa misma lección la habían dado antes en Tamboril, Moca, Salcedo y Los Mina, y todos los luchadores de este país deben aprendérsela de memoria. Hay que contar con la capacidad de comprensión del pueblo, con su inteligencia y su decisión.

El que se considera superior al pueblo, el que cree que puede y debe forzar su voluntad, está equivocado, lo mismo si se trata del gobierno que si se trata de un revolucionario. Y si no, que lo diga la conducta de los hombres y las mujeres, los jóvenes y los viejos de San Francisco de Macorís.

Hasta mañana, si Dios quiere, dominicanos.

CARTA A JOSÉ DEL CARMEN ARIZA *

Ing. José del Carmen Ariza
Presidente del Consejo Nacional de Hombres de Empresa,
Ciudad.

Estimado señor Ariza:

Los diarios le han dado publicidad a una comunicación que Ud. envió al presidente de la Cámara de Diputados en la cual se insiste en mantener la tesis de que el aumento de salarios a obreros, empleados públicos, soldados y policías “se convertiría en un componente inflacionario adicional al que ha sido proyectado”, y esa afirmación, que se ha repetido un alto número de veces carece de base científica.

En tres conferencias pronunciadas en el Centro Cultural Dominicano los días 30, 31 de octubre y el 1º de noviembre de 1974 expliqué que hay varios tipos de inflación y ninguno de ellos ha sido obra de los detallistas ni los intermediarios como se afirma en nuestro país, pues de acuerdo con reputados economistas de países capitalistas desarrollados las inflaciones son de origen monetario, presupuestario, crediticio, de costos, y hay factores inflacionarios que si no producen la inflación pueden agravarla como sucede con las guerras, y en otros casos con el flujo del dinero bancario y del cuasi dinero y del dinero plástico.

* “Bosch opina alza salarial no provocará inflación”, *El Caribe*, Santo Domingo, 14 de septiembre de 1987, p.2.

Las conferencias ocupan las primeras 50 páginas de mi libro *Conferencias y artículos*; en ellas explico de manera detallada cuáles son esos factores inflacionarios entre los cuales no está el alza de los salarios y en cambio sí está la publicidad, que sin producir nada que se consuma para fortalecer, abrigar o sanar el cuerpo humano encarece enormemente todo lo que se pone a la venta y se anuncie. Otro factor inflacionario es la marca. Cuando la economía de un país llega a cierto nivel de desarrollo la gente sale a comprar no productos sino marcas, también es inflacionaria la existencia de monopolios debido a que ellos encarecen las mercancías que producen o controlan.

Lo que no es factor inflacionario es el aumento de los salarios porque la función real de esos aumentos es consolidar y ampliar el mercado interno, sobre todo en un país como la República Dominicana donde todos los trabajadores y empleados públicos que reciben un salario por debajo de 400 pesos tienen muchísimas necesidades, y a partir del día en que empiecen a recibir el salario que reclaman las centrales sindicales usarían todo el aumento de sus salarios actuales en comprar por lo menos una parte de lo que necesitan para mejorar sus condiciones materiales de existencia.

En las declaraciones a que me refiero Ud. dijo que “de convertirse en ley el proyecto salarial que se debate en la Cámara de Diputados, el total global del aumento de salarios... ascendería a la suma de 2,080 millones 300 mil pesos”; y de ser así tenga la seguridad de que esa cantidad de dinero volvería a ingresar cada mes en las casas de comercio del país aumentando con ese ingreso el caudal de ventas en más de 24 mil millones de pesos por año.

Eso significa, Sr. Ariza, que las mercancías que produce su empresa van a venderse en cantidades varias veces mayores de las que vende ahora, y en consecuencia, Ud. y sus socios, si los tiene, va a recibir beneficios que en poco tiempo cubrirán

con exceso el alza de los salarios de sus obreros y empleados; pero también significa que los ingresos que percibe el Estado se multiplicarán tantas veces como los de los empresarios que producen mercancías para el consumo de la población dominicana; es más, se multiplicarán los ingresos de las agencias y los medios publicitarios porque así lo determinará el incremento de la demanda de todo lo que consume nuestro pueblo.

Uds., los empresarios, el Gobierno y los medios de comunicación social serán más beneficiados que los obreros y los empleados públicos con una alza de los salarios. Tenga la seguridad de que así será porque así lo demuestra el ejemplo de los países donde los obreros y los empleados públicos ganan los salarios más altos conocidos en la sociedad capitalista: Estados Unidos, Suecia, Japón, Alemania, para mencionar sólo cuatro.

Termino estas líneas con saludos atentos para Ud. y los miembros del CNHE.

Juan Bosch
Presidente del PLD

CARTA A JOAQUÍN BALAGUER*

TEXTO DE LA CARTA QUE ENVIÓ EL EX-PRESIDENTE JUAN BOSCH AL PRESIDENTE JOAQUÍN BALAGUER EL PASADO 29 DE NOVIEMBRE EN LA QUE HACE REFERENCIA A LA SITUACIÓN DE LA REFINERÍA DOMINICANA DE PETRÓLEO (REFIDOMSA).

Señor

Dr. Joaquín Balaguer,
Presidente de la República Dominicana

Señor Presidente:

Me dirijo a Ud. en forma pública para llamar su atención acerca de los problemas que en la actualidad se están presentando en la Refinería Dominicana de Petróleo, los cuales son de tal magnitud que de no tomarse medidas urgentes podrían ocasionar consecuencias imprevisibles para el desenvolvimiento de la vida nacional.

En primer lugar, debo decirle que los depósitos de tanques que contienen el crudo del petróleo están vacíos, y la carga de ese crudo está en 2 mil 500 toneladas métricas diarias, o lo que es igual, en punto más bajo, ya que esa carga puede alcanzar hasta 4 mil 500 toneladas métricas por día.

La situación es alarmante si se sabe que sólo por concepto de demora a los barcos que cargan el crudo de petróleo desde México y Venezuela hay que pagarles 12 dólares diarios, es decir, 75 mil 600 pesos cada día, hecho que contribuye a agravar la situación económica del país.

* "Bosch analiza situación de Refinería", *El Caribe*, Santo Domingo, 1º de diciembre de 1989, p.2.

Sin embargo, a pesar de recibir esas impresionantes sumas de dinero sólo por concepto de demora, las compañías propietarias de los barcos cargueros alegan que el Banco Central no hace efectivo el pago a tiempo.

Para que usted esté informado en todos sus detalles sobre la situación que le estoy describiendo, debo añadirle que en la actualidad hay un barco cargando en Venezuela que si por cualquier razón no llegara al país el próximo sábado la planta de la Refinería de Petróleo tendrá que ser paralizada, y todos sabemos cuáles serán las consecuencias de esa paralización.

Por otro lado, se sabe que el Banco Central está haciendo resistencia al pago del aditivo que lleva la gasolina, esto es, del plomo, y aunque el gobernador de dicha entidad alega que el plomo contamina, lo cierto es que la resistencia al pago se debe a la carencia de dólares de esa institución financiera.

Es cierto que el plomo produce algún tipo de contaminación, pero si no se le agrega ese componente al combustible sería necesario usar fórmulas nuevas para refinar el petróleo crudo, lo que exigiría más pagos en dólares.

La situación de la Refinería es en estos momentos tan crítica que sólo está procesando el 50 por ciento de la demanda nacional de los cinco productos básicos, como son el GLP, mogas, kerosene, gas oil y fuel oil, y si no se toman, con carácter urgente, medidas para resolver los gravísimos problemas que se están presentando en esa dependencia los dominicanos verán empeorarse aún más sus ya difíciles condiciones materiales de existencia.

Es por esa razón, Dr. Balaguer, que me he dirigido a Ud. de manera pública para informarle de lo que está ocurriendo en la Refinería Dominicana de Petróleo.

Con saludos afectuosos queda de Ud., atentamente,

Juan Bosch

EL CONSEJO NACIONAL DE LA MAGISTRATURA*

No es cierto que yo haya llegado a acuerdos con el Dr. Joaquín Balaguer ni con el Partido Reformista Social Cristiano (PRSC); en relación a la selección del juez faltante del Consejo Nacional de la Magistratura, tal como se ha publicado en el *Listín Diario* de hoy, 14 de julio.

Quien ha difundido esa fastuosa versión ha sido una persona que pertenece a un partido que ya se siente derrotado, y me quiere presentar como un traidor.

Nunca he llegado a acuerdos, ni llegaré a hacerlos sin autorización del Partido de la Liberación Dominicana (PLD).

Para la estructuración del Consejo Nacional de la Magistratura falta la elección del segundo representante del Senado. El PRD ha propuesto para llenar el faltante a la doctora Milagros Ortiz Bosch, senadora por la Capital, esfuerzo en el que ha encontrado el apoyo del PLD.

* "Bosch niega acuerdo con el PRSC. Nota desmiente decidieran escoger miembros de CNM", *El Caribe*, Santo Domingo, 15 de julio de 1995, p.1 / p.4.

J[OAQUÍN] B[ALAGUER] Y [JUAN] BOSCH
FIRMAN DOCUMENTOS*

Durante muchos años, desde nuestras respectivas posiciones políticas, nos ha tocado jugar distintos papeles históricos en el accidentado quehacer político dominicano que corresponde a la posteridad juzgar con equidad e imparcialidad.

En variadas y múltiples ocasiones, como es de todos sabido, los problemas del país nos han llevado a mantener posturas contrapuestas en torno a la forma de resolverlos.

Sin embargo, debemos señalar que en todos los casos a la hora de actuar ha primado siempre, independientemente de nuestras diferencias políticas, el propósito de asegurar la convivencia pacífica, la unidad, la tranquilidad de la familia dominicana y el amor a la Patria.

Aunque estamos convencidos de que es mucho lo que se ha logrado, justo es también reconocer que es mucho lo que falta por hacer.

En la actualidad hay retos que es preciso seguir enfrentando resueltamente, referidos a problemas de carácter interno, para crear nuevas fuentes de empleo en beneficio de una población creciente, para seguir mejorando el nivel educativo de nuestro pueblo, para hacer más eficientes nuestros sistemas de salud y de seguridad social, para continuar desarrollando nuestro sector productivo, así como para fortalecer

* *El Caribe*, Santo Domingo, 3 de junio de 1996, p.5.

muchas de nuestras instituciones, como es el caso del aparato judicial. Otros retos que deben también seguir siendo enfrentados se refieren a problemas de carácter externo, la mayoría de ellos relacionados con el proceso de apertura de las economías dentro de un marco de globalización que abarca todo el quehacer humano.

Es en ese contexto que se hace necesaria una renovación de nuestras esperanzas nacionales, sobre la base de la reafirmación de los principios que sustentan la República.

En las postrimerías del siglo XX, estamos obligados a aunar esfuerzos para que el país consolide su proceso democrático, y para asegurar a los dominicanos del mañana el derecho al trabajo, a la alimentación, a la educación, a un techo seguro, a la salud y a la seguridad social. Todo esto como prerrequisito para que podamos conservar la paz. Con una familia unida. Sin resquemores. Sin deformaciones y sin odio. Donde el interés sagrado de la Patria y la defensa de su independencia y de su soberanía prevalezcan siempre por encima de las diferencias circunstanciales de la lucha política.

Es por todo ello que en estos momentos cruciales, de cara al proceso electoral en marcha, es nuestro deber llamar a todos los hombres y mujeres que conforman la nación dominicana a integrar un Frente Patriótico en torno a las candidaturas de los doctores Leonel Fernández y Jaime David Fernández Mirabal, conscientes de que ellos representan la mejor y única garantía de preservar lo logrado y de asegurar un futuro promisorio para todo el pueblo dominicano.

Firmado en el encuentro por la Patria, celebrado en Santo Domingo, Distrito Nacional, República Dominicana, hoy día dos (2) del mes de junio del año mil novecientos noventa y seis (1996).

Joaquín Balaguer
Juan Bosch

PATRIA

MENSAJE AL PUEBLO*

Dominicanos:

Miles de dominicanos han muerto por la Constitución de 1963. Ahora hay personas que ni siquiera son dominicanos que quieren ignorar esa Constitución y los sacrificios que el pueblo dominicano ha hecho por ella.

Ningún dominicano será digno de su patria si acepta que los caídos en esa lucha no tenían razón para luchar y murieron en vano. Todos podemos aceptarlo menos que se insulte de esa manera la sangre derramada por el pueblo.

A los que murieron por la Constitución debemos asegurarles que los vivos sostendremos la Constitución hasta el triunfo final.

Juan Bosch

* *Patria*, Santo Domingo, 6 de junio de 1965, p.3.

EL NACIONAL DE ;AHORA!

UN MANIFIESTO ANTICOMUNISTA*

Este libro de Régis Debray es un juicio público lanzado contra los partidos comunistas de los países pobres del mundo. En él, Debray desempeña el papel de acusador oficial, y habla en nombre del pueblo, de la revolución socialista y de la historia; pero está claro que está expresando las opiniones de Fidel Castro.

Por esta razón, su libro es de tremenda importancia. Si fuera un simple trabajo de un joven escritor europeo dotado de un talento excepcional para extraer ciertos hechos esenciales del proceso histórico y expresarlo en un lenguaje que es típicamente francés en su brillantez, ¿*Revolución en la revolución?* (La Habana, Casa de las Américas, 1967, 110 p.) sería un agudo ejercicio intelectual, y nada más. Naturalmente que también sería de interés por la reciente prisión del autor, en Bolivia, por haber tomado parte en actividades guerrilleras, una acusación que él ha estado negando y rechaza, en consecuencia. Pero hay algo más con respecto a este libro.

¿Qué es este “algo más”? Pues consiste en dos elementos: primero, este libro lanza cargos contra todos los partidos comunistas de la América Latina, acusándolos de falta de coraje y decisión para pensar en la toma del poder. Al mismo tiempo,

* *El Nacional de ¡Abora!*, Santo Domingo, 28 de octubre de 1967, pp.11-12.

¿Revolución en la revolución? es un arma de lucha de Fidel Castro por lograr una unión del comunismo y del nacionalismo en la América Latina.

La principal acusación de Debray contra los partidos comunistas de la América Latina hace surgir otras, que pueden ser aún más serias, porque están basadas en juicios morales más bien que de capacidad táctica. En vista de la inclinación de la juventud de la América Latina hacia consideraciones de valor moral sobre todas las otras, estos cargos podrían tener serias consecuencias para los partidos comunistas del presente, en esos mismos países. El más importante de estos cargos es el de que, por lo mismo de que ellos necesitan mantener una política de posición, que les permita tratar o entenderse con las clases medias y con las oligarquías de sus respectivos países, estos partidos comunistas están saboteando los movimientos guerrilleros.

Debray está en lo cierto, en este cargo principal. Los partidos comunistas de América Latina han degenerado, con facilidad, en máquinas burocráticas, mejor organizadas y más disciplinadas que los partidos políticos tradicionales de cualquier país capitalista, pero, básicamente, no diferentes de los sistemas que ellos propugnan. Esta completamente claro ya, que si Fidel Castro pudo conducir algunos cientos de luchadores guerrilleros al poder político, en Cuba —una isla que dista solo noventa millas de los Estados Unidos—, los dirigentes comunistas de países emplazados a mayor distancia de Washington —como Chile, Argentina y Brasil—, hubieran podido hacerse cargo de ese poder más temprano. La famosa marcha al través del Brasil de la Columna de Prestes, hace ya más de treinta años, no tiene ahora —después de la toma del poder por Castro—, la significación revolucionaria que los comunistas de América Latina le atribuían antes.

Hay, sin embargo, una circunstancia, que Debray no toma en cuenta. Fidel Castro fue capaz de alcanzar el poder sin la ayuda del Partido Comunista Cubano, pero, ¿hubiera podido él hacer todo lo que ha hecho, sin su colaboración? ¿Hubiera podido Fidel Castro ganar el control total de la vida del país con tanta rapidez, si hubiera continuado contando con los grupos del pueblo de diferentes clases sociales, dirigidos por jóvenes revolucionarios de las clases medias, y de menos de medias, que no tenían ninguna ideología ni tampoco disciplina alguna como partido bien definido, como era el caso del Movimiento del 26 de Julio? La respuesta parece que habría de ser ¡No! La existencia de un Partido Comunista Cubano, con sus cuadros rígidamente disciplinados, y muchos seguidores, fue, sin duda, un factor de primera importancia, no en la toma del poder, sino en la transición de un tipo de revolución que Castro había predicado, al tipo de revolución que él finalmente, constituyó.

Si lo que acabamos de decir es cierto, debemos considerar dos fases diferentes de revolución latinoamericana. La primera es la de la toma del poder, acción en la que los partidos comunistas no desempeñarán ningún papel, como ciertamente pasó en Cuba. Hasta mi salida de Cuba, en abril de 1958, el Partido Comunista Cubano se había opuesto a las bandas de guerrilleros de Fidel Castro, a quienes acusó de ser “putschistas”, —es decir, de hacer una revolución de tipo político—. En ese mes, algunos dirigentes comunistas, incluyendo a Carlos Rafael Rodríguez, habían sido asignados por el Partido al establecimiento de contactos con Castro; en ese mismo mes, sin embargo, el Partido Comunista de Cuba se negó a tomar parte en la huelga general organizada por el Movimiento 26 de Julio.

Hasta el fin de esa primera fase, la experiencia cubana parecía respaldar la tesis de Debray. Podemos resumir lo que este joven escritor francés dice, en esta forma; no es necesario

para los partidos comunistas tener participación en el hacer la revolución ni en la conquista del poder. (Debray aceptaría tal participación, pero bajo la condición de que los partidos comunistas cambien su actitud o su perspectiva, —y, por lo tanto, su conducta—; en otras palabras, que esos partidos comunistas dejen de ser lo que hoy son). Pero ¿puede la segunda fase —la del establecimiento de la dictadura del proletariado y la instalación de un régimen socialista—, alcanzarse sin la ayuda de un partido comunista bien organizado y disciplinado, con sus cuadros capaces y confiables, como era lo cierto en el Partido Comunista Cubano?

Debray no responde a esta interrogante, ni la ha propuesto, siquiera. No obstante, la interrogación surge de la historia de las revoluciones latinoamericanas. Cuba necesitaba editores de diarios y de revistas, escritores para la televisión y para la radio; maestros de escuela, ingenieros, agrónomos, doctores, servidores civiles en todos los niveles; administradores y contables; bancos y establecimientos comerciales; dirigentes laborales y hombres militares, para traerlos a la esfera socialista. ¿Podían todos estos elementos humanos ser suplidos por algunos 800 ó 1,000 batalladores de guerrillas? Sin duda, que no. Por otra parte, el Partido Comunista Cubano tenía en sus registros militares de hombres y de mujeres trabajando en diversos empleos, a lo largo del país. Esos hombres y mujeres habían estado en capacidad de desempeñar diversas posiciones en el Gobierno y en todos los aspectos de la vida nacional, situación que permitía a los guerrilleros de Sierra Maestra dedicar su tiempo a la organización de las fuerzas armadas y de la policía, y en funciones especializadas en esos mismos sectores militares y policiales. Si fuéramos a seguir literalmente el ejemplo de Cuba, llegaríamos a la conclusión de que, aunque el partido comunista no es necesario o imprescindible para apoderarse del poder,

sí era indispensable para continuar la revolución tan pronto como el poder hubiese sido alcanzado.

¿Es correcta esta conclusión? No lo es, porque hemos partido de una premisa falsa. La Revolución Cubana en todos sus aspectos, no se reproducirá en las Américas. La revolución comenzó en Cuba como un movimiento que se proponía el establecimiento de un gobierno popular, democrático y reformista. Esta revolución se declaró como socialista solo después de estar en el poder. Debray no propone que este proceso sea repetido porque él sabe que esto sería imposible. Lo que él sí propone son revoluciones que sean francamente socialistas desde su comienzo. En su punto de vista, este carácter puramente socialista determinará de antemano, la posición ideológica de los miembros que constituyen los grupos de las guerrillas, o de sus colaboradores civiles, así como el tipo de oposición que el movimiento guerrillero habrá de encontrar. La oposición de los movimientos de las guerrillas seguirán las normas y modelos establecidos por los Estados Unidos en el Viet Nam, con ejércitos latinoamericanos con procedimientos del mismo tipo que las Fuerzas Armadas del Viet Nam del Sur. La oposición a los movimientos de las guerrillas será dirigida por los Estados Unidos, país que también le suplirá el correspondiente equipo. Los mismos Estados Unidos tomarán a su cargo la misión de exterminar a toda persona de la que se sospeche es un guerrillero. Como consecuencia de esto, las revoluciones abogadas por el joven escritor francés tendrán que ser, por necesidad, anti-imperialistas —es decir, anti-norteamericanas—, y en ellas los comunistas y los nacionalistas latinoamericanos actuarán concertadamente. Si esto sucede, Fidel Castro habrá triunfado en uno de sus más señalados propósitos.

Los nacionalistas latinoamericanos pueden, por supuesto, ser socialistas democráticos; pueden ser populistas, y aún pueden ser emotivamente anti-norteamericanos, aunque, ubicados

políticamente en la extrema derecha. El nacionalismo tiene campo y espacio para muchos puntos de vista. Por otra parte, aún después de la Revolución Cubana, los comunistas capaces de apoderarse del poder en la América Latina permanecen siendo un pequeño grupo. La consecuencia de la unión de los comunistas y de los nacionalistas por todo esto, será una revolución similar a la de Viet Nam o a la de Argelia, pero con una gran diferencia; sería dirigida por un jefe guerrillero, y no por el partido comunista.

Por otra parte, esto no solamente sigue el ejemplo de la Revolución Cubana, sino que cae dentro de la tradición. Encontramos, entonces, al dirigente que tiene tanta fuerza militar como fuerza política —como Simón Bolívar las tuvo—, no solamente en las guerras de la independencia, sino también en los movimientos liberales y conservadores, como en aquellas otras guerras de caudillos —como pasó con Guzmán Blanco en Venezuela; con Alfaro en El Ecuador, con Díaz en México—. Las excepciones son pocas —la guerra de Cuba contra España en 1895, organizada por el Partido Revolucionario Cubano, de José Martí, por ejemplo—. Yo mismo he actuado en esta forma típica latinoamericana, durante los primeros días del mes de mayo de 1965. Cuando me di cuenta de que los norteamericanos no omitirían medios ni se detendrían en nada, para impedir mi regreso a Santo Domingo, pedí al Congreso elegir al coronel Caamaño como Presidente Constitucional, de manera que la Revolución Dominicana tuviese un jefe militar, que fuera, al mismo tiempo, su dirigente político.

Debray cita una frase de Fidel Castro, (p.88), que es la siguiente: “¿Quién hará la Revolución en la América Latina? ¿Quién? El Pueblo, los revolucionarios, con o sin partido”. En esta frase está latente la esencia, el núcleo del problema suscitado por el libro de este joven escritor galo: en

este libro no se expresa solamente la opinión de Fidel Castro, sino también un proceso histórico que, durante muchos años, ha estado trabajando en el corazón mismo de la izquierda latinoamericana.

Este proceso tiene sus orígenes en lo que podríamos llamar “la incapacidad congénita” de los partidos comunistas latinoamericanos para trabajar por la toma del poder, y su tendencia a predicar el comunismo mientras actúan como reformistas. Esta actitud ha sido compartida, tanto por los dirigentes como por sus seguidores, que se han limitado a pedir reformas dentro de los sistemas oligárquicos clásicos de América Latina —con cuyos dirigentes han coexistido siempre—, con el pretexto de que en los países de América Latina no ha habido “condiciones objetivas” para la toma del poder por los comunistas. Sus seguidores han estado buscando y deseando trabajar dentro de estos lineamientos, y muchos de ellos, con un sacrificio enorme —y también con fervientes sentimientos partidistas—, sin la menor esperanza de alcanzar nunca ese poder. Fue Fidel Castro quien rompió ese fascinante hechizo. Castro, que no era comunista, llevó el comunismo al poder, en Cuba. La Revolución Cubana creó, inevitablemente, una crisis dentro de los partidos comunistas de todas partes de la América Latina, puesto que muchos cuadros y militantes se preguntaron a sí mismos por qué razón sus dirigentes no habían hecho lo que Castro logró hacer.

Regis Debray explica brillantemente estos dos procesos de formación del reformismo súper ego entre los comunistas latinoamericanos y su dificultad para renunciar a las ventajas económicas y sociales de su posición. Pero Debray no explica algo que Castro mismo entiende: entre 1930 y 1959, los jóvenes de América Latina se negaron a ser comunistas, y hasta llegaron a pelear contra el comunismo, precisamente porque ellos no podían ver ni sentir, en los comunistas, ninguna compulsión

revolucionaria. Para esas gentes jóvenes, los comunistas tenían menos fervor que los reformistas. Dirigentes como Antonio Guiteras y Lázaro Cárdenas, asustaron a los comunistas. Aún en 1960 se llegó a extender entre los comunistas cubanos la opinión de que Fidel Castro estaba haciendo las cosas con mucha rapidez y que, por esto, estaba poniendo las ganancias de la Revolución en riesgo peligroso. Además de esto, la juventud nacionalista se mantenía alejada de los comunistas por la sumisión de los partidos comunistas de América Latina a la política internacional de Stalin.

Fidel Castro sabía —y sabe—, que el sentimiento más serio de la gente joven de América Latina es su amor a la Patria; él sabía —y lo tiene presente— que lo que ha mantenido a los partidos reformistas democráticos en nuestros países fuera del apoyo de la juventud es la estrecha relación entre su gobierno, oficiales y los Estados Unidos. Los dirigentes reformistas latinoamericanos se han identificado ellos mismos como pronorteamericanos; la juventud es anti-norteamericana; y los Estados Unidos son la encarnación, la personificación del anticomunismo militante. En opinión de Fidel Castro, sin embargo, la revolución latinoamericana unirá a los comunistas y a los nacionalistas, sin que importe nada cuáles puedan ser sus ideas políticas. Aparte de esta unión, habrá un argumento de nacionalismo-comunismo, o de comunismo-nacionalismo. Para Fidel Castro —aunque es Debray el que esto dice—, la unión de los comunistas y de los nacionalistas vendrá al través de acciones guerrilleras. Así fue como pasó y Castro mismo es el mejor ejemplo de ello. Hablando de las experiencias rusas, china y vietnamesas, Debray se lanza a decir, (p.100): “La lucha de clases tomó la forma de una guerra patriótica, y el establecimiento del socialismo correspondió a la restauración de la independencia nacional: ambos hechos están íntimamente ligados”. (En la edición española (p.84), esta

sentencia está en tiempo presente, y esto le da mayor valor propagandístico, y los acerca más al ejemplo cubano).

El interés intelectual del libro de Regis Debray es indiscutible. Es de importancia política, porque expresa opiniones de Fidel Castro. Un dirigente del tipo de Castro no limita sus opiniones al campo abstracto de las ideas: lo convierte en acción. Solamente si entendemos esto, podemos apreciar los nexos existentes entre las formulaciones del libro de Debray y ciertos aspectos significantes de la Cuba de Castro, tales como el creciente énfasis ganado en Cuba por los héroes de la independencia, especialmente en lo relativo a la imagen histórica de Simón Bolívar, y el también creciente desembarazo o la soltura de Cuba, de Rusia y de China, a medida que avanza la escalada en Viet Nam, y se convierte este hecho en centro de atención que cada incursión de bombardeo desde el aire en el Viet Nam, —sea en el Sur o en el Norte— y que cada vietnamés que muere por el napalm, aumentará el odio hacia los Estados Unidos de parte de la juventud de América Latina. Los jóvenes que la integran han sido víctimas del poder por muchas generaciones, y son particularmente sensitivos a sus abusos. Al mismo tiempo, ellos se han disgustado o se han desviado de sus dirigentes democráticos reformistas, que todavía les hablan de esos bombardeos como si las víctimas que perecen en Viet Nam fuesen partes de ganado de cualquier clase, y no seres humanos; es decir, el pueblo de un país pobre y débil como el de los países de la América Latina.

El libro de Debray es, como hemos dicho, un instrumento en la lucha por crear una unión del comunismo y del nacionalismo en América Latina, propósito que parece ser también el objetivo pretendido por Fidel Castro. Como tal instrumento, podría haber sido más útil si hubiese sido escrito en una prosa menos elevada, en un lenguaje más accesible a las masas. Pero el joven escritor europeo no podía liberarse, él mismo,

de su propia experiencia: él ha escrito como los franceses son enseñados a escribir, con brillantez, con elegancia y con agudeza. No ayuda el asunto o materia que el título haya sido lanzado en forma de una interrogación; aunque esto puede ser tomado como un signo de honestidad intelectual, es vago y denota inseguridad. (En la versión inglesa hay algunos casos de traducción libre que, en ocasiones, no reproduce el sentido exacto de la frase, pero esto sólo ocurre en algunos detalles sin importancia, y no queda afectado el todo).

Debray cae en algunas contradicciones. En el curso del Capítulo intitulado “Propaganda armada”, (pp.47-68), por ejemplo escribe: —p.47— “el primer núcleo de combatientes será dividido en pequeñas patrullas de propaganda... Con el objeto de explicar los propósitos sociales de la revolución”, pero en la página 51, él afirma que la no agresión o la no asaltabilidad (de un soldado) no puede ser desafiada con palabras, sino con una declaración de que un soldado y un policía no están más a prueba de balas ya, sino que éstas le entran también a ellos”. En la página 54 escribe que “durante dos años de guerra, Fidel no efectuó una sola reunión”. Estas dos últimas aseveraciones, parecen estar conformadas como un principio básico, cuando nos asegura, él mismo, en la página 56, que “el principal punto es que bajo las presentes condiciones, la forma más importante de propaganda es una acción militar exitosa”. Estas contradicciones se deben, seguramente, al fallo de Debray en entender completamente la clase de propaganda política que los guerrilleros deben intentar o emprender. Este tipo de propaganda no es lo que Debray describe en la página 49 de su libro, sino otra clase; propaganda para ser hecha, no por discursos, sino por medios políticos —por decisiones y acciones que ganen confianza, afecto, y aun la gratitud del pueblo que vive en la zona donde operan las guerrillas—.

Al mismo tiempo, Debray sugiere temas que podrían convertirse en sobrecogientes o alarmantes, si fuesen desarrollados posteriormente, por ejemplo, en esta discusión de la indisoluble relación que existe entre estrategia revolucionaria y táctica, (p.10); él argumenta que las consideraciones tácticas deben preceder asuntos o casos de estrategia total. Aún cuando él puede estar explicando este argumento como un concepto general, dicho concepto podrá, cuando sea aplicado, convertirse en algo de inestimable —y quizás de indispensable— valor para que se entienda lo que está en el fondo —y es la razón fundamental— de la agitación revolucionaria en la América Latina, y lo que su futuro puede ser.

Cuando uno acaba de leer estas páginas, encuentra que hay dos asuntos o aspectos no resueltos: ¿Siente o cree Fidel Castro que un régimen socialista —unificando la dictadura del proletariado— puede ser establecido en América Latina, sin la colaboración o concurso del partido comunista? ¿Y por qué desea Fidel Castro crear una unión de comunismo y nacionalismo en la América Latina?

En Cuba, Fidel Castro aseguró la colaboración de los comunistas organizando un amplio frente, unificando los revolucionarios de todos los tipos, dentro de una organización en la que los comunistas —como partido— no tenían el monopolio del poder. Y ¿qué es esto, ciertamente si no una especie de unión de nacionalistas y de comunistas? Si uno analiza cuidadosamente la experiencia cubana y la presente situación de Fidel Castro, es difícil dejar de llegar a esta conclusión: Castro espera que, en la América Latina, la estrategia cubana se produzca.

La situación de Castro es similar a la de Stalin. Aquel astuto dictador georgiano esperó, durante varios años, un ataque del exterior sobre Rusia, y se preparó para esta agresión, vaciando, infundiendo en el Partido Comunista de la Unión Soviética,

un ardiente nacionalismo; al mismo tiempo, procuró extender este nacionalismo a todo el pueblo ruso y a todos los partidos comunistas del mundo. Su argumento era que Rusia representaba la patria común de todos los comunistas, y que debía ser defendida por cada uno de ellos, es decir, por los de Francia, por los de Suecia, por los de Argelia, por los de Chile, por los de México y por los de Norteamérica.

Fidel Castro está esperando un ataque de los Estados Unidos. Está en esa expectativa día tras día, y teme que, cuando esto venga, Rusia no defenderá con sus armas a Cuba, es decir, no peleará por ella. Fidel Castro no tiene esperanza de hacer fervientes nacionalistas cubanos del mundo comunista, y quizás no tiene entera confianza en el nacionalismo de los comunistas cubanos. Fidel Castro, de acuerdo con lo que puede ser deducido de lo que él mismo dice y hace, parece depender más de la juventud nacionalista de América Latina que de los partidos comunistas de la región. Él ve que los partidos comunistas están refrenando su respaldo a las guerrillas que se organizan en todo el continente, y, sin duda, que teme que esos partidos, constituidos durante los días del stalinismo que era leal a Rusia, puedan seguir la línea rusa de coexistencia pacífica con los Estados Unidos. Si el ataque norteamericano se lleva a cabo, esos partidos no harán gran esfuerzo en el sentido de evitar la derrota de Cuba.

¿Cómo puede Fidel Castro prevenir esto?

Dirigiendo la juventud de América Latina hacia la guerra de guerrillas. Los partidos comunistas de esta área pueden adherirse a la política internacional de Rusia y no a la de Castro; pero la juventud nacionalista seguirá a Castro, no a Rusia. Si la juventud nacionalista se lanza a la guerra de guerrillas y tiene éxito, el poder de Castro en la América Latina será mayor que el de Rusia, y los partidos comunistas tendrían que seguir eventualmente la línea de Cuba. En este caso, la fuerza

de los acontecimientos producirá la unión —o mejor sería decir, la síntesis del nacionalismo y del comunismo—, o sea, la síntesis de la agresividad nacionalista y de la capacidad de organización de los comunistas. Después de esta unión, el respaldo económico, técnico, político y militar de los países comunistas, sucederá inevitablemente. Esto es lo que ha pasado en Cuba. La juventud nacionalista peleó en las montañas durante dos años, y tan pronto estuvo en el poder, la organización comunista de Cuba y del mundo entero les dio el respaldo necesario para hacer la revolución socialista.

Uno puede darse cuenta, entonces, de que la estrategia de las guerrillas, a nivel continental, tiene su origen en la agresión de América del Norte contra Cuba, del mismo modo que la voluntad férrea de la dictadura de Stalin, y su política internacional, tuvo su fuente en la agresión, en la amenaza de agresión, de los países capitalistas contra Rusia. Algo semejante puede estar ocurriendo en el caso de la Revolución Cultural China, un movimiento que puede ser interpretado como un intento decidido de reforzar la unión de toda la China, con el objeto de hacer frente a un esperado ataque de los Estados Unidos.

Regis Debray no dice esto. Pero es fácil ver que su libro debe ser considerado como un capítulo de propaganda de más amplitud: el de los capítulos realmente importantes que podría contener el pensamiento, en todo su alcance, de Fidel Castro. Uno tiene que ver el libro de Debray como una parte de ese esquema.

En el momento en que apareció la traducción al inglés, de este libro de Debray, este joven francés estaba sometido a un juicio feudal típico de América Latina. Está, en efecto, siendo juzgado bajo la acusación de crímenes por parte de aquellos que representan un honor para los acusados. El dice que no los ha cometido. Habiendo escrito *¿Revolución en la revolución?*

inspirado, sin duda, por una curiosidad típica y propia de los intelectuales europeos, decidió ver, con sus propios ojos y al través de su propia experiencia, es decir, personalmente todas las cosas que él había tratado de manera abstracta. Fue a Bolivia como corresponsal de una revista mexicana, cayó en las manos de las tropas que buscaban a los guerrilleros bolivianos, y tuvo la fabulosa suerte de que no lo mataran al encontrarlo. Probablemente, los soldados que lo capturaron pensaron que Debray era norteamericano. Ninguna otra razón puede explicar su no liquidación inmediata. Sartre ha dicho que Debray está preso realmente por haber escrito *¿Revolución en la revolución?* Pero parece que lo contrario debe ser lo cierto: está vivo porque escribió este libro, que le ha dado notoriedad mundial, y, al tiempo que los jefes militares bolivianos se dieron cuenta de a quién tenían prisionero, el escándalo producido en Europa y en América fue tal, que hubiese sido muy peligroso eliminar a este joven escritor.

Hasta ahora, ha sido imposible probar que Debray era un guerrillero. Y, en realidad, puede que no lo haya sido. Él era —y él es— un intelectual, un escritor, que deseaba ver las acciones que él había conocido sólo como ideas. Esto puede ser un crimen en territorios dependientes, pero no en aquellas partes del mundo que pueden ser llamadas civilizadas. En cualquier caso, sentenciar a Debray puede hacer más daño a sus enemigos que al movimiento guerrillero. Acerca de esta última afirmación, nadie debe tener ninguna clase de dudas.

RESPUESTA AL INFORME HOLDRIDGE*
(OFICIAL DE INTELIGENCIA MILITAR DE ESTADOS UNIDOS, MÉXICO 1945)

La lectura de documentos como el *Informe Secreto del agregado Militar de Estados Unidos en México* me confirman en mi creencia de que el gobierno norteamericano es el peor informado del mundo, por lo menos desde mediados de este siglo en adelante, lo que sin duda explica el fracaso de su política exterior.

En este caso me refiero a un informe sobre mis actividades antitrujillistas clasificado como Reporte N° R 63-45 fechado el 16 de enero de 1945, pero evaluado el 1° de febrero de ese año.

El informe comienza diciendo: “Hace un mes llegó Juan Bosch a México”, cosa incierta porque yo había llegado a México en septiembre o tal vez en octubre del año anterior; sigue diciendo que mi estatura es de 5 pies y 8 pulgadas y es de 5 y 9 pulgadas sin zapatos; dice que yo era “la figura central del clandestino Partido Revolucionario Dominicano” y el PRD no era un partido clandestino sino formado públicamente en el exilio, que no tenía organización dentro de la República Dominicana; dice que yo había “viajado por Argentina y Chile”, países que vine a conocer varios años después; que yo le había dicho a una “fuente en la que tenía una confianza absoluta” que el PRD había penetrado “cerca

* *El Nacional*, Santo Domingo, 30 de mayo de 1982, p.5A.

del 90 por ciento de los sindicatos blancos de Trujillo” y que había “preparado una huelga general que será coordinada con una acción militar”; que ese partido “distribuye propaganda en toda la República” y que “planifica un golpe de Estado dentro de unos meses”.

Yo no tengo el hábito de hablar mentiras, pero mucho menos sobre asuntos políticos, porque la actividad política es de tal naturaleza que las mentiras que se digan en ella se descubren más tarde o más temprano, pero sobre todo no podía decir mentiras tan infantiles como la de que el PRD distribuía propaganda en todo el territorio dominicano y que iba a dar un golpe de Estado pronto. Ninguna de esas dos cosas podían hacerse en los tiempos del régimen trujillista correspondientes a 1945, año en que todavía estaba en su apogeo la Segunda Guerra Mundial, acontecimiento que había reforzado a nivel internacional, y seguía reforzándolo para esa fecha, el poderío de Trujillo.

El informe agrega: “Bosch dice que vino a México a comprar armas. A su llegada visitó a Lombardo Toledano y le explicó que el Partido Revolucionario Dominicano deseaba comprar armas. Lombardo le explicó que sería imposible obtenerlas en México puesto que el Gobierno tenía un control muy riguroso de las mismas”, todo lo cual es mentira. Ni el PRD tenía con qué comprar armas ni estaba pensando en acciones armadas porque no tenía organización para esos fines. Yo estaba en México como punto inicial de un viaje de propaganda en contra de Trujillo y a favor del PRD que debía hacer, por mandato de un congreso del PRD que se había reunido poco antes en La Habana, por México, Centroamérica y Venezuela.

El informe dice que yo describí “a Lombardo como mórbido, indigno de confianza y completamente divorciado de la realidad continental”, cosa totalmente incierta porque yo tenía,

y sigo teniendo hoy, en el año 1982, una opinión de Vicente Lombardo Toledano opuesta a la que aparece en el mamotreto del agregado militar norteamericano en México.

Sigue diciendo el informe: “Antes de que pasara una semana después de su entrevista con Lombardo, Bosch dice que encontró suficientes armas para apertrechar su revolución”. (En el párrafo anterior olvidé decir que yo no conocí a Lombardo Toledano a fines de 1944 sino en 1941, cuando dirigía la Universidad Obrera de México, y cuando volví a México a fines de 1944 no lo vi porque según se me dijo estaba viajando por América Latina). Según se dice en el supuesto informe, las armas que yo encontré eran “de manufactura americana”... y yo debía “pagar dos mil pesos para cada ametralladora Thompson y seiscientos pesos por cada rifle Springfield”, y además que declaré que “existían grandes depósitos de armas en muchas partes del país, un asunto que había salido a relucir a consecuencia de sus (mis) esfuerzos para conseguir mejores precios”, frase con la que se da a entender que gracias a mis regateos se supo que en México había muchas armas, cosa que me parece una tontería de bulto.

Es mentira que yo dijera que parte de esas armas “estaban siendo compradas y llevadas de contrabando a Costa Rica”, como lo es que afirmara que me habían dado una seguridad definitiva de ayuda financiera de parte del gobierno venezolano para derrocar a Trujillo”; que el dinero venezolano sería usado para pagar las armas que yo compraría en México y que los volantes de propaganda que se distribuían en la República Dominicana se hacían en Venezuela y México. En Venezuela gobernaba entonces el general Isaías Medina Angarita a quien yo iba a conocer varios meses después, y en la República Dominicana no circulaban volantes de ninguna especie.

El informe asegura que yo había escrito “reportes sobre las condiciones de la República Dominicana” a petición del presidente Ávila Camacho, con quien nunca tuve trato alguno ni directo ni por intermedio de nadie, pero el informe dice que sí lo tenía, directo con él e indirecto con el general Lázaro Cárdenas, lo que tampoco fue verdad, como no lo fue el dato de que se me pagaban los informes que escribía sobre la República Dominicana. Lo único que escribí en México para un departamento oficial fue un trabajo que me pidió la Secretaría de Educación acerca de los programas educativos dominicanos, y nunca supe si ese trabajo había sido publicado.

Es mentira que yo hablara de que las armas que estaba comprando o iba a comprar “serían puestas a bordo de un buque en Veracruz para desembarcarlas en una playa dominicana que ya había sido elegida para esa operación”, y es mentira que la “operación y la coordinación con la huelga general y el movimiento de grupos que serían armados en la playa están siendo planificados con mucho cuidado por oficiales del ejército dominicano, algunos de los cuales están en el exilio”. Para esa época no había tales oficiales militares dominicanos en el exilio, pero además no había tales planes ni cosa parecida.

¿Quién inventaba tantas mentiras para vendérselas al agregado militar de Estados Unidos en México? ¿Y por qué ese agregado no cotejaba lo que le decían con otras fuentes o con personas que pudieran darle una idea de la legitimidad de esos informes?

Si yo fuera un charlatán a la manera de otros líderes políticos de este pobre país en el que tanto abundan los personajes falsos, que son de cartón pero que se presentan como si fueran de platino, dejaría que circulara tal como fue escrito el informe del agregado militar de Estados Unidos en México, porque eso me presentaría ante mucha gente simple como un conspirador activo que a fines de 1944 estaba comprando armas en

México para derrocar a Trujillo. Pero de haber aprobado con mi silencio las mentiras de ese informe estaría aceptando que la mentira es una arma política legítima.

Y no lo es. La mentira es siempre un valor falso, podrido, pero lo es más que nunca cuando se usa en la actividad política. Sólo los líderes degenerados pueden valerse de ella creyendo que no se llegará a saber que mintieron; y se sabrá, y que no le quepa duda a nadie, porque la mentira acaba pudriéndose y se descubre por el mal olor que denuncia su presencia.

CINCO JÓVENES POETAS*

Desde que me enteré de que cinco mujeres poetas —no me gusta la palabra poetisa y no hallo razón para no aplicarles a las mujeres que escriben versos el mismo calificativo que a los hombres que los escriben—, todas ellas jóvenes y de alta calidad, habían sido presentadas en la Biblioteca Nacional por Mateo Morrison, y especialmente desde que leí en el Suplemento Cultural de *La Noticia* del 27 de febrero de este año sus versos, estoy buscándole explicación a ese fenómeno, porque no me cabe duda de que se trata de un fenómeno que quizá no se haya dado antes en ninguna parte, al menos en los países de lengua española, y si se dio alguna vez, el hecho no se hizo público.

¿Por qué en un país pequeño, cuyo pueblo no se distingue precisamente como buen hablante de su lengua, en cuyas escuelas se ha perdido la tradición de enseñar a usar las palabras con la debida propiedad, surgen de pronto, como si salieran en haz de un amasijo de sombras intensas, esas cinco mujeres poetas? ¿Qué las identifica entre sí? ¿Qué las ha convocado, las ha llevado a reconocerse y les ha ordenado cantar? ¿Es el pasado reciente, el de veintitantos años atrás, con su carga de pasiones encontradas, las pasiones que sembró y desató en el

* “Juan Bosch elogia trabajos de cinco jóvenes poetas”, *El Nacional de ¡Ahora!*, Santo Domingo, 24 de marzo de 1983, p.16.

alma del Pueblo la violencia de un sistema económico y social que marchaba a todo tren abriéndose un camino de sangre a borbollones y huesos descarnados para apilar en pocas manos el peso tremendo de la riqueza sustraída a la tierra y a sus moradores mediante los métodos feroces de la acumulación originaria?

Necesariamente en el origen de este fenómeno tiene que haber un hecho histórico de esos que afectan a multitud de personas. Para mí, las cinco jóvenes poetas a que aludo lo dicen al explicar por qué escriben versos. Carmen Imbert, a quien Bonaparte Gautreaux Piñeyro llama Carmen Imbert Brugal en *El Nacional* el 13 de marzo lo explica así:

(Escribo versos) “Porque creo que por el momento es la mejor manera que tengo de gritar y es preferible a matar o morir de rabia e impotencia hasta que llegue el día de la gran ternura de que hablaba Neruda”.

Sabrina Román dice: “Hago poesía, o intento hacer poesía, llevada por una gran necesidad, porque hay muchas cosas que decir de la vida que no se pueden ir gritando por las calles porque terminaríamos en el manicomio, pero que sin embargo al ser escritas sirven a veces hasta de consuelo. Creo mucho en esa poesía que nace sin complicaciones, esa poesía que parece ser vomitada por el alma, porque esa es la poesía que cumple a cabalidad su propósito...”

He aquí lo que opina Carmen Sánchez: “Definitivamente necesito construir con esa poesía un complemento que contrarreste de algún modo lo que no siento, lo que existe a medias, lo que se escapa... Concibo la poesía como un eterno clamor, un acto vivo que contradice, defiende y lucha... El poema reafirma la conducta humana. Creo en su fuerza, creo en él al servicio del hombre, creo en su continuidad para seguir labrando camino y espacio... ¡Qué hable la vida con su propio lenguaje!”.

Mayra Alemán dice que la poesía "...Nace, tal vez, de una profunda necesidad de comunicarnos con los demás, de hablar en silencio mientras escuchamos nuestro mundo interior. Ideas y emociones en remolino que nos golpean, nos derrotan, nos arrojan de nosotros mismos... Medimos la estatura de nuestro grito por adelantado y en este momento todas las voces encuentran una garganta tropezando, cayendo, levantándose en cada desconsuelo, en cada soledad, en cada agnía... Tenemos la certeza, en medio del naufragio, de esconder hasta el faro —la gente— a través de la luz: la poesía".

Dulce Ureña es, entre las cinco, la única que se refiere a la poesía colocándose fuera de su hechizo, y lo hace diciendo que la poesía "está condicionada por el trasfondo de un marcado grado de sensibilidad (de quien la hace), junto a un nivel de sistematización del conocimiento que la nutre"; y agrega que "con suma dificultad podría definir lo que siento al ejercitarme en ella... Creo que sería más fácil definirme en caso de que no lo hiciera".

Para mí, que pasé más de diez años escribiendo cuentos sin poder definir ante mí mismo qué cosa era el cuento, resulta sorprendente que esta bandada de poetas sepan, desde el momento mismo en que empiezan a ejercer el alto oficio de expresarse en versos, qué es la poesía, pero sé que por sí sólo el hecho de tener ese conocimiento todas ellas van a volar muy alto, y la convicción de que será así me proporciona una alegría intensa, vivificante, porque me siento seguro de que mi pueblo no va a quedarse mudo cuando deje de oírse el canto de Pedro Mir.

A LAS DIRECCIONES MEDIAS DEL PARTIDO
PARA CONOCIMIENTO DE LAS BASES*

BOLETÍN N° 16

Queridos compañeros:

El auge del Partido de la Liberación Dominicana ha llegado a ser tan alto que tiene preocupados a muchos centros de poder del país y extranjeros y ha provocado en ellos la necesidad de abrir una campaña de descrédito del Partido que se ha hecho patente en estos días con motivo de la expulsión de las filas peledéistas de José Francisco Zapata y Luis Hernández que hasta el día 16 de este mes eran miembros del Comité Central de nuestra organización.

Esa campaña está haciéndose a base de mentiras y a la cabeza de ella está el ex compañero Rafael Albuquerque para quien se han abierto de par en par las páginas de ciertos periódicos y

* “Bosch explica motivos de expulsiones en el PLD”, *El Nacional de ¡Abora!*, Santo Domingo, 1 de marzo de 1985, p.4 / p.16.

“El profesor Juan Bosch explicó que pidió al Comité Central del Partido de la Liberación Dominicana (PLD) la expulsión de los dirigentes José Francisco Zapata y Luis Hernández porque habrían demostrado en la reunión de ese organismo que “seguían siendo perredeístas”.

En un boletín enumerado con el 16, y dirigido a las direcciones medias peledéistas para conocimiento de las bases de la organización, Bosch señaló que en una reunión del Comité Central del pasado 16 de febrero, cuando Zapata y Hernández hicieron un espectáculo “penoso” que maltrataba la disciplina interna del PLD.

A continuación el texto íntegro del boletín número 16 del Partido de la Liberación Dominicana:” (nota de *El Nacional de ¡Abora!*).

las pantallas de la televisión en las cuales —unas y otras— es presentado diciendo mentiras que van a ser puestas al descubierto en este boletín.

Para responder a esa campaña se escriben estas líneas que firmo en mi condición de presidente del PLD, y lo digo al comenzar a redactarlas para que los compañeros a quienes se destinan sepan en primer lugar, que yo mismo me ofrecí a escribirlas en la reunión del Comité Central celebrada ayer, día 25, para hacer una evaluación de la que tuvo lugar el 16 de este mes en la cual, como sanción por la conducta escandalosa de José Francisco Zapata y Luis Hernández, ambos compañeros fueron expulsados del Partido a propuesta mía.

El Comité Central se reunió para conocer de una agenda de tres puntos que fueron presentados así:

- 1: Caso del compañero Zapata,
- 2: Análisis de la situación política actual;
- 3: Educación del Comité Central.

La convocatoria para esa reunión había sido puesta en circulación el martes 12 y el jueves 14 el noticiero de Radio Central anunció tres veces que en el PLD había serios problemas y que se decía que iba a haber expulsiones de miembros del Comité Central, y es oportuno explicar en este momento que un periodista de *Última Hora*, periódico que ha dado abundantes pruebas de su escasa seriedad, fue hasta hace sólo algunos meses director del noticiero de Radio Central y salió de ese cargo no por desacuerdos o disgustos con el dueño de esta estación de radio sino porque el gobierno la había clausurado y accedió a dejarla funcionar de nuevo si el director del noticiero era cancelado. El propietario de Radio Central aceptó lo que proponía el gobierno y buscó un candidato a dirigir el noticiero para lo cual escogió un amigo del que lo había dirigido hasta entonces, lo que explica que uno desde Radio Central; y otro desde *Última Hora* se intercambien noticias y chismes.

El periodista de *Última Hora*, director hasta hace poco tiempo del noticiero de Radio Central, es Pipigua Hernández, que firma sus trabajos con su nombre de pila, Leo Hernández, un frenético perredeísta que mantiene desde hace quince años una campaña sucia contra mí porque a mi retorno al país, en abril de 1970, después de haberme mantenido algo más de tres años en Europa, encontré que la casa pequeña de dos plantas que había en la Casa Nacional del PRD —partido del cual fui presidente hasta mediados de noviembre de 1973— estaba ocupada, abajo, por un comercio de provisiones y víveres, de esos llamados colmaditos, y arriba por un dirigente campesino perredeísta y su familia entre la cual estaba un joven llamado Pipigua, y como era natural que sucediera porque no caigo en debilidades del género peñagomista, ordené la desocupación de la familia y del negocio, medida que Pipigua no me ha perdonado nunca; de ahí que cuando sabe algo relacionado con el PLD usa su posición de periodista para desatar campañas de descrédito del Partido, lo mismo si está dirigiendo una estación de radio que si escribe en un periódico de baja ralea como *Última Hora*, y ese hecho lo conocen muy bien los dirigentes miembros del PLD que fueron dirigentes de zonas del PRD antes de la fundación del PLD como es el caso de José Francisco Zapata y Luis Hernández.

Por lo que queda dicho no puede causar asombro que el noticiero de Radio Central anunciara antes de la reunión del Comité Central del PLD fijada para el sábado día 16 de este mes que iba a haber expulsiones de miembros de ese alto organismo ni que el martes día 19 Pipigua Hernández escribiera para su periódico un trabajo que se publicó en la página 2 con el título de “Expulsión dos dirigentes PLD provoca malestar dentro entidad” sin decir, porque no podía decirlo debido a que estaba inventando una de las muchas mentiras que escribe a diario, en qué consistía ese malestar. Lo que

decía Pipigua era mentira como lo era lo que el noticiero de *Radio Central* anunciaba que iba a suceder en la reunión del sábado día 16 porque esa reunión no se convocó para expulsar a nadie, pero José Francisco Zapata creyó que el punto 2 de la agenda quería decir que él iba a ser expulsado debido a que sabía que había cometido actos que debían ser sancionados con su expulsión del Partido; sin embargo, en esa reunión no iba a pedirse su expulsión; él presumió que sí y se equivocó, pues lo que iba a proponerse en ese día era nada más su sustitución del cargo de secretario de Educación del Partido por el compañero Max Puig, acuerdo que había tomado el Comité Político en su reunión del día 11 de este mes.

Como lo dice el artículo 18 de los Estatutos del Partido, los secretarios son designados por el Comité Central y el Comité Político es el organismo político ejecutivo del Comité Central tal como lo establece el artículo 13 de los Estatutos, y en uso de sus atribuciones ejerce un derecho al proponerle al Comité Central cambios en una o en varias o en todas las Secretarías, pues a ello lo autoriza la letra del artículo 14 de los Estatutos con las siguientes palabras: “Tomar las decisiones de lugar en todos los casos que a su juicio puedan afectar la vida del partido”; y en el caso de que estoy tratando, la decisión fue pedirle al Comité Central que el secretario de Educación fuera sustituido por otro miembro del mismo organismo, esto es, del Comité Central.

Para adoptar ese acuerdo el Comité Político tomó en cuenta que Zapata tenía el deber de estar presente en todas las reuniones del Secretariado, esto es, las que celebran los que dirigen las Secretarías del Comité Central, y en el año pasado él faltó a siete de esas reuniones y este año a una. Las primeras fueron la del 3 de mayo, la del 5 de julio, la del 19 de ese mismo mes, todas esas sin presentar excusas; faltó a la del 20 de septiembre alegando que tenía práctica en la UASD y a la

del 4 de octubre otra vez sin presentar excusa; a la del 11 de noviembre llegó cuando la reunión estaba terminando y dijo que no había ido antes porque tenía compromisos en la UASD; el 19 de ese mes faltó de nuevo sin excusarse y en la del 5 de enero de este año faltó porque según dijo tenía que cumplir tareas en la Secretaría de Asuntos Obreros; y si lo dicho no fuera suficiente para convencer a alguien de que Zapata no cumplía sus obligaciones de secretario de Educación del Partido, añadiré que cuando en octubre del año pasado se celebraron elecciones de direcciones medidas, Zapata, como miembro del Comité Central, fue designado para fiscalizar la elección de un organismo intermedio, el Augusto César Sandino, de la Capital, y sin presentar excusas no asistió al acto electoral, falta muy grave, agravada además por él mismo cuando se negó a dar explicaciones de esa extraña ausencia ante el Secretario alegando que si él tenía que rendir cuenta de algo lo haría sólo ante el Comité Central, cosa que no hizo.

Las faltas de participación en las reuniones del Secretariado y en la elección de autoridades medidas del Comité Intermedio Sandino no fueron mencionadas en la reunión del día 16 porque reservé esos argumentos para usarlos en caso de que Zapata se opusiera a la solicitud de ser sustituido, detalle que ofrezco a los compañeros lectores de este boletín para que se den cuenta de que en la reunión del día 16 el caso Zapata fue manejado con suma prudencia. ¿Por qué? Precisamente porque no se tenía la intención de expulsarlo si bien llegaría el momento en que se haría necesario aplicarle esa sanción que es la más dura que puede pedirse contra un compañero.

¿Por qué llegaría la hora de pedir la expulsión de Zapata de las filas del PLD?

Porque me había hablado mentira a mí, presidente del Partido, y por tanto presidente nato de su Comité Central y de su Comité Político, y un peledeísta capaz de decirle una

mentira al presidente del Partido no puede seguir gozando de la confianza de ningún otro peledeísta. Zapata me mintió para encubrir otra mentira, una que me había dicho Rafael Alburquerque cuando me contó que él había disparado una arma en la UASD para disolver a un grupo de estudiantes que lo acusaban de haber maltratado de palabra a un bedel de la Escuela de Derecho, y fue verdad que desde el automóvil en que salían de la UASD Alburquerque y Zapata se hizo un disparo de revólver, pero no lo hizo Alburquerque; lo hizo Zapata, de manera que como puede apreciar el compañero lector los dos me mintieron y lo hicieron sin ninguna necesidad de decir mentira, pero además con esa conducta demostraron que a pesar de los años de actividad política que tenían a mi lado desde los tiempos en que yo era presidente del PRD, no se habían dado cuenta nunca de que yo no me he atenido nunca a lo que me cuentan o digan ni los compañeros ni los adversarios o enemigos porque conozco cómo funciona la sociedad dominicana y sé que en este país nuestro la debilidad socioeconómica de las diferentes capas de la pequeña burguesía creó desde hace tiempo en los miembros de esas capas la necesidad de decir mentiras para defenderse de los compañeros que aspiran a desplazarlos para ocupar sus puestos o para impedir que compañeros suyos los desplacen a ellos. Así pues, yo no creí ni lo que me había dicho Alburquerque ni lo que me dijo Zapata; pero como el hecho era sumamente grave debido a que si hubo disparos estos pudieron haber originado un desorden en la UASD, cuya autoridad máxima en ese momento era un miembro del Comité Central del PLD, el compañero José Joaquín Bidó Medina, me agencí la manera de investigar el episodio sin hacer uso de ningún compañero del Partido y la verdad era que quien hizo el disparo fue Zapata por orden de Alburquerque, de manera que los dos habían dicho mentira, y a partir de ese momento yo no podía seguir

teniendo confianza en ninguno de los dos. Cuando llamé a Alburquerque y le dije que yo tenía pruebas de que quien había disparado había sido Zapata y no él, admitió que así había sido, a lo que respondí preguntándole por qué, pues, me había dicho una mentira y su contestación fue ésta: “Yo le dije que era quien había disparado porque como yo fui el que dio la orden de tirar, la responsabilidad del hecho fue mía”, alegato que no podía ser más infantil pero que además demostraba que quien era capaz de exponerlo no podía seguir siendo miembro del Partido, y mucho menos en condición de miembro del Comité Central, porque en cualquier momento podía comprometer la vida misma del PLD con una acción irresponsable y una mentira también irresponsable.

Es posible que algunos de los compañeros lectores se pregunten por qué si debido a la falta grave que había cometido Rafael Alburquerque pedí su renuncia del Partido no hice lo mismo con Zapata, y a los que estén pensando así debo explicarles que como he dicho tal vez más de cien veces, la política se parece a la guerra en la misma medida en que la guerra se parece a la política, lo que nos lleva a la conclusión de que las leyes de la política son semejantes a las de la guerra y hay que aplicarlas de manera parecida y de ser posible, igual. No hay nada más inmoral que la guerra; en ella se vence al enemigo matándole hombres, pero también mujeres, niños, ancianos; destruyéndole ciudades, iglesias, hospitales, asilos. Para ganar una guerra hay que actuar en tal forma que el enemigo sea derrotado siempre, en todas las escaramuzas, en todos los combates, en todas las batallas, y para asegurarse de la victoria en las escaramuzas, los combates y las batallas hay que llevar a cabo esas acciones en el terreno que uno escoja, no en el que escoja el enemigo; en el momento que uno escoja, no en el que escoja el enemigo; con los medios que uno decida, no con los que decida el enemigo; y por último, les recuerdo

que la ley suprema de la guerra es vencer, y no se puede vencer si no se tiene la seguridad y la decisión de que el enemigo debe ser derrotado.

En el caso a que estoy refiriéndome sacar del Partido a Zapata al mismo tiempo que se sacaba a Albuquerque era hacerle un daño al Partido porque no había en el Comité Central una persona que pudiera sustituirlo en sus tareas de secretario de Educación, y para ocupar una Secretaría del Comité Central hay que ser miembro de ese alto organismo. Antes de pedirle a Albuquerque su renuncia de miembro del Partido y por tanto del Comité Central, había que sacarlo de la Secretaría General, y así se hizo, y antes de sustituir a Zapata en su cargo de secretario de Educación había que llevar a esa secretaría una persona que tuviera la capacidad indispensable para conocer en corto tiempo cómo se maneja esa secretaría. Esa persona era el compañero Max Puig, profesor de la UASD, con larga experiencia en la tarea de enseñar. El compañero Max Puig fue nombrado vicesecretario de la Secretaría de Educación para que se familiarizara con el material de estudios que se usa en el Partido y conociera los métodos con que se aplica. Zapata, que sabía que él no podía tener la confianza del Comité Político porque si la falta más grave que puede cometerse en la actividad política es la traición la que le sigue es decir mentiras, demostró ser una persona de mente débil cuando en vez de renunciar a su cargo de secretario de Educación se aferró a él y se lanzó a una batalla contra la dirección del Partido para lo cual escogió la reunión del Comité Central convocada para el día 16 de este mes sin detenerse a pensar que en esa batalla él llevaba la peor parte porque era en todos los órdenes más débil que el Comité Político.

Vuelvo al punto en que relataba el curso de la reunión para decir que una vez hecha la propuesta de sustitución de Zapata por el compañero Max Puig esperé que hablaran los

compañeros que habían pedido turnos que fueron diez, el último de ellos Zapata. Los miembros del Comité Central presentes eran 34, había un ausente, 3 suplentes de miembros y uno más ausente. De los 34 miembros, 23 votaron a favor del compañero Max Puig; 2 se abstuvieron, 3 no votaron pero no se declararon en abstención, y 6 votaron a favor del compañero Rafael Espinal cuyo nombre había sido propuesto en lugar del de Max Puig. Les pido a los compañeros lectores de este boletín que fijen su atención hacia el hecho de que nadie, absolutamente nadie, ni siquiera el propio Zapata votó oponiéndose a la propuesta, dato que indica que se hallaba en estado de perturbación.

Al terminar la votación le llegó a Zapata el turno de hablar y tras él le tocaba hacerlo a Luis Hernández. Hasta ese momento no se había dicho en esa reunión del más alto organismo del Partido una sola palabra descompuesta, no se había acusado a Zapata de nada que se relacionara con la idea de que él y Luis Hernández fueran agentes del grupo de Rafael Alburquerque y mucho menos de que los dos estuvieran “vinculados a una agencia de espionaje extranjera” como dijo Pipigua Hernández. Esas dos supuestas acusaciones aparecieron días después de la reunión del sábado día 16 de este mes en algunos periódicos, notoriamente en *Última Hora*. Al director de *El Nacional*, el periodista Mario Álvarez, persona de seriedad reconocida, lo informaron mal los que le dijeron que “contra el Sr. Zapata se formularon muy serios cargos, independientemente de acusársele de ‘no hacer nada’ desde la Secretaría de Educación peledéista”. Repito que lo único que se había dicho allí en relación con Zapata lo dije yo y fue la proposición, hecha, no por mí sino por el Comité Político, de que se le sustituyera con el compañero Max Puig. Nadie dijo nada ni bueno ni malo de Zapata, contra Zapata o a favor de Zapata; y aclaro que la reunión del 16 de febrero fue grabada

y cualquier compañero que tenga interés en comprobar si digo o no verdad puede solicitar que se le facilite una audiencia de la cinta en que se grabó todo lo que se habló en esa ocasión.

Lo que dijo Zapata causó malestar en la mayoría de los presentes, pero yo pedí que se le permitiera hablar aunque él en realidad no hablaba sino que estallaba en acusaciones contra el Comité Político y se manifestaba como la víctima de una crisis de paranoia de persecución, y cuando Zapata, al fin, agotado terminó su perorata, se levantó Luis Hernández, quien lo hizo en forma aún más descompuesta que Zapata. Luis Hernández superó a Zapata en el tamaño y la cantidad de chismes que le sirvió al Comité Central y lo superó también en el tono de voz, que era el de una persona totalmente descontrolada, fuera de sí; en síntesis, él y Zapata demostraron en esa ocasión que aunque habían sido miembros del PLD desde su fundación habían seguido siendo perredeístas y demostraron que lo eran en su última intervención en una reunión del Comité Central del PLD.

Para los presentes en esa reunión fue fácil darse cuenta de que tanto Zapata como Hernández perdieron la cabeza cuando se les pidió que abandonaran los cargos que desempeñaban. Zapata, la de secretario de Educación y Hernández el de responsable del Equipo de Seguridad, posición que había ocupado hasta pocos meses antes y que había abandonado sin decir una sola palabra que justificara ese abandono. Por lo visto los señores Zapata y Hernández se comportaban en la misma forma y por igual motivo: ambos creían que los cargos que el Partido les había encomendado eran de por vida, como si ellos los hubieran comprado.

Un espectáculo tan penoso como el que habían dado ese día 16 de febrero dos miembros del Comité Central no podía dejarse sin sanción, porque de no ser sancionados sus autores

la disciplina del más alto organismo del PLD habría quedado maltratada de tal modo que habría sido difícil restaurarla. Esa fue la razón por la cual pedí la expulsión de los dos excompañeros, solicitud que fue sometida a votación y aprobada por 25 votos y 9 abstenciones.

(Debo aclarar que la separación de Luis Hernández del cargo de director del Equipo de Seguridad no se llevó a cabo en la reunión del 16 de febrero; que esa había sido una medida tomada hacía algunos meses por la Secretaría General con autorización del Comité Político, hecho que podía llevarse a cabo porque la dirección del Equipo de Seguridad no es una Secretaría del Comité Central).

Terminada la votación, Zapata se levantó y comenzó a hablar con lenguaje, voz y ademanes increíblemente vulgares; y fue tanto y tan sucio lo que dijo que yo tuve que pedir a los compañeros que contuvieran sus naturales impulsos a responder a los insultos de Zapata; que lo dejaran hablar todo cuanto quisiera porque no me cabía duda de que se hallaba en un estado de exaltación que lo tenía fuera de sí, y lo demostró hasta con el hecho de que después de haberse cansado de preferir vulgaridades a gritos y haberse ausentado del lugar donde se llevaba a cabo la reunión del Comité Central, volvió dos veces para seguir soltando como un cuasi demente todo el barullo de chismes que tenía almacenados en la cabeza.

Terminada esa parte de la agenda, me tocaba desarrollar el segundo punto y así la conducta de Zapata y de Hernández no fue improvisada, sino planeada, esperaba que Pipigua Hernández, precisamente él y no otra persona, recibiría de parte de los interesados una información amañada de lo que había sucedido en esa reunión del Comité Central y confieso que me pareció raro que las mentiras de Pipigua no salieron publicadas en *Última Hora* el lunes 18 sino el martes 19, lo que probablemente se explique porque ni Zapata ni Hernández ni Albuquerque

podieron dar con el connotado “periodista” a tiempo para que formara su sarta de mentiras el domingo 17 ó el lunes a primera hora del día.

(Al llegar a este punto anuncio para un próximo Boletín la respuesta a Rafael Alburquerque debido a que el trabajo de hoy ha resultado demasiado largo para exponerla como había ofrecido en el segundo párrafo de este boletín).

Restauraremos entre todos la disciplina del Partido.

A LAS DIRECCIONES MEDIAS DEL PARTIDO
PARA CONOCIMIENTO DE LAS BASES*

BOLETÍN N° 17

En el Boletín N° 16, que fue escrito el 26 de febrero, dije que a la cabeza de la campaña de mentiras contra el PLD que se llevaba a cabo en esos días estaba Rafael Albuquerque, y terminé ese boletín anunciando que iba a responder a sus mentiras como lo hago ahora a partir de las que había dicho el día 25 en el programa de televisión Aeromundo.

Primera mentira: dijo que los compañeros Félix Jiménez, Norge Botello, Mildred Guzmán y Euclides Gutiérrez no tienen el respaldo de la base del Partido porque los cargos que desempeñan (en el Comité Central) los obtuvieron como premios de consolación.

En el PLD no hay premios de consolación ni cosa parecida. Lo que hay es una reglamentación estatutaria que equivale a la constitución de un Estado con la diferencia de que en la República Dominicana los gobernantes violan la Constitución y en el PLD el que no respeta los Estatutos es sancionado con la separación de las filas peledeístas. En su artículo 10, esos Estatutos dicen que “El Comité Central es la dirección e instancia superior del Partido entre Congreso y Congreso y está compuesto por treinta y cinco miembros” ..., y en un

* “Bosch fustiga a Albuquerque. Afirma ex secretario del Partido ‘No dio pie con bola’”, *El Nacional de ¡Ahora!*, Santo Domingo, 15 de marzo de 1985, pp.18-20 / p.22.

párrafo completivo del artículo 11 agrega: “No obstante lo dispuesto por el Art. 10, el Comité Central podrá aumentar en 5 más el número de sus miembros y suplentes si así lo exige el desarrollo orgánico del Partido”, pero en la letra d) del Art. 14, en el cual se establecen las funciones del Comité Político, está dicho que una de esas funciones es la de “Proponer a la Plenaria del Congreso hasta la tercera parte de los miembros del Comité Central”, lo que significa que en su condición de organismo político ejecutivo del Comité Central el Comité Político le propone a la Plenaria del Congreso del Partido doce nombres para completar el número de miembros del Comité Central.

¿Por qué se hace eso?

Porque en una organización política seria y verdaderamente democrática como es el PLD había que establecer un método que asegurara la llegada al Comité Central de compañeros que tuvieran condiciones para dirigir probadas en la actividad diaria del Partido aunque esas condiciones no fueran conocidas por los compañeros de base, que son quienes eligen por medio de sus organismos a los miembros del Comité Central, pero sí de los que forman el Comité Político. El Comité Político tiene una responsabilidad muy pesada porque a él le toca desempeñar en el Partido las funciones que en el cuerpo humano desempeña el cerebro. Con las piernas y los pies se anda, con las manos se toca y se cogen objetos, con los ojos se ve, con los oídos se oye, con la nariz se huele, pero todo lo que hacen esas porciones del cuerpo está dirigido por el cerebro, y si no fuera así la humanidad no sería lo que es; sin embargo, a pesar del peso que tiene la dirección del Partido el Comité Político, no es él el que escoge “hasta la tercera parte de los miembros del Comité Central”, lo que hace él es proponer a la Plenaria del Congreso los nombres de los compañeros que deberán formar la tercera parte (o menos, que por eso se dice “hasta la tercera parte”) de esos miembros.

¿Cómo es posible que Rafael Albuquerque diga que los compañeros que son propuestos por el Comité Político para completar el Comité Central reciben “premios de consolación”, es decir, para ser consolados por el hecho de no haber sido elegidos para esos puestos por las bases?

El Dr. Albuquerque que fue miembro del Comité Central y del Comité Político del Partido desde su fundación hasta el año 1984 y fue secretario general desde 1978 hasta 1984 y nunca se opuso a la letra d) del Art. 14 de los Estatutos peledéistas; jamás le hizo una crítica a esa disposición estatutaria, ni hasta donde yo recuerde comentó siquiera ese punto de los Estatutos. Pero confieso que no me asombra que ahora diga lo que dijo en el programa Aeromundo porque el Rafael Albuquerque de ahora es el verdadero, el auténtico, el que quisiera destruir un partido en el cual él no pudo satisfacer sus planes personales de ascender políticamente porque el PLD no fue creado para llevar a la pequeña burguesía profesional de nuestro país a altos cargos políticos sino para servirle al pueblo el plato espiritual y materialmente nutritivo de la liberación nacional.

La elección de los miembros del Tercer Comité Central se hizo el día 8 de enero de 1983 y en la lista de los elegidos sólo 18 compañeros obtuvieron votos por encima de la cantidad mínima requerida, que fue la de 110; de manera que el comité Político tuvo que proponer en esa ocasión los nombres, no de 12 compañeros para completar el número de miembros del Comité Central sino de 17; entre los cuales no estaban los de los compañeros Félix Jiménez y Euclides Gutiérrez, de quienes dijo Rafael Albuquerque en la entrevista de Aeromundo que no fueron electos por la base del Partido (de Euclides Gutiérrez dijo más, dijo que ni siquiera fue postulado por la base del PLD), una mentira de las muchas que ha prodigado en estos días porque lo cierto es

que el compañero Jiménez recibió 123 votos y el compañero Gutiérrez 120.

En las listas de candidatos que leyó, o simuló leer, en la entrevista de Aeromundo, Rafael Alburquerque hizo figurar al compañero Norge Botello con 38 votos y a Félix Jiménez con 70, y ya quedó dicho que el compañero Jiménez obtuvo 123 (53 más que los que le atribuyó Alburquerque) y Botello 69, 31 más de la cuenta del antiguo secretario general, datos que doy para que el lector haga conciencia de que en lo que diga Rafael Alburquerque no se puede confiar, y no porque se equivoque sino porque tiene el hábito de inventar falsedades, manera de proceder que cuando quedó al desnudo le costó su posición en el PLD.

La propuesta del Comité Político de la Plenaria del Segundo Congreso Nacional hecha el 26 de enero (Día de Duarte), fue comunicada a la Plenaria de la siguiente forma: “De acuerdo con los argumentos expuestos en nuestra comunicación de esta fecha, y vista la aprobación impartida por esa Plenaria a lo que en ella solicitábamos, damos a continuación los nombres de los compañeros que este Comité Político propone para miembros y suplentes del Tercer Comité Central que deberá ser proclamado hoy”.

Esos nombres son, para miembros: “Temístocles Montás, Rafael Kasse Acta, Norge Botello, Gustavo Montalvo, Rubén Cedeño, Mildred Guzmán, Félix Servio Ducoudray, Juan Ducoudray, Radhamés Segura, Abelardo Vicioso, Quírico Valdez, Luz Selene de Vargas, Gustavo Cabrera, Gladys Gutiérrez, Rafael Espinal, Luis Fernández y Danilo Medina; y para suplentes: Alejandro Solano, Nélsida Marmolejos, Ramón Camejo, Tomás Beltré y Mario Ángeles Méndez.

‘Confiados en que lo que proponemos contará con la aprobación de Uds., les saludan atentamente con nuestro lema Servir al Partido para Servir al Pueblo, Juan Bosch,

presidente; Rafael Albuquerque, secretario general; Norge Botello, vicesecretario general; Vicente Bengoa y Juan de la Cruz Buret”.

De los compañeros propuestos a la Plenaria del Congreso no sacaron votos Mildred Guzmán, Luz Selene Vargas, Nélsida Marmolejos y Gladys Gutiérrez, pero de no haber sido propuestas y aceptadas como miembros del Comité Central el más alto organismo del Partido se habría quedado sin representación femenina, situación que el Comité Político debía enfrentar porque el Partido no puede ser una expresión del subdesarrollo dominicano sino todo lo contrario; debe ser su negación dialéctica, y en el caso concreto del papel que juega en nuestro país la propensión al machismo, la dirección del PLD está en deber de superar mediante un proceso que se fundamente en la práctica diaria de la vida partidaria.

Todo lo que vengo diciendo lo conocían a fondo no sólo Rafael Albuquerque sino también los demás miembros del Comité Central. Ninguno de ellos, salvo Albuquerque, hubiera dicho nunca una vulgaridad parecida a esa de que el Partido da premios de consolación a los compañeros que no reciben votos en número suficiente para participar en las tareas de la dirección. Decir eso es afirmar que en el PLD está institucionalizada la corrupción, posición condenable, repudiable, porque es una mentira dicha con el propósito deliberado de dañar el prestigio que el PLD se ha ganado precisamente porque no acepta la corrupción ni en el Partido ni en el gobierno; al contrario, la combate de manera constante y con el vigor propio de los que luchan para erradicar los males nacionales entre los cuales están la corrupción política y la administrativa.

Con lo dicho hasta ahora queda demostrado que Rafael Albuquerque no dijo la verdad cuando afirmó que los compañeros Félix Jiménez, Norge Botello, Mildred Guzmán y Euclides Gutiérrez no tienen respaldo de la base del Partido

porque los cargos que desempeñan en el Comité Central los obtuvieron como premios de consolación; no dijo verdad porque dos de esos compañeros obtuvieron votos por encima de los 110 necesarios para pasar automáticamente a ser miembros del Comité Central, otro obtuvo 69 votos y en el caso de Mildred Guzmán, su nombre fue propuesto por el Comité Político en una carta que fue firmada por el Sr. Albuquerque, quien además de no decir verdad es olvidadizo, y ahora pasará a demostrar que habló mentira cuando dijo que yo lo había acusado de haber formado un grupo con la finalidad de desplazarme del liderato del Partido según se lee en la página 6 de *El Sol*, número correspondiente al 2 de marzo de este año.

Según *El Sol*, Albuquerque “sostuvo que tiene la cinta grabada de la reunión donde se le solicitó su renuncia” y en la cual él afirma que yo dije que él se proponía desplazarme del liderato del PLD, y yo afirmo categóricamente que no tiene esa cinta ni podría tenerla porque yo no dije eso nunca debido a que jamás me he preocupado que me desplacen o me apoyen como líder de nada. Yo no sufro de manía persecutoria ni de delirio de mandamás; no he usado ni un solo minuto de mi vida en pensar en mí mismo. A lo que he dedicado mis esfuerzos, mi tiempo, mis ideas desde que me inicié en la actividad política ha sido a luchar contra los opresores y los explotadores del pueblo, no a buscar lideratos. Si mi propósito hubiera sido perseguir un liderazgo no habría renunciado a la presidencia del PRD, que bajo mi dirección se había convertido en una fuerza popular como no se había conocido en la historia dominicana, pero al mismo tiempo se había convertido también en un amasijo de dirigentes sin principios, sin moral ni política ni personal, con quienes no podía convivir un hombre que cree a pie juntillas que un partido político no se mantiene para servir al apetito de unos cuantos ambiciosos vulgares sino para servirle al Pueblo.

En los números 375 y 376 de *Vanguardia*, vocero del Partido, se publicaron dos artículos míos titulados, el primero, “Petición a los peledeístas”, y el segundo, “Miembro y nada más”, en los cuales les pedía a los compañeros de la base: “...no voten para que yo sea elegido por tercera vez miembro del Comité Central porque si vuelvo a ser miembro del Comité Central tendría que aceptar la presidencia de ese organismo, y desde tal puesto no podría hacer por el Partido todo lo que estoy seguro de que podría hacer como miembro”.

Esos dos artículos fueron publicados el 22 y el 29 de diciembre de 1982, respectivamente, antes de un mes, el 21 de enero de 1983, fui elegido miembro del Comité Central con 300 votos (y quiero recordar que se trataba de votos de organismos, no de personas), me siguieron en número de votos los compañeros José Joaquín Bidó Medina con 277 y Lidio Cadet con 268; en cuarto lugar estuvo Rafael Albuquerque con 230. El Partido no oyó mi solicitud de que no se votara por mí, pero de haber habido un compañero que hubiera sacado un voto, uno sólo más que yo, yo no habría aceptado la presidencia porque yo respeto la real, la verdadera, la auténtica democracia del PLD; sin embargo cuando un compañero se adelantó a todos los miembros del Comité Central proponiendo su nombre para secretario general, Rafael Albuquerque aceptó esa nominación sin perder un segundo a pesar de que había recibido 47 votos menos que el compañero Bidó Medina y 38 menos que el compañero Lidio Cadet, es decir, la 5ta. parte en el primer caso y algo más de la 6ta. parte de los votos que él había sacado.

Si Rafael Albuquerque hubiera tenido menos aprecio por sí mismo y cierta capacidad de observación de los hombres se habría dado cuenta de que nadie tenía necesidad de hacerme cuentos o meterme chismes sobre sus ambiciones de ascenso político porque yo evalué cada una de las acciones de mis

compañeros y no podía dejar de evaluar la suya ni antes de la noche del 29 de enero de 1983, cuando se llevó a cabo la primera reunión del Tercer Comité Central, ni después de esa fecha; y la evaluación de su conducta en esa ocasión fue muy cuidadosa, especialmente porque él no hizo el menor gesto de rechazo de su candidatura a secretario general, pero además porque debió observar que yo no voté por él, y no podía hacerlo porque en el discurso de rendición de cuentas del Segundo Comité Central le dediqué los párrafos finales a la denuncia de que se habían violado los métodos de trabajo peledéistas, y decía:

“En el PLD se han violado los métodos de trabajo, y las violaciones han tenido su punto de partida en el Comité Central, algunos de cuyos miembros han sido autores de las violaciones y otros las conocían y se callaban ese conocimiento, actitud con la cual hacían renuncia de su condición de guardianes de la integridad del Partido y pasaban a ser amigos de los violadores”. Al final de ese discurso hice una exhortación “para que los delegados de los Comités de Base peledéistas, a quienes les corresponde elegir el Tercer Comité Central, elijan compañeros capaces de restaurar en toda su integridad el funcionamiento de los métodos de trabajo del Partido”.

Mi intención era proponer esa noche del 29 de enero para el cargo de secretario general del Partido al compañero Lidio Cadet. No podía proponer al compañero Bidó Medina debido a que él ocupaba la rectoría de la Universidad Autónoma porque varios de los grupos de profesores y estudiantes de la UASD le pidieron a la dirección del partido que presentara su candidatura para el cargo y habría sido de mal gusto retirarlo de esa posición a mitad de su rectorado. Pero me abstuve de presentar candidato a la Secretaría General cuando el nombre de Rafael Albuquerque fue expuesto por un compañero, pues aunque a quien yo aludía cuando me refería en el discurso de

clausura del Segundo Congreso era quien había sembrado en el Partido la semilla de la violación de los métodos de trabajo, el momento en que fue presentada su candidatura a secretario general no era el más apropiado para oponerme a ella. No voté por él, pero con el fin de evitar que una actitud mía causara más daño que bien. Tampoco voté esa noche por ninguno de los candidatos, ni a la Secretaría General como fue el caso del compañero Lidio Cadet ni a los miembros del Comité Político.

En una segunda ronda Rafael Albuquerque recibió 21 votos y entre ellos estaba el del compañero Euclides Gutiérrez, que había votado en la misma forma en la primera ronda; y Euclides Gutiérrez es uno de los cuatro miembros del Comité Central a quienes Rafael Albuquerque acusa de manejarme como si yo fuera un débil mental que necesita ser dirigido por un equipo de inventores de chismes; y a pesar de decir y repetir que a mí me dirigen con chismes dice que él me respeta y que es peledéista de corazón y de conciencia.

Yo quería ser miembro del Partido, nada más que miembro, porque desde esa posición me lanzaría contra el grupo rafaelista, que Albuquerque había formado; mantenía, para desmontarlo sin hacerle daño al Partido que estaba ya para fines de 1982 dividido en dos grupos, el de Albuquerque y uno de los adversarios suyos, este último, formado inicialmente por Diómedes Mercedes, en el que tomaban parte Emilia Melgen, Rafael Valdez, José Antinoe Fiallo, y en los últimos meses del año 1982 se les agregó el compañero Norge Botello.

Rafael Albuquerque, como sucedió con los perredeístas que pasaron al PLD con cargos de alto nivel, no fue formado en los Círculos de Estudios y los Comités de Base del Partido. Al crearse el PLD, él era miembro de la Comisión Permanente del Comité Ejecutivo Nacional perredeísta, un órgano equivalente al Comité Político del PLD, y entre las actividades que tenía a su cargo en el PLD estaba la de director de los trabajos

partidistas en el Distrito Nacional, función que le sirvió para formar a su alrededor un grupo en el que estaban Luis Hernández, José Francisco Zapata, Reyes Pimentel y unos cuantos dirigentes perredeístas que mantuvieron dentro del PLD su ligazón con Alburquerque y éste con ellos, una ligazón política tan fuerte que para ponerle freno tuve que proponer en el Comité Político la separación durante un año de las filas del Partido de Reyes Pimentel y les llamé la atención a Zapata y a Hernández para que suspendieran sus trabajos rafaelistas porque los Estatutos del Partido prohibían “totalmente las actividades grupistas o fraccionales” dentro del PLD. (De paso diré que cuando en 1941 se discutían en La Habana los estatutos del PRD, yo, y no otra persona, fui quien propuso que se prohibiera la formación de grupos dentro del Partido).

El grupismo es un mal debilitante, divisionista para cualquiera organización, pero lo es más si se trata de una organización política, y no hay que acudir a ejemplos lejanos para demostrarlo: ahí está el caso del PRD, que se ha dividido a extremos escandalosos como el de mantener funcionando al mismo tiempo dos Cámaras del Senado, y entre mis deberes como presidente del PLD estaba en primer lugar el de evitar que en el PLD sucediera lo que sucede en el PRD. Por eso, cuando le pedí a Rafael Alburquerque, en presencia de todos los miembros del Comité Central, no a escondidas, que renunciara a su condición de miembro del Partido, no lo hice porque creyera que él quería arrebatarme el liderazgo sobre el Partido como dijo él a un periodista de *El Sol*; lo hice porque sus trabajos grupistas estaban clavando un puñal en el mismo corazón del Partido.

¿Pero cómo se explica que Rafael Alburquerque no se diera cuenta de que yo seguía paso a paso sus actividades y que no estaba dispuesto a permitir que las llevara a un límite intolerable?

Se explica porque estaba endrogado con las mentiras que le servían los miembros de su grupo entre las cuales sobresalían las de que las bases del Partido eran alburquerqueístas (o rafaelistas, que para el caso da lo mismo) y los chismes que le hacían creer que yo era un retardado mental dirigido por cuatro enemigos suyos. Con esos alimentos mentales y emocionales el secretario general se sentía fuerte, poderoso, invencible, a tal extremo que no supo apreciar en su verdadera significación el hecho de que en la última reunión llevada a cabo por el Comité Central en el año 1983 (el día 22 de diciembre, para ser exacto), propuse que fuera sustituido en sus funciones de secretario general y que en su lugar se eligiera al compañero Lidio Cadet. La propuesta fue aceptada y a seguidas pedí que Alburquerque fuera elegido miembro del Comité Político, petición que tuvo apoyo mayoritario. Yo sabía que él no se negaría a aceptar el cambio de posiciones porque la segunda le daba oportunidad de seguir siendo un miembro de la alta dirección del Partido; y como tal se comportaba cuando poco tiempo después se presentó una noche en las oficinas de la presidencia del Partido a contarme lo que le había pasado ese día en la Universidad Autónoma donde ejercía de profesor de Derecho Laboral. La historia de lo que le había sucedido era en realidad la historia de una mentira tal como va a verlo el lector.

El profesor Alburquerque había tenido un cambio de palabras con un bedel que servía en sus clases, el bedel se quejó ante un hijo suyo del trato que se le había dado y el hijo formó en corto tiempo un grupo de estudiantes que una hora después fueron a reclamarle a Alburquerque el trato que se le había dado al bedel. Los estudiantes eran bajos pequeños burgueses pobres y muy pobres; Alburquerque es un alto pequeño burgués y en la República Dominicana la lucha de clases no se libra entre obreros y burgueses sino entre capas diferentes de la pequeña burguesía, y en el caso a que nos referimos, la de

los bajos pequeños burgueses pobres y muy pobres contra los bajos, los medianos y los altos es realmente antagónica. Esa característica de la sociedad dominicana ha sido explicada por mí muchas veces, pero Rafael Alburquerque no llegó a comprenderlo y al parecer ese día respondió en forma altanera al acoso de los estudiantes lo que creó una situación de tirantez que amagaba terminar en agresiones. De acuerdo con lo que me contó el propio Alburquerque, él tomó su automóvil para salir de la Universidad y los estudiantes trataron de impedir que lo hiciera a lo que él respondió disparando un arma de fuego. Al oír esa falsa confesión me alarmé y le pregunté cómo se había lanzado a actuar de esa manera sin tomar en cuenta que ese disparo pudo provocar una situación grave llamada a desprestigiar el buen crédito que tenía el rectorado del compañero Bidó Medina, a lo que me respondió que él lo había hecho porque yo había dicho varias veces que el primer deber de todo lo que existe es seguir existiendo y él estuvo amenazado por los estudiantes y tenía que evitar que lo agredieran.

Cuando Rafael Alburquerque se fue esa noche de las oficinas de la presidencia del Partido lo hizo sin pensar ni remotamente que yo iba a investigar si lo que me había dicho era cierto o no lo era, y no podía pensarlo porque él creía que yo oía chismes, que a mí se me engañaba con cuentos de mala ley, que el grupo que sus partidarios más cercanos habían inventado achacándole que estaba formado por cuatro enemigos suyos me manejaba como si yo fuera un tonto que creía todo lo que le decían, y lo que sucedió fue que en las primeras horas del día siguiente comenzó a operar en la Universidad un pequeño equipo encargado por mí de investigar la verdad sobre lo que había sucedido ese día en el alto centro de estudios y en la tarde se me daba la información de que quien había disparado no había sido Alburquerque sino Zapata, pero cuando le pedí a Zapata que me dijera si era cierto que él

había disparado un arma de fuego en la Universidad el día anterior me respondió diciendo que no, que quien había disparado había sido Rafaelito (diminutivo con el que se conocía en el Partido a Albuquerque).

El presidente del Partido es su líder y al líder de cualquiera organización, no digamos de una dedicada a la actividad política como es el PLD, se le debe decir siempre la verdad, por dura que sea. No decirle la verdad es una falta seria, pero decirle una mentira es mucho más que una falta porque sin llegar a ser una traición puede tener los mismos efectos que una traición. En los Estatutos del PLD no se preveía esa falta y por tanto yo no podía acusar a Albuquerque y a Zapata de haberme mentido, pero me tracé un plan para que fueran sancionados, primero a Albuquerque y después a Zapata porque aplicarle sanciones a los dos a la vez no era aconsejable.

Cuando se trata de aplicar sanciones, el que dirige una asociación política, que por serlo está siempre expuesto a ser observada desde diferentes sectores del pueblo, está forzado a ser prudente, a emplear métodos que no sean espectaculares, y por esa razón a Albuquerque había que llevarlo a renunciar de su puesto en el Comité Central del Partido y de su condición de miembro, pero antes de esas renunciaciones había que proceder de tal manera que abandonara, sin que se le pidiera, su condición de miembro del Comité Político, objetivo que se logró en la reunión de ese órgano llevada a cabo el 6 de mayo (1984). En esa ocasión conduje el debate sobre un punto de la agenda de tal manera que en un momento dado le hablé a Albuquerque de esta manera. “Yo no puedo creer en tus palabras porque tú me hablaste mentira cuando me dijiste que habías disparado un arma en el incidente de la Universidad”. Hasta ese momento yo no había mencionado en ningún momento el episodio de la mentira de Albuquerque ni le había dicho a nadie que quien había disparado el arma había sido

Zapata ni que éste también me había mentido, de modo que los compañeros miembros del Comité Político se sorprendieron de lo que habían oído y algunos lo dijeron en tal forma que Rafael Albuquerque, cogido sorprendentemente fuera de base reaccionó en mala forma, coléricamente, dijo que renunciaba a seguir siendo miembro del Comité Político y salió con ademanes violentos del lugar donde se celebraba la reunión.

A partir de ese momento la posibilidad de llevarlo a renunciar de su condición de miembro del partido se presentaba menos conflictiva y la ocasión de hacerlo llegó en la octava reunión extraordinaria del Comité Central, convocada con la agenda de “Crisis en la política nacional y el papel del PLD” en esa crisis. Para terminar mi intervención en esa reunión, dije las siguientes palabras, que copio del acta correspondiente:

“Yo creo que ha llegado el momento de pedirle al compañero Albuquerque que renuncie a su posición de miembro del Comité Central y renuncie a la membresía del Partido porque cuando el germen del grupismo se mete en un partido, si ese partido no tiene capacidad para expulsar ese germen acabará siendo destruido por él, y mientras yo tenga vida, a mi hermano que resucitare, a mi padre que fuera miembro del partido les pediría irse del Partido si hubieran hecho lo mismo que el compañero Albuquerque. ¿Por qué razón? Porque este partido es un instrumento del pueblo dominicano, el único instrumento que en este momento de crisis política nacional tiene el pueblo dominicano a su disposición para abrir en cualquier momento el camino de la liberación”.

En vez de decir lo que Rafael Albuquerque afirma que dije, eso de que “simple y sencillamente le pedía (la renuncia) porque yo tenía un grupo dentro del partido que quería desplazarle a él de la presidencia del Partido”, lo que dije fue lo siguiente:

“Yo he tenido mucha estimación por el compañero Alburquerque y lamento que el compañero Alburquerque no manifestará ante sus compañeros del Comité Central que él quería ser candidato presidencial o lo que él quisiera, o que aspiraba a ser líder del Partido; lamento que creara y dirigiera un grupo dentro del Partido... creo que éste es el momento de que decidamos si el Partido va a seguir tolerando esta situación de grupismo... Propongo que decidamos si el compañero Alburquerque sigue en el Comité Central, primero, y si sigue siendo miembro del Partido después. No pido la expulsión del compañero Alburquerque; lo que pido es que él renuncie voluntariamente y cuando se cure de ese sueño de liderazgo podrá volver al Partido; pero cuando esté curado y sus seguidores sepan que no se puede hacer en el partido lo que ellos han estado haciendo amparados por él, protegidos por él y con el apoyo suyo”.

Alburquerque negó que él estuviera dirigiendo un grupo dentro del Partido, a lo cual respondí diciendo que él estaba al tanto de que se hacían “reuniones en casas de familia tratando de convencer a los miembros del Partido de que es necesario enfrentarse conmigo, pero el enfrentamiento conmigo significa una división en el Partido. Si tú estás dispuesto a asumir el liderazgo, yo renuncio a miembro del Comité Central, a la presidencia del Partido y al Partido, y me voy a mi casa para que el Partido no sufra las consecuencias de esa lucha; si tú no quieres hacerlo yo tengo que mantener la tesis de que hay que expulsarte, pero sin desearlo, porque tu expulsión le hace daño al Partido debido a que has sido miembro fundador del Partido, secretario general del Partido, miembro del Comité Central, y una vez expulsado quedarás solo con el pequeño grupo que te rodea porque el Partido está en una etapa de auge, y la gente no le pondrá mucha atención a tu expulsión,

pero los enemigos del Partido aprovecharán tu expulsión para hacer una campaña en contra del Partido...”.

Alburquerque se negaba obstinadamente a admitir que él era jefe de un grupo y por tanto que violaba los Estatutos del PLD, hasta que según se relata en el acta yo tuve que decirle:

“Bueno compañero Rafael, yo no puedo creer en lo que dices porque me hablaste mentira cuando me dijiste que tú habías disparado en el incidente de la Universidad, y no era verdad, no fuiste tú quien disparó. Yo no puedo creerte. Tú me dices que no ves a Johnny Rosario y no puedo creerte porque tú sí lo has visto y él ha visitado tu casa. Tú sabes perfectamente el trabajo que está haciendo Johnny Rosario en tu grupo”.

Al oír esas palabras, Rafael Alburquerque pidió que se le diera de tiempo hasta el lunes (el día de la reunión del Comité Central era sábado), para enviar una carta de renuncia que según dijo llevaría él mismo a mi casa.

Detrás de Alburquerque hablaron varios compañeros, entre ellos Luis Hernández, quien entre otras cosas dijo lo siguiente: “Si esto es una batalla, el compañero Alburquerque debe darse cuenta de que la tiene perdida, y en la guerra el que libra una batalla sabiendo de antemano que la tiene perdida es un estúpido o un imbécil y creo que el compañero Alburquerque es muy inteligente para no darse cuenta de eso. Yo creo, y se lo dije así al compañero Alburquerque, sea o no cierto, que los informes que tiene el presidente del Partido lo han llevado a pedir su renuncia. El compañero Alburquerque siempre ha sido militante y defensor del compañero presidente y ahora debe seguir siendo un fiel compañero del líder del Partido y debe aceptar lo que se le pide. Yo he dicho que cada vez que el Partido tiene un auge hay crisis, no sé cómo. Por eso le pido al compañero Alburquerque renunciar como se le ha pedido”.

El acta de la octava reunión del Comité Central en que se dijeron las cosas que aparecen en este boletín llenó 35 páginas escritas a maquinilla en dos espacios y en ninguna de ellas se dice, ni por asomo, que yo afirmara que Rafael Albuquerque había formado un grupo con la finalidad de desplazarme del liderato del Partido. Esa es otra de las mentiras de Rafael Albuquerque, como es mentira el cuento de que a mí me dirigen cuatro miembros del Partido que forman alrededor mío un anillo para alimentarme con chismes.

Rafael Albuquerque recita esa acusación como si fuera una verdad irrefutable, pero no presenta una prueba, aunque fuera indirecta, de eso que dice y repite sin cesar; y a esa calumnia respondo afirmando que nunca nadie se ha atrevido a meterme chismes de ningún miembro del Partido porque todos los militantes peledeístas estudian los Estatutos y saben que la letra k del artículo 5 dice textualmente que un miembro del Partido no debe criticar en ningún caso a sus compañeros o al Partido fuera del organismo al cual pertenece, ni hacer acusaciones falsas ni utilizar el chisme para empañar la imagen de un compañero. No hay un solo peledeísta que se atreva a violar ante mí los Estatutos partidarios porque saben que si lo hacen yo les pediré cuenta de esa violación, y en esa materia soy intransigente porque no puedo aceptar la idea de que en el PLD se reproduzcan los males que me llevaron a abandonar el PRD después de haberle dedicado esfuerzos de toda índole a lo largo de un tercio de siglo.

Decir y repetir que yo no dirijo a nadie sino que a mí me dirigen, y me dirigen cuatro chismosos que para lograr sus fines me llenan de chismes contra éste o aquél de los miembros del Partido que les caen mal a esos chismosos, es una manera de desacreditar al PLD por partida doble, pues al mismo tiempo que se me atribuye a mí una condición, no de líder sino

de persona liderada por un grupito de personas sin calidad ni moral ni política, se le atribuye al Partido la condición de un conjunto de hombres y mujeres de la peor calaña, de manera que ni el partido ni su líder sirven para nada. A Rafael Alburquerque le han puesto en las manos la bandera de esa campaña y él la lleva en alto con una inconsciencia que denuncia de lejos su incapacidad para ser lo que él desea ser y cree ser.

¿Qué quiere él ser y qué cree que es?

Líder. Un pequeño grupo de dirigentes del PLD hizo de él su candidato a la Secretaría General del Partido en los tiempos en que el antiguo secretario general empezó a cometer errores en el trato con esos dirigentes, y en los seis años de su desempeño de la Secretaría General, Alburquerque fortaleció sus relaciones personales con ese pequeño grupo usando para esos fines la autoridad propia del cargo que desempeñaba y sus favorecidos le hicieron creer que él era un líder. Eso no es nada nuevo en sociedades como la nuestra, atrasada y compuesta de una aplastante mayoría de pequeños burgueses. Lo dañino de casos como el de Rafael Alburquerque es que el adulado crea que él es lo que sus beneficiados le dicen que es y por creérselo se lance a actuar como no debió hacerlo; pero sucedía que su condición de alto pequeño burgués profesional, nacido en el seno de una familia distinguida, propietario de medios que lo colocaban en un nivel desde el cual podía hacerles a sus seguidores favores de tipo personal que se transformaban en servicios políticos (por ejemplo, prestarles su automóvil, con lo cual halagaba la tendencia de la baja pequeña burguesía a presentarse como si fuera mediana o alta), llevaron a Rafael Alburquerque a creer que él era un líder, y pasó a actuar como si lo fuera sin darse cuenta de que si tenía condiciones para ser un personaje de segunda categoría en la vida política del país le faltaban las que se requieren para

llegar a la primera; es más, como secretario general del Partido no dio pie con bola ni alcanzó siquiera a darse cuenta de que cuando yo decía que ya no se cumplían los métodos de trabajo peledéistas y que se había perdido la disciplina partidaria estaba aludiendo a él, cuando solicité que fuera sustituido en el cargo de secretario general lo hacía porque estaba convencido de que no sabía o no podía satisfacer los requerimientos propios de la Secretaría General. Nada me hubiera dado a mí más satisfacción que haber visto en Rafael Albuquerque condiciones de líder porque eso habría significado que cuando llegara el día de retirarme de la actividad política podía hacerlo sin albergar ninguna preocupación por lo que pudiera sucederle al Partido en el porvenir; pero si es verdad que las condiciones del líder se desarrollan, también lo es que ellas no se forman a partir de posiciones de mayor o menor categoría a las cuales se llegan a través de ascensos burocráticos, que son siempre fruto de decisiones tomadas por personas de rango superior al favorecido con los ascensos y no producto de las acciones ejecutadas por la persona que ocupa la posición.

Hasta donde yo sepa, en la República Dominicana nadie ha estudiado con tanta amplitud y atención como yo el origen del chisme en nuestro país, sus efectos devastadores en el orden social y el papel que ha jugado en la vida de las organizaciones políticas, y por eso propuse para el PLD un tipo de organización que impidiera la propagación del chisme en el Partido, pero por muy efectivo que fuera, y lo ha sido, ese tipo de organización no podía impedir en forma absoluta que el chisme penetrara en el PLD; ahora bien, lo que se logró fue que la propagación del chisme no fuera fácil; que cuando y donde se presentara pudiera ser localizado y bloqueado, y eso se ha hecho en el caso de la solicitud de renuncia de Rafael Albuquerque del Partido y de la expulsión de Luis Hernández y José Francisco Zapata. Ya ellos no están dentro del partido,

pero mantienen su campaña antipeledeísta desde afuera, y esa campaña cumple un fin, el de desprestigiar al Partido en la persona de su líder y desprestigiar el buen nombre de la organización porque ha alcanzado a ser la más respetada en la historia política del país después de La Trinitaria y hay que aniquilar ese buen nombre cueste lo que cueste.

Yo no me dejo influir por chismes. Ante cualquier acusación demando pruebas de que lo que se me dice es verdad, y del laborantismo del grupo encabezado por Rafael Alburquerque tengo una prueba que voy a presentar inmediatamente. Se trata de un volante titulado "Orientaciones a los compañeros" que circuló entre los alburquerquistas a principios del año pasado (1984). Ese volante decía así:

"1.- El compañero Rafael Alburquerque continúa firme en su militancia peledeísta, no es verdad que va a renunciar. [*Así, con letras mayúsculas en el original, nota de JB*].

"2.- Lo más conveniente para todos es mantener la calma. No aceptar provocaciones. Los antipartido están buscando pretextos para hacer creer a las bases que nosotros somos enemigos del viejo. [*'viejo' quiere decir Juan Bosch, nota de JB*].

"3.- No es verdad que el compañero Alburquerque no pueda dar declaraciones a la prensa. Es dirigente nacional y como tal las dará. Para demostrarlo que lean los periódicos, pues las continúa dando.

"4.- No es verdad que al compañero Mario Méndez lo vayan a suspender. Han tratado de fabricar un chisme con un supuesto papelito que dizque él escribió contra el viejo, pero esas maquinaciones perversas no caminarán. Para contrarrestar la campaña hay que promover que lean el libro de él y de Aristófanes.

"5.- El compañero Lidio Cadet sabe muy bien quiénes son los antipartidos y no es verdad que se va a dejar confundir.

"6.- No es verdad que hemos cometido errores, lo que pasa es que Mildred es una correa de transmisión de Felucho y

Euclides y como conoce muy bien al viejo lo sabe manipular. Hay que vigilar su comportamiento moral para reportar cualquier cosa importante.

'7.- Felucho no tiene base. Hay que hacer saber que es un ambicioso y un individualista y sobre todo un prepotente y que lo que quiere es poder.

'8.- Los compañeros deben cuidarse de hablar de crisis. En el partido no hay crisis, lo que existe es una lucha por su control. Hay que explicar el papel que juegan los antipartidos del grupo del 78 que llegaron en paracaídas acusando hasta de bandido al compañero Alburquerque y poco a poco se están quedando con los mandos del partido. Sólo hablan de crisis los Fiallo y Rafael Valdez y los expulsados del Luperón y el Pedro Albizu. Hay que diferenciarse.

'9.- Como prueba de que los problemas orgánicos no son nuestros hay que explicar que si en Cotuy [*así en el original*, nota de JB] casi no quedaba partido es debido a la labor de zapa del activista Rafael Sánchez del grupo de los Fiallo y súcubo de Norge.

'10.- También en Hato Mayor se designó una comisión de activistas y los problemas se están resolviendo. Las cosas van mejorando en el Gilbert. En el Pedro Albizu renunciaron los autoproclamados marxistas-leninistas de Antinoe y Valdez pero siguen los de Botello y Mildred. En el Luperón de los 25 círculos quedan sólo 6 por culpa del grupo de Botello que trata de dividir el intermedio en dos para llevar al viejo Rochet, antiguo miembro del grupo de Rafael Valdez, a la secretaría general de uno de ellos. En San Francisco lo que pasa es que la lucha de clases se ha manifestado y se ha agravado porque uno de los cabezas [*así en el original*, nota de JB] de un sector en pugna es Chemene, Antonio Vargas y los botellistas obstaculizando los trabajos encabezados por Water Encarnación. En el José Martí los antipartido se aprovecharon de que el año pasado

no hubo planes de trabajo para boicotear a *Vanguardia* y que se atrasaran en el pago todos los CB pero ya se *aumen* [*aquí se presenta un empastelamiento en la copia mimeográfica que estoy usando, y lo que se puede leer es*, nota de JB] CB-8, que nada más tiene un compañero y se le(s) harán juicios a los CB-1, 3 y 5. En el Allende los antipartido siguen boicoteando y el dinero de las tres películas del año pasado no se ha podido utilizar para remodelar el local porque boicotearon los informes de finanzas pero el compañero Mojica fue encargado de esta área desde el martes 17 y la pondrá en orden y para el 4 de febrero haremos una reunión para enfrentar el CB-7 que es un cáncer.

‘11.- A los compañeros que preguntan qué hace Botello todavía en el Comité Central hay que explicarles que es un protegido de Felucho y que el viejo cometió una debilidad dejando a un violador de métodos antipartido y antiboschista en el Comité Central.

‘12.- No es verdad que los del PSP se han ido casi todos y sus compañeros tranquilos [*así en el original*, nota de JB] a pesar de que Félix Servio es un subordinado de Felucho.

‘13.- La campaña de mentiras sigue ahora con Augusto Álvarez en el periódico *El Sol*. Allí se nos informó que esas cosas que dijo se las dijo el violador César López que fue su compañero en Corea.

‘14.- Hay que explicar el incidente de Cheché Luna con la compañerita que preñó y abandonó para que se conozca quiénes integran el grupo de Botello y para que sepan quién es el que quiere llevar al viejo Rochet a una secretaría general a pesar de que el viejo lo conoce y de que vive acabando con el compañero presidente.

‘15.- Hay que ser los primeros en cumplir las tareas orgánicas para dar un ejemplo de firmeza peledéista frente a los violadores y hasta que el viejo se dé cuenta de quiénes lo rodean”.

Como puede ver el lector de este boletín N° 17, las tituladas “Orientaciones a los compañeros” eran un zafacón de materias podridas lanzadas como ataques personales propios de un hatajo de perredeístas. Nunca antes en el PLD se cayó tan bajo. El método que se usaba para que la dirección se comunicara con las bases del Partido era el de los boletines informativos en los que se ofrecían noticias, datos, criterios políticos serios, no chismes asquerosos como los que se leen en la falsificación de los boletines auténticos del Partido que se habían usado hasta que el grupo rafaalista implantó ese nuevo y repugnante estilo de comunicarse con esos a quienes él llamaba “compañeros”.

Cuando llegó a mis manos (a las mías, no a las de otra persona) esa infame página se la mostré a Alburquerque al tiempo que le preguntaba si podía decirme quién, a su juicio, la había escrito y estaba haciéndola circular, y me respondió que no sabía, que no la conocía; pero olvidó un detalle muy importante: no hizo nada, ni la menor gestión, para averiguar los datos que yo le pedía, y exactamente igual actuaron (o dejaron de actuar) Casimiro Montilla y Mario Ángeles Méndez, lo que para mí era un indicio muy elocuente de que los tres o eran autores de la sucia “orientación” o conocían muy bien a los autores porque de haber sido escrita sin el conocimiento y la autorización de Alburquerque y de Mario Ángeles sus nombres no hubieran figurado en ella en la forma en que figuraban.

UNA BREVE HISTORIA DE AMOR MATERNAL*

La casa de mi abuelo materno daba al camino real que pasaba por el centro de Río Verde, un campo situado a pocos kilómetros de La Vega, y frente a ella, del otro lado del camino, estaba el bohío que Panchita Sánchez había convertido en escuela. Entre el camino real y el bohío-escuela había unos metros de terreno separados del camino y de la escuela por alambre de púas, y en el lado izquierdo del bohío el terreno estaba ocupado por una laguna a la que daban sombra varias palmeras. Al abrir la puerta de la cerca de alambres se tomaba una veredita de pocos metros para llegar a la escuela, que tenía su puerta de entrada del lado derecho del bohío, de manera que ninguno de los pocos muchachos a quienes Panchita Sánchez les enseñaba a deletrear, a conocer los números y a escribir las palabras “casa”, “mamá”, “papá” tenía necesidad de acercarse a la laguna, pero ese día Pepito y yo lo hicimos porque cuando íbamos hacia la puerta de la escuela vimos un espectáculo que nos llamó la atención: la gallina gira, que tenía ya muchos días echada en un rincón de la escuela había sacado, palabra que quería decir en esos tiempos —ignoro si se usa todavía— que los huevos a los que daba calor habían empollado y había llegado el momento en

* *El Nacional de ¡Ahora!*, Santo Domingo, 24 de mayo de 1985, pp.24-25.

que los pollitos, tras romper los cascarones con sus tiernos piquitos, habían salido de ellos, y orgullosa, oronda, piando la tierra y emitiendo unos sonidos bajos y dulces, la gallina gira invitaba a su cría a seguirla.

Ese espectáculo por sí solo no era nuevo para nosotros, pero de pronto Pepito gritó:

—¡Mira, Juanito, mira: un patito, ese es un patito!

Efectivamente, entre los polluelos había un patito porque alguien había puesto en el nido de la gira un huevo de pata antes de que la gallina iniciara el proceso de darles calor a sus huevos, detalle que nos explicaron después la maestra y mamá. En ese momento la madre y los hijos iban en dirección hacia la laguna y Pepito y yo seguíamos tras ellos deslumbrados con la novedad que significaba la presencia del patito entre los polluelos, y de pronto, de manera fulminante, ante el asombro de nosotros, el patito se metió en la laguna y comenzó a moverse en el agua con la seguridad y la gracia de un pato adulto.

Lo que estábamos viendo era para mi hermano y para mí un espectáculo fascinante, pero a él iba a seguir una escena que nunca he olvidado y que, al contrario, recuerdo cada año de manera más viva porque me lleva a pensar en mi madre y en lo mucho que debió sufrir con las locuras que hacía cuando daba saltos mortales en su presencia o cuando Pepito y yo caminábamos sobre una cuerda floja de alambre sin oír sus recomendaciones de que no siguiéramos exponiéndonos a una caída.

La escena que nunca he olvidado es la de la gallina enloquecida, así como lo digo, enloquecida de dolor ante el espectáculo de “su hijo” —pues para ella el patito era uno de sus polluelos— que se jugaba la vida metido en el agua y avanzando en ella como si lo hiciera sobre tierra firme. Corriendo por la orilla de la laguna y cloqueando con voz temblorosa, esa madre emplumada trataba de meterse ella también en el

agua para rescatar al patito, pero cuando el agua le llegaba a la mitad de las patas aleteaba y volvía atrás, empavorecida, y al mismo tiempo con los ojos fijos en el “hijo” que seguía la orden del instinto moviéndose con la seguridad de un dominador de las aguas y sin tomar en cuenta para nada su “madre”.

Para expresar en forma más contundente su dolor, a la gallina gira sólo le faltaba llorar por anticipado la muerte del “hijo” aventurero y desalmado, y llorarlo con lágrimas, porque ya estaba haciéndolo con los temblores de un cloqueo que nunca le he oído a otro animal de su especie y con los movimientos aturdidos de sus alas. Pero la conmovedora expresión de maternidad de esa gallina iba a llegar a la excelsitud minutos después, cuando Panchita Sánchez, avisada por no recuerdo quién, llegó a la orilla de la laguna con una escoba en la mano y valiéndose de ella consiguió que el patito volviera a tierra. En ese momento, en el instante mismo en que el “hijo” ponía las patas fuera del agua, la gallina gira se abalanzó sobre él, lo cubrió con las alas, lo espulgó con el pico y lo fue empujando para alejarlo de la orilla de la laguna a la vez que emitía unos cloqueos diferentes de los que le oíamos unos minutos antes, diferentes porque no eran temblorosos de angustia sino ricos de ternura maternal y alegres porque “su hijo” no corría ya peligro de morir ahogado.

21 de mayo, 1985.

LA HISTORIA DE CRUZ DOMÍNGUEZ*

En “Haciendo punto con otro son” (*El Nuevo Diario*, 21 de agosto) se comentó una declaración mía sobre la finca que posee en Bayaguana el secretario de Agricultura diciendo que “al profe, en este caso, lo pusieron a fallar sus informantes”.

Vamos a ver si eso es verdad.

Lo que dicen esos “informantes” es que el Sr. Máximo Acosta Núñez le vendió a Carlos Federico Cruz Domínguez 2,513 tareas de tierra en la sección de Ladino, Bayaguana; que la venta fue convenida el 28 de junio de 1979, que el registro de esa venta se hizo el 29 de agosto y la declaratoria de propiedad el 12 de septiembre, pero sucedía que ya el 30 de agosto Carlos Federico Cruz Domínguez había obtenido del Banco Metropolitano, S.A., un préstamo de 239 mil pesos para explotar esas 2 mil 513 tareas que había comprado menos de dos meses antes en 150 mil pesos.

De acuerdo con el contrato de préstamo que firmaron ese día 30 de agosto de 1979 Cruz Domínguez y su señora como deudores y Adalberto Perdomo y Natef A. Sansur T. como funcionarios del Banco Metropolitano, los 239 mil pesos se emplearían así: 35 mil en fomento de pastos, 20 mil en construcciones e instalaciones, 9 mil en maquinaria y equipo, 75

* “Juan Bosch explica circunstancias en que funcionario compró finca”, *El Nacional de ¡Ahora!*, Santo Domingo, 23 de agosto de 1985, p.11.

mil en compra de ganado y 100 mil pesos en compra de terrenos, de manera que en buena lógica, si Cruz Domínguez había pagado menos de dos meses antes 150 mil pesos por 2 mil 513 tareas de tierra, pagó la tarea a 60 pesos, y con los 100 mil pesos que le prestó el banco para comprar tierras debió comprar 1 mil 666 tareas, que sumadas a las 2 mil 513 que ya tenía venían a ser 4 mil 179, sin embargo, no fue así porque Cruz Domínguez no agregó ni una tarea más a las 2 mil 513 de que hablan los documentos que he mencionado.

El Sr. Cruz Domínguez es secretario de Estado de Agricultura y al mismo tiempo es propietario de tierras agrícolas y ganadero, y está económicamente bien dotado porque cuando le pague al Banco Metropolitano los 239 mil pesos que le prestó habrá pagado 314 mil 520 pesos.

Esos datos que estoy dando justifican lo que dije en el programa de televisión Buenos Días de Rahintel, ocasión en que expliqué que el capitalismo empezó a penetrar en el campo de nuestro país después de la muerte de Trujillo y de manera especial durante los años de gobierno del Dr. Balaguer debido a que entonces se puso en práctica una reforma agraria que en vez de entregarle al campesino tierras en usufructo de por vida se las daba en propiedad, sin tomar en cuenta que el campesino de esos años no era el de 1930 ó 1950, que no tenía ideología capitalista, y al recibir tierra en propiedad lo que hacía era venderla para pasar a vivir en la Capital o en Santiago o para irse a Nueva York, y quienes compraban esas tierras eran y son inversionistas que han iniciado en el país la etapa capitalista de la producción agrícola valiéndose de técnicas nuevas, los llamados insumos agrícolas y máquinas como tractores, que emplean trabajo calificado pero muy poco trabajo de "echadías".

Yo no dije en ningún momento que Cruz Domínguez o cualquiera otra persona había comprado tierras de la Reforma Agraria sino de las que los campesinos habían recibido en

propiedad gracias a una reforma agraria mal concebida y realizada, pero si el señor secretario de Estado de Agricultura quiere que yo le haga su historia económica, a partir del día en que salió de la Universidad Autónoma graduado de Ingeniero Agrónomo y empezó a trabajar como agente de Extensión Agrícola de la Secretaría que ahora dirige en la Región de San Francisco de Macorís, se la haré con mucho gusto.

Diré antes que nada que esa historia es corta, pero jugosa; que en poco tiempo Cruz Domínguez llegó a director de la Regional de la Secretaría en San Francisco de Macorís, que se le dio una cantidad de dinero para que organizara una feria agropecuaria en la región, que fue acusado de haber malversado ese dinero y esa acusación dio lugar a un movimiento de respaldo a su favor por parte de los profesionales agropecuarios, y fue la primera protesta pública de los miembros de esas profesiones, algunos de los cuales fueron cancelados o trasladados y un grupo de ellos renunció a sus cargos en apoyo de Cruz Domínguez.

Las protestas de esa época le eran gratas, sin duda, a Cruz Domínguez, al revés de lo que sucede ahora, cuando no se protesta a favor suyo sino en favor de esos profesionales que no pueden seguir viviendo con 350 pesos mensuales.

Por esas fechas ya era muy estrecha la relación del Director Regional Cruz Domínguez con el agrónomo Diómedes Castellanos, encargado de la Zona Agropecuaria de Salcedo. Los dos fueron cancelados por el gobierno del Dr. Balaguer debido principalmente a los movimientos de protestas ocurridos en la Secretaría de Agricultura, y siete u ocho años después serían cancelados más de cien agrónomos y veterinarios porque protestaban a causa de los salarios de hambre que recibían. Cruz Domínguez consiguió trabajo en el Bank of Canada y poco después lo conseguía, también en el mismo banco, Diómedes Castellanos.

Al triunfo del PRD, Cruz Domínguez fue nombrado subsecretario de Producción Agropecuaria y consiguió otro puesto para su amigo Diómedes Castellanos, y para el 30 de agosto obtenía del Banco Metropolitano el préstamo a que me he referido sin decir todavía, y lo digo ahora que ese préstamo le fue concebido con fondos del FIDE, a nueve años de plazo y tres de gracia, y los fondos del FIDE proceden del Banco Central, o dicho de otra manera, del gobierno.

Tras la elección del Dr. Jorge Blanco, Diómedes Castellanos fue nombrado director general del Instituto Agrario Dominicano y poco después Cruz Domínguez pasó a ser subdirector pero a mediados de 1983 Castellanos fue acusado de vender parcelas de la Reforma Agraria y se le mandó a la Oficina de Desarrollo de la Comunidad mientras Cruz Domínguez iba a ocupar el cargo que tenía Castellanos en el IAD, y justamente en esos días se nombra a Carlos Guillén Tatis subdirector del IAD, o lo que es igual: compañero de tareas de Cruz Domínguez y al mismo tiempo su subalterno; y es curioso que el Sr. Guillén Tatis es propietario de una finca vecina de la de Cruz Domínguez y en ambas se han visto máquinas pesadas del IAD haciendo trabajos y por entre ellas pasan las redes de la Corporación Dominicana de Electricidad.

A principios de este año Cruz Domínguez fue nombrado secretario de Estado de Agricultura y Guillén Tatis director general del IAD, y una de las primeras resoluciones de Cruz Domínguez fue nombrar a Diómedes Castellanos director regional en Mao, lo que significa que ahora Castellanos es quien controla el envío de recursos a las regiones agropecuarias del país, y entre los que reciben esos recursos está su hermano Víctor Hugo, quien en los hechos de estos días se destacó por la dureza con que golpeaba a los profesionales agropecuarios que pedían un salario mejor para ellos, sus esposas y sus hijos.

22 de agosto, 1985.

UNA CARTA DE JUAN BOSCH*

Señora Renata Domínguez:

Permítame que haga uso, una vez más, de las páginas de *Suma* para tratar problemas de índole cultural que para mí son muy importantes sobre todo cuando se relacionan con el pueblo dominicano. En esta ocasión quiero ocuparme de una información publicada en el suplemento cultural de *El Sol* en la que se le atribuye a Fradique Lizardo la afirmación de que el merengue no se baila en los primeros tiempos de su aparición como música popular porque, tal como dice el autor de la crónica en que aparece esa opinión, se trataba de un tipo de baile indecente, y luego se pone en boca de Fradique Lizardo la afirmación de que lo indecente no eran los movimientos de los bailaradores del merengue sino sus letras, y a seguidas el periodista agrega:

“Para avalar ese criterio, Lizardo cantó un trozo de una canción de años correspondientes al 1926-28 que decía lo siguiente:

‘Todos los cueros son de Santiago.
En Santiago viven bien;
y por culpa de esa maldita mujer
santiaguero soy yo también’.

* *El Nacional de ¡Ahora!*, Santo Domingo, 28 de septiembre de 1985, p.18.

Yo conocí esa letra de merengue y según la recuerdo no era como aparece puesta en boca de Fradique Lizardo; era así:

“De Santiago son las mujeres
y en Santiago ellas viven bien,
y por culpa de las mujeres
santiaguero soy yo también”.

Pero debo aclarar que en los años de mi ya lejana juventud no oí una sola letra de merengue que fuera indecente ni oí decir nunca que el merengue no se bailaba; al contrario, lo más importante del merengue era entonces, no la letra sino la música, y ésta, porque era la danza del Pueblo, sobre todo de campesinos y gente pobre de la que vivía en lo que entonces se denominaba las orillas de los pueblos. Quienes no bailaban el merengue eran las personas distinguidas, las de primera, como se decía, precisamente porque se trataba de un baile popular, y por esa razón el merengue no se tocaba en los llamados centros sociales o clubs; pero lo mismo pasó en otros países con la música de creación popular que la gente del pueblo bailaba. Aquí, el merengue empezó a ser bailado en los clubs de Santiago, de La Vega, de Moca y de la Capital después de haber llegado Trujillo al poder, pero antes de eso el merengue había ganado mucho terreno por su letra, que alcanzó popularidad como elemento de difusión política tal como podemos verlo en el caso del que escribió, letra y música, Julio Alberto Hernández sobre un jefe guerrero, convertido en personaje político desde los años anteriores a 1916, que fue el de la ocupación militar del país por parte de la Infantería de Marina de Estados Unidos, y me refiero al más famoso de los merengues de los años 1920 y tantos, el dedicado a Desiderio Arias, aquel que “Dice Desiderio Arias que lo dejen trabajar, porque si él coge el machete, el mundo se va acabar”.

Del merengue le queda el nombre a una música que se baila hoy y que no tiene nada que ver con lo que fue el merengue; pero ese fenómeno de seguir aplicándole la misma

denominación a expresiones culturales que ya no se practican no está sucediendo sólo en el caso del merengue; lo mismo pasa con los refranes. Por ejemplo, en el periódico que le da albergue a "Suma" apareció hace pocos días un artículo en el que su autor decía, creyendo que repetía un refrán muy conocido: "Ojo avizor no mata soldado", expresión que contiene en cinco palabras una contradicción escandalosa porque si avizor (así, con z, no con s) significa que está en acecho, y el dueño de ese ojo está acechando a un soldado, lo lógico es que lo matará; pero resulta que lo que quiso decir el articulista fue otra cosa; fue "Guerra avisada no mata soldado", que es un refrán viejísimo, y como todos los refranes, un resumen de sabiduría popular expuesto a través de frases cortas y tan expresivas que su uso se generaliza precisamente porque lo que se dice en ellas tiene un poder de convicción definitivo a tal punto que es aceptado lo mismo por la gente del pueblo que por los maestros de la lengua.

De otro caso quisiera ocuparme en esta carta, el de una de 18 líneas que apareció en un tabloide matutino en este mes, pero me temo que si lo hago ocuparía mucho espacio, y por esa razón me limito a anunciar que en otra ocasión trataré de ella porque es un ejemplo del descalabro que se ha producido en los valores culturales de nuestro país.

Le agradece de antemano la atención que le dé Ud. a esta carta su atento y seguro servidor.

LE ACLARA A “POLI-BROMA”*

Cualquiera persona medianamente instruida en historia de este siglo sabe que el Imperio Ruso desapareció con la Revolución de Octubre y que el país que llevaba el nombre de Rusia pasó en julio de 1918 a ser la República Socialista Federación Rusa (FRSSR), y cuatro años después, en 1922, Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Lo que no sabe todo el mundo es que ese último nombre tardó muchos años en hacerse de conocimiento general; y a tal grado fue así que todavía a finales de la Segunda Guerra Mundial el país de los soviets era conocido con su viejo nombre de Rusia, y sus ciudadanos, que cambiaron su gentilicio por el de soviéticos, seguían siendo para el resto del mundo rusos a secas.

Otra cosa es lo que se refiere a la edad que tenía el secretario general del Partido Comunista Dominicano cuando se llevó a cabo el histórico pacto de Hitler y Stalin. En *Poli-Broma* se dijo que él no había nacido para los días de la firma del pacto; pero yo no había nacido cuando murió Ulises Heureaux ni cuando se produjo la anexión de nuestro país a España ni cuando los ingleses conquistaron la isla de Jamaica, y sin embargo yo he emitido juicios sobre todos esos acontecimientos porque mis estudios de la historia dominicana y del Caribe, por un lado, y por el otro mis obligaciones de

* *El Nacional de ¡Abora!*, Santo Domingo, 24 de febrero de 1986, p.13.

dirigente político, me llevan a conocer los hechos pasados y a enjuiciarlos de manera pública a fin de que el pueblo se haga una idea de lo que pienso de ellos.

La categoría de secretario general de un partido comunista, aunque se trate de uno formado por un grupo tan pequeño como el PCD, exige que quien la tiene y vive de ella, como es el caso del Sr. Isa Conde, conozca los episodios de la historia en que ha figurado un partido comunista tan importante como es el de la Unión Soviética, y de manera especial uno como el pacto Hitler-Stalin que jugó un papel tan trascendental en la historia humana. Debe conocer tales episodios y además debe cuidarse de caer en el ridículo como ha caído Isa Conde al calificar de alianza política entre el PLD, la Fuerza Nacional Progresista y el PRSC lo que fue un simple acuerdo táctico destinado a evitar el fraude electoral que prepara el PRD.

El PCD fue un conocido aliado del Partido Reformista cuando el Dr. Balaguer estaba en el poder: su secretario general afirmó hace poco tiempo que yo le había dicho “negro bombón” al síndico de la Capital, infamia de la cual no se ha retractado ni directa ni indirectamente pero tampoco ha tenido la entereza de asumir la responsabilidad de esa sucia acusación, y por último me presenta encabezando una alianza del PLD con el partido del Dr. Balaguer, y como recuerdo muy bien el consejo de aquel juez francés según el cual la manera más segura de descubrir el autor de un crimen era averiguando a quién había beneficiado el crimen, he llegado a la conclusión de que las dos acusaciones que me han hecho recientemente el Sr. Isa Conde persiguen una finalidad: beneficiar al PRD, tal vez con la esperanza de aparecer en la lista de candidatos a diputados que figurarán en la boleta blanca y verde de Jacobo Candela Majluta.

SOBRE NOVELAS Y POESÍAS*

Que yo sepa, todavía no se ha hecho un estudio de las transformaciones que ha sufrido la literatura en sus géneros más cultivados, que son, la novela y la poesía. Si se hiciera, sería muy interesante comparar *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha* con *Cien años de soledad*, dos libros que se parecen en el hecho de que en la obra de Cervantes el protagonista es loco y en la de García Márquez la locura está, no en los personajes sino en la atmósfera que respiran ellos y los lectores.

Un estudio comparativo de esas dos novelas equivaldría a una formidable lección de literatura, pero además cumpliría otro fin, el de demostrar cómo avanza de manera incontenible el proceso de cambios hacia la superación que se da en todas las manifestaciones de la vida del ser humano organizado en sociedad; y no es necesario que el estudio comparativo sea entre las dos novelas mencionadas en estas líneas. Esas obras maestras de la novelística de nuestra lengua están muy separadas en el tiempo, más de 360 años. Si redujéramos la comparación a las obras de algunos poetas podríamos encontrar lecciones curiosas.

Tomemos el caso de dos poetas del siglo pasado: Gaspar Núñez de Arce, nacido en España en el año 1834, y José Martí,

* "Juan Bosch nos habla de novelas y poesías", *El Nacional de ¡Ahora!*, Santo Domingo, 17 de octubre de 1986, p.26.

nacido en Cuba en el 1853. El primero escribía poesías como la titulada “Vértigo” en la que hallamos estrofas tan vulgares como ésta:

“Conciencia nunca dormida,
mudo y pertinaz testigo
que no dejas sin castigo
ningún crimen en la vida.
Al Sumo Hacedor le plugo
que a solas con el pecado
fueras tú para el malvado
delator, juez y verdugo”.

La poesía de Martí era algo tan distante de la de Núñez de Arce en la capacidad de concebir el verso que en una estrofa de escasas cuatro líneas dijo:

“Quiero a la sombra de un ala
contar este cuento en flor:
la niña de Guatemala,
la que se murió de amor”.

Martí se distanciaba tanto de Núñez de Arce que sobrepasaba en mucho los 19 años de diferencia en las edades respectivas de los dos. El último le atribuía al ala de un ave que podía ser tan diminuta como un jilguero un poder de protección contra la luz del sol que Núñez de Arce era incapaz de concebir. La distancia en el tiempo poético del uno y del otro era de medio siglo, tal como la que había entre Bécquer y Antonio Machado o entre Rubén Darío y Pedro Mir a Pablo Neruda.

La poesía cambia, evoluciona; responde en todos los casos a las transformaciones que va creando el trabajo del hombre en su lucha contra la naturaleza. En la novela sucede lo mismo, pero los cambios son más dramáticos en la poesía.

Hace 60 años la poesía aspiraba a conmover describiendo hechos o refiriéndose a ellos en un lenguaje descriptivo. Hoy, la poesía usa las palabras para crear con ellas emociones que sacuden los centros ocultos de la sensibilidad humana como

lo hace la música de los grandes maestros. Su propósito no es decir sino sacudir; no expresa sentimientos ni ideas; no expone ni propone.

En días recientes llegó a mis manos una poesía de ese tipo, lo que equivale a decir de este momento. No conozco a su autor. Sé que se llama José Rodríguez, pero José Rodríguez me parece un nombre demasiado común para relacionarlo con “Memoria de difunto”, uno de los poemas que publicó en un pequeño libro titulado *Proyecto de ternura*.

He aquí el poema:

“Id a decir
que he muerto
de un infarto de estrellas machacadas
sobre las sementeras de mi pecho
Recoged este canto degollado
para que los espejos
no me roben la sombra
dejándome
las carnes corrompidas
por el miedo
a esa lava caliente
de lunas derretidas
Propagad la noticia
ya la muerte no existe
la acaban de enterrar junto a mi cuerpo
De pie
encontraréis las voces como lanzas
proclamando el amor a dentelladas
apedreado en la noche
un tumulto de perros
El fuego
quiere decir el nombre
de estas manos difuntas
que escribieron la historia
con su muñón de hueso
y traen despavorida su lumbre

hasta mi boca
para que venga el canto
quemando los disparos
y la muerte se asuste cuando le dé el brazo
Id a decir mi nombre
que la carne no sabe que ya no es más que viento.

JOHN BARTLOW MARTIN*

John Bartlow Martin era, como escritor, un mal artesano de la palabra, no porque no supiera escribir sino porque escogía temas mediocres y al exponerlos se ponía a la orden de quien le pagaba para decir lo que le interesaba al pagador. Por ejemplo, su obra *Overtaken by Events (Sorprendidos por los acontecimientos**)* está plagada de inexactitudes y su biografía de Adlai Stevenson pone de manifiesto la baja capacidad del autor para enjuiciar hombres y acontecimientos, porque Stevenson no merecía ni remotamente una biografía dado que nunca hizo nada importante para que se hiciera su historia, pero era amigo de Bartlow Martin y fue él quien le pidió a Kennedy que lo enviara de embajador a la República Dominicana, posición que Bartlow Martin se consideraba autorizado a desempeñar porque allá por el año 1938 había hecho un viaje a este país.

Bartlow Martin no tenía condiciones para ser embajador de su país ni en la República Dominicana ni en ninguna parte. Carecía de todas las condiciones que hacen falta para desempeñar funciones diplomáticas; ante cualquier problema,

* “Bosch enjuicia obra de ex embajador EU”, *El Nacional de ¡Ahora!*, Santo Domingo, 5 de enero de 1987, p.2.

** MARTIN, John Bartlow, *El destino dominicano. La crisis dominicana desde la caída de Trujillo hasta la guerra civil*, Traducción de VÍCTOR GARCÍA DÍEZ y J. Federico MARTIN, Santo Domingo, Editora de Santo Domingo, S.A., 1975 (N. del E.).

por mínimo que fuera, perdía la cabeza y empezaba a temblar. Yo tuve que llamarle duramente la atención en la oportunidad en que estando yo en el despacho que me correspondía como presidente de la República entró tembloroso y pálido gritando como si estuvieran persiguiéndolo para darle muerte. Sus gritos se debían a que un periodista norteamericano le había dicho que yo había ordenado al ejército dominicano que invadiera Haití.

Además de lo que acabo de decir, el representante del presidente Kennedy tenía una irresistible propensión a decir mentiras, y por si todo eso fuera poco, no respetaba las reglas del juego de la diplomacia. En ese terreno llegaba a extremos tales como el de llamarme por teléfono una noche a las 2 de la mañana para darme la supuesta noticia de que Papa Doc Duvalier había salido en avión de Haití y se dirigía a Argelia, a lo que le respondí que eso no podía ser cierto porque en Haití no había sucedido nada que pudiera provocar la fuga del dictador.

AL PAÍS ESTÁ NACIÉNDOLE UN POETA*

En España, donde estudia Psiquiatría, está naciéndole al país un poeta. Se llama Ángel Almánzar. Del apellido se deduce que debe ser cibaeño, tal vez de Tamboril o sus vecindades, quizás de Santiago o de un campo mocano. Pero lo que no deja lugar a dudas es que se trata de un poeta de cuerpo entero, dotado del don de expresar el ritmo propio de la escritura poética con un vigor y al mismo tiempo con una delicadeza que al presentarse mancomunados en las mismas palabras convierten el poema en una sucesión de estallidos de luz y de música hecha por la brisa más sutil.

Doy al lector la oportunidad de descubrir la poesía de Ángel Almánzar en los dos poemas que se publican a continuación. El primero se titula “Don Pedro Mir”, y de seguro causará una conmoción en el alma del Poeta Nacional; el segundo lleva por título dos palabras: “Te ofrezco”, y lo que ofrece el poeta en ese poema es un caudal increíble de hermosuras.

“Don Pedro Mir

Cuando tropecé contigo Maestro
vi la figura diminuta de un gigante
revolotear en el trayecto a la alegría
hacer gala del optimismo solidario
asesinar con el verbo la ignominia

* *El Nacional de ¡Ahora!*, Santo Domingo, 19 de septiembre de 1987, p.16.

Desnudaste mi pálida ignorancia
Conocí de sopetón la real historia de la Patria
renací tras la huella del entierro
y me hice inquilino de tu causa”

(Madrid, 16 de septiembre, 1986).

“Te ofrezco
Te ofrezco el mapa de mi carne
el corazón abierto y mis sentidos
la complicidad de mi ternura
los retazos de mis sueños
las angustias de otros sueños
Te ofrezco mi palabra
el nítido olor del aguacero
la maraña de mis gustos
la inmensa playa de mis ojos
una gota de mi ser
Te ofrezco las raíces de mi raza
mi dignidad como soporte universal
los actos militantes de mi fe
la herida abierta en nuestra historia
la historia por hacer
Dame tu osadía cotidiana
su furia libertaria
la eternidad de tu cariño
la magia
la rabia de tu paz
Dame un beso y otro beso
una mano y la otra mano
la mañana de tus noches
la senda por trochar
Te ofrezco cada parte de mi todo
Dame tu todo
hagamos el hombre por nacer”

(Madrid, febrero, 1987).

COMENTARIO A “EL MENSAJE A HIPÓLITO”*

El 14 de este mes *El Nacional* publicó en su sección Saludos una nota titulada “El mensaje a Hipólito”, que se refiere a un artículo escrito como si fuera una carta del Lic. Ángel de la Cruz dirigida al agrónomo Hipólito Mejía, y como sabemos los dominicanos, Hipólito Mejía es un dirigente político del PRD, facción o grupo de Sonia Guzmán.

El mensaje o artículo del Lic. De la Cruz se publicó en *El Nacional* en espacio pagado, lo que indica que al escribirlo y al hacerlo público, su autor estaba poniendo en práctica un propósito político cuya finalidad era hacerle propaganda a su destinatario; y así lo pensó la persona que escribió el comentario titulado “El mensaje a Hipólito” como es fácil de advertir al leer su primer párrafo, que decía: “Aún falta mucho para que se inicie la campaña electoral y uno tiene que confesar, entonces, que se trata de un mensaje nacido de lo profundo de un alma diferente, en estos tiempos”.

¿Por qué se expresaba así el autor de “El mensaje a Hipólito”?

Porque lo que se propuso hacer el Lic. De la Cruz cuando publicó su carta o mensaje o artículo fue presentar a Hipólito Mejía como un hombre generoso, una persona de quien se pueden esperar actos bondadosos. Sin decirlo, en lo que publicó como aviso pagado, el Lic. De la Cruz dejó la impresión

* *El Nacional de ¡Abora!*, Santo Domingo, 9 de marzo de 1988, p.16.

de que el ex secretario de Estado de Agricultura es el modelo de político que el país necesita; y si esa fue su intención creo un deber mío decirle, usando el mismo medio de comunicación que usaron él y el autor del comentario titulado “El mensaje a Hipólito”, que lo que debe esperarse de un político no es que sea bondadoso o generoso, aunque puede serlo si esas condiciones no perjudican al pueblo; lo que se requiere de un político dominicano es que conozca los problemas del país y sepa cómo resolverlos. A nadie se le ocurre pensar que una persona ignorante de lo que es el motor de un automóvil actuaría inteligentemente si llevara el suyo a ser reparado por alguien que no es mecánico pero ha dado pruebas de que es un hombre bueno y generoso.

La política es a la vez una ciencia y un arte; una ciencia y un arte es también la medicina; y si los que ejercen la medicina tienen que ser profesionales, los que ejercen la política deben ser tan profesionales como los médicos, y así debe exigir el pueblo que sean unos y otros. La bondad y la generosidad son atributos personales, pero no añaden nada a las funciones de los médicos y los políticos.

RESPUESTAS A LOS AUTORES DE MERENGUES*

Los autores de merengues que mantienen y exponen el criterio de que lo que llaman ahora merengue es una evolución del merengue original producida por el uso del instrumentos musicales que no se conocían hace cincuenta o más años ignoran que el merengue, como música y como baile, fue una creación de arte popular, y el producto artístico, lo mismo si es popular que personal, no evoluciona en sí mismo. Una obra de arte popular perdura tal como fue creada a lo largo del tiempo como sucede con el ballet folclórico y con la música popular, sea o no bailable. Veamos el ejemplo de la música cubana:

La habanera, la criolla, el danzón, el son de oriente, el punto cubano, la guantanamera, el cha cha chá, el mambo, el guaguancó y ahora la nueva trova se tocan sin la menor variación a pesar de que desde los tiempos de la habanera y la criolla son varios los instrumentos que se han incorporado a la producción musical; y en el caso de las que fueron creadas como música bailable, se siguen bailando como se bailan hace mucho tiempo, y pongo de ejemplo el danzón o el cha cha chá.

La cueca chilena, el vals peruano, el joropo de Venezuela, el tamborito panameño son creaciones musicales que se escriben, se tocan y se bailan sin alterar sus valores folclóricos, y en algunos casos los trajes que se usan cuando se bailan responden a las

* *El Nacional de ¡Abora!*, Santo Domingo, 13 de agosto de 1988, p.23.

formas como se hicieron cuando fueron creados hace un siglo o más años. Más aun: cuando el merengue pasó de las galleras a los casinos o clubes no entró en estos tocado con acordeón sino por orquestas que usaban piano y clarinete como la que se llamó Camú formada y dirigida por Juan Espinosa. El merengue “Desiderio Arias” de Julio Alberto Hernández no fue escrito para acordeón, güira y tambora sino para orquesta y cantante, y sin embargo fue, y sigue siendo, un merengue tan clásico como el que se tocaba en las galleras campesinas.

De la misma manera que perdura la música popular y folclórica perdura la música creada por Bach, por Mozart, por Chopin. A nadie se le ocurre introducir variaciones en una ópera de Wagner, en una escultura de Rodin, en un cuadro de Velázquez. Sólo cambia lo que es obra de la naturaleza: Los animales, incluyendo entre ellos el hombre y los de plumas, tierra y agua, y la vegetación, y en esos casos los cambios son limitados porque no todas las aves cantan y de las que cantan sólo el ruiseñor puede cantar como él lo hace, y en cuanto a la vegetación, una mata de pino no puede producir rosas y una mata de rosas no da orquídeas.

En estas líneas he señalado diez nombres de variedades musicales cubanas. ¿Por qué tienen los creadores de música popular dominicana que limitarse a escribir sólo merengues aunque estos no obedezcan a las reglas del merengue tal como fue en sus orígenes?

Santo Domingo,
9 de agosto, 1988.

UN MENSAJE PARA WILFRIDO VARGAS*

Wilfrido Vargas es no sólo músico, y muy bueno, sino además director de orquesta, actividad que requiere una capacidad de concentración mental lo suficientemente intensa para oír en todo momento y al mismo tiempo las diferentes notas producidas por los instrumentos de su orquesta que forman el conjunto de sonidos integrados en uno que los totaliza y quien tiene esa capacidad puede comprender lo que diré en las pocas líneas de este mensaje.

Una obra de arte, no importa quien sea su autor, no puede ser modificada por nadie. Veamos el caso de la escultura. Hay tres esculturas conocidas mundialmente: la Venus de Milo, la Estatua de la Libertad y el Pensador de Rodin. ¿A qué se expondría el que pretendiera transformar en uno más ancho el rostro de la Venus de Milo, el que se propusiera cambiarle de mano —de la derecha a la izquierda— la antorcha de la Estatua de la Libertad, o enderezarle la cabeza al Pensador de Rodin retirándosela de la mano en que la tiene apoyada?

Los que trataran de hacer esos cambios se expondrían a ser llevados, en el mejor de los casos, a hospitales psiquiátricos.

Pero lo mismo le sucedería, al que, armado de pincel, paleta y pintura se dedicara a transformar la cara de la Gioconda reduciendo su cabellera para que quedara del tamaño de la de

* *El Nacional de ¡Abora!*, Santo Domingo, 17 de septiembre de 1988, p.16.

un hombre, colocándole sobre el labio superior un bigote y en las mejillas y el mentón una barba como la de Homero, disolviéndole el nacimiento de los senos y transformando su blusa femenina en una chaqueta de guerrero, todo eso alegando que lo hace porque un estudio llevado a cabo con la ayuda de una computadora determinó que el retrato de la Gioconda es en realidad un autorretrato de Leonardo da Vinci.

Nadie puede agregarle ni restarle una palabra a una poesía de Quevedo, de Neruda o de Pedro Mir ni hacerles reformas al *Quijote*, a *Cien años de soledad* o a una obra teatral de Shakespeare, de Lope de Vega o García Lorca, porque la obra de arte, sea la que se ejecuta en mármol o bronce, con pintura sobre tela o madera, sea la que se produce con palabras, es siempre un monumento cultural y en su condición de monumento forma parte de la historia de su pueblo y de la humanidad.

Pero lo mismo sucede con las creaciones culturales de los pueblos, entre las que se destacan la música y los bailes, y de manera especial la música bailable, que por el hecho de formar una ligazón entrañable entre la música y el baile, para ser perdurable tiene que someterse, la primera a una cadencia sin variaciones y el segundo a movimientos de los pies y de todo el cuerpo ajustados a la cadencia musical. Cuando la última varía, para sustituir lo que el pueblo había creado y por tanto no debe seguir llevando el nombre que le había dado el Pueblo.

Eso ha sucedido en el caso del merengue, que fue sustituido, no por Wilfrido Vargas sino por músicos que componían, tocaban y dirigían orquestas hacen más de veinte años. Wilfrido fue formado en un ámbito musical distinto al de los tiempos en que el merengue era la música bailable nacional. Pero de su papel en la evolución de la música dominicana me ocuparé en otra ocasión, porque el espacio que me tocaba ocupar hoy ha sido llenado con lo que he dicho.

VERSOS DE UN POETA DOMINICANO*

Desde Madrid, la capital de España, donde está escribiendo su tesis para el doctorado en Historia cuyos estudios ha hecho en la Universidad Complutense de aquella ciudad, el poeta Diómedes Núñez Polanco ha enviado, para ser publicados en esta sección de *El Nacional*, dos poemas pequeños por el espacio que ocupa cada uno de ellos, pero grandes, y sería más apropiado decir que muy grandes, por su intensa calidad poética, una condición propia de los versos cuando dicen mucho en pocas palabras.

El primero de esos poemas, el titulado “Ante la foto borrosa de un incendio”**, libera en sólo ocho versos una fuerza de tal intensidad que sacude al lector como podría sacudirlo la muerte inesperada e instantánea de un ser querido; el segundo, que lleva por título la palabra “Lechero”***, es de una ternura triste, amarga y conmovedora, todo eso concentrado también en ocho versos.

* *El Nacional de ¡Ahora!*, Santo Domingo, 15 de octubre de 1988, p.18.

** “Este barrio es pequeño, pequeñito / como alcancía llena de nostalgias. / Rumor encendido, alborotado / En su silueta. / ¡Es la muerte en el fuego, entre las olas! / De la lejana casona de los abuelos / Sólo conservamos / Las cenizas, las deudas y el recuerdo”.

*** “Soy una cicatriz permutable en la mañana, / equilibrista de ferias, / pero sin mañanas / sin equilibrios / y sin circos. Mi único patrimonio son las penas / redondas, redonditas”.

Dejo al lector de "Suma" ante esos dos poemas diciéndole, a manera de despedida que a mí me han sacudido y conmovido, de lo cual doy constancia en estas líneas de presentación.

5 de octubre de 1988.

OSVALDO GUAYASAMÍN
EN LA REPÚBLICA DOMINICANA*

La presencia de Osvaldo Guayasamín en nuestro país es un acontecimiento artístico extraordinario, a tal punto lo es que si algún día se escribiera la historia de la pintura dominicana una de sus páginas deberá ser dedicada a la presencia en Santo Domingo del gran pintor ecuatoriano y a la exposición de obras suyas presentadas en la Casa de Bastidas.

Guayasamín es el Picasso de América, pero no porque su pintura se parezca a la de Picasso sino porque es tan original como la del maestro español en lo que se refiere a la novedad en la manera de pintar, pero va más allá que Picasso en su capacidad para expresar en todo lo que pinta algo que Picasso no captó en ninguno de sus cuadros: la angustia que agobia a las mayorías de los pueblos americanos y agobiaba al pueblo español en los años en que Picasso abandonó España para vivir en Francia; una angustia que figura de manera patética en las manos crispadas, las bocas retorcidas por el hambre, los ojos desencajados de las figuras humanas que llenan las obras de Guayasamín, incluyendo su propio autorretrato.

Lo que expresa la pintura de Guayasamín no está limitado a la manera de componer sus temas dentro de lo que es la pintura en tanto conjunto de colores o reflejo preciso de imágenes que se ven con los ojos. En cada cuadro del gran pintor

* *El Nacional de ¡Ahora!*, Santo Domingo, 29 de octubre de 1988, p.36.

ecuatoriano hay una carga de desolación y angustia que él extrae de la realidad social que conoció desde su infancia en Ecuador y vio luego en sus viajes por las tierras de América, de África y de Asia.

Oswaldo Guayasamín no introduce en su pintura figuras geométricas. El pinta la entraña adolorida de nuestros pueblos. Picasso era la culminación de la pintura europea de su época, y Guayasamín es la culminación de la pintura americana y seguirá siéndolo mientras en América haya estómagos vacíos y manos sin ocupación.

Tenerlo en la República Dominicana, aunque sea por pocos días, es un privilegio que honra a todos los hijos de la patria de Abelardo Rodríguez Urdaneta y de Yoryi Morel.

El Nacional, Santo Domingo,
29 de octubre de 1988.

UNA CARTA DE BOSCH*

Santo Domingo, R.D.,
2 de noviembre, 1988.

Sr. Radhamés Gómez Pepín,
Director de *El Nacional*,
Ciudad.

Estimado amigo:

La mayoría de los directores de periódicos de nuestro país creen que el respeto a la libertad de expresión les exige publicar todo lo que escriban sus colaboradores, y no se dan cuenta de que esa creencia convierte en ocasiones a los periódicos en basureros en los cuales se descargan toda suerte de porquerías. Un ejemplo de lo que acabo de decir se halla en *El Nacional* de ayer, donde se usó un retrato mío para llamar la atención hacia una de esas porquerías escrita por Juan José Ayuso. Decía ese señor:

“En 1978, como se recordará, el político y escritor (*Juan Bosch*, [paréntesis mío, JB]) apoyó la integración de una junta cívico-militar que desconocería los resultados de las elecciones de ese año, que favorecieron al PRD”.

Si yo fuera director de un periódico me negaría a prestar sus páginas para que en ellas se publicaran desahogos parecidos

* *El Nacional de ¡Ahora!*, Santo Domingo, 3 de noviembre de 1988, p.12.

al que publicó ayer, en perjuicio mío, el diario que tú diriges, y me negaría porque cuando en un medio de comunicación social se difunde una infamia, la responsabilidad de esa difusión es del periódico, dado que la publicación es lo que la convierte en un delito, así como echar restos podridos de vegetales o comida en un basurero es lo que convierte el lugar donde se halla ese basurero en productor de contaminación.

Espero que estas líneas sean publicadas en *El Nacional*, pero no fortalecidas públicamente con un retrato del Sr. Ayuso.

Con saludos atentos queda a tu mandar tu amigo,

Juan Bosch

MARÍA ZAMBRANO, PREMIO CERVANTES*

María Zambrano acaba de ganar el premio Cervantes —la única que lo ha recibido—. La prensa española que dedica parte de sus páginas a los acontecimientos culturales ha destacado esa premiación como un acontecimiento excepcional, y lo es, porque la obra y la vida de María Zambrano son excepcionales. Era una escritora conocida cuando salió de España, al comenzar el año 1939, dos meses antes de que Madrid cayera en manos de las fuerzas militares que dirigía el general Francisco Franco, y se mantuvo exiliada 45 años, la última de las personas autodesterradas que retornó a su patria. Volvió en el 1984 y pocos meses después recibía el premio Príncipe de Asturias.

Lo que María Zambrano escribió antes de salir de España fue poquísimo comparado con lo que escribió en el casi medio siglo que duró su exilio. En 1930 había publicado el libro *Horizonte del liberalismo* y poco después *Pensamiento y poesía en la vida española* y *Filosofía y poesía*; en su destierro publicó *El pensamiento vivo de Séneca*, *España sueño y verdad*, *El sueño creador*, *Claros del bosque*, *La agonía de Europa*, *Hacia un saber sobre el alma*, *El hombre y lo divino*, *Persona y democracia*, *La España de Galdós*, *La tumba de Antígona*, y de seguro algunos títulos que se me escapan porque fueron muchos los años que

* *El Nacional de ¡Ahora!*, Santo Domingo, 10 de diciembre de 1988, p.18.

ella pasó en Francia desde que nos vimos, allá por el 1956, mientras vivía en Roma, en la Plaza del Popolo, como lo recuerda Rafael Alberti, el gran poeta español, en un artículo de los muchos que se han publicado en España en los días que siguieron a la entrega del premio Cervantes.

Yo tuve el privilegio de conocer a María Zambrano en Cuba. Me la presentó Manuel Altolaguirre, otro de los grandes poetas españoles de la generación de García Lorca y Alberti, en cuya casa nos reuníamos con escritores cubanos y españoles. De los tres testigos de mi boda con Carmen Quidiello, ella fue uno; los demás fueron Nicolás Guillén y el general Enrique Loynaz del Castillo, ayudante que fue en la guerra de Independencia de Máximo Gómez. Además de escritora, María Zambrano fue profesora de la Universidad de La Habana; en México, de la Universidad Michoacán, y de la de Río Piedras en Puerto Rico.

He dicho que María Zambrano es un ser excepcional, pero no sólo porque ha llevado a cabo una obra de largo aliento plasmada en varios libros; es que ella encarna, como mujer, al mismo tiempo una inteligencia de altos vuelos y una bondad tan entrañable que se manifiesta en todo lo que hace, en los movimientos diarios y propios de una ama de casa bien educada y en lo que dice, y cómo lo dice, en una reunión de intelectuales. Si debido a su obra literaria recibió el premio Cervantes, debido a su finura de alma ganó, desde hace muchos años, el respeto y el cariño de todos los que hemos tenido el privilegio de ser sus amigos.

¿DE QUÉ PAÍS ERA JULIA COBIER?*

Lo que hizo García Márquez en *El General y su laberinto* fue repetir un error que había hecho la mayor parte de los biógrafos de Simón Bolívar; el de confundir el gentilicio de una persona nacida en Saint-Domingue con el de otra nacida en Santo Domingo; y para aclarar esa confusión diré que Saint-Domingue pasó a ser llamado Haití cuando la última de las ciudades importantes de Saint-Domingue —Cabo Francés, que luego sería rebautizada con el nombre de Cabo Haitiano— fue abandonada por las tropas francesas y tomada por las fuerzas de Dessalines, el gran jefe de la guerra de independencia de su país, que ocupó el lugar que había ocupado Toussaint L'Ouverture.

B. Ardouin, el extraordinario historiador de Haití, dice en la página 7 del tomo sexto de su monumental *Estudios sobre la historia de Haití*, que “una idea, expuesta no se sabe por quien, obtuvo la aprobación de todo el mundo: fue la de restituir a toda la isla, que debía formar el nuevo Estado, el nombre que le habían dado sus primeros habitantes: Haití”, y Ardouin da a entender que la idea fue expuesta en los primeros días del mes de diciembre de 1803, esto es, menos de un mes antes de que la antigua colonia francesa llamada Saint-Domingue fuera declarada independiente, como quedó proclamada el 1º de enero de 1804.

* *El Nacional de ¡Ahora!*, Santo Domingo, 3 de junio de 1989, p.18.

A lo largo de la guerra llevada a cabo durante trece años por los esclavos de Saint-Domingue contra sus amos franceses, fueron muchos los amos que salieron de Saint-Domingue y se refugiaron en Cuba y en otros territorios del Caribe, entre los cuales se hallaba Jamaica, y a esos refugiados nadie los llamó haitianos sino *dominiquens*.

Seguramente así llamaría Bolívar, que sabía francés, a su amante de la capital de Jamaica, esa Julia Cobier a quien Gabriel García Márquez describió llamándola “una dominicana hermosa y rica”, que era la más celosa de todas las mujeres, aunque esto último lo dijo describiendo los celos que sentía de Mary Lindsay, la hija de Sir London Lindsay.

30 de mayo, 1989.

EL GENERAL EN SU LABERINTO*

En la última de sus novelas, *El general en su laberinto*, Gabriel García Márquez refiere que en Jamaica había una mujer, llamada Julia Cobier, a quien califica de la persona que más odiaba en este mundo a Miranda Lindsay, la “hija única de Sir London Lindsay, un diplomático inglés jubilado en un ingenio azucarero de Jamaica”.

García Márquez da a entender que por celos, puesto que en la página 86 de su obra, al mencionarla por primera vez, dice que esa persona que odiaba tanto a Miranda Lindsay “se llamaba Julia Cobier, una dominicana hermosa y rica, también desterrada en Jamaica, en cuya casa, según decían, él (Simón Bolívar) se había quedado a dormir más de una vez. Esa noche iban a celebrar solos el cumpleaños de ella”.

¿Era Julia Cobier dominicana como dice Gabriel García Márquez? Y si lo era, ¿por qué en la historia de nuestro país no se conoció nunca ese apellido?

Veamos. Yo he escrito dos libros sobre Bolívar, uno es *Simón Bolívar, biografía para escolares*, y el otro es *Bolívar y la guerra social*. Del último se han hecho en la República Dominicana cinco ediciones, la última el año pasado, y en la página 147, que tiene el subtítulo de *La influencia de Haití en la obra de Bolívar*, el primer párrafo dice:

* *El Nacional de ¡Ahora!*, Santo Domingo, 3 de junio de 1989, p.18.

“En el capítulo XI de este libro dijimos que en una carta escrita para ser publicada en la *Gaceta Real* de Jamaica —septiembre de 1815— Bolívar se refirió por primera vez a la revolución haitiana mencionándola como ‘el ejemplo de Santo Domingo’”.

En el párrafo siguiente esas líneas quedaron explicadas así:

“Se sabe que por los días de esa carta el joven caudillo tenía una amante en Kingston. Algunos historiadores dicen que ella que era de Santo Domingo; pero Santo Domingo era entonces la traducción española de Saint-Domingue, y Saint-Domingue había sido el nombre colonial de Haití. La amante de Bolívar era, pues, una emigrada de Haití”.

LA ESTATUA DE LILÍS*

Señor
Bonaparte Gautreaux Piñeyro
Sus manos.

Querido Cabito:

La historia de la estatua española de Lilís, a la cual referiste hace pocos días en tu columna de *El Nacional*, empezó en el muelle de Santo Domingo, que estaba en 1929 en el río Ozama, no en Haina, y en ese muelle se hallaba anclado el vapor español *Buenos Aires* en el cual iba yo a viajar en junio de ese año hacia Barcelona, la capital de la región de Cataluña de la cual es capital Barcelona. Yo conocía al dedillo ese muelle porque desde que llegué a la Capital a trabajar en una casa de comercio propiedad de Francisco Lavandero parte de mi trabajo consistía en llevar a cabo todas las gestiones que se relacionaban con las importaciones que hacía la firma Lavandero y Compañía, y ese día de junio me sorprendió ver allí un pedestal de mármol destinado a una estatua ecuestre de Lilís totalmente desconocida en el país, de la cual nadie me había hablado ni había sido mencionada en ninguno de los contados periódicos que se hacían en la Capital, Santiago, San Pedro de Macorís, Puerto Plata.

* “Juan Bosch escribe sobre la estatua de Lilís”, *El Nacional*, Santo Domingo, 30 de septiembre de 1990, p.12.

Al llegar a Barcelona tuve que dedicarme a buscar trabajo y me olvidé de Lilís y su estatua, pero un buen día recibí una carta de Pío Espínola, el escultor vegano, que estaba viviendo en París desde hacía algunos años. En esa carta Pío me anunciaba que llegaría a Barcelona tal día y que haría el viaje por la vía marítima desde Marsella, y me fui a esperarlo a un muelle que no era el que usó el *Buenos Aires*.

Fue en ese muelle barcelonés, que yo no conocía, donde vi la estatua de Lilís. Era una escultura excelente, vaciada en bronce. El dictador dominicano se veía en ella tan gallardo y con sus facciones tan bien reproducidas que parecía que estaba vivo, y lo mismo sucedía con el caballo. Admirado de lo que veía me acerqué a un trabajador del muelle, hombre que me pareció de mucha edad y por tanto debía conocer la historia de la estatua de Lilís y en consecuencia podría explicarme por qué razón esa obra escultórica estaba ahí y no en la capital dominicana, donde se hallaba el pedestal sobre el cual debió ser colocada; pero no pude saber lo que me proponía porque mi pregunta fue: “¿Sabe usted de quién es esa estatua?”, y la respuesta me dejó confundido: fue la siguiente: “Sí. Del fundador de los muelles de Barcelona”.

Esas palabras se dijeron a principios del año 1930. Algo más de seis años después —el 16 de junio de 1936— empezó, con el levantamiento militar de ese día, la guerra civil española, que iba a durar hasta el 1º de abril de 1939, y en esa guerra la estatua de Lilís fue fundida para usar el bronce en la fabricación de proyectiles. O dicho de otro modo: la estatua del dictador tuvo el mismo destino que él. En cuanto a su pedestal, nunca di con alguien que supiera qué hicieron con su mármol o con el bronce de las palabras que tenía incrustadas. Lo que recuerdo de él es que su altura era por lo menos de metro y medio y su superficie emitía un color amarillento de reflejos dorados.

Santo Domingo, D.N.,
25 de septiembre de 1990.

ÚLTIMA HORA

BOSCH INSINÚA A JUNTA ELECTORAL “SELECCIONE” NUEVOS CANDIDATOS*

Desde el punto de vista práctico, lo mismo da que el Dr. Joaquín Balaguer renuncie a la Presidencia ahora que dentro de quince días o que no renuncie, porque después de todo él ha estado haciendo su campaña a la reelección desde el mismo día en que tomó posesión del cargo en julio de 1966. Por otra parte, su renuncia o sin ella, las elecciones de mayo, si es que tienen lugar, serán ganadas por el Dr. Balaguer aunque voten por él solo cien mil dominicanos.

Después que el Sr. Trujijohnson, experto en fraudes electorales y en el uso de la violencia electoral, enseñó a los cuerpos de seguridad y a los políticos del país cuál es la forma de ganar elecciones a las malas, no hay ni habrá en nuestro país más elecciones libres y limpias. Además, todavía están en Santo Domingo algunos extranjeros, sobre todo cubanos, de reconocida experiencia internacional en el arte de hacer elecciones fraudulentas, y están al servicio del gobierno.

Desde el punto de vista político, lo mismo da que el Dr. Joaquín Balaguer se reelija o no se reelija, que se reelija por las malas o que no lo haga por las buenas. Al fin y al cabo, en las elecciones de mayo, si es que se celebran, no van a plantearse decisiones importantes para la vida del pueblo dominicano. Ninguno de los partidos ni de los candidatos presidenciales

* *Ultima Hora*, Santo Domingo, 1º de abril de 1970.

presenta perspectivas de transformar la situación actual en conjunto en detalle. Ninguno de ellos tendría poder para acabar con la organización de los incontrolables, que obedecen a una autoridad más alta que la de un presidente dominicano; ninguno de ellos plantea un programa social y económico distinto del que ha seguido el Dr. Balaguer; todos son, en una forma o en otra, representantes del frente oligárquico.

El único candidato que ha demostrado capacidad para comprender el signo de los tiempos no es candidato a la Presidencia de la República, sino candidato a la sindicatura de la capital, y estoy refiriéndome a Guarionex Lluberes. Si Guarionex Lluberes hubiera sido candidato a la Presidencia yo hubiera recomendado al PRD (Partido Revolucionario Dominicano) que le diera su apoyo; pero el panorama de las candidaturas presidenciales aconseja no apoyar a nadie para el cargo de presidente del país, a menos que la situación tenga un cambio muy acentuado antes del 16 de mayo, si es que ese día hay elecciones.

Ahora bien, desde el punto de vista legal, la situación es otra. De acuerdo con la Constitución nacional, el presidente de la Suprema Corte no puede ser presidente si no es por quince días y al término de esos quince días tiene que entregarle el poder a un sucesor que no puede ser provisional, y no hay la menor duda de que el Dr. Balaguer no puede dejarle la Presidencia al Dr. Manuel Ramón Ruiz Tejada por un mes, pero tampoco puede dejársela al Vicepresidente, el Lic. Augusto Lora, quien es también candidato presidencial. Así viene a suceder ahora que a la crisis política, social y económica del país, agravada por los actos de violencia y por la muerte o la desaparición de casi medio centenar de personas, se añade una crisis legal, de raíz política, que afecta la vida institucional de la República.

Como yo no creo en la llamada democracia representativa, no tengo por qué terciar en un lío que afecta a los partidarios

de tal democracia, pero como soy dominicano tengo obligaciones con mi pueblo, que tampoco cree en esa democracia, y como soy perredeísta tengo el deber de evitarle males a mis compañeros de partido, que en todas las crisis salen pagando los platos rotos.

Por todas esas razones, si se me pregunta cómo podría resolverse ese lío tan serio respondería diciendo que la junta superior electoral tiene facultades para disipar la crisis, y que esas facultades figuran en los artículos 13 y 14 de la Ley Electoral N° 5884 del 5 de mayo de 1962 y están amparadas por el artículo 92 de la Constitución de la República. Haciendo uso de la autoridad que le confiere la Constitución y la Ley Electoral, la Junta Central Electoral puede desconocer todas las actuales candidaturas y las fechas establecidas y convocar para la selección de nuevos candidatos, así como fijar una fecha electoral anterior al 16 de mayo.

MENSAJE A LA JUVENTUD DOMINICANA*

A la juventud dominicana, salud y fe. Este es un saludo que le envío a mi llegada a la tierra patria, porque a ella le corresponde construir la patria del porvenir, no la presente.

Y esa patria del porvenir será la que ustedes, jóvenes dominicanos, quieran que se haga. Nosotros estamos seguros de que ustedes querrán una patria digna, justa y libre, y estamos también seguros de que ustedes construirán esa patria.

Yo fui joven, y ya no lo soy, pero recuerdo cada día cómo pensaba y cómo sentía en los días maravillosos de mi juventud, porque cuando se llega a mi edad la juventud siempre parece maravillosa, y trato de ser leal en la medida de lo posible a lo que piensan y sienten los jóvenes.

A lo largo del camino que recorrí hoy entre el aeropuerto de Punta Caucedo y la Capital, yo veía caras jóvenes en todas partes, caras de muchachas sonrientes, caras de muchachos llenos de entusiasmo, y pensaba que con una juventud así es fácil levantar desde lo profundo en que se encuentre cualquier pueblo, un porvenir más risueño para todos.

Nosotros los no jóvenes vamos de paso. Lo que haya de ser este país, lo será por lo que hagan ustedes. Y ustedes, los

* “Juventud dominicana es ejemplar-Bosch”, en *Última Hora*, Santo Domingo, 17 de abril de 1970, p. 5; transmitido por Radio Comercial de Santo Domingo el 16 de abril de 1970 (N. del E.).

que estudian, los que trabajan, los que hacen deportes, los que piensan en los demás y se sacrifican por los demás.

En este momento vuelvo el pensamiento verdaderamente con tristeza hacia Mirtha de la Rosa y hacia los otros jóvenes que han perdido hoy la vida, y les envió una sentida condolencia a sus familiares, a sus amigos y sus compañeros.

Pero no quiero terminar este mensaje sin decirles que ellos, como todos los jóvenes que han caído a lo largo de los últimos años en el país, vivirán en el recuerdo de una patria mejor que todos ellos habrán contribuido a edificar.

Buenas noches y muchas gracias.

BOSCH SECUNDA A ARLETTE SOBRE BONNELLY*

LAS DECLARACIONES QUE EN ESE SENTIDO DIERA HOY A
ÚLTIMA HORA EL EX-PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FUERON
LAS SIGUIENTES:

Tal como me fue relatado por el ex-general Pedro Rafael Ramón Rodríguez Echavarría en 1964, en Nueva York, quien se enfrentó con él y lo conminó a acompañarlo a San Isidro fue el entonces mayor Rafael Tomás Fernández Domínguez.

Ya en el automóvil, el ex-general Rodríguez Echavarría le preguntó al mayor Fernández Domínguez si iba en calidad de detenido a lo que Fernández Domínguez le respondió que así era.

A fines de abril de 1965, el ex-general y el ya teniente coronel Fernández Domínguez se encontraron en Puerto Rico adonde los dos habían viajado con motivo del estallido de la revolución constitucionalista.

Yo les pedí a los dos que olvidaran los sucesos de 1962 puesto que la Patria se encontraba intervenida por un poder extranjero y ellos eran militares dominicanos.

Rodríguez Echavarría y Fernández Domínguez se saludaron marcialmente y el primero dijo: ¡Coronel, si usted no me hubiera hecho preso el país no hubiera conocido el golpe de Estado de 1963 y se hubiera ahorrado esta intervención extranjera!

* *Última Hora*, Santo Domingo, 14 de diciembre de 1970, p.2.

A lo que contestó Fernández Domínguez: ¡General, al saludarlo lo hice olvidando el pasado, pero tenga la seguridad de que si usted actúa en contra de los intereses del Pueblo yo haré lo mismo que hice en enero de 1962!

Ese episodio pinta de cuerpo entero al pundonoroso militar que fue Rafael Tomás Fernández Domínguez.

SANTOS LUZARDO Y UN FULLERO ANTILLANO*

Desde la media isla que ha sido sometida a su puño, un conocido fullero antillano marca las cartas para ganarle el reto a Venezuela. Paso a paso, el mañoso tahúr prepara una jugada maestra; justamente ahora, en el umbral del régimen constitucional que ha de presidir Rómulo Gallegos, esa especie de Balbino Paiba emperador hace creer a América que está haciendo frente a un lance sin juego de fiar y sin más guías que el miedo de perder. El fullero se llama Rafael L. Trujillo, empeñado en dar la impresión de que una crisis política nerviosa le lleva a dar traspies.

De buenas a primera, fundándose en “irreprochables fuentes diplomáticas”, el servicio de información que el gobernante mercader paga en New York lanza a través de todas las agencias de noticias la especie de que nos hallábamos en Venezuela, encabezando una expedición armada que se preparaba en Maracay, con el concurso de la Junta Revolucionaria de Caracas; a seguidas, valiéndose de una entrevista a todas luces bien pagada, hace fechar en Lake Success unas declaraciones suyas en las que acusa a los huéspedes del Miraflores de organizar el asalto “a la República Dominicana”, y afirmar que apelará ante las Naciones Unidas y el

* *Última Hora*, Santo Domingo, 28 de noviembre de 1993, p.6. Originalmente publicado en *El País*, Caracas, 16 de febrero de 1948 (N. del E.).

Consejo Internacional de Seguridad, tan convencido del supuesto asalto. Para dar fondo a esas acusaciones, el Sr. Trujillo convoca rápidamente un llamado congreso de periodistas, y lo hace arremeter contra Rómulo Betancourt, Ramón Grau San Martín, Juan José Arévalo y “las organizaciones periódicas de América”, a todos los cuales hace figurar en la trama, y cuando ya parece haberse calmado esa fingida manía persecutoria, lanza la noticia de que los dirigentes de la frustrada expedición de Cayo Confites estamos siendo juzgados por sus domésticos tribunales, ocasión propicia para tornar a las acusaciones contra Guatemala, Cuba y Venezuela, pero especialmente contra Venezuela y el gobierno revolucionario.

Toda esa propaganda sostenida, en do de pecho, habrá llevado a muchas buenas cabezas la idea de que Trujillo está actuando a impulsos de informaciones espurias o al de un miedo que le nubla la facultad de pensar. Acaso alguien haya pensado que al situarnos en Venezuela encabezando una expedición, cuando tan fácil era comprobar que permanecíamos en Cuba, Trujillo quiso cubrir su error diplomático con una propaganda de grueso calibre. Pero no hay tal cosa. Trujillo sabe bien que no hay expedición a la vista contra él, que Venezuela está ocupándose primordialmente de sus problemas, que todo cuanto dice y ordena es mentira. Pero es el caso que esas mentiras forman parte de su plan, son necesarias en su juego. Pues este fullero de respetable audacia, sabe con certeza qué busca y cómo encontrarlo.

Al comprar armas en Brasil con el pretexto de armarse contra un ataque de los dominicanos exiliados, el dictador hace su *full-band* y ganó: una parte de esas armas fue vendida a los que combaten en los arenales palestinos y entregadas ya a un buque que las recibió en alta mar, transbordada de la unidad dominicana de guerra que las llevaba. El “pocket de

sotas” que tiene ahora en las manos es un respaldo a los venezolanos que conspiran contra el régimen de la Junta y contra el gobierno que acaba de ser electo en Venezuela. Todo el que quiere saberlo en Santo Domingo sabe a ciencia cierta que esos conspiradores tienen su cuartel general en la residencia del Lic. Arturo Logroño, ministro sin cartera de Trujillo, hombre específicamente encargado de la misión de organizar y poner en práctica el complot, para lo cual se ha escogido el discreto lugar en que vive, a siete kilómetros de la ciudad, por la carretera Sánchez.

Pero Trujillo no confía en ese “pocket de sotas”. En última instancia él sabe que los pocos partidistas del *ancien régime* venezolano que cometieran la locura de desembarcar en Coro o Cumaná en son de guerra, quedarían deshechos en breve; y de esa aventura, él solo sacará beneficio de las armas vendidas, él cobra con anticipación.

Aunque el juego que él prepara ahora es distinto, la propaganda de su miedo le sirve para encubrir la venta de armas para Palestina y el respaldo a los conspiradores. Pero le sirve, sobre todo, para lograr la “escalera de flores” que busca, esto es, la reanudación de las relaciones diplomáticas entre su gobierno y el futuro gobierno de Rómulo Gallegos.

Es en pos de eso en lo que anda Trujillo cuando escandaliza, ataca a Venezuela, miente situándonos en Maracay al frente de una expedición organizada con el concurso de la Junta, remueve sin aparente ton ni son la expedición de Cayo Confites, ordena la movilización de los periodistas y exige el insulto prostibulario y cotidiano de la prensa para Rómulo Betancourt. Porque Trujillo quiere crear, y está lográndolo, un estado de perturbación diplomática en el Caribe de tal magnitud que demande la intervención de Washington en el asunto y la subsiguiente petición a Rómulo Gallegos para que reanude relaciones con el déspota antillano.

Mientras provoca y organiza el escándalo, y produce con él una amenazante sensación de inseguridad en su zona, el amo de Santo Domingo encarga a sacerdotes y arzobispos, a negociantes y banqueros, a diplomáticos y damas de su amistad, que sondeen a Gallegos y a cuantos le rodean en demanda de información que le permita actuar con mayor seguridad.

Este juego fue el mismo usado con Medina Angarita, en vista de tomar a su cargo la función ejecutiva de Venezuela. Mientras atacaba sin piedad a López Contreras, Trujillo presionaba en Washington para que desde ahí sirvieran sus fines, enviaba a monseñor Pittini a Caracas para hacer que el clero ablandara a Medina, utilizaba incluso al presidente López de Colombia quien, según oí de labios de Medina Angarita, aprovechó la visita de su colega venezolano a Bogotá para pedirle que calmara la situación del Caribe restableciendo relaciones con Trujillo.

El aluvión de noticias, informes y declaraciones acusando a Venezuela, que desde New York, Lake Succes y Santo Domingo está desatando el Sr. Trujillo, no obedece a servilismo ni miedo a revoluciones ni debilidad política. Es simplemente urdido, probado ya, con magníficos, aunque transitorios resultados para el dictador. Se trata del juego de un viejo fullero, con el cual le ganó el reto a Venezuela cuando gobernaba Medina Angarita.

Pero ahora va al poder en la tierra de Cecilio Acosta el creador de Santos Luzardo símbolo varón de las fuerzas civilizadoras. Y Santos Luzardo sabe ver a distancia las cartas marcadas en la mano del tahúr, aunque se trate de uno tan sagaz y tan artero como ese Balbino Paiba oprime a los dominicanos e insulta con su presencia a toda América.

UNIVERSITARIO

UNA MANCHA EN LA HISTORIA DE LAS NACIONES UNIDAS*

¿Qué diría el llamado “Mundo Libre” si una nación tan vieja como España o Francia, quedara dividida en dos, una mitad de sus hijos enfrentada a la otra y rota toda suerte de comunicaciones entre ellos?

Pues bien, Corea, nación mucho más antigua que España y que Francia, con más de cuatro mil años ininterrumpidos de historia, se halla dividida desde 1945 y el llamado Mundo Libre parece no darle importancia a ese hecho. Al contrario, las Naciones Unidas, que son la más alta elaboración política de la sociedad moderna, es la mayor responsable, al menos en el terreno legal, de la división de Corea. Ella la sancionó desde el primer día y ella sigue sancionándola. En Corea, los Estados Unidos actúan y las Naciones Unidas dan el visto bueno y los miembros de la organización aceptan ese estado de cosas como si se tratara de algo normal, lógico y consecuente con los principios del elevado organismo mundial.

Corea fue ocupada por Japón en 1910 y liberada por sus propios hijos después de una larga lucha que había comenzado a raíz de la ocupación japonesa. Esa lucha empezó a tomar cuerpo a partir de 1932, cuando el actual presidente Kim Il Sung, entonces un joven de apenas 20 años, organizó la guerra

* *Universitario*, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 20 de marzo de 1970, p.1 / pp.7-8.

de guerrillas contra el Imperio del Sol Naciente. La liberación de Corea quedó terminada y declarada ante el mundo el 15 de agosto de 1945. Sin embargo, unas semanas después, invocando los acuerdos de Potsdam, los Estados Unidos desembarcaron tropas en toda la región sur de Corea, y Douglas Mac Arthur proclamó, con su característica arrogancia, propia de un general del siglo XVII, que “todos los poderes del gobierno sobre el territorio de Corea, al sur del paralelo 38 de latitud norte, y sobre el pueblo que lo habita, serán ... ejercidos bajo mi autoridad. Todas las personas obedecerán sin condición mis órdenes, o las órdenes dictadas con mi autoridad”, y agregaba que la resistencia “a las fuerzas de ocupación o cualesquiera actos que puedan perturbar el orden público y la seguridad serán castigados severamente, y sin excepción”. El sello del conquistador aparecía al final de la proclama, en los párrafos donde decía: “para todos los fines, mientras dure la administración militar, el inglés será el idioma oficial”.

El lenguaje de los cañones

Es bueno recordar ese documento, porque puede suceder que la gente olvide, o simplemente se niegue a creerlo, que hace apenas 25 años había un Comandante en Jefe norteamericano que utilizaba el lenguaje proconsular. Ahora bien, ese lenguaje era la consagración escrita de toda una política internacional basada en el clásico poder de los cañones. Así, a cañonazos y con proclamas parecidas, se habían llevado a cabo y se habían legalizado la división y hasta la aniquilación de muchos pueblos.

Para liquidar la época en que esos métodos parecían normales, las mayores potencias del mundo organizaron las Naciones Unidas e invitaron a participar en su seno a todos los países de la tierra.

¿Cómo se explica, pues, que las Naciones Unidas aceptaran lo que se hizo en Corea y le dieran el visto bueno?

Esta es una pregunta para la cual las Naciones Unidas no tienen respuesta. Lo que se ha hecho en Corea bajo su nombre es precisamente todo lo contrario de lo que la organización mundial representa, de manera que, al aceptarlo como bueno y válido y al respaldarlo, las Naciones Unidas actuaron contra su propia razón de existir y perdieron el derecho a hablar en nombre de un orden mundial basado en la justicia.

He aquí en pocas líneas la historia de lo que hicieron las Naciones Unidas en Corea.

En 1947, el Régimen Militar Norteamericano en Corea del Sur convocó a elecciones de Congreso y Presidente de la República, con lo cual se creaba la llamada República de Corea del Sur, opuesta a la de Corea del Norte, y la Asamblea General de las Naciones Unidas legalizó esa medida mediante el acuerdo de colocar bajo la supervisión de una denominada Comisión Coreana de las Naciones Unidas las elecciones hechas bajo la autoridad norteamericana. Esa comisión estuvo funcionando hasta el año de 1950, cuando en su Quinta Sesión, la Asamblea General de la ONU creó la UNCURK, siglas de la United Nations Commission for the Unification and Rehabilitation of Korea. Es decir, primero se creó una comisión para dividir a Corea y luego otra para unirla, sólo que la última fue —y sigue siendo— inoperante.

En las elecciones celebradas el 10 de mayo de 1948 que fueron como se ha dicho, convocadas por el Gobierno Militar norteamericano y legalizadas por la Asamblea General de las Naciones Unidas —resultó elegido Presidente de la nueva república Singman Rhee, nacido en Corea pero ciudadano de los Estados Unidos por formación y por inclinación, pues había cambiado el nombre para norteamericanizarlo—. Al tomar el poder, lo hizo comprometido a servir la política militar de los

Estados Unidos a través del “Acuerdo temporal administrativo sobre asuntos militares y seguridad pública para ser ejecutado en el período provisional”, largo y complicado nombre que se le dio a un acuerdo concluido el 24 de agosto (1948) en virtud del cual el “Presidente de la República de Corea... no ejercerá control sobre regiones y facilidades (bahías, cuarteles, ferrocarriles, líneas de comunicación, aeropuertos y otras semejantes) que sean considerados necesarios para [*el uso de*] el ejército de los Estados Unidos” [*primer paréntesis, en el texto, y 2do. Míos, J.B.*] y se le confiaba al Comandante del Ejército de los Estados Unidos en la República de Corea la responsabilidad de comandar todas “Las Fuerzas de Seguridad de la República de Corea compuestas por todas las policías existentes, las guardias de costas y las fuerzas de la Defensa Nacional”.

Por si todo eso fuera poco, el 10 de diciembre de 1948 se hizo el “Acuerdo de ayuda República de Corea-Estados Unidos”, por el cual Corea del Sur se comprometía a aceptar que a cambio de la ayuda que recibiera, el gobierno norteamericano podría controlar todas las actividades económicas del país, incluyendo las tasas de cambio, las exportaciones y las importaciones, y hasta el derecho de racionar los alimentos. Ese acuerdo fue ampliado el 26 de enero de 1950 con el de “Defensa Mutua y Ayuda”, mediante el cual el gobierno de Corea del Sur se comprometió a “producir y transferir al gobierno de los Estados Unidos en un período determinado una cantidad fija de materias primas y mercancías semi-manufacturadas disponibles en Corea del Sur cuando lo requieran los Estados Unidos por causas de su escasez o de una escasez potencial de suministros”.

¿Qué significaban todos estos acuerdos si no era el reconocimiento palmario de que Corea del Sur no era una república independiente, sino una colonia norteamericana? ¿Pueden alegar las Naciones Unidas que ignoraban esos acuerdos?

¿Cómo se explica entonces que aceptaran esa situación y la legalizaran hasta tal punto que cuando comenzó la agresión norteamericana contra Corea del Norte —25 de junio de 1950— las Naciones Unidas asumieron la responsabilidad de esa guerra y la convirtieron en una Guerra de las Naciones Unidas contra la República Democrática de Corea? El 19 de junio, seis días antes del estallido de la guerra, Foster Dulles, Secretario de Estado de los Estados Unidos, que se hallaba en Corea del Sur, declaró, según dijo la United Press: “Los comunistas perderán al fin su dominio de Corea del Norte”. El mismo día del ataque, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas emitió un acuerdo en que declaraba que Corea del Norte había agredido a Corea del Sur, si bien tiempo después del general Mac Arthur dejó malparado al Consejo de Seguridad Mundial al declarar ante los comités de Relaciones Exteriores y de Asuntos Militares del Senado de los Estados Unidos que: “el ejército de los Estados Unidos había entrado en acción doce horas antes de que las Naciones Unidas adoptaran la resolución” en que se declaraba agresora a Corea del Norte.

Las Naciones Unidas, o por lo menos su Secretario General, no podían ignorar ni las declaraciones de Foster Dulles, que fueron publicadas ampliamente en los Estados Unidos seis días antes de comenzar la guerra ni el hecho de que cuando se acordó declarar agresora a Corea del Norte las tropas norteamericanas hacía doce horas que habían atacado a Corea del Norte. Si ignoraba esas cosas, la Asamblea General de la ONU estaba actuando irresponsablemente; si no las ignoraba, estaba actuando como un órgano político del gobierno de los Estados Unidos. En ambos casos hay materia para acusar a las Naciones Unidas de falta grave a sus principios constitutivos y de abandono de sus deberes. Pero sucede que esa falta y ese abandono de sus deberes acontecieron hace ya cerca de veinte

años y las Naciones Unidas siguen haciendo en Corea el penoso papel que hicieron en 1950.

¿Hay en las Naciones Unidas alguien que pueda decirle al mundo cómo se llama eso?

LAOS, EL COSTADO SECRETO DE LA GUERRA DE VIET NAM*

La guerra de Viet Nam es pública. Todo el mundo la conoce, pero tiene un costado secreto, prácticamente desconocido, que es el de Laos. Laos está vinculado a Viet Nam por la historia, la geografía, por el nexo invisible de su organización social, y sobre todo por el Mekong, ese río gigante que nace en el sur de China, recorre Laos durante mil quinientos kilómetros, cruza Camboya de norte a sur y va a desembocar en Viet Nam del Sur, sobre el mar de la China Meridional. Convertido por esas múltiples causas en la retaguardia de Viet Nam, Laos estaba llamado a seguir, de una o de otra manera, el destino del país de Ho Chi Minh, y lo está siguiendo, como sigue la sombra al cuerpo, e igual que la sombra, sin el trágico beneficio que le da a Viet Nam la luz de la opinión pública mundial.

Laos tiene 231 mil kilómetros cuadrados, extendidos a lo largo de más de mil kilómetros de norte a sur —de la frontera china a la frontera norte de Camboya—, con una anchura que es en algunos lugares de 500 kilómetros y en otros de 140. De esa superficie, unos 170 mil kilómetros cuadrados se hallan bajo el control del Pathet-Laos, las fuerzas revolucionarias que están dirigidas políticamente por el

* *Universitario*, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 15 de septiembre de 1970, p.1 / p.6.

Frente Patriótico Laosiano. Pero ese territorio, que representa cerca del 75 por 100 del país, tiene solo la mitad de los tres millones de habitantes de Laos.

Por sí solas, esas cifras pueden dar una idea aproximada de lo que es Laos: un país más grande que Yugoslavia, con algo más de seis veces menos de población; más de la mitad de España con menos del 10 por 100 de sus habitantes, eso quiere decir, en sustancia, una tierra de selvas más cerradas que las de Viet Nam, con las cuales se confunden las laosianas a lo largo de más de mil kilómetros y por cuyos senos sombríos va lo que los norteamericanos llaman “La ruta de Ho Chi Minh”. Pero, además Laos está amurallado entre China y Viet Nam por el norte, de dos Viet Nam por el este, Birmania y Tailandia por el oeste, Camboya por el sur, es decir, se halla rodeado de países que están comprometidos con posiciones políticas opuestas. Viet Nam del Sur y Tailandia son bases militares norteamericanas y sus gobiernos respectivos se han dedicado a la consabida cruzada anticomunista; China y Viet Nam del Norte son países comunistas en luchas sin cuartel contra los Estados Unidos y los gobiernos de la región que dependen de USA, y para agravar más la situación, Estados Unidos están haciendo la guerra a Viet Nam. Así pues, ¿cómo podía Laos escapar a la ola de furor y de muerte que se abate sobre Indochina?

Laos es una monarquía, pero el rey —que se llama Souvan Vatan, y vive en Luan Praban, en el centro de la región norte y no en Vientiane, que es la capital del país— es un soberano sin poder alguno, puesto que no es propiamente jefe de Estado, sino algo así como un sumo sacerdote del budismo. Su majestad Souvan Vatan ni reina ni gobierna. Sin que se sepa por qué, a él le toca recibir las credenciales de los diplomáticos extranjeros, y nada más. El Gobierno es ejercido por un gabinete, cuyo jefe o premier, el príncipe Souvanaphouma, pasa la mayor parte del tiempo fuera de Laos, sobre todo en

Francia, donde vivió su juventud estudiando ingeniería. Laos entró a formar parte del imperio francés de Indochina a fines del siglo pasado y así siguió hasta 1954, cuando los franceses reconocieron, mediante los acuerdos de Ginebra, la independencia de su antigua colonia.

Como se sabe, Estados Unidos participaron en la conferencia de Ginebra, pero a última hora rehusaron poner su firma en los acuerdos. Esto se explica por qué en Ginebra estaban presentes Francia, Inglaterra, la Unión Soviética y China, de manera que lo que se acordara allí tenía que ser aplicado, porque era mucho el peso de los gobiernos comprometidos. Pero al mismo tiempo que se llevaban adelante las reuniones de Ginebra, Estados Unidos negociaban con Tailandia, Viet Nam del Sur, Filipinas y otros países de la región el Tratado del Sudeste Asiático (OTASE o SEATO), en el cual Norteamérica era Gulliver y los demás firmantes eran los hombrecitos de Liliput. Así, Estados Unidos no se comprometieron en Ginebra y menos de dos meses después —el 8 de septiembre de 1954— sacaron de la manga la SEATO, con lo cual quedaron en libertad para actuar en Viet Nam y Laos; y de esa manera, los acuerdos de Ginebra, laboriosamente discutidos y llamados a garantizar la paz en la antigua Indochina, pasaron a incorporarse a la larga teoría de “papeles mojados”, tal como pocos años antes había calificado Hitler los tratados que se firman y no se cumplen.

Con esa libertad para actuar, con su enorme poderío político, económico y militar libre de obstáculos legales, Norteamérica comenzó a operar en Laos y en 1959 tenía 300 “consejeros militares”, luego John F. Kennedy —el mismo Kennedy a quien todavía se aclama en varios lugares del mundo como un modelo de gobernante humanitario—, que había elevado en Viet Nam del Sur el número de esos “consejeros” de algunos centenares a varios millares, repitió la faena en Laos, donde creó

el MAG (Military Advisory Group). En 1962, para poner fin a la guerra civil que se había desatado en Laos, se acudió de nuevo a Ginebra y se firmaron acuerdos para confirmar los de 1954 en aquellas partes que prohibían a los países firmantes llevar a Laos fuerzas militares, armas y ni siquiera municiones, y entonces Kennedy ordenó que el MAG fuera sumergido en el USAID (servicio de ayuda de Estados Unidos). Poco tiempo después, el USAID se había convertido, bajo la autoridad del embajador Sullivan, en el verdadero gobierno de Vientiane. De Sullivan dijo el general Taylor —mientras se hallaba como jefe militar norteamericano en Viet Nam del Sur— que “para nosotros es una garantía en Saigón disponer de un aliado como Sullivan en Vientiane”. Y Taylor decía saber bien lo que decía, porque Sullivan había trabajado bajo sus órdenes en Saigón. De Sullivan se ha dicho que en ninguna parte del mundo se ha visto un embajador con tanto poder en el país donde se halla acreditado. Se explica que con embajador tan enérgico el príncipe Souvannaphouma no tenga necesidad de estar todo el tiempo al frente del gobierno de Vientiane.

El Departamento de Estado no ha querido decir cuantos norteamericanos hay en Laos trabajando para el ubicuo USAID, pero cuando se viaja por los países de la región se recogen datos muy precisos, y, según esos datos, a partir del mes de mayo de este año comenzaron a actuar en Laos fuerzas de infantería norteamericana que para el mes de octubre subían a varios miles de hombres. Esos soldados están tomando parte, del lado del gobierno de Vientiane, en la guerra que viene sosteniendo contra éste el Frente Patriótico Laosiano. En vista de que el llamado “ejército real de Laos” ha sido incapaz de reducir las fuerzas del Frente Patriótico, a pesar de la generosa ayuda técnica y en equipos que ha estado recibiendo de Norteamérica, los infantes de Estados Unidos han ido a Laos a combatir, y así, al tiempo que el presidente Nixon declara

que va a vietnamizar la guerra de Viet Nam, procede a americanizar la guerra secreta de Laos.

En Tailandia, país fronterizo con Laos, hay enormes bases aéreas de Estados Unidos. De esas bases salen a diario flotas de bombarderos que descargan sus bombas en los lugares que controla el Frente Patriótico Laosiano. En Camboya, en Viet Nam y en China se sabe con certeza que a menudo es derribado uno de esos aviones, uno que otro helicóptero. Se sabe que los aviones con base en Tailandia tienen la misión de localizar el cuartel general del príncipe Souvanavoung, que a veces logran dar con él y que el líder revolucionario ha tenido que cambiar en varias ocasiones de residencia. En esa guerra oculta, los poderosos guerreros norteamericanos del aire se permiten libertades desconocidas en la historia militar del mundo.

El príncipe Souvanavoung, como es del conocimiento general, es hermano de padre de jefe del Gobierno de Vientiane, el príncipe Souvanaphouma, y ese nexo de sangre ente los dos hombres que dirigen las fuerzas enemigas de Laos da una idea de la situación social y política del país, más complicada aun que la de Viet Nam. Souvanaphouma sale de Laos y en su lugar queda Sullivan, el embajador todopoderoso, Souvanavoung permanece en las selvas y las montañas, adonde van a buscarlo los aviones norteamericanos.

Una persona que estaba visitando al príncipe Souvanavoung en el momento en que las bombas caían sobre su refugio, me contó lo siguiente:

“Cuando terminó el bombardeo, el príncipe salió a proseguir la tarea que estaba realizando cuando aparecieron los aviones, la de sembrar plantas para alimentarse y para alimentar a los hombres de su cuartel general”.

Yo lo oí y no hice comentario alguno. Estaba pensando que así actuaba Ho Chi Minh, el humilde vencedor de los todopoderosos.

EL SOL

DUARTE Y LA LUCHA DE CLASES*

El 26 de enero de 1844, al cumplir 31 años, Juan Pablo Duarte estaba en Curazao, adonde había llegado en diciembre de 1843 procedente de Venezuela. Allí iba a recibir unas cinco semanas después de su cumpleaños, la noticia de que el 27 de febrero había quedado establecida la República Dominicana y la invitación de sus compañeros de La Trinitaria para que fuera a dirigir los destinos del país. Lo que no supo entonces Duarte era que en ese momento algunos representantes del sector de los hateros —o dueños de ganado— estaban trabajando para colocar en el liderato del nuevo país a Pedro Santana, designado general de la República por aclamación promovida a insinuaciones de Bobadilla por Juan Esteban Aybar y Merced Marcano, según refiere José Gabriel García en su *Compendio de la Historia de Santo Domingo* (Tomo II, 4^{ta} Edición, Santo Domingo, Publicaciones ¡Ahora!, pp.227-228).

Así pues, antes de que Duarte saliera de Curazao hacia Santo Domingo había comenzado a la luz pública la lucha por el poder en nuestro país. ¿Por qué a la luz pública? Porque esa lucha estaba en progreso desde el año anterior, pero se mantenía oculta. Uno de los episodios de lo que podríamos llamar la lucha oculta había sido la expulsión de Duarte. El líder de La Trinitaria fue sacado del país por las autoridades

* *El Sol*, Santo Domingo, 26 de enero de 1971.

haitianas debido a que éstas habían recibido denuncias de sus trabajos políticos, y de acuerdo con la tradición las denuncias fueron hechas por uno de los conspiradores antihaitianos que pertenecía al grupo de los hateros.

Jean-Pierre Boyer había renunciado a la presidencia de Haití el 13 de marzo de 1843, forzado por la llamada revolución de La Reforma. Entonces lo que hoy es la República Dominicana era parte de Haití. La revolución de La Reforma fue un movimiento organizado y dirigido por la pequeña burguesía haitiana, que en esa oportunidad tuvo de aliada a la pequeña burguesía dominicana. Ahora bien, los reformistas de Haití negociaron el respaldo de los trinitarios dominicanos, pero no sabían que estos se proponían separar la antigua parte española de la isla; y tan pronto como el gobierno reformista de Charles Hérard lo supo, empezó la persecución de los trinitarios. Por su parte, los hateros dominicanos habían tomado posición frente al nuevo gobierno haitiano, movimiento que se produjo impulsado por la naturaleza social de ese nuevo gobierno de Haití, que era opuesta a la naturaleza social de los hateros.

Fue así como vino a suceder que, a mediados de 1843, los hateros y los pequeños burgueses trinitarios se hallaron en un mismo campo político: ambos tenían como enemigo al gobierno haitiano y, en consecuencia, ambos necesitaban unirse.

Duarte había entrado en contacto con los antihaitianos del sector hatero desde mediados de 1843, con lo cual había establecido la alianza de la pequeña burguesía trinitaria con los grandes propietarios, entre los que se hallaban tanto Juan Esteban Aybar y Merced Marcano como el que después sería el general Pedro Santana. Esa alianza era absolutamente necesaria para llevar a cabo las tareas de la separación. Pero por el hecho de su existencia, esa alianza determinaba una lucha entre los aliados; una lucha entre lo que eran los intereses y las ideas de

la pequeña burguesía y los intereses y las ideas de los hateros; una lucha por el poder político que sería establecido para gobernar la República; una lucha determinada por la respuesta a esta pregunta: ¿A quiénes va a favorecer el gobierno del país, cuando éste sea libre? ¿A los grandes propietarios o a los llamados filorios, esos empleaditos como Pedro Alejandrino Pina o esos insolventes como Juan Isidro Pérez y Jacinto de la Concha?

La lucha comenzó de manera oculta y se manifestó públicamente tan pronto se produjo la acción del 27 de febrero. A partir del primer momento, Duarte fue la víctima de los golpes que daba el sector hatero porque el joven líder de La Trinitaria era la representación de la pequeña burguesía nacional, y era por tanto, la encarnación de los intereses y las aspiraciones de esa capa, opuestos a los del grupo de los hateros. La patética historia del Padre de la Patria, que a partir de su primer exilio va a tener, hasta su muerte, una existencia fantasmal, se halla impulsada por ese hecho; porque él era el jefe nato, y el representante y la encarnación de una capa social que en ese momento de nuestra historia era la más avanzada en el orden político. Golpeando a Juan Pablo Duarte, los hateros golpeaban a toda la pequeña burguesía progresista del país.

Hasta el momento en que se aliaron trinitarios y hateros, las luchas por el poder se extendían a toda la isla, porque la alianza se llevó a cabo para luchar contra los haitianos. A partir de ese momento, trinitarios y hateros comenzarían a luchar por el poder dentro de los límites de lo que iba a ser la República Dominicana. Dentro de la lucha en el frente más amplio —la de la separación de Haití— empezó a librarse otra particular, la de los dos sectores de la sociedad dominicana. Trinitarios y hateros se unieron para separar el país de Haití, y a la vez comenzaron a luchar por el control político que se formaría cuando se produjera la separación. Ahí tenemos un

ejemplo dominicano de lo que en estos tiempos ha sido definido con los términos de “alianza y lucha a la vez”.

El primer resultado de esa lucha fue la expulsión de Duarte, que tuvo lugar mientras se llevaba adelante la conspiración antihaitiana. Con Duarte en el exilio, el grupo hatero avanzó hasta tomar la dirección del movimiento, y eso es lo que explica que el autor de la *Manifestación de la Independencia*, el documento llamado a justificar ante el país y ante el mundo la creación de la República Dominicana, fuera Tomás Bobadilla, la cabeza pensante del sector de los hateros. Así pues, antes de nacer la República ya los hateros dirigían el movimiento separatista, e inmediatamente después —el día 28 de febrero—, el mismo Tomás Bobadilla pasaba a presidir la primera junta gubernativa.

A los ciento cincuenta y ocho años del nacimiento de Juan Pablo Duarte podemos ver con claridad que lo que determinó el curso de su vida fue la lucha de clases en que se vio envuelto debido a que se había convertido en el representante, el jefe y la encarnación de su capa social, la pequeña burguesía nacional, que había llegado a ser, para el año 1843, el grupo políticamente más avanzado del pueblo dominicano.

26 de enero de 1971.

CARTA A JOAQUÍN BALAGUER*

Presidente del Partido Reformista Social-Cristiano,
Dr. Joaquín Balaguer,
Ciudad.

En fecha 6 de este mes los doctores Froilán J. R. Tavares, en su condición de Presidente de la Junta Central Electoral; Olga Seijas Herrero y Rubens Suro García-Godoy, en la de miembros de ese alto tribunal, enviaron al Presidente del Senado Dr. Florentino Carvajal Suero, una comunicación en la que exponían una Resolución de la mencionada Junta Central Electoral en cuyo único artículo anunciaba “del Senado de la República que a la mayor prontitud, previa convocatoria formal de acuerdo con la Ley y su reglamentación interna, aparezca de nuevo las designaciones de miembros titulares y miembros suplentes de la Junta Central Electoral y si ha lugar ratifique los nombramientos efectuados”.

Los firmantes de esa comunicación decían en ella que consideraban “saludable y conveniente para la situación de una mejor credibilidad de las organizaciones políticas que se les dé una nueva oportunidad a los otros partidos representados en dicho Senado de la República”, y lo decían porque a su elección, según sus propias palabras, “sólo asistirían diecisiete

* “Bosch sugiere a Balaguer dos miembros JCE”, *El Sol*, Santo Domingo, 21 de mayo de 1987, p.27.

miembros de dicho organismo”, esto, es, del Senado y “todos” eran “integrantes del Partido Reformista Social Cristiano”.

Como partido que tiene una representación de 18 miembros en el Poder Legislativo, el de la Liberación Dominicana debió haber sido tomado en cuenta, siquiera para conocer nuestra opinión a la hora de elegir a los componentes del máximo tribunal electoral del país, y no lo fue, pero tampoco lo fueron los demás partidos y ni siquiera se anunció que el Senado iba a tomar una decisión tan importante como era la de elegir a los jueces supremos en materia electoral, de manera que no sólo se ignoró a los partidos políticos sino también a la opinión pública.

El Partido de la Liberación Dominicana sabe que usted se ha manifestado opuesto a que la Junta Central Electoral sea designada en la forma en que se ha hecho, pero sabe también que el señor Presidente del Senado ha dicho de manera pública que el Senado no aceptará ninguna enmienda a la elección que hizo el día 30 de abril de este año a pesar de que los tres miembros del supremo Tribunal Electoral, terminaron su carta del 6 de mayo diciendo. “Para hacer más viable el nuevo conocimiento del caso, dejamos constancia de que nuestros cargos están a disposición de ese Senado de la República”, palabras que como quiera que se interpreten quieren decir sin la menor duda que para ellos, supuestos beneficiarios de la elección, ésta no se hizo tomando en cuenta los mejores intereses del pueblo dominicano, y tal como piensan ellos piensa la alta dirección del PLD.

Nuestro partido cree que debe introducirse una modificación en la composición de la Junta Central Electoral, pero en vista de que el Partido Reformista Social Cristiano tiene mayoría en el Senado y dada la negativa del presidente de ese cuerpo a aceptar cambios en lo que 17 senadores reformistas acordaron el 30 de abril de este año, el Partido de la Liberación

Dominicana se dirige a Ud., en su condición de presidente del PRSC, para pedirle que solicite de los senadores de su partido aceptar una propuesta del PLD: la de que la composición de la Junta Central Electoral sea modificada mediante la designación de los abogados, doctores Pompillo Bonilla Cuevas y Fabián Cabrera Febrillet, como miembro del primero y suplente el segundo de ese alto tribunal electoral.

Con esa medida quedaría satisfecha la solicitud que la Junta Central Electoral le hizo al Senado de la República en su Resolución del día 5 de mayo del presente año.

En nombre de la alta dirección del PLD, le saluda atentamente.

Juan Bosch
Presidente

BOSCH APORTA PRUEBAS
PARA DEMOSTRAR HOSTOS NO FUE ATEO*
(CONFERENCIA EN SAN JUAN, PUERTO RICO)

La Escuela Hostosiana, que desde el primer año de educación primaria hasta el último de la enseñanza universitaria formaba a los jóvenes dominicanos no sólo en el aspecto intelectual sino también en el moral, en el patriótico, sería desmantelada por la dictadura de Trujillo, que cometió al destruirla el crimen mayor, más costoso y aborrecible de todos los suyos. Esa escuela había sido creada para que se expandiera con el correr de los años, pero fue acusada de atea por un pseudo intelectual servidor de la tiranía, y esa acusación originó su sentencia de muerte.

La obra de Hostos no fue atea; no puede serlo ningún esfuerzo que se dirija a hacer de los hombres, desde sus primeros años, seres mejores, más conscientes, más cultos; y si algo demuestra que Hostos no fue, como se le dijo a Trujillo que era, un enemigo de la religión, lo dicen los siguientes hechos: el primero, tal como explicó Camila Henríquez Ureña (*ibíd.*, p.83), “en sus planes para los Liceos y las Escuelas Normales [*Hostos*] incluyó en el último curso lo que llamaba Ciencia e historia de las Religiones”, materia de la cual decía Hostos que era “una exposición metódica de los esfuerzos hechos por el hombre en la investigación de la causa de las causas; una presentación de las religiones en su doble objeto de interpretación

* *El Sol*, Santo Domingo, 12 de enero de 1989, p.8.

de la divinidad y de la religión de las muchedumbres”; el segundo de esos hechos fue la entrega por el gobierno del presidente Fernando Arturo de Meriño, en quien al mismo tiempo que el poder secular recaía el de la Iglesia Católica debido a que era su jefe en su condición de Arzobispo, del edificio de la Tercera Orden de Santo Domingo, anexo al antiguo Convento de los Dominicos en condición de local propio de la Escuela Normal; y si esa decisión de Monseñor Meriño no hubiera sido suficiente para desmentir la tardía acusación de ateo que cayó sobre Hostos más de sesenta y cinco años después de haberse llevado a cabo la primera investidura de maestros normalistas, hay que tomar en cuenta la aprobación de lo que se enseñaba en la Escuela Normal de otro sacerdote que figura en la historia dominicana como un bienhechor sin paralelo, el padre Francisco Javier Billini, que había establecido un colegio y se oponía a la enseñanza impartida en la Escuela Normal y acabó reconociendo esa oposición suya como un error.

Hay pruebas escritas de que Hostos no era ateo. Una de ellas es su artículo “El Cura”, que forma parte de una miniserie dedicada a Baní, resultado de un viaje a Azua que hiciera entre agosto y septiembre de 1882. En ese artículo su autor cuenta que entró en la iglesia de San Cristóbal en el momento en que el sacerdote les hablaba a sus feligreses, de quienes dicen que estaban allí “atentos, silenciosos, reflexivos, oyendo la palabra” del cura, y afirma: “Lo que yo oí, yo también lo aprobé. Lo aprobé tanto que salí meditando en la importancia del hermoso papel que puede representar entre la gente sencilla de los pueblos y los campos, y el mejoramiento moral de la República, el cura de almas, el buen cura, aquel cura, como el que acababa de oír, y otro, en otro tiempo oído en Puerto Rico, que exalta con su palabra y su consejo las virtudes, que las pone al alcance de los entendimientos menos

claros, que las hace agradables al corazón del pueblo y no solo les da por recompensa las del cielo sino el bienestar individual, las venturas de familia, la consideración social y el engrandecimiento de la patria”.

Fueron varias las páginas que Hostos dedicó a destacar el papel que desempeñaban los sacerdotes en la vida del pueblo dominicano, y se refirió también al aspecto negativo de la escasez de ellos diciendo: “Desgraciadamente, sacerdocio en sacrificio, y el número de los que se sacrifican ha sido, es y será siempre como el número de las almas eximias, muy reducido”; e inmediatamente agrega: “Desgraciadamente también, sacerdocio procede de sacer, y ese adjetivo es formidable como hombre de dos caras o espadas de dos filos: por una parte sacer es sagrado; por otra cara, maldito, malvado, pernicioso. La cara más común es casi mala”.

En unas líneas de las páginas dedicadas a destacar el papel de los sacerdotes en el país Hostos afirmó “...en el estado actual de la sociedad dominicana, el cura de almas tiene una influencia positiva que el estadista y el pensador no deben tener la ceguedad de conocer”. Y por último, fue él quien propuso al padre Fernando de Meriño, presidente de la República para rector del Instituto Profesional, que él, Hostos, dirigía, propuesta que el padre Meriño aceptó, y seguramente no la habría aceptado, de haber sido Hostos ateo.

LA NOTICIA

TEXTO DECLARACIONES DE BOSCH*

ESTAS SON LAS PALABRAS DEL PROFESOR JUAN BOSCH GRABADAS EN CINTA MAGNETOFÓNICA ESTA MAÑANA. LA PUNTUACIÓN ES DE *LA NOTICIA*.

Gracias por su presencia, aquí, en la Casa Nacional del Partido. Y debo explicarles que no era este el lugar donde se iba a celebrar el acto de hoy. El acto debió haberse celebrado en el hotel Jaragua. Y para ese fin se alquiló, el día 14, el salón del *roof garden* del hotel Jaragua.

No hicimos público el hecho de que era allí donde se iba a celebrar el acto, porque temíamos que el gobierno se buscara la manera de impedirlo, como impidió el recibimiento que le teníamos preparado al secretario general del Partido, el Dr. José Francisco Peña Gómez, cuando llegó de los Estados Unidos, y como impidió que se celebrara en Santiago de los Caballeros una reunión de los profesionales del Cibao conmigo.

Y, efectivamente, nuestros temores estaban justificados porque anoche, cuando fue un grupo de trabajadores del Partido y miembros de nuestro partido a llevar las sillas al local, el hotel Jaragua estaba prácticamente ocupado por calieses y policías y más tarde por militares también.

El gerente o administrador de la compañía que tiene arrendado el Jaragua informó a personas muy cercanas y funcionarios públicos, muy cercanos al Dr. Balaguer, que ahí iba a

* *La Noticia*, Santo Domingo, 16 de agosto de 1973, p.24.

celebrarse el acto del PRD, e inmediatamente el Gobierno tomó las medidas del caso para que el acto se frustrara.

Yo tenía preparado un discurso para ese acto, un discurso escrito, porque la Comisión Permanente del Partido entendió que en una ocasión tan importante para el Partido y para la oposición al gobierno actual, la oposición organizada, el Partido también a través de personalidades independientes, de sindicatos y de otras organizaciones, que en un acto así yo no debía improvisar, porque entre otras cosas, nos arriesgábamos a que mis palabras fueran mal oídas, como ha sucedido ya en otras ocasiones, al ser trasladadas a palabras escritas, y que algunos de los conceptos expresados en el discurso no aparecieran como, efectivamente, habían sido concebidos.

Ese discurso, desde luego, no será pronunciado aquí. Pero quiero darles un breve resumen de las ideas centrales de ese discurso. Se decía en él que el Partido Revolucionario Dominicano había convocado ese acto para entregar a sus secretarios generales y a las comisiones ejecutivas del país, y también a los comités de zonas, suficientes números del proyecto de programa de dignidad nacional, para que pudieran estudiarlo, analizarlo y mejorarlo; y que también se le entregaba ese proyecto de programa a los representantes de la oposición, organizada o no, para que hicieran lo mismo, porque era nuestro propósito que ese programa fuera mejorado, ampliado, superado ese proyecto, por todas las organizaciones y las individualidades políticas independientes, a fin de que ese proyecto de programa acabara siendo un programa de la oposición.

Y explicaba en ese discurso que ese programa era un proyecto cuya dirección ideológica debía preservarse, debía mantenerse, porque no se trata de un proyecto de programa revolucionario; no es el proyecto de programa para un gobierno socialista; es un proyecto de programa para un gobierno democrático-burgués.

¿Por qué nosotros escogíamos esa dirección ideológica para conseguir el proyecto de programa? Porque veíamos que ese proyecto y el programa que saliera de ese proyecto después de discutirlo con todos ustedes, y por el Partido también, tuviera el respaldo de todas las organizaciones capaces de trabajar juntas; de todas las organizaciones que aún siendo ideológicamente divergentes no lo sean tanto que no puedan trabajar juntas para poder llevar al Gobierno de la República un equipo de hombres que puedan llevar o juntar las ideas de este programa, hacerlas realidad.

Y nosotros pedíamos en ese discurso, es decir, el PRD pedía en sí, por boca mía, que no se abandonara la línea ideológica con que fue concebido ese proyecto de programa. Pero que se mejorara. Ha habido ciertas concepciones equivocadas sobre el proyecto de programa. Ha habido personas que han dicho que el proyecto le falta algo, le falta esto o le falta lo otro.

Pero, precisamente, eso es lo que nosotros nos hemos propuesto, que aquellos que consideren que al proyecto de programa le falta algo, lo agreguen, es decir, nosotros no hemos querido hacer un proyecto de programa que sea perfecto, concreto, que satisfaga las necesidades de todos los sectores sino que queremos que cada sector trabaje en ese proyecto de programa de tal manera que al final el programa sea tanto de ellos como nuestro.

Concebido así el proyecto de programa puede servir y debe servir para organizar a toda la oposición alrededor de ideas, de un plan de acción, de realizaciones que deben ser ejecutadas. Porque la oposición no puede organizarse alrededor de un hombre; tiene que organizarse a través de ideas y al través de planes; alrededor de ideas y alrededor de planes.

Es más, el hombre debe ser escogido en función de ese programa. ¿Qué hombre puede realizar ese programa? Y también tiene que ser escogido alrededor de ese programa y en

función de ese programa, el camino para llegar al poder, y tiene que ser escogido por todos, no por nosotros solos o por ustedes solos o por un partido solo, sino por todos.

El discurso no ha podido ser hecho público, porque esta dictadura encubierta, esta dictadura, con careta, puede celebrar actos públicos todos los días, y ahora mismo está celebrando uno en el Teatro Nacional, puede celebrar actos públicos de calle, puede celebrar actos públicos abiertos, no bajo techo. Cada vez que el Dr. Balaguer inaugura un semáforo es un acto político lo que está haciendo. Y está haciendo acto político con los dineros del pueblo, con los dineros del Estado.

Y cuando inaugura un local del Partido Reformista, también lo está haciendo con dineros públicos, porque ese dinero lo obtiene el Partido Reformista de los empleados públicos. Es una participación, una parte de lo que el Estado debe pagarles a sus empleados va a manos del Partido Reformista. Pero nosotros, los partidos de oposición, no podemos hacerlo.

Esta es la tercera vez que se le impide un acto público al Partido Revolucionario Dominicano. El país necesita dar un paso de avance, y debe darlo. El país necesita superar esta situación en la que la voluntad de un hombre es la ley, respetada y hecha respetar por la fuerza pública. ¿Para qué hay en este país un Poder Judicial, con su Suprema Corte, si la palabra del Dr. Balaguer es ley, la palabra dicha por él o dicha por cualquiera de sus ayudantes.

La fuerza pública nos ha impedido celebrar este acto en el Jaragua. Y teníamos contratado y pagado de antemano el local. La fuerza pública impedirá también que en este país haya el desarrollo político necesario para que el pueblo se dé un gobierno de dignidad nacional.

Si ahora no le salimos al paso a esa dictadura que se está organizando, que tiene ya siete años de entrenamiento; si ahora no le quitamos la careta a esa dictadura, los que negaron el

local de la Cervecería Presidente en Santiago, y los que niegan ahora el local del hotel Jaragua, por miedo, esos llorarán junto con muchos dominicanos su cobardía de ahora, la facilidad con que se doblegan a la voluntad del poder.

La llorarán también los que hacen prensa, los que hacen periódicos hablados y escritos. Y la llorarán también, porque lo llorarán también, los más íntimos amigos y compañeros del Dr. Balaguer. Porque toda dictadura tiene su final, y el final de las dictaduras es a veces muy doloroso para aquellos que la han auspiciado, para aquellos que la han ayudado a formar.

Repito las gracias para todos ustedes, y les pido en nombre del Partido Revolucionario Dominicano que ya que el acto de hoy, que debió haber sido un acto solemne, un acto con categoría suficiente para que el país viera que los hombres que se reunían en él, son hombres dispuestos a luchar por el destino dominicano, con las armas más limpias que puede tener una organización política.

Si este acto ha sido suprimido, que no se suprima el entusiasmo de ustedes y el concepto del deber de las obligaciones que todos tenemos con este pueblo, para que podamos ponernos a trabajar juntos en la elaboración sobre la base del proyecto de programas para un gobierno de dignidad nacional, de un programa que sirva para nuclear, organizar alrededor de él al pueblo dominicano bajo el liderazgo de la oposición organizada. Muchas gracias.

CONSIDERAN BOSCH NO IBA A RENUNCIAR*

Juan Bosch
Santo Domingo, R.D.

Estimado amigo:

El PRD está trabajando sin descanso para conseguir que nuestro país tenga un gobierno que respete los derechos de los dominicanos y defienda los intereses del Pueblo.

Para ese trabajo necesitamos la ayuda de todo el que comparta nuestras ideas, y los compañeros que llevan esta cartita van a pedirle su ayuda. Por pequeña que sea esa ayuda, se la agradeceremos como si fuera grande.

Con saludos afectuosos queda a sus órdenes su amigo

Juan Bosch

17 de noviembre de 1973

* *La Noticia*, Santo Domingo, 23 de noviembre de 1973, p.1 / p.4.

Esta carta manuscrita, al ser publicada por *La Noticia*, llevaba, bajo la firma de Radhamés V. Gómez Pepín, el comentario siguiente: "Surgieron hoy evidencias escritas de que el profesor Juan Bosch precipitó su salida del Partido Revolucionario Dominicano si, como se ha dicho, hace tiempo que maduraba en su mente la idea de formar el Partido de la Liberación Dominicana" (p.1).

UN MUNDO EN CRISIS*

DADA LA INCIDENCIA DE LA SITUACIÓN INTERNACIONAL EN LA VIDA DOMINICANA *LA NOTICIA* SOLICITÓ AL EX-PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, PROFESOR JUAN BOSCH, QUE ESCRIBIERA UN ANÁLISIS PARA ESTA EDICIÓN ESPECIAL SOBRE LA CRISIS QUE AFECTA ACTUALMENTE AL MUNDO. EL SIGUIENTE ES EL TRABAJO ESCRITO POR EL EX-PRESIDENTE CONSTITUCIONAL Y PRESIDENTE DEL PARTIDO DE LA LIBERACIÓN DOMINICANA.

La humanidad ha conocido muchas crisis, pero antes de la que estamos viviendo ahora las crisis eran parciales. Podía haber una en el Asia y al mismo tiempo otra en Europa; podía haber una crisis en una parte de Europa y al mismo tiempo otra en una porción de África; podía haber una en África y a la vez otra en una región del continente que después se llamaría América. Pero una crisis mundial, que afectara simultáneamente a todas las regiones del mundo sólo hemos venido a conocerla al producirse la segunda guerra mundial, porque solo entonces el mundo entero se ha visto dividido en dos modos de producción, y por tanto en dos maneras de vivir, que se enfrentan en una lucha llamada a terminar con la desaparición de uno de ellos.

La URSS, China y los EE.UU.

Lo paradójico de esta crisis es que debiéndose, como se debe, al enfrentamiento de dos modos de producción, y, como acabamos de decir, a las dos formas de vida que producen esos

* *La Noticia*, Santo Domingo, 23 de diciembre de 1975, pp.8A-9A.

modos de producción, la crisis debería estar determinada por la presencia de dos porciones, cada una de ellas con una gran potencia a la cabeza; y sin embargo no sucede así puesto que hay tres centros de poder mundial, dos de ellos que corresponden al modo de producción socialista y uno al modo de producción capitalista. Parece, pues, que el enfrentamiento es, al mismo tiempo entre el modo de producción capitalista, el llamado sistema capitalista que encabezan los Estados Unidos a nivel mundial, y dos formas distintas del modo de producción socialista, que encabezan por una parte la Unión Soviética y por la otra la China Popular.

¿Es eso cierto? ¿Lo es, sobre todo, lo último?

Lo parece, pero no lo es. Entre la Unión Soviética y China Popular hay diferencias de opinión muy serias, pero no puede haber un enfrenamiento como el que hay entre el socialismo y el capitalismo. Si lo hubiera tendríamos que reconocer que el marxismo no es una ciencia y que por tanto el socialismo no tiene base científica; y una afirmación de esa naturaleza nos llevaría de golpe a la conclusión de que el marxismo y su producto histórico, que es el socialismo, son puras falsedades, mentiras colosales que llevarán a la humanidad a un desastre de dimensiones incalculables; lo que en fin de cuentas significaría que todo lo que dicen del socialismo los defensores del capitalismo es verdad, y se quedan cortos.

Pero esa conclusión que sería desoladora para la parte de la humanidad que ha puesto sus esperanzas de un porvenir mejor en el desarrollo del socialismo, reforzaría hasta lo increíble el poder de los Estados Unidos sobre los pueblos débiles del mundo, que a la vez que son los más pobres de la Tierra en términos de desarrollo global son los más ricos en materias primas y en mano de obra.

Si el conflicto entre la Unión Soviética y la China Popular es tan grave como el conflicto entre el mundo socialista y el

mundo capitalista, todos los conceptos, que se tienen sobre el proceso histórico y la dirección que necesariamente debe llevar son ilusiones sin sentido, y lo único que quedaría como verdad inmutable es que el poderío norteamericano será más fuerte a medida que vayan pasando los tiempos.

Sin embargo, la verdad es otra

Pero sucede que la verdad es otra; y no hace falta ponerse a escudriñar papeles ni hacer estudios socioeconómicos costosos en tiempo y energías para convencerse de esa formación. Los hechos hablan con más elocuencia que todos los papeles, y los hechos nos dicen que en el año 1917, cuando se hizo la Revolución Rusa, Rusia era uno de los países más atrasados del mundo occidental; que su nivel económico, social, político, militar, científico, no se comparaba con el de Alemania, Francia, Inglaterra, y mucho menos con el de los Estados Unidos; y sin embargo esa Rusia, que después de la Revolución pasó a llamarse la Unión Soviética, es hoy la competidora mundial de los Estados Unidos en todos los órdenes y dejó muy atrás a Alemania, a Francia, a Inglaterra. Otro tanto puede decirse de China. En el año 1949, China sólo podía competir, y eso en el nivel de la miseria, con la India de las hambrunas y del cólera y de las viruelas; en el campo político era el paraíso de todos los imperialismos, hasta de los más ridículos porque eran imperialismos de minipotencias; y hoy China es una de las tres grandes potencias del globo. ¿Y qué sucedía con Polonia, Rumanía, Bulgaria, Hungría? Rumanía, por ejemplo, le vendía a Austria trigo en grano y le compraba harina de ese mismo trigo; los polacos pasaban hambre para sostener a unas cuantas familias nobles que echaban chorros de dinero en las ruletas de los casinos de juego de Europa; y ahora los expertos norteamericanos anuncian que para dentro de cinco años Polonia será una potencia industrial.

En un solo año han pasado al campo socialista Viet Nam del Sur, Cambodia y Laos en Asia, y en África, Somalia, Mozambique y Angola, la Angola del Movimiento Popular de la Liberación de Angola, la Angola de su vieja capital Luanda, no la Angola del Frente Nacional de Liberación o de la Unión por la Total Liberación de Angola, que son dos fantasmas sostenidos por los fondos de la CIA, las armas norteamericanas y el respaldo político y militar de África del Sur, de Congo Zaire, de Londres, Bruselas y París.

En ese mismo año, que es éste 1975 que va de pasada, los Estados Unidos perdieron la guerra de Indochina, la segunda que han perdido en su historia; pero la primera había sido la de Corea del Norte, otro país socialista.

De manera que no es verdad que el poderío norteamericano será cada día mayor y por tanto no es verdad que los conceptos que se tienen sobre el proceso histórico sean falsos, y en consecuencia tampoco es cierto que las diferencias entre la Unión Soviética y la China Popular tengan las dimensiones y la profundidad de una crisis mundial semejante a la que está planteada entre el mundo socialista y el mundo capitalista.

Lo que sí es verdad es que la lucha de clases se queda eliminada en el sistema socialista, pero como no puede ser el tipo de lucha de clases que se conoce en el régimen capitalista, no se presenta con los mismos síntomas ni con la misma agresividad. Así, por ejemplo, en la Unión Soviética esa lucha de clases propia de la sociedad socialista es la que explica el caso Soltzenitzin y el caso Sakarov y otros parecidos; y esa lucha de clases desplazada al campo internacional es lo que explica la situación conflictiva entre China y la Unión Soviética. En los dos casos, el interno y el internacional, hay contradicciones ideológicas, pero contradicciones de un tipo diferente al que provoca la lucha de clases en el campo capitalista, de un tipo que no desembocará nunca así en una

guerra nacional por la conquista del poder político para edificar una nueva sociedad ni en una guerra internacional entre dos países socialistas.

Los puntos críticos de la crisis

Al finalizar el año 1975 los puntos críticos de la crisis mundial no están en las tolerancias políticas entre China y la Unión Soviética. Están, en el orden económico, en la situación que atraviesa la economía capitalista, y políticamente en la guerra del Líbano y en la amenaza norteamericana de convertir a Angola en un nuevo Viet Nam.

Hablemos primero de la situación de la economía capitalista, y díganos para imaginar que la prensa de los Estados Unidos está haciendo campaña con la gran cosecha de granos que ha habido este año en la Unión Soviética. Algunos periódicos han llegado a calificar el estado de la economía soviética de catastrófico y creen confirmarlo al anunciar que en el plan quinquenal para 1976-1980 los soviéticos han estimado el crecimiento de la industria de bienes de consumo en 30 a 32 por ciento mientras que en el quinquenio 1971-1975 lo habían estimado en 35 por ciento; que las inversiones en la industria liviana aumentarán en 1976-1980 de 35 a 39 por ciento mientras que las estimaciones para 1971-1975 habían sido de 45 por ciento.

Pero es el caso que en el mundo capitalista la situación empeora mes tras mes. No hay que dejarse engañar por las estadísticas norteamericanas. La situación de los Estados Unidos puede mejorar, pero se trataría de una mejoría aparente porque los Estados Unidos con la cabeza y el corazón del sistema capitalista, y esa cabeza y ese corazón no podrían funcionar bien aunque los encefalogramas y los cardiogramas dijeran lo contrario si el resto del organismo anda manga por hombro; y los datos estadísticos son muy consecuentes: en los primeros seis

meses de este año el costo de la vida aumentó en Inglaterra en 33.4 por ciento; en Italia aumentó un 12.3 por ciento; en Francia, un 9.7 por ciento; en el Japón, un 9 por ciento; en los Estados Unidos, un 8.3 por ciento, en Alemania Occidental un 6.3 por ciento. Al mismo tiempo en todos esos países aumentó el desempleo, de manera que el estancamiento con inflación, es decir, la estanflación, ha llegado al sistema capitalista para quedarse en él, al menos por mucho tiempo. Y tómese en cuenta que estamos hablando de los países más desarrollados dentro del sistema, que en cuanto a los no desarrollados, la situación llega a estados indescriptibles o que sólo pueden describirse diciendo que para ellos no hay salida dentro del sistema.

La crisis mundial tiene puntos críticos, pero en la base de la crisis está la economía; una economía que no podrá superar de ninguna manera su contradicción fundamental, la que se debe a que la producción es hecha por la sociedad, el consumo es hecho por la sociedad, y sin embargo los bienes de producción y los beneficios que deja el consumo de los bienes producidos son propiedad privada.

La crisis política

Por el momento, esa crisis se refleja en el campo político en dos lugares que tienen la mayor importancia económico-estratégica: El Líbano, desde donde se dominan las dos entradas asiáticas al Mediterráneo (la de los Dardanelos y la del Canal del Sur), y Angola, desde donde una flota marina y submarina con base de apoyo aéreo y balístico proporcionaría el control del sur para el país que resultara escogido por los angoleños como potencias protectoras; pero además, Angola es uno de los territorios más ricos del mundo en minerales, desde petróleo hasta cobre, desde bauxita hasta hierro, y su posición geográfica es tan privilegiada que desde ella podría

quedar bloqueada la salida de minerales de su vecino el Congo Zaire, antiguo Congo Belga, y también una parte importante de la economía sudafricana, que depende de la electricidad y el agua que recibe de un complejo hidráulico establecido en el sur de Angola.

Económicamente, el Líbano, que era una fuente de financiamiento para todos los países árabes, está perdiendo a la carrera ese papel debido a que la lucha judía contra los palestinos ha sido trasladada a Beirut, es decir, a la capital del Líbano. La selección de Beirut como campo de batalla (que fue hecha por la derecha cristiana falangista, que se convirtió en el brazo armado del sionismo en el Líbano) no se hizo por casualidad ni por capricho. Beirut fue escogido como campo de batalla del cercano oriente porque era en esa ciudad, y no en el resto del Líbano, donde estaba organizado el servicio financiero de los países árabes petroleros; y al subir el precio del petróleo, ese servicio financiero pasó a adquirir una importancia económica y política trascendental, a tal punto que se hacía necesario destruirlo para obligar a los países árabes dueños de petróleo a hacer sus transacciones financieras en Europa y en los Estados Unidos.

En cuanto a Angola, tras la denuncia de que la Unión Soviética y Cuba estaban interviniendo con armas y hombres en la guerra civil de ese nuevo país africano se descubrió que la Unión Soviética empezó a enviar equipo de guerra al gobierno de Luanda, presidido por Agostinho Neto y reconocido por 33 países, entre ellos dos latinoamericanos (Brasil y Cuba), después que el gobierno de los Estados Unidos dispuso el envío de 25 millones de dólares en armas, que serían entregadas por medio de la CIA al gobierno del Congo Zaire para que éste los pusiera a disposición de los movimientos guerrilleros pronorteamericanos que tratan de tomar el poder en Angola. Otros 25 millones debían ser entregados más tarde,

pero a la hora de escribirse estas líneas, a mediados del mes de diciembre, no sabemos si esa parte de la ayuda yanqui a los movimientos subversivos de Angola había llegado a manos del gobierno del Congo Zaire. Las últimas informaciones indicaban que aviones norteamericanos, con pilotos de la misma nacionalidad, estaban llevando armas norteamericanas a Ambriz, ciudad que se hallaba en manos de guerrilleros angoleños proyanquis. Al mismo tiempo ha salido a la luz la noticia de que para ejecutar esas operaciones secretas en Angola, el gobierno de Gerald Ford ha necesitado llegar a un acuerdo secreto con África del Sur, el único país del llamado Continente Negro habitado por blancos, los afrikanders y boers, el grupo humano más ferozmente racista que se conoce hoy en el mundo; y como es natural, la connivencia de norteamericanos y afrikanders en la guerra de Angola va a producir un estallido de antinorteamericanismo en la mayor parte de los países africanos, una situación parecida a lo que produjo en el Sudeste Asiático la intervención secreta de los Estados Unidos en Viet Nam y en Laos, que fue una tarea encomendada también a la CIA por los gobiernos de Ike Eisenhower y John F. Kennedy, según informan con lujo de detalles los conocidos *Papeles del Pentágono*.

La crisis política mundial puede conducir a una repetición africana de los acontecimientos de Indochina, a una guerra llevada a cabo en Angola con armas soviéticas de un lado y del otro, soldados norteamericanos, y hasta con algunos aliados. Y si eso llegara a suceder el final no será diferente del que vimos este año en Indochina. Tal vez la diferencia consista en que en vez de terminar con tres países pasados al lado del socialismo, en el caso de África, termine con un número mucho más alto, y naturalmente, mucho más cerca de Europa y de las dos Américas que Viet Nam, Cambodiaa y Laos.

DE PERIÓDICOS Y PERIODISMO*

NOTA DE REDACCIÓN: EL SIGUIENTE ES UN ARTÍCULO ESCRITO POR EL EX-PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, PROFESOR JUAN BOSCH, ESPECIALMENTE PARA ESTE SUPLEMENTO ESPECIAL DE FIN DE AÑO DE *LA NOTICIA*:

Aunque en la República Dominicana ha habido periódicos desde hace más de un siglo, el periódico como negocio ha venido a desarrollarse de manera apreciable a partir de los últimos treinta años, y más propiamente, desde 1961; y si en los pocos años que han pasado desde 1961 el negocio de vender noticias se ha desarrollado en el aspecto económico, en cambio ha tenido poco desarrollo en el aspecto de la profesionalidad de quienes los dirigen, que en la mayor parte de los casos son sus dueños. Puede decirse que el bajo nivel de progreso que ha tenido en el país la división del trabajo ha impedido que se haya establecido una distinción clara entre la posesión de los bienes de producción que sirven para hacer y poner a la venta un periódico y el oficio de periodista, y por esa razón hallamos al frente de la confección de casi todos los periódicos a los propietarios de las maquinarias, el papel y los edificios que se usan para fabricar el producto llamado periódico. Esos propietarios consideran que el producto de su industria es suyo, no de quienes lo compran, y como es suyo hacen con él lo que les da la

* *La Noticia*, Santo Domingo, 23 de diciembre de 1977, p.2B.

gana; algo parecido a un fabricante que metiera en el artículo que produce lo que a él le parece bueno, no lo que el público desea comprar.

Si comparamos la situación de los periódicos y sus propietarios en la República Dominicana con la de países capitalistas donde la división del trabajo ha llegado a niveles muy altos (caso de Inglaterra, de Francia, de los Estados Unidos) vemos que los dueños de los periódicos ingleses, franceses y norteamericanos son capitalistas que en su mayoría no han entrado nunca en las salas de redacción o de máquinas de sus periódicos, o son accionistas que ni siquiera saben cual es la dirección del periódico donde tienen su dinero invertido, o son capitalistas especializados en el negocio editorial, esto es, que tienen una gran parte de sus capitales, y tal vez todos, invertidos en periódicos y revistas, pero a lo mejor no saben ni redactar una carta, mucho menos escribir un artículo; tienen talento para saber qué busca el público en un periódico y sin embargo no saben cómo se hace eso que le gusta al público. En tales países la dirección de un periódico se confía al llamado editor y la administración a un equipo de especialistas en la materia, los dueños o los accionistas cobran cada año sus beneficios y no tienen la menor intervención en la política editorial.

En el caso del negocio periodístico, cuando éste tiene los caracteres que tiene en la República Dominicana, ¿qué es lo que denuncia de lejos el atraso de un país?

Lo denuncia el hecho de que el dueño del periódico que al mismo tiempo lo dirige, es un capitalista porque tiene dinero pero no lo es desde el punto de vista de su desarrollo social e intelectual. En esos aspectos actúa y piensa dentro de los cortos límites de un negocio pequeño, que funciona para servir a muy poca gente; digamos, un ventorrillo que se maneja con criterio y métodos propios de un vecindario de diez o doce familias. Así, por ejemplo, los propietarios de

algunos periódicos dominicanos ni siquiera han pensado nunca que como dueños de los medios de producción de esos artículos que son los periódicos que ellos hacen, tienen derecho, dentro del sistema en que vivimos, a los beneficios que dé ese negocio, pero que nada los autoriza a meterles de contrabando a los compradores de esos artículos sus problemas personales, sus odios o sus amores, sus pasiones o sus miedos. Sus asuntos privados son suyos y al público que da su dinero a cambio de noticias no le importa para nada la vida privada de los dueños de las máquinas, los edificios y el papel que se usan en hacer ese artículo que él compra para estar informado de los asuntos que le interesan, así como no le importa para nada la historia personal del dueño de la fábrica de jabón que él consume o el color de la res cuya carne va a comerse a mediodía.

En la medida en que los propietarios del negocio de publicar periódicos se estancan, se retrasa el desarrollo de los periodistas que no reciben de esos propietarios ni el estímulo ni el ejemplo ni las enseñanzas que deberían recibir para convertirse en periodistas completos; y aclaramos que la palabra completos en este caso no significa que sean capaces de escribir con igual capacidad sobre lo divino y sobre lo humano; al contrario, en el sentido moderno el periodista completo es el que se especializa y estudia tan a fondo y tan detalladamente la especialidad a que se dedica que llega a ser un maestro en esa materia. Con periodistas especializados en cada una de las actividades importantes de la sociedad, un periódico puede informar de manera adecuada y seria sobre los problemas que más interesan a los lectores. Por ejemplo, sólo para escribir los editoriales, *The New York Times* tiene diez periodistas a sueldo y dos bajo contrato.

Veamos un ejemplo de periodismo subdesarrollado: El de un periódico que le ha servido al lector dominicano toneladas de informaciones sobre la SIP. ¿Qué es la SIP para el lector de

ese país? Nada entre dos platos. De mil lectores, tal vez uno sabe qué es la SIP y a novecientos noventinueve ni siquiera les interesa saberlo; pero al dueño de ese periódico sí le interesa la SIP, le interesa muchísimo, y como le interesa a él, les mete a sus lectores SIP por los ojos y SIP por los oídos, y en fin de cuentas viene a suceder que los que compran ese periódico han pagado a lo largo de los años varios pesos por un tipo de información que ni les va ni les viene.

Nosotros tenemos título de periodista de la Escuela de Periodismo de La Habana y trabajamos en Cuba para los diarios *Informaciones* y *El Crisol* y para la revista *Bohemia*, que tiraba 500 mil ejemplares a la semana, y además dirigimos el diario *Siempre* sin que nuestro nombre figurara en el directorio de esa publicación porque no éramos cubanos; quien figuraba como director, aunque sólo fue tres veces a la imprenta era el Dr. Carlos Prío Socarrás. Por el hecho de haber trabajado como periodistas conocimos bien las ideas y los hábitos de la gente que hacía periodismo en Cuba y recordamos que los directores de periódicos cubanos decían y repetían constantemente que el periodista no es noticia, pero aquí son noticia casi diaria ciertos periodistas propietarios, sobre todo los que están ligados a la SIP y hacen de la SIP noticia de primera plana, y sucede que la SIP es una asociación de negociantes y nada más, de manera que no se justifica que todo el que se mueve alrededor de ella arrastre una cola de publicidad como no se les hace a empresarios de la categoría de un Henry Ford III o un David Rockefeller, que pueden comprar cien SIPS con lo que les sobra del dinero que destinan a dar propinas.

Otro síntoma del atraso del país que se manifiesta a través de los periódicos es el hábito de usar la publicación propia en responder a planteos que se hacen en privado, algo parecido a que un militar o un policía use el arma que lleva a la cintura por razones de su función pública en resolver los asuntos de

tipo personal que se le presentan. A cualquier planteamiento que se le hace en privado, el dueño del periódico responde públicamente, en un editorial, en un artículo con firma o en una columna de la redacción, y se vale del privilegio de ser dueño de un órgano de información pública para dar su versión personal, que en todas partes del mundo se considera deformada, interesada y contraria a la verdad, de un asunto que no le fue planteado en público; y le vende al lector, que compra el periódico para recibir información de carácter general, un asunto personal que el lector no tiene por qué comprar y el vendedor no tiene derecho a imponerle. Esa es una violación grosera de las normas comerciales más elementales que sólo puede darse en un país como la República Dominicana, donde todavía no se ha formado la clase que establece las reglas por las cuales se guía la sociedad.

Al hablar de normas comerciales debemos aclarar que en la sociedad capitalista esas normas deben ser las burguesas, que se basan en fundamentos morales burgueses, que no estamos aspirando a que la sociedad actual sea regida según las normas socialistas. Pero todavía no hay normas de conducta burguesas, y eso es lo que explica que algunos de los dueños de periódicos dominicanos no se han dado cuenta de que lo que ellos tienen y manejan es un negocio como cualquier otro, y que el hecho de que en su negocio el papel se use en imprimirles palabras y no en envolver jabón no les da categoría de seres privilegiados, que nacieron con el don divino de establecer sus propias reglas para beneficio suyo y perjuicio de los demás.

CARTA A LOS EMPRESARIOS*

20 de mayo de 1991.

Señor
En sus manos

Estimado amigo:

Las necesidades económicas del Partido de la Liberación Dominicana son atendidas normalmente gracias al trabajo de sus miembros, por los aportes que hacen a nuestra organización sus relacionados, amigos y familiares. Sin embargo, en situaciones extraordinarias la dirección del PLD se ve obligada a requerir la colaboración de personas y entidades ajenas a la actividad política. El creciente número de organismos del Partido que día a día se forman en todo el territorio nacional y el consiguiente aumento de los gastos para cubrir las necesidades que generan las múltiples actividades partidarias en el cumplimiento de sus objetivos, demandan una atención económica que desborda en la actualidad los marcos normales.

La seriedad, la disciplina y el patriotismo que caracterizan el PLD contribuyen a crear conciencia en el pueblo dominicano acerca de las normas que deben regir el comportamiento de una sociedad como la nuestra, y nos sentimos autorizados

* “Bosch se le ‘lanza’ a empresario para el PLD”, *La Noticia*, Santo Domingo, 6 de junio de 1991, p.4.

a solicitar la ayuda que hoy necesita nuestro partido para que ese ejemplo se mantenga avivo.

Por esas razones nos dirigimos a usted para pedirle una contribución económica consistente en la suma de mil pesos (RD\$1,000.00) mensuales durante un año, a partir de esta fecha.

Con gracias anticipadas por la atención que pueda merecerle la presente, le saluda muy atentamente su seguro servidor y amigo,

Juan Bosch

P.D.: Si son cheques pueden emitirse a nombre del suscrito.

César Nicolás Penson No. 60, Teléfono 882-8271,
Santo Domingo, R.D.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Acosta, Cecilio 468
Acosta, Juan 187
Acosta Núñez, Máximo 417
Agüero, García 33
Alberti, Rafael 448
Alburquerque, Rafael 377, 382-385, 387-389, 391-409, 411
Alemán, Mayra 375
Alfaro [Delgado José Eloy] 358
Allende, Salvador 329-331
Almánzar, Ángel 433
Almonte L., Venutiano 317
Altolaguirre, Manuel 448
Alvarado, Pedro de 127
Álvarez, Augusto 410
Álvarez, Mario 385
Amiama, Luis 321, 323, 324
Amilpa, Senador 66
Antígona 447
Antoñanzas 243
Antonio, Adolfo 187
Antonio (Infante Don) 239
Aquino V., Bienvenido 317
Aranda, Francisco 278
Árbenz [Jacobo] 136
Ardouin [Beaubrun] 449
Arévalo, Juan José 466
Arias, Desiderio 422, 438
Arismendi [Juan Bautista] 230
Aristófanos 408
Ariza, José 54

Ariza, José del Carmen 337, 338
Ávila Camacho 65, 370
Aybar, Juan Esteban 485, 486
Ayuso, Juan José 445, 446
Azaña, Manuel 123

B

Bach [Johann Sebastian] 438
Báez, Mauricio 74, 76, 81, 82, 92, 94
Balaguer, Joaquín 145, 341-343, 346, 418, 419, 426, 457, 458, 489, 499, 502
Balboa [Vasco Núñez de] 3
Ballester, Julio César 22
Bautista Urbanja, Diego 274
Bécquer [Gustavo Adolfo] 428
Beltré, Tomás 393
Belzú [Humerez, Manuel Isidoro] 158
Bencosme, Sergio 92, 94
Bengoa, Vicente 393
Bermúdez 230, 231
Bernal, Dionisio 75
Bernal hijo, Dionisio 74
Bernardino, Félix W. 81, 82
Berrellez, Robert 311, 312
Betances [Ramón Emeterio] 16, 17
Betancourt, Rómulo 134, 137, 466, 468
Bidó Medina, José Joaquín 382, 395, 396, 400

- Billini, Francisco Javier 494
 Bimba, Juan 241
 Bobadilla, Pedro Álvaro 311
 Bobadilla, Tomás 485, 488
 Bobeá Billini [Mario] 308
 Bolívar y Palacios, Simón José
 Antonio de la Santísima
 Trinidad 10, 134, 157, 159,
 173, 183-185, 223, 224,
 226-234, 241, 243-250, 252,
 257, 280, 358, 361, 449-452
 Bonaparte, Napoleón 4, 156,
 235-240
 Bonilla Cuevas, Pompillo 491
 Bonnely, Rafael F. 66, 463
 Bosch, José 48
 Bosch, Juan 29, 48, 50, 51, 54,
 64, 65, 69, 73, 74, 76, 77, 81,
 83, 90, 97, 98, 145, 191, 283,
 285, 290, 292, 295, 297, 302,
 303, 305, 309, 311, 313, 317,
 319, 321, 326, 327, 337, 339,
 341, 342, 346, 349, 367-369,
 373, 377, 389, 393, 414, 417,
 421, 427, 445, 446, 453, 457,
 461, 463, 489, 491, 493, 499,
 505, 507, 515, 521, 522
 Botello, Norge 389, 392, 393,
 397, 409, 410
 Boves (José Tomás Rodríguez
 Boves) 242, 244, 245, 247-249,
 252
 Boyer, Jean-Pierre 486
 Bruzual, Manuel Ezequiel 170,
 171, 176
 Buchanan, James 262
 Bustos 30
C
 Caamaño [Francisco Alberto]
 358
 Cabrera, Ángel 34
 Cabrera, Gustavo 393
 Cabrera, Ramón 254-256
 Cabrera Febrillet, Fabián 491
 Cadet, Lidio 395-397, 399, 408
 Calderón Jiménez, Ramón 22
 Camejo, Ramón 393
 Cárdenas, Lázaro 65, 360, 370
 Carías [Tiburcio] 24
 Carlos (Don) 253, 255
 Carlos Daniel 74, 76
 Carlos IV 235-239
 Carvajal Suero, Florentino 489
 Castellanos, Diómedes 419, 420
 Castillo, Ramón A. 301, 302
 Castillo Armas [Carlos] 136
 Castro, Fidel 354, 355, 357,
 359-365
 Ceballos Martínez, Tomás 47
 Cedeño, Rubén 392
 Cerda, Rigoberto 47
 Cervantes [Miguel de] 427
 Cervériz [Francisco] 243
 Céspedes [Manuel de] 17
 Cézanne [Paul] 107
 Chemene 409
 Chiang-Kai-Shek 30
 Chirino 30
 Chopin [Frédéric] 438
 Christophe, Henri 10, 139, 224,
 225
 Churchill, Winston 30, 194
 Clayton, John M. 262
 Cobier, Julia 449-451
 Cofiño, Ángel 31, 32, 34
 Colón, Cristóbal 7, 127
 Concha, Jacinto de la 487
 Conde de Pozos Dulces 253
 Cortés [Hernán] 3
 Cruz Alfonseca, Juan de la 74
 Cruz, Ángel de la 435
 Cruz Buret, Juan de la 393
 Cruz Domínguez, Carlos
 Federico 417-420
 Cuello, Leovigildo 70, 71, 74-76
 Cuevas, Beatriz 127
 Curiel, Julián Belisario 173, 174
D
 Darío, Rubén 428
 David 97, 98
 De Camps, Miguel Ángel 317
 De los Santos [Emilio] 323
 Debray, Regis 353-363, 365, 366
 Delmonte 173

Despradel, Arturo 66, 67
 Dessalines, Jean-Jacques 10, 224,
 225-227, 234, 236, 449
 Díaz [Porfirio] 358
 Díaz, Mariano 171
 Díaz, Rafael 184
 Domínguez, Renata 421
 Dowman 270

Duarte, Juan Pablo 12, 171,
 295, 485-488
 Duarte, Vicente 171
 Ducoudray, Félix Servio 392, 410
 Ducoudray, Juan 393
 Duvalier, Papa Doc [François]
 432

E

Echeverría, Aquileo J. 123
 Echeverría, José Antonio 273
 Eisenhower, Ike [Dwight] 92,
 514
 Encarnación, Water 409
 Espaillat [Ulises Francisco] 173
 Espartero, Baldomero 258
 Espinal, Rafael 385, 393
 Espínola, Pío 454
 Espinosa, Juan 438
 Evangelista, Valentín 22

F

Facio, Gonzalo 303
 Falcón, Juan Crisóstomo 169-171
 Félix Díaz, Alcibíades 317
 Félix Mora, José 189
 Fernández, Arlette 463
 Fernández, Leonel 346
 Fernández, Luis 393
 Fernández Domínguez, Rafael
 Tomás 463, 464
 Fernández M., Manuel 317
 Fernández Mirabal, Jaime David
 346
 Fernando VII 235-240, 242,
 252, 253
 Fiallo (Los) 409
 Fiallo, José Antinoe 397, 409
 Figueres, José 81, 122, 134,
 137, 293

Fillmore [Millard] 269
 Flores [Juan José] 256
 Ford, Gerald 514
 Ford, Henry III 518
 Foster Dulles, John 89, 475
 Franco, Francisco 51, 284, 447
 Frías, Thelma 326

G

Gabasso, Juan 184
 Galdós [Benito Pérez] 447
 Galíndez, Jesús de 92-95, 100
 Gallegos, Rómulo 465, 468
 García Díez, Víctor 431
 García, José Gabriel 485
 García, Láutico 284
 García Agüero, Salvador 30
 García Francisco, José 317
 García Lorca [Federico] 440, 448
 García Márquez, Gabriel 427,
 449-451
 García Moreno [Gabriel] 139
 Garrido, Juan Casanovas 326
 Garrido, Nicolás 326
 Gauguin [Paul] 107
 Gautreaux Piñeyro, Bonaparte
 374, 453
 Gellineau, Pedro Carlos 276-278
 Godoy, Manuel 235-238
 Gómez [Juan Vicente] 24
 Gómez, Anecto 326
 Gómez Batista, Porfirio 317
 Gómez, Máximo 30, 117, 134,
 252, 448
 Gómez Pepín, Radhamés V. 445,
 505
 Gómez R., Jesús Ant. 317
 González, Juan Vicente 244
 González Guinán, Francisco 170,
 187-189
 González Tamayo, Armando 326
 González Zeledón, Manuel 123
 Gotay, Pedro 270
 Goya [Francisco de] 107, 108
 Grau San Martín, Ramón 466
 Grobart, Fabrio 74
 Groscors [Rolando] 283
 Grullón, Ramón 73, 75

- Guayasamín, Osvaldo 443, 444
 Guerrero, José 183-186
 Guevara, Ernesto 134
 Guevara, Gabriel 187, 188
 Guillén, Nicolás 31, 448
 Guillén Tatis, Carlos 420
 Guiteras, Antonio 360
 Gulliver 479
 Gutiérrez, Euclides 389, 391,
 393, 397, 409
 Gutiérrez, Francisco José 185, 186
 Gutiérrez, Gladys 393
 Gutiérrez de la Concha, José 275,
 276, 279, 280
 Gutiérrez Guria, Alfonso 66
 Guzmán, Mildred 389, 392-394,
 408, 409
 Guzmán, Sonia 435
 Guzmán Blanco 171, 358
- H**
- Haché, Ruddy A. 317
 Haya de la Torre [Víctor Raúl] 134
 Hendrix (Periodista) 312
 Henríquez, Enrique 74
 Henríquez, Enrique Cotubanamá
 74, 76
 Henríquez, Enriquillo 74, 76
 Henríquez, Francisco Alberto
 (Chito) 74, 76
 Henríquez Ureña, Camila 493
 Hérard, Charles 486
 Heredia [José Francisco de] 241
 Hernández, Julio Alberto 422,
 438
 Hernández, Luis 377-379, 385-
 387, 398, 404, 407
 Hernández, Pipí 74, 92, 94
 Hernández, Pipigua (Leo) 379,
 380, 385, 387
 Herrera, Joaquín 278, 279, 281
 Herrera, Porfirio 65
 Heureaux, Belisario 35
 Heureaux, Graciela 32
 Heureaux, Ulises (Lilís) 39, 139,
 165, 425, 453, 454
 Hitler, Adolfo 26, 156, 425,
 426, 479
- Ho Chi Minh 477, 478, 481
 Homero 440
 Hostos [Eugenio María de] 16,
 17, 493-495
- I**
- Imbert, Antonio 321, 323, 324
 Imbert Brugal, Carmen 374
 Isa Conde [Narciso] 426
 Isabel II 253, 254, 258, 259
- J**
- Jacques I (Véase Dessalines, Jean-
 Jacques)
 Jefferson [Thomas] 131
 Jesús 163
 Jiménez, Félix (Felucho) 389,
 391-393, 408-410
 Jiménez, Max 105-108
 Jiménez G., Antonio 317
 Jimenes-Grullón, Juan Isidro
 31, 33, 34, 70, 71, 73-76,
 307
 Jorge Blanco [Salvador] 420
 Juanito (Véase Bosch, Juan)
 Juárez, Benito 133
- K**
- Kasse Acta, Rafael 392
 Kennedy, John F. 431, 432,
 479, 480, 514
 Khrushchev [Nikita] 99
 Kim Il Sung 471
 Kubitschek [Juscelino] 98
- L**
- La Fayette [Marie-Joseph Paul
 Yves Roch Gilbert du Motier,
 marqués de] 17
 Lara, Ramón de 69-71
 Lavandero, Francisco 453
 Lecuna, Vicente 183, 185, 186
 Lemoine M., Gerardo R. 317
 Lenin [Nicolás] 156
 Leonidas 233
 Lescot, Elie 74
 Leyba [Rafael María] 173
 Lincoln [Abraham] 131

- Lindsay, London 450, 451
 Lindsay, Mary 450
 Lindsay, Miranda 451
 Liz, Manuel Alexis 31, 74, 76
 Lizardo, Fradique 421, 422
 Lluberés, Guarionex 458
 Logroño, Arturo 467
 Lombardo Toledano, Vicente
 368, 369
 Lope de Vega 440
 López [Alfonso] 468
 López, César 410
 López Cestero 81, 82
 López Contreras 468
 López (Los) 275
 López, Narciso 251-259, 261-271,
 273-275, 277, 279, 280, 282
 López, Pedro 274, 275
 López Uriola, Narciso 252
 Lora, Augusto 458
 L'Ouverture, Toussaint 9, 449
 Loynaz del Castillo, Enrique 30,
 448
 Lozano de Armenta, Ramón 276,
 277-282
 Lugo Lovatón, Ramón 171
 Luna, Cheché 410
- M**
- Mac Arthur, Douglas 472, 475
 Maceo, Antonio 30, 122
 Machado [Gerardo] 24
 Machado, Antonio 428
 Mainardi Reyna [Virgilio] 31
 Majluta, Jacobo 326, 426
 Maldonado, Víctor 65, 66
 Malenkov [Georgi] 99
 Malpica, León 187
 Marcano, Merced 485, 486
 María [Virgen] 163
 María Cristina 253, 254, 258
 María Luisa 235, 238
 Mariño [Santiago] 184, 231, 252
 Marmolejos, Nélsida 393
 Maroto [Rafael] 258
 Marrero Arísty, Ramón 41
 Martí, José 30, 135, 358, 427,
 428
- Martín, J. Federico 431
 Martín, John Bartlow 431
 Martínez [Hernández Martínez,
 Maximiliano] 24, 37
 Martínez, Julio César 74, 76,
 283, 291, 293
 Martínez, Pascual 243
 Maya Patiño, Miguel 187
 Medina, Danilo 393
 Medina, Presidente 74
 Medina Angarita, Isaías 369,
 468
 Mejía, Hipólito 435, 436
 Meléndez, Concha 295
 Melgarejo [Valencia, Mariano]
 139
 Melgen, Emilia 397
 Mella, Julio Antonio 12
 Mella, Ramón 12, 13
 Méndez, Mario Ángeles 393,
 408, 411
 Mendoza Moya, Samuel 326
 Mercedes, Diómedes 397
 Meriño, Fernando Arturo de
 494, 495
 Michelena, Oscar 74
 Miolán, Ángel 32, 33, 51, 52,
 54, 74, 75, 301, 302, 326
 Mir, Pedro 375, 428, 433, 440
 Miranda [Francisco de] 242, 244
 Mitrione, Dan 327, 328
 Mojica 410
 Monagas (Los) 187
 Monagas, General 278
 Monagas, José Gregorio 277, 279,
 281, 282
 Monagas, José Tadeo 277
 Montalvo, Gustavo 392
 Montás, Temístocles 392
 Monteverde, Domingo 241-247,
 250
 Montilla, Casimiro 411
 Moquete Andino, Bartolomé
 317
 Morales [Francisco Tomás] 252,
 273
 Morales, Ángel 69, 70, 74-76
 Morales Piantini, J. Ramón 317

- Morel, Yoryi 444
 Morel Campos, Juan 295
 Morillo [y Morillo, Pablo] 186, 228, 232, 252
 Morrison, Mateo 373
 Mozart [Wolfgang Amadeus] 438
 Muñoz 30
 Muñoz Marín, Luis 18, 19, 295
 Muñoz y Castro, Manuel 273-278, 280
 Murat [Mariscal Joachim] 237-239
 Mussolini [Benito] 156
- N**
 Neruda, Pablo 374, 428, 440
 Neto, Agostinho 513
 Nixon [Richard M.] 138, 480
 Nogueras 254
 Núñez de Arce, Gaspar 427, 428
 Núñez Polanco, Diómedes 441
- O**
 Oberto Urdaneta, Francisco 273, 274
 Oberto Urdaneta, Idelfonso 270, 273, 274
 Olga [de Martínez] 285, 292
 Olivo, Adolfo 188
 Olivo, Chingo 183, 187
 Olivo, Rafael 187, 188
 Oquendo, Candelario 169, 172, 174-176
 Oquendo, Candelario hijo 171, 173
 Ortiz Bosch, Milagros 343
 Ortiz O., Merilio 317
 Otero [Silva], Miguel 294
- P**
 Páez, José Antonio 251, 252, 256, 277
 Paiba, Balbino 468
 Palomo [Zambo] 241, 242
 Pardo, M. A. 74, 75
 Patiño, Jesús María 47
 Pedrarias Dávila 127
 Pedreira, Antonio S. 15, 16
 Peña, Francisco 317
 Peña Gómez, José Francisco 499
 Peña, Israel de 317
 Peñaranda [Castillo, Enrique] 37
 Pepito [Bosch Gaviño] 413, 414
 Perdomo, Adalberto 417
 Pérez, Juan Isidro 487
 Pérez Cabral, Romano 30, 32, 50, 64
 Pérez Mercedes, Américo 317
 Perón, Juan Domingo 98, 159
 Pétion, Alexandre 223-227, 229-234
 Piar [Manuel Carlos] 184
 Picasso [Pablo] 107, 108, 443, 444
 Pichardo, Paíno 21, 23, 25, 56
 Pina, Pedro Alejandrino 487
 Pina-Acevedo y Martínez, Ramón 287
 Pitchoum [Véase Pétion, Alexandre]
 Pittini, Monseñor 468
 Pizarro [Francisco] 3
 Polanco, Gaspar 172-175
 Polk [James K.] 262
 Ponce de León [Juan] 3
 Portell Vilá, Herminio 255, 262
 Pragay, Janos 270
 Prío Socarrás, Carlos 121, 518
 Puig, Max 380, 384, 385
 Pujol [Pablo] 173
 Pulido, Lucio 278, 279
- Q**
 Quevedo [Francisco de] 440
 Quidiello de Bosch, Carmen 283, 284, 448
 Quintana, Jorge 255, 279
- R**
 Ramírez, Roberto 317
 Ramos, Pedro Estanislao 188
 Reinoso 293
 Requena, Andrés 92, 94
 Reyes Pimentel 398
 Reyes Rivas B., Manuel 317
 Reyes Valverde, Rafael 317

- Risk, Teófilo Juan 317
 Robespierre [Maximilien] 157
 Rochet 409, 410
 Rockefeller, David 518
 Rodin [Augusto] 438, 439
 Rodríguez, Carlos Rafael 355
 Rodríguez, José 429
 Rodríguez, Luis Felipe 31
 Rodríguez, María Teresa Josefa
 Antonia Joaquín del 223
 Rodríguez Echavarría, Pedro
 Rafael Ramón 463
 Rodríguez Lara, Octaviano A. 317
 Rodríguez Objío, Manuel 170,
 171-176
 Rodríguez Urdaneta, Abelardo
 444
 Román, Sabrina 374
 Roosevelt [Franklin D.] 30
 Rosa, Mirtha de la 462
 Rosario, Johnny 404
 Rosario, Luis del 326
 Rosas [Juan Manuel de] 139
 Ruiz, Antonio 183, 186-189
 Ruiz Tejada, Manuel Ramón 458
- S**
- Sakarov [Andréi] 510
 Salcedo, José Antonio (Pepillo)
 172, 174, 175
 San Martín, José de 134
 Sánchez, Buenaventura 81
 Sánchez, Carmen 374
 Sánchez, Francisco del Rosario 12
 Sánchez, Panchita 413, 415
 Sánchez Arango, Aureliano 122
 Sánchez Ramírez, Juan 10
 Sandino, Augusto César 381
 Sansur T., Natef A. 417
 Santana, Pedro 165, 485, 486
 Santos Luzardo 465, 468
 Sartre [Jean-Paul] 366
 Saviñón, Tancredo 48
 Scotto [Luigi] 293
 Segura, Radhamés 393
 Seijas Herrero, Olga 489
 Selene de Vargas, Luz 393
 Séneca [Lucio Anneo] 447
- Shakespeare [William] 440
 Silfa, Nicolás 81, 94, 293, 301,
 302
 Singman Rhee 473
 Solano, Alejandro 393
 Soler, Efraín 74, 75
 Soltzenitzin [Alexandr] 510
 Somoza [Anastasio] 24
 Souvan Vatan, Rey 478
 Souvanaphouma, Príncipe 478,
 481
 Souvanavoung, Príncipe 481
 Stalin [Josef] 30, 99, 100, 360,
 363, 365, 425, 426
 Stevenson, Adlai 431
 Sucre [Antonio José de] 234
 Sullivan, General 480, 481
 Sumner Welles [Benjamín] 132
 Suro García-Godoy, Rubens 489
- T**
- Tadeo, José 277
 Tavares, Froilán J. R. 489
 Tavárez Justo [Manuel Aurelio]
 289
 Taylor, General 480
 Taylor, Zacarías 262, 263, 269
 Teresa 111, 113, 117, 121, 124,
 125-127
 Teurbe Tolón, Miguel 265
 Tolón, Emilia 265
 Trujijohnson [Lyndon B.
 Johnson] 457
 Trujillo, Héctor B. 83
 Trujillo Molina, Rafael Leonidas
 8, 11, 14, 21-26, 29, 31, 42,
 43, 47, 49-54, 56, 57, 60, 61,
 65-67, 70, 73, 75, 77, 79, 81,
 82, 89, 91-95, 100, 131, 132,
 134-138, 140, 141, 145, 166,
 289, 291, 293, 304, 307-309,
 321, 322, 325, 328, 332, 368,
 369, 371, 418, 422, 465-468,
 493
- U**
- Ubico [Jorge] 24
 Ulate, Otilio 122, 123, 124

Urdaneta [Rafael] 256
 Ureña, Dulce 375

V

Valdez, Freddy 21
 Valdez, Quírico 393
 Valdez, Rafael 397, 409
 Valverde, Melitón 172
 Van Gogh [Vincent] 107
 Vargas, Antonio 409
 Vargas Araya, Armando 105, 111,
 113, 117, 121, 125, 131, 145
 Vargas, Luz Selene 393
 Vargas, Wilfrido 439, 440
 Vásquez Acosta, Rogelio 317
 Velásquez [de Cuellar, Diego] 3
 Velásquez, Guaroa 74, 75
 Velázquez [Diego] 107, 438
 Velázquez, Miguel A. 97
 Vicioso, Abelardo 393

Víctor Hugo [Castellanos] 420
 Villasmil, Ramón 281
 Vilomar, Virgilio 74, 75
 Vinci, Leonardo da 440

W

Wagner [Richard] 438

Y

Yáñez [José] 243

Z

Zabulón Díaz, Alfredo 317
 Zambrano, María 447, 448
 Zamora [Ezequiel] 169, 188,
 189
 Zapata, José Francisco 377-387,
 398, 400-402
 Zuazola [Antonio] 243
 Zumalacárregui, Tomás 254

EL TOMO XXXV [OBRA PERIODÍSTICA (CUBA, COSTA RICA, VENEZUELA, REPÚBLICA DOMINICANA)], DE LAS *OBRAS COMPLETAS* DE JUAN BOSCH, FUE IMPRESO EL TREINTA DE JUNIO DE DOS MIL DOCE EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE SERIGRAF, S.A., EN SANTO DOMINGO, REPÚBLICA DOMINICANA.